

BRANDY MANHATTAN

inédito 



Amantes
con conservantes
y colorantes



Por la autora de
Ligar es como montar en bici

Amantes
con conservantes y colorantes

BRANDY MANHATTAN



1.^a edición: octubre de 2017

© 2017, Ruth Moragrega Lerga

© Por los dibujos de las páginas 13, 135 y 245: 2017, Rosa Gámez

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-862-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Instrucciones de uso

Primera parte. SE MASCA LA TRAGEDIA...

1. Qué bello es vivir

2. Mi mejor no cita

3. Cuando la noche invita al pecado

4. ¡¡Barrotes!!

5. De héroe a villano

6. Imposible pero cierto

7. Tocado y hundido

8. Teñida de rojo

9. Amiga o enemiga

10. No te echo, te vas

Segunda parte. UN EMBARAZO DESPUÉS...

11. De villano a héroe

12. Tenemos que hablar

14. Criminal en potencia

15. Solo por diez días

16. Operación colonia

17. Contando verdades

18. Cubierta de seda

19. Descubierta en seda

20. Lo que la luz del día revela

Tercera parte. SILENCIO... SE RUEDA

21. Reescribiendo el guión

22. No soy yo

23. Rodando

24. En la calle Stanton

25. Oh, venganza, tienes nombre de mujer

26. Encontronazos

27. Descubriendo a Joanna

28. Tarde de domingo

29. Incertidumbres

30. Amor en las vallas

[31. Cuestión de confianza](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)

*Para mi persona favorita,
mi domingo lluvioso,
mi viernes de verano,
mi chocolate caliente.
Para quien me acaricia el alma con cada beso.
Para ti, Mar.*

Instrucciones de uso

Sí, lees bien, acabas de adquirir una novela con instrucciones de uso. ¿Acaso tienes que saltar de una página a otra en función de si decides *a*: liarte con el protagonista que está de toma-pan-y-moja, o *b*: seguir con tu carrera profesional, que consiste en irte a Saturno por ocho años porque eres astronauta? No, no es eso, listilla.

Es, sencillamente, que no he escrito esta historia de cualquier manera, así que no puede ser leída de cualquier manera, tampoco. La he escrito estando relajada, disfrutando de cada escena que escribía; por tanto, tienes que leerla cuando estés relajada y puedas disfrutarla también tú. Nada de leer en diagonal o saltarte trozos. ¿Qué prisa tienes? La idea es pasarlo bien, no acabar cuanto antes. ¿O es que en la cama haces lo mismo?

Pues eso.

Por otra parte, no he escogido la vida de los personajes al azar. No. Esta vez quería *vivir* lo que escribía. Así que quiero que tú lo vivas de igual modo.

¡Venga, no es tan complicado! La protagonista, Keyra, es una escritora de novelas románticas reconvertida en guionista. ¿Lees novelas románticas?,¹ ¿sí?, entonces estoy convencida de que también tú tienes una historia en la cabeza que bien podrías haber escrito. ¿La has escrito?, ¿sí?, ¡estupendo!, siéntete la protagonista de esta novela y ponte cómoda.

¿Ah, que no te has atrevido a escribirla? De acuerdo, no te preocupes. La primera definición de *escritor* de la Real Academia es «quien escribe». ¿Escribes la lista de la compra? ¿Y la de los Reyes Magos, que mola más? Entonces escribes y, según la RAE, eres, indiscutiblemente, escritora. Así que, sí, también tú debes sentirte protagonista de esta novela y ya estás tardando en ponerte cómoda, querida.

Veamos ahora al «chico de la película», y nunca mejor dicho, porque Martin es actor. Aquí no necesitas ayuda, bandida: he visto tu muro de Facebook y tienes colgadas fotos de cierto guaperas y le das con entusiasmo al «Me gusta» de los que tienen tus amigas. Por tanto, no necesitas más aliciente: elige a tu actor favorito y que sea tu pareja de baile en esta historia. ¿Que es rubio y Martin es moreno? ¡Qué más da! Ya hemos resuelto que eres escritora, no será por falta de imaginación.

Me pongo sería un segundo. Presta atención, por favor, porque esto es importante: cierto actor inglés, moreno, alto y de ojos azules te está vetado. Lo sabes de sobra, nos conocemos y hay actores más que suficientes, así que no

sueños con quien no debes. Es la base de una amistad duradera entre tú y yo. Gracias.

Dicho lo cual... Estás tú, está el chico. ¿Lo tienes todo? ¡No! Falta el entorno.

Una copa de vino, un chocolate caliente, el sonido de la lluvia de fondo o un poco de jazz...

El sofá, una bañera a rebosar de espuma...

Sola o con compañía especial...

Espero que hayas «cogido el concepto». Nada de rodeada de griterío. Lo sé, lo sé: cuando coges un libro te olvidas de todo lo que te rodea. Sí, incluso en el metro en hora punta, todo se desvanece. Pero es que habrá algunos momentos en los que vas a preferir no estar rodeada de desconocidos... Sí, en *esos* momentos... así que es mejor leer en la intimidad.

Ahora sí, sin más dilaciones, puedes empezar a leer. Espero que disfrutes de esta historia y que la sientas *tuya*, la que podrías haber tenido en otra vida.

Besos,

BRANDY M.

Primera parte
SE MASCA LA TRAGEDIA...



Qué bello es vivir

Cinco días antes de la tragedia.

Ubicación: el Fat Cat.

Situación: Domingo, esperando a Dev.

Estado: la calma habitual.

¿Sabéis ese momento incómodo entre el domingo y el lunes? Pues mi hermana y yo llevábamos evitándolo desde los catorce años con una cita privada, una en la que solo cabíamos ella y yo. No teníamos un lugar fijo, nos permitíamos ser promiscuas, Nueva York asiste a los perversos en la ruta a la perdición. Así que, mientras Dev me elevaba a las terrazas más cosmopolitas del *skylane* del Midtown East, yo la deslizaba a ras de suelo en el Village. Y hoy me tocaba elegir a mí.

Miré a mi alrededor: mesas de billar, fútbolín y *shuffleboard*, y, en un rincón, barajas, tableros de ajedrez y Scrabble. Adoraba el Fat Cat, era un gimnasio urbanita para vagos. De fondo, música de lo que se cocía en Brooklyn y que en breve serían los *hits* del momento. Sonreí satisfecha. ¿Encerradas en un antro en lugar de disfrutar de un Central Park florido en mayo?, mi hermana iba a detestarlo.

A vosotras, no obstante, os iba a encantar Dev: uno setenta y cinco, cuerpo esculpido a base de deporte, pero indudablemente femenino, melena rubia dorada, ojos violáceos y cutis perfecto. Y con tanta clase como estilo. Todo el mundo se detenía a mirarla, hombres y mujeres.

—Keyra, ¿te pongo algo mientras esperas?

Miré el reloj. Pasaban cinco minutos de la hora. Dudaba que llegara antes de las seis y cuarto. Rara vez lo hacía, quedáramos donde quedáramos.

—Prepara dos mimosas, Jamie.² —Para cuando apareciera, la bebida ya estaría en la mesa y entendería que llegaba tarde—. Uno sin champán —protesté.

El mío era el mimosa aburrido. Estaba intentando quedarme embarazada, hormonándome cual vaca texana camino del matadero para quedarme embarazada, para ser más exactos. No os aburriré con el pésimo funcionamiento de mis ovarios, pero sí os diré que te envían directamente al banquillo de los abstemios. Y que eso no es ni bueno ni malo, es aburrido.

Como para hacerme quedar mal ante vosotras, mi hermana decidió llegar

justo entonces. Eso sí, como os había dicho, la acosó un reguero de miradas. Nos saludamos, pero no hubo besos. No me gusta besar... *bueno, ya me entendéis, me gusta besar cuando el beso es para lo que es y acaba como tiene que acabar. Pero eso de los besos a modo de saludo tan europeo no es para mí.*

Nos sentamos y apenas habíamos cruzado las cuatro frases habituales sobre su trabajo cuando Jamie nos interrumpió.

—Un mimosa sin champán y un... —Se le cortó la voz y nos miró desorientado.

No os lo he dicho porque, justo hoy, mi hermana, ella sabrá por qué, ha decidido ser puntual y no me ha dado tiempo, pero Dev y yo somos gemelas. Devaney y Keyra. No, no tenemos antepasados irlandeses que expliquen unos nombres tan excéntricos, es que mi madre es artista: escultora, concretamente.

Y sí, a mí también me miran al pasar, porque somos gemelas idénticas, porque llevamos la misma melena, porque salgo a correr a diario y porque también yo destilo clase y estilo. Cuando naces en el seno de una familia de abolengo y con dinero sueles ser así, supongo.

—No te preocupes, son muy pocas las personas que nos distinguen —lo disculpó ella con una sonrisa, para añadir—: incluso su marido nos confunde.

—No dejo de preguntarme —le dije resentida por la verdad de su comentario en cuanto se marchó el camarero— qué ocurrió en el vientre de nuestra madre para que la genética se equivocara tanto.

Dev obvió mi enfado. No le gustaba David, mi marido. Lo que no le gustaba de él, o eso decía, era que fuera mi marido. Creía que no era el amor de mi vida y que yo era tan parca en lo sentimental que ni siquiera lo entendía.

—¿Te refieres al hecho de que papá sea uno de los hombres de negocios más fríos y despiadados del Distrito Financiero y nuestra madre una escultora romántica y bohemia, y que yo sea una mujer de negocios romántica y tú una escritora fría del tipo ameba?

Curioso, ¿no? La genética puede ser muy retorcida.

—No soy una ameba.

—Desde luego que lo eres.

—No, no lo soy. Yo soy un caleid...

—Kee, no me cuentes tu maldita teoría del caleidoscopio.

De acuerdo, pues os la contaré a vosotras. Mi teoría es que hay tres tipos de personas: unas son como mi madre y mi hermana, con una capacidad de

sentir ridículamente infinita; después están las que son como yo, que tienen una sensibilidad limitada pero que son un caleidoscopio, es decir, que tienen la habilidad de recoger los sentimientos de otros y reflejarlos multiplicados y embellecidos hasta hacerlos indescriptibles, de ahí que yo escriba sobre algo de lo que sé tan poco; y después están las personas como mi padre, que son amebas que ni sienten ni padecen.

—Para ser una ameba, cuento historias de amor —diseñé con petulancia.

Otra cosa que no os he podido contar. ¡Menudo día ha elegido mi hermana para llegar diez minutos antes de lo esperado, la verdad! Además de Keyra Johnson soy Blue Scarlett, seudónimo de autora con el que solo mis íntimos me relacionaban y con el que había firmado una docena de novelas que me habían catapultado a la lista de *best sellers* y coronado como *la* romántica por excelencia. Lo que era contradictorio, porque la romántica bohemia era mi hermana, que trabajaba como mujer de negocios que pateaba culos de ejecutivos agresivos a diario. *En serio, no sé qué fue mal en el útero de nuestra madre mientras Dev y yo nos estábamos gestando.*

—No solo escribes romántica, Kee. —Ahora era ella quien me miraba con gesto engreído—. ¿Le has dicho ya a David...?

—No.

Lo que no quería que dijera, que nadie escuchara, era que también había publicado con otro seudónimo, *uno que no os confesaré ni a vosotras*, la trilogía erótica del año, cuyos derechos me había comprado una de las grandes cinematográficas hacía tres meses para proyectarla en los cines de todo el planeta en menos de dos años. Iba a escribir el guion, mi primer guion, y me permitirían formar parte del equipo de *casting*. Me habían pedido incluso ser miembro del rodaje, pero por más que quisiera no iba a ser posible.

Porque no, porque David no sabía nada al respecto y lo que menos necesitaba ahora mi matrimonio era que mi esposo pudiera pensar que lo que ocurría en nuestra cama no cumplía las expectativas de mis fantasías. No, cuando no podía quedarme embarazada, cuando él sentía que no podía dejarme embarazada. *¿Vuestros chicos también son así de cavernícolas con cualquier cosa que esté relacionada con su pene?* Tenía una vida sexual satisfactoria. Minar la seguridad de David en sí mismo, concentrada en su bragueta como suele ocurrir en muchos hombres, no entraba en mis planes.

Gracias, pero no.

Se hizo un silencio incómodo. Dev y yo nos considerábamos nuestra única familia. Porque éramos gemelas idénticas y porque nuestros padres se habían

divorciado poco después de que nació y ninguno de los dos se había hecho cargo de nosotras, no de verdad. Así que nos lo contábamos todo y opinábamos sobre la otra con libertad. Pero mi matrimonio era un tema espinoso. *Ya os lo he dicho, a mi hermana no le convencía David.*

—¿Zumos de naranja? —me sonrió con tiento—. ¿Estás ya...?

—No —respondí tajante.

Pero no era tajante con ella porque pusiera a mi esposo en tela de juicio, lo era porque detestaba todo lo que conllevaba no quedarme embarazada.

—Kee, si no quieres ser madre, díselo. Habla con él. David está loco por ti, no haría nada que tú no quisieras.

¿Veis?, sabía por qué me sentía contrariada. Suspiré resignada.

—Sí quiero ser madre, es solo que no quiero tener hijos. —*No espero que lo entendáis, pero mi hermana sí lo hizo*—. Y después está el tema de las hormonas. No soy yo, Dev, no me reconozco. Mi cuerpo se hincha, mi humor se descontrola...

Disimuló una carcajada con una tos para componer una sonrisa pecaminosa, una que solo me dedicaba a mí, y preguntarme con voz pícaro:

—¿Prefieres contarme lo de tu actor?

Por eso la quería tanto, porque sabía cuándo presionar y cuándo darme espacio. Y *él* era el lugar con el que soñaba cuando la realidad no me gustaba. Un pequeño escalofrío me recorrió la espina dorsal. Di por sentado que no lo notó porque no se burló de mí.

—Voy a conocerle, Dev. Al fin, voy a conocerle —mi voz fue un susurro complacido.

Siempre había sabido que antes o después ocurriría, que *él* y yo nos encontraríamos. Según su última entrevista se había comprado una casa en Manhattan, cerca de Central Park y de Broadway, ahora que Hollywood había descubierto el talento de los actores ingleses. Y a pesar de lo que pueda parecer, Nueva York no es *tan* grande y según quiénes nos movemos en los mismos ambientes. No es difícil, si eres cien por cien *New Yorker*, conocer a alguien que conozca a alguien que te pueda llevar a una fiesta donde coincidas con el otro alguien a quien estás buscando. En el Lincoln Center, en la Gala del Met, en el ático de alguna anfitriona de la ciudad... Pero yo iba a cenar con *él*. A solas. Y en Londres.

—¿Y a David no le preocupa que vayas a cenar con el tío bueno del que estás locamente enamorada desde hace diez años?

«Nadie se enamora de alguien a quien no conoce», quise decirle. Es

ridículo. Eso solo ocurría en las novelas que escribía, pero no en la vida real. En la vida real el amor es práctico y no se nutre de alguien que te deja sin aliento cuando lo ves. Vives con alguien que tenga un proyecto de futuro similar al tuyo y a quien tus manías no le parezcan insoportables. *Lo sé: no soy «la» romántica, soy una estafa.*

Me encogí de hombros.

—Mientras esté de vuelta el sábado de madrugada, le parece bien. —La realidad era que le había dado un pretexto vago, sabía a quién iba a conocer, pero no para qué. Alzó las cejas en una pregunta muda—. Acabo ciclo hormonal el viernes por la mañana, y tendré mis malditas treinta y seis horas fértiles desde entonces. David no piensa en actores, piensa en tráfico aéreo y en si los baños de los aeropuertos tienen cámaras de seguridad en caso de que mi avión llegue con retraso. No me mires así, es como funciona cuando te estás haciendo estimulaciones ováricas, todo va medido al milímetro. Hace dos meses que se niega a tener un orgasmo si no es... —Dev arrugó la nariz y supe que me estaba extralimitando—. Digamos que todo es muy tántrico excepto en el día correspondiente.

—Exceso de información, Kee —me riñó, y levantó su copa—. Por tu actor de Londres y una velada maravillosa.

Levanté también yo mi mimosa sin champán, y ya que nos poníamos a pedir...

—Y por los polvos espontáneos.

Tal vez no lo hayáis notado porque al parecer soy un poco fría, aunque en realidad solo soy comedida en la manifestación de mis sentimientos, pero me encantan los domingos con mi hermana. Son mi mejor momento de la semana.

Mi mejor no cita

La noche de la tragedia

Me encanta el Claridge's. Es la razón principal por la que no me compro una casa en Londres: hospedarme allí. Si fuera un poco superficial, o quizá más superficial, diría en voz alta que todo el mundo debería hospedarse, al menos una vez en la vida, en una de sus habitaciones. Aunque habría significado que mi hermana me gritara que la gente tiene otras necesidades más prioritarias, porque mi hermana grita cuando no trabaja y solo cuando no trabaja, tal es su yin y yang; mi padre me hubiera acusado de socialista, tal es su concepto de repartición de la riqueza; y mi madre se hubiera sorprendido de que alguien eligiera otro hotel si no era porque el Claridge's estaba lleno, tal es su concepto de la vida.

Como veis me crie en un entorno absolutamente normalizado. Que a mi hermana le rompan el corazón dos o tres veces al año o yo sea un caleidoscopio no es nada en comparación con lo que pudo ocurrir dada nuestra infancia. Pudimos ser la versión americana de los Hermanos Kray.³

Suspiré mientras miraba las calles pasar a través de la ventanilla del taxi, rumbo al Ametsa.⁴ Londres me tenía seducida y me escapaba, so pretexto de documentarme para mis novelas de Regencia, dos o tres veces al año, así que conocía la extensa zona centro bastante bien. Miré mi reloj de muñeca: faltaban siete minutos para mi cita y el tráfico era un infierno. Pero habíamos rodeado ya Buckingham y las fachadas eran de un blanco neopalladiano. Estábamos cerca. Llegaría puntual.

Claro que yo *siempre* era puntual.

Pensar en verle hizo que se me cortara la respiración. Me recordé que necesitaba calmarme. ¡Keyra, cálmate!, terminé por gritarme cuando un temblor desconocido alcanzó mis dedos. Me concentré al máximo.

Coartada: se suponía que representaba una de las revistas de mi padre, aunque por supuesto nadie sabía que yo era su hija, y estaba entrevistando a las caras conocidas que participaban con ACNUR.

Él no debía saber que yo era la escritora y guionista de la película en la que, según su agente, estaba interesado en participar y de la que nada se sabía por el momento. Quería conocerlo sin la presión por un papel de protagonista que podía consolidarlo en el estrellato o estrellarlo para siempre.

—El tráfico a estas horas es siempre un infierno, señorita —me devolvió a la realidad el conductor, un hombre que debía de estar a punto de jubilarse—, pero no tema, llegará puntual. En tres minutos estaremos allí. Aunque, si me permite decírselo —me miró por el retrovisor y carraspeó—, yo, por una dama tan hermosa como usted, esperaría toda la noche si fuera necesario.

Sentí que enrojecía. Nunca había hecho esperar a nadie. Sí, las protagonistas de mis novelas solían tener un contratiempo de última hora que tenía al protagonista esperando y en vilo por si ella había cambiado de idea. Pero, *a*: yo no vivía en una novela; *b*: hacía años que no tenía una cita; y *c*: lo de aquella noche ni siquiera era una cita.

Mis nervios ante una no cita me hicieron sentir absurda, me repetí. Pero ya no eran solo mis dedos, las dos manos preferían ignorar mis órdenes y moverse sin ton ni son, descompasadas.

Perspectiva. Lo que necesitaba para serenarme era perspectiva; como si estuviera escribiendo mi propia historia.

Análisis de mi ropa: perfecta. Una estilista de Bergdorf Goodman me había ayudado a escoger un vestido muy años veinte en *nude* con abalorios en dorado, y unos zapatos y *clutch* a juego. Me había permitido traerme un collar de perlas negras de mi bisabuela, algo excepcional en mí.

Composición de mi aspecto: mejor que nunca. Como cada vez que iba a la ciudad, había visitado a Luciano Rodrigues, y hoy me había peinado según el *outfit* que le había enseñado en una foto del móvil. Su equipo me había maquillado con discreción, realzando mis ojos almendrados, mis pómulos, oscureciendo cejas y pestañas y destacando mis labios, demasiado carnosos para mi gusto.

Detalles a tener en cuenta: no llevaba el anillo de casada, pero porque no conjuntaba con las perlas ni el color del vestido, al ser de oro blanco. *Buena excusa, no lo neguéis.*

Estado: impresionante.

Veredicto: Por una vez en mi vida me permitía sentirme hermosa y deseaba que otros me creyeran deseable. Quería gustar, aunque solo fuera una entrevista tan falsa como mi dedo desnudo sin alianza.

Quería gustar mucho y, si eso era una forma de infidelidad, entonces no se lo contaría a nadie.

—Tres calles más y llegamos, señorita.

—Detenga el taxi, por favor.

¡¿Había dicho yo eso?!

El coche se apartó a un lado y el conductor me miró, interrogante.

—¿Quiere bajarse aquí?

Dado que no había nadie más allí era obvio que debía haber sido yo quien le había pedido que estacionara. Aunque, ¡qué demonios!, nadie iba a enterarse. Había pasado horas buscando un vestido y otras tantas en la peluquería. Había traído incluso *el* perfume para él. Bien podía hacerle esperar un poco, ¿no? Una especie de feminidad sobrevenida rugió en mis venas.

—Sí, por favor. Creo que caminaré esas tres calles.

Me sonrió cómplice, cogió dos billetes de veinte libras, rechazé el cambio y me apeé. Miré a la derecha, como se indica en el suelo de todos los cruces de la ciudad para evitar que los peatones civilizados seamos atropellados por un coche inglés, y comencé mi andadura hacia el Ametsa.

Posición: en el Berkeley, a tres calles del restaurante.

Hora: siete cincuenta y seis. Llegaría entre cinco y seis minutos tarde.

Estado anímico: me sentía una diosa.

Goyo me recibió en la puerta y me ayudó con el abrigo.

—El señor Campbell la está esperando, señorita Johnson.

Era señora, pero como usaba el apellido de soltera de mi madre y no el de David, nunca puntualizaba.

Cuando quise seguirle sentí que toda yo temblaba. Dos metros después temí no ser capaz de llegar a la mesa, tan poco firmes eran mis pasos. Tenía la vista fija en la espalda del jefe de sala, incapaz de apreciar el cristal soplado que vestía el techo o las ventanas que daban al patio interior. El corazón parecía querer escapárseme a través de las costillas, mis piernas se habían convertido en gelatina y un ruido sordo me tamborileaba en los oídos.

Dios mío, había estado más serena camino del altar el día de mi boda. De acuerdo que David no era comparable a... una punzada de culpabilidad me golpeó como un mazo y la ausencia de mi alianza hizo que el dedo me ardiera. Pero no podía evitar sentirme como me sentía. Como solo imaginarle me hacía sentir.

La realidad era que ni David ni ningún otro hombre conocido o idealizado me hechizaba como lo hacía quien me esperaba esa noche. Y nada tenían que ver su pelo negro y frondoso o sus hombros anchos. Era su voz, su mirada; era lo que decía y lo que insinuaba. Ese algo que lograba agitarme y que nunca...

De pronto me di cuenta de que ya no caminaba y de que la espalda del *maître* había desaparecido y la sustituía una mano grande que se extendía

hacia mí.

El aire de los pulmones pareció evaporarse sin control, lo que explicaba a la perfección mi pequeño jadeo y el calor que me envolvió. Extendí también yo la mano sin atreverme a alzar la mirada, tratando en vano de controlar el ligero temblor de mis dedos. Me sentía tan... tan... Estaba tan... ¡maldita escritora era que no sabía explicar qué me estaba ocurriendo!

Vi cómo envolvía mi mano en su palma y la cerraba con firmeza en un apretón que, dado su tamaño y seguridad, pudo estrujarme y no obstante hizo que la piel me cosquilleara como si hubiera sido acariciada.

—Señorita Johnson, supongo.

Aquella voz... aquella voz grave y fascinante. Tragué saliva y levanté la vista sin soltarle para encontrarme con sus ojos. Aquellos ojos... Aquellos ojos azules y embriagadores.

Sin pretenderlo quería memorizarlo para siempre, rescatar aquel instante del implacable olvido. Su mentón masculino... Su nariz irregular... encontrarlo me había revelado el deseo de besar cada ángulo de su cara antes de perderme en su boca... Su boca tentadora. Y su pelo. Tenía un pelo negro y exuberante en el que enterrar los dedos.

¿Dedos? ¡¡Dedos!!

Aún tenía su mano atrapada a pesar de que él me había soltado, suponía, en el momento adecuado. La aparté con brusquedad y sentí que el rubor bañaba mis pómulos.

—Keyra —susurré; me miraba con fijeza, sin sonreír. Sus ojos parecían leer en mí y acrecentaban mi inquietud tanto como lo hacía su mera presencia —. Quiero decir que sí, que soy Keyra Johnson, pero prefiero que me llame Keyra.

—Keyra, entonces. —Me sonrió y me faltó el aire. Tuve que controlar un segundo jadeo—. Yo soy...

Terminé por él según mi mala costumbre. Terminé por él sin poder evitarlo, diciendo al fin su nombre en voz alta:

—Martin Campbell.

¿Aquella voz enronquecida, invitadora, sensual, era la mía? Sentí que era infiel solo con pronunciar su nombre, seguramente porque lo paladeé y dejé que se deslizara por la lengua antes de resbalarme por los labios.

—Martin está bien.

Y volvió a tomar mi mano y a darme un ligero apretón que envió una cadena de escalofríos al resto de mis extremidades. Al soltarme sentí una

caricia tanto como su seguida ausencia.

Martin.

Mi Martin Campbell.

El sonido del corcho de una botella de champán recién abierta en algún punto del restaurante me sacó de su embrujo. Sacudí la cabeza e intenté serenarme. Me senté y acto seguido lo hizo él, ofreciéndome la carta de bebidas.

—Tal vez deberíamos pedir antes de comenzar la entrevista, para evitar interrupciones. —Asentí, confusa todavía—. ¿Te apetece vino, o prefieres champán o cerveza?

El recordatorio de mi obligada abstinencia me devolvió a la realidad. A la fría realidad. Tenía vedado el alcohol, cierto, pero no necesitaba conocer la razón de mi abstemia sobrevenida. *Entre nosotras, y siendo honestas: los hombres, en general, no necesitan saberlo todo. Y muchas veces ni «una parte».*

—Me temo que estoy tomando antibiótico y no puedo beber, pero, por favor, no te prives por mí.

—¿Abstemia? —Su voz sí era ronca, invitadora y sensual—. Me pregunto qué otros pecados ocultarás.

Y aunque lo dijo sonriendo mientras leía las sugerencias del chef, un ligero temblor me sacudió.

¿Yo, pecados ocultos cual mujer misteriosa? Una voz quiso decirme que era absurdo, pero mis ojos, que seguían hechizados, ya no escuchaban.

—... un personaje no es como una bata blanca o un mono azul de trabajo que ponerse y quitarse. Es una segunda piel y no es tan sencillo como llegar a casa, ducharse y dejar que el psicópata, o el padre con un hijo enfermo, o el rey sin trono resbalen por tu piel junto con el agua caliente y desaparezcan por el sumidero. —Sonrió con timidez, como había estado haciendo cada vez que hablaba con vehemencia—. O tal vez soy yo quien no sabe hacerlo.

Lejos había quedado la conversación sobre Naciones Unidas y los refugiados. Antes de que nos sirvieran el pescado ya hablábamos entusiasmados sobre literatura inglesa y en el postre habíamos repasado las obras de teatro que más nos habían impactado. Martin se había formado en los escenarios del West End, que le habían proporcionado, además de magníficas dotes interpretativas, una voz rica y llena de matices. Una voz que me traspasaba tanto como lo que decía.

Porque él lo entendía. Entendía lo que era vivir durante meses con un

personaje que no te dejaba dormir porque quería más espacio, o porque se escondía y no te dejaba saber quién era, o porque sufría y te arrastraba el ánimo con él.

Al fin había alguien que lo entendía. No que escuchaba para, al acabar, dedicarme una mirada de cariño o una sonrisa llena de displicencia.

Martin Campbell *me* entendía.

—Creo que es hora de irnos. —La decepción me tomó por sorpresa y dudé que mi gesto la disimulara—. No queda nadie más en el local.

Miré a mi alrededor por primera vez desde que me había sentado a cenar y descubrí que, efectivamente, estábamos solos. Únicamente Goyo y Álvaro esperaban, sin presiones. Aquello no podía ser el final, no ahora que analizábamos el sustentáculo de un personaje en el tiempo que se necesitaba para vivirlo.

—Sí —susurré resignada—, creo que sí.

Quería decirle que se me había pasado la noche en un suspiro, que si saber de él por entrevistas me había hecho creer que lo había idealizado, conocerlo me había presentado a alguien distinto pero mucho más interesante.

Quería decirle muchas cosas que no tenía derecho a decirle.

—¿Discutiremos durante mucho tiempo?

—¿Disculpa? —Alcé la vista, desorientada. ¿Discutir, había dicho? Yo no quería discutir con él. Yo prefería hacer otras cosas.

Cosas a las que no tenía derecho.

—Si discutiremos mucho tiempo antes de que me permitas pagar la cuenta. —¿Pagar él? Pagaríamos a medias. Nunca me había gustado que mis citas... ¡No!, me recordé. Era una entrevista y, por lo tanto, debía pagar yo. La revista, quería decir—. Keyra...

Cómo dijo mi nombre, con voz grave, entre seductora y divertida, hizo que mi estómago se contrajera; no fue lo único que se alteró en mí. ¡Qué diablos!, tampoco pasaba nada porque un hombre me pagara la cena, ¿no? El hecho de que fuera la primera vez que cedía y de que ni a David le hubiera consentido invitarme nunca más allá del día de mi cumpleaños no era relevante.

O no mientras David no se enterara.

—De acuerdo —dije, y también mi voz sonó entre seductora y divertida. Y tentadora—. Si me permites invitarte a una copa.

—Me temo que no.

¿No?, la tristeza cayó sobre mí sin aplomo. ¿Se había acabado la noche, entonces? Toda la energía me abandonó. No estaba preparada para dejar de

verle. No lo estaba.

E iba a dejar de verle. Seguramente para siempre.

—Lo que quiero decir —continuó con voz seductora— es que no pagarás tú cuando yo pediré un *gin-tonic* y a ti, con suerte, te tentaré para que te tomes una Thomas Henry Elderflower en copa de balón con unas hojas de menta. Solo te permitiría pagar si te decidieras a saltarte tu dieta antialcohol.

Tomaríamos esa copa. Volví a la vida y asentí con espontaneidad, olvidada cualquier pose sofisticada.

Pero no bebería alcohol. Había límites que no podía sobrepasar.

Y ¿cómo podía saber que la Elderflower era una de mis tónicas favoritas? No creía en el destino, pero sí en la afinidad. Y el caballero y yo afinábamos tan bien que podríamos componer juntos la más hermosa de las melodías. Uff, me estaba poniendo romántica. Era mejor que me tomase un par de minutos a solas en los lavabos para volver a la realidad.

—Pide la cuenta. Mientras, iré un segundo...

Y no dije dónde porque no hacía falta.

Cuando entré, las luces se encendieron automáticamente, y cuando me miré en el espejo, me impactó tanto lo que vi en él que ahogué un grito de sorpresa: una mujer hermosa, de tez clara y perfecta, cabello rubio dorado y ondulado al agua en una falsa melena bob, cejas y pestañas oscurecidas, ojos violáceos, pómulos altos y orejas pequeñas. Pero no era yo quien me miraba desde el otro lado: era mi hermana.

Porque la mirada reflejaba ilusión, expectación, fogosidad, entusiasmo... estaba llena de matices.

Parecía el rostro de una mujer que sentía plenamente. Estuve un par de minutos mirándome al espejo, tratando en balde de hacer desaparecer a Dev de mi reflejo para volver a verme. No lo logré y algo en mí se agitó, anhelante.

Sin querer darle importancia, caminé hacia la puerta. Mis *stiletto* de nueve centímetros no se escuchaban a pesar de la firmeza de mis pasos; sencillamente flotaba.

Cuando salí, Martin me esperaba, asiendo mi abrigo abierto. Lo pasó sobre mis hombros y aprovechó para acariciarme levemente las clavículas con los pulgares. Me estremecí y supe que lo había notado, pero no me importó que supiera cuánto me afectaba. También yo le afectaba a él, pues al volverme pude ver sus ojos azules arder de deseo.

—¿Vamos? —Su voz enronquecida me seducía.

—Donde quieras llevarme. —La mía sonó a promesa.

Y salimos al frío de la noche primaveral, pero no lo sentí. Diría que ninguno de los dos lo hicimos.

Cuando la noche invita al pecado

—¿Cuántas veces te han preguntado si tu concepto del amor se había elevado tras protagonizar aquel clásico para la BBC? —le pregunté tras unos minutos de silencioso paseo.

Yo detestaba aquel tipo de preguntas. No dejaba de recibir mensajes en el muro de Blue Scarlett y también en privado pidiéndome consejos sobre relaciones. Como si por escribir novelas románticas tuviera que serlo o viviera un romance infinito al que no le afectara lo cotidiano. Como si existiera un romance así, ¡por favor!

Lo escuché reír en voz baja. Caminábamos muy cerca el uno del otro, rozándonos a cada paso, buscándonos con prudencia.

—Tantas que estuve a punto de decir que sí, que había alcanzado el nirvana del amor.

Ahora fui yo quien rio.

—Es como si por interpretar a un sicópata salieras cada noche a acuchillar a alguna inocente en Whitechapel. —Que era lo que respondía a Dev, mi padre, David o mi editor cuando se burlaban de mí por escribir algo que me era tan ajeno: que hasta donde sabía, Agatha Christie no había ido cuchillo en mano por las callejuelas más oscuras de Londres y sin embargo escribió magníficos crímenes.

Se detuvo y me detuve a mirarle. Parecía buscar algo en mí.

—¿Eres actriz? —me dijo al fin, y emprendió la marcha y yo con él.

Algunos hombres me lo habían preguntado. Pero no porque escucharan lo que decía, sino para halagarme por mi belleza. Dev y yo detestábamos aquella estupidez.

Por primera vez me enterneció escucharla.

—No —susurré.

—Pareces saber mucho sobre personajes para no serlo. —No sonaba suspicaz, solo curioso.

Y en un singular arranque de locura, porque solo la locura explicaría lo que quería hacer aunque por supuesto no lo hice, deseé compartir mi secreto. Presentarme como Blue Scarlett y decirle cuánto me gustaba sumergirme en otras vidas y cuánto me costaba salir de ellas. Hablarle incluso de la famosa trilogía y de cuánto esfuerzo me había supuesto adentrarme en el erotismo y no

trasladarlo a mi cama.

Por favor, que quede entre nosotras: había muchas fantasías, fantasías que poco tenían que ver con el sado y bastante con el bondage y los juguetes eróticos, que hubiera querido hacer pero en las que David no cabía. Por eso las llamaban fantasías, suponía. Pero tener la certeza de que no me acostaría nunca con otro hombre... estaban siendo meses complicados en mi cama, más aún cuando estaba intentando quedarme embarazada y la espontaneidad parecía una utopía.

Quizá debiera acudir a una sexóloga y sincerarme. Tal vez una terapeuta podría hacerme entend...

Unos faros, un frenazo y un grito.

—¡¡Cuidado!!

Y unos brazos que tiraron de mí hacia atrás y me pegaron con aspereza a un pecho ancho. Sentí que temblaba, asustada.

—Mira a la derecha —repetí inútilmente lo que se podía leer en la calzada —. Mira a la derecha.

Aquellos mismos brazos me giraron y me envolvieron. De forma inconsciente mi cuerpo dio un pequeño paso hacia él y quedó a un suspiro del suyo. Una mano grande me rodeó la cintura y se afianzó en mi cadera mientras la otra me tomaba con delicadeza de la barbilla y me alzaba el rostro.

—¿Estás bien? —me susurró.

Volví a temblar, pero esta vez nada tenía que ver el coche que casi me arrolla. Martin sintió mi temblor, consecuencia del deseo que despertaba en mí. Lo supe porque sus ojos se entrecerraron, se oscurecieron, y el brazo que me rodeaba la cintura cerró el cerco hasta ceñirme a él, con firmeza pero acariciante.

Se me aceleró la respiración y me perdí en su mirada. Subí la mano no sabía si con intención de apartarlo, pero cuando la coloqué en su pecho, la palma se deslizó hacia arriba, por el hombro hasta su cuello. Las yemas de los dedos se recrearon en la firmeza que se adivinaba bajo la tela y me acerqué un poco más, lo que parecía imposible.

—Keyra. —Su voz fue un susurro ronco.

Me perdí. Alcé el rostro y esperé su beso sin pensar en David ni en que era Martin Campbell ni en mí misma. Estaba completamente perdida en la sensualidad del momento, entre sus brazos, atrapada en su mirada y en la calidez de su voz.

Solo éramos un hombre y una mujer envueltos en un deseo atroz que nos

capturaba y nos empujaba más allá de la cordura...

... Cuando unas risas agudas rompieron el momento.

Nos separamos despacio, alejándonos con reticencia el uno del otro, sintiendo la desesperación de nuestras pieles y el frío de nuestros cuerpos conforme nos iba sustituyendo la ausencia y nos reconocíamos huérfanos el uno sin el otro.

Giraba la esquina una pareja joven cogida de la mano con pinta de llevar varias cervezas de más; reían como dos tórtolos mientras él intentaba acercarla para besarla y ella movía el rostro evitándolo.

Nos miramos un instante más antes de separarnos por completo y seguir caminando de nuevo casi pegados, rozándonos a cada paso, pero en un silencio que solo los jóvenes que venían justo detrás rompían.

No le pregunté hacia dónde nos dirigiáramos, me guiaba con seguridad a donde fuera. Cuando cenaba en el Ametsa, después pedía que llamaran un taxi y me iba a Candem. No conocía Belgravia de noche, no sabía que hubiera una zona de *pubs*, de hecho. Era un barrio tan rico como discreto.

No tardé en averiguar dónde me llevaba. Vi la pequeña caseta de guardia de color rojo escoltando las escaleras: The Granedier. Seguramente el *pub* más antiguo de la ciudad. Sonreí con entusiasmo.

—¿Has estado alguna vez?

Saber que me había estado observando hizo que olvidara cualquier buen propósito resuelto durante el corto paseo.

—No, pero he oído hablar mucho sobre él.

Salía en cualquier guía de la ciudad que superara lo típico. Le vi sonreír también, una sonrisa que me pareció cargada de ternura y que me llenó el pecho de calor.

No quería analizar lo que estaba sintiendo. No quería despedazarlo, racionalizar cada detalle y decidir que era lo que cualquier fan sentiría al conocer a su ídolo. Me negaba a restar encanto a lo que estaba viviendo o responsabilizar a las hormonas, ni quería tampoco sentirme mal por estar disfrutando como hacía años que no lo hacía, como no recordaba haber disfrutado nunca, aun con un hombre que no era mi marido. Gozaría de una noche sin consecuencias y eso sería todo.

—Será mejor que entremos —sugerí al ver que no se movía—, antes de que los tortolitos ebrios que nos llevan siguiendo casi todo el camino nos adelanten ahora y se beban todas las reservas del local.

Esperaba que sonriera, al menos, pero no dijo nada. Caminamos los cien

metros que faltaban en tenso silencio, su mano en mi espalda, mientras la pareja de detrás, que definitivamente llevaba varias copas de más, nos escoltaba con sus risas de fondo.

Iba a subir los escalones hasta la puerta cuando cruzó el brazo frente a mí cerrándome el paso y me detuvo. Me dejé detener y me giré, pero él no me miraba. Tenía el rostro serio y observaba un punto indefinido más allá de mí.

La pareja nos pasó para detenerse en mitad de la escalera. Finalmente él la había convencido y se besaron, tórridos, a menos de un metro de nuestras cabezas. Pudimos incluso oír un pequeño gemido antes de que se despegaran y entraran en el *pub*.

En otras circunstancias me habría reído, pero todo en Martin, que parecía esculpido en granito, me mantenía alerta.

—Keyra. —Esta vez mi nombre no sonó a pecado. Había pesar en su voz. Culpabilidad incluso. Y me temí lo que venía—. Estoy con alguien...

Nooooo. No, no y no.

¿Os ha ocurrido alguna vez que vuestra mente piensa en dos nanosegundos algo que costaría como medio minuto decir en voz alta? Pues eso me ocurrió a mí.

Por favor, que no me dijera que estaba con alguien pero que su relación iba mal y que esa noche había entendido que era yo el tipo de mujer que buscaba, que había algo en mí, algo inefable que le había despertado. Que me necesitaba y que quería explorarlo. Que lo que fuera le impelía a explorarlo ya, esa misma noche. Que no soportaría no tenerme. Que le diera un poco de tiempo para acabar lo que tenía con su pareja mientras él y yo blablablá... Que no fuera el clásico infiel cretino y mentiroso. No lo soportaría. Los dos habíamos estado bordeando el límite, de acuerdo, pero sin cruzarlo. Nada más iba a ocurrir. Después de tomarnos aquella copa, el The Grenadier cerraría y cada uno cogería un taxi en una dirección distinta y yo tendría una noche para recordar.

—... y aunque mi relación no pasa por su mejor momento, si es que ha tenido alguna vez un buen momento —*no, no y no*—... soy un hombre fiel. Sé que te he dado a entender lo contrario —su voz era dura, parecía querer maltratarse— y lo lamento. Pero soy, sin ninguna duda después de esta noche, un hombre fiel.

Gracias, gracias, gracias.

Me desbordó el alivio. Era irónico sentir alivio por saber que no me acostaría con el único hombre que me había hecho sentir... sentir... sentir *así* a

falta de una palabra para describir cómo me sentía aquella noche, pero lo cierto era que estaba aliviada.

—Martin —le interpele, pero no se volvió—. Martin —insistí y entonces sí, me miró, su gesto pétreo, sus ojos avergonzados—. Estoy casada. —Bajó la vista a mi mano izquierda, donde ardió el vacío del pequeño aro de oro blanco—. Y también yo he jugado ese mismo juego. Y también yo, sin ninguna duda después de esta noche, soy una mujer fiel. —Nos permitimos sonreír—. Mi relación tampoco está en su momento óptimo, pero solo tomaremos una copa. Después, tú volverás a tu relación que no pasa por su mejor momento y yo a quien me espera con cinco horas de diferencia y no habremos hecho ningún daño. Así que, ¿podríamos olvidar quiénes somos durante un poco más?

Porque lo necesitaba. Necesitaba sentir lo que estaba sintiendo. Me serviría para escribir docenas de novelas, cientos de escenas del mejor romance, porque por primera vez lo estaba viviendo. Y me negaba a reconocer que si superaba una noche y se prolongaba dejaría de ser único para ser cotidiano.

Martin Campbell me había hecho creer.

Y yo quería creer.

Apartó la mano que me bloqueaba el paso, la colocó en mi espalda y me acompañó dentro.

Solo una noche, me prometí. Solo por una noche.

Dentro había mucho ambiente. Me alegraba de estar allí, me reafirmé. Se decía de él que era uno de los locales más frecuentados de la ciudad, por su comida típica, por su encanto antiguo y por sus copas. Quizá por eso me había resistido a ir, por su tipicidad. Las paredes y el techo tenían aquí y allá billetes de pequeño importe pegados con chinchetas con garabatos ininteligibles. No era típico, me corregí, tenía encanto, ese encanto pasado de moda tan británico.

Y Martin lo convertía en especial.

Buscamos un lugar apartado donde sentarnos y divisamos a la vez una pequeña mesa al fondo con cuatro sillas, pegada a la ventana. Dos de ellas estaban vacías, las otras dos las ocupaba la misma pareja que nos había acompañado más de la mitad del camino. Se besaban con descaro. Nos miramos y nos encogimos de hombros, divertidos.

—Espérame allí, pediré yo. Y si consigues que te escuchen, pídeles que se comporten cual dama y caballero —me dijo, guiñándome un ojo antes de

girarse a la barra.

Miré su reflejo en el espejo del fondo. Me miraba y sonreía. Sabía que me había reconquistado con aquel pequeño gesto. Coqueta, le guiñé también yo el mío y me fui a intentar avergonzar a los tortolitos.

Llegó Martin con las copas, su *gin-tonic* y mi Thomas Henry Elderflower camuflado de *gin-tonic*, e intentamos mantener una conversación seria mientras nuestros compañeros de mesa se besaban, se acariciaban y se miraban acaramelados.

Cuando fue obvio que no podríamos hablar de nada sensato con aquellos dos a nuestro lado, descubrimos que compartíamos un sentido del humor por lo absurdo, uno que yo no recordaba tener, y estuvimos diciendo estupideces y riendo como críos.

No. No como críos. No cuando yo me apartaba un mechón de la frente solo porque con ello le ofrecía en cierto modo mi oreja y mi cuello, que Martin no osaría acariciar, o le tocaba el brazo para llamar su atención, o cuando él me rozaba la pierna con la suya o bebía y me miraba por encima del borde de su copa con los ojos ardiendo de deseo. Jamás pensé que una mirada pudiera ser tan sensual, que unos ojos acariciantes pudieran hacerme sentir arder como si me hubieran desnudado y fueran las yemas de sus dedos quienes me lamieran la piel.

Nadie me había mirado así nunca. Me parecía tan escandaloso como erótico el modo en que sus ojos me recorrían los labios o el cuello, o se posaban con mayor o menor disimulo en mi pecho y notaba cómo el peso de mis senos crecía. Me hacía sentir hermosa, sensual, pecaminosa. Una diosa de la pasión. Bajo sus ojos era consciente por primera vez de la plenitud de mi feminidad y me sentía poderosa solo por ser mujer.

Al fin la pareja de enamoradísimos se dio cuenta de que lo que pretendían hacer estaba penado por la ley si no buscaban un lugar privado, y se pusieron en pie para marcharse. Ya estaban cerca de la puerta cuando vi el pequeño bolso negro. Puse cara de traviesa y se lo enseñé a Martin, quien puso los ojos en blanco, resopló divertido, y de inmediato se levantó tras ellos. Los alcanzó en la salida.

Pude imaginar la conversación solo por sus caras. Le habían reconocido, y, aunque los británicos no fueran muy efusivos con nada, estos eran unos británicos beodos, así que después de dos o tres minutos Martin se hizo un selfi con ellos y volvió algo avergonzado.

—Nos están pagando otra ronda en agradecimiento. La traerá el camarero.

—No me sorprende: has sido muy amable al no quedarte con el bolso. — Se encogió de hombros, como si no supiera de las miradas fijas en él a su alrededor y de los cuchicheos en voz baja. Pero se le veía azorado. Azorado y adorable—. Y es lógico —continué divirtiéndome a su costa— que quisieran inmortalizarte en una foto: no has intentado meterme la lengua en la garganta, así que deben considerarte todo un caballero.

—No creas que no lo he valorado seriamente. —Me miró seductor, y, por un momento, la imagen de un beso tórrido me llenó la cabeza y mi respiración se aceleró—. Era un bolso muy versátil. —Sonrió, sabiendo qué me había inducido a pensar—. Y hacía juego con mis zapatos.

Y me enseñó un zapato *chelsea* de una talla considerable. Solté una carcajada antes de responderle con humor, mi mano en su hombro.

—No seas anticuado. Hace años que los bolsos van a juego con lo que llevas en el cuerpo, no en los pies.

Creo que lo sorprendí. En todo caso llegó el camarero con dos copas llenas y propuse un brindis.

—Por los caballeros.

—¿Aunque sean anticuados? —simuló sentirse ofendido.

—Ooh, sobre todo por los anticuados. Esos son siempre los mejores —le aseguré guiñándole el ojo.

Bebimos.

Y el resto de la noche pareció desvanecerse.

¡¡Barrotes!!

—Guapa, creo que te llaman a ti.

Alguien me zarandeaba el hombro sin delicadeza. Alguien con un acento que solo había escuchado en la televisión. Alguien con voz de mujer. Alguien que mientras hablaba debía mascar un chicle enorme. Alguien que me llamaba «guapa». Que me llamaba «guapa» a mí.

Quien fuera, no era de mi interés. Prefería ignorarla.

—Guapa, será mejor que la próxima vez contestes. Podría irse y no volver.

Se me cayó la cabeza y abrí los ojos. No fue así en realidad, mi cabeza dejó de estar apoyada donde fuera e intenté mirar para saber qué estaba pasando, pero la luz del sol que entraba por algún lugar del techo me laceró tanto los ojos que los cerré con fuerza.

—Guapa...

—Cállate.

¿Aquel sonido de ultratumba era mi voz?

—U-uh, alguien se divirtió anoche, ¿no, guapa?

Seguía sin poder abrir los ojos. Y sin poder hacer callar a quien mascaba chicle.

Control de daños: estaba sentada, tenía las manos en las sienes, me acababa de dar cuenta, y las masajeara porque me dolía la cabeza. Anoche debí beberme incluso el agua de las macetas. ¿Qué celebraba...?

Abrí los ojos... y los volví a cerrar.

Prevención de riesgos: la luz.

Dios. ¿Y si los abría poco a poco?

Pestañee varias veces hasta lograr mantenerlos entrecerrados.

Análisis de lugar: frente a mí una pared de baldosas azules de quince por quince estilo sanatorio y un banco de madera tipo vestuario de instituto. ¿De dónde venía la luz? Alcé un poco el cuello y ahogué un quejido. Una claraboya dejaba entrar luz cenital en un techo a más de tres metros de altura. Giré a mi izquierda. Una... una... una mujer indescriptible que masticaba con la boca abierta me miraba con curiosidad.

—¿Cómo has acabado aquí, guapa?

Me rendía, no estaba para pensar. Agaché la cabeza huyendo de la luz y me apreté las sienes con más fuerza, procurando mantener los ojos abiertos.

—¿Qué es *aquí*?

¿Por qué mi voz sonaba a estar viviendo la peor resaca desde mis días universitarios?

Viendo que no obtenía respuesta miré a la... Intentaba no juzgar a nadie por su atuendo, pero hice una excepción: a la prostituta que tenía a mi lado. Esta se encogió de hombros y señaló a mi derecha. Seguí su mirada y...

Barrotes. Barrotes metálicos. Una cancela de metal haciendo las veces de pared con una puerta de doble cerradura.

¡Aquello era en una celda! No acostumbraba a dejarme llevar por el pánico, pero si había hecho una excepción juzgando a la dama sin saber, tal vez podía hacer otra y empezar a preocuparme seriamente.

¡¡Barrotes!!

Situación: estaba detenida no sabía dónde ni por qué con una prostituta que hablaba un inglés que apenas entendía.

Diagnóstico: Muy grave.

Quise ponerme en pie, pero las piernas apenas me sostuvieron y el estómago amenazó con vaciar lo que contenía.

Resignada, me quedé quieta e intenté pensar, pero mi cerebro se colapsó.

—¿Dónde estoy?

Además de encerrada, quería decir.

—En Richmond.

¿Qué diablos estaba haciendo yo en Virginia?

Sí, ya sé que Richmond es un municipio dentro del área suburbana de Londres, pero es también, para vuestra información y antes de que sigáis riéndoos de mí, la capital del Estado de Virginia en Estados Unidos. Y honestamente, tal y como estaba, ni siquiera sabía que estaba en Inglaterra y no en mi país. Insisto: olvidaos de la geografía, ¡que estaba en prisión cual delincuente!

Volví a apretarme las sienes intentando recordar. Solo el esfuerzo me hizo arder la frente. ¿Qué demonios...?

—¿Keyra Johnson?

La mujer a la que había despreciado por llamarme *guapa* y ser una prostituta me dio una lección ayudándome a ponerme en pie. Me hizo sentir todavía peor, lo que creía imposible.

—Gracias. —Intenté que mi voz sonara suave y fracasé, seguía teniendo una lija por garganta.

Un crío de uniforme me sacó de allí y me llevó por un corredor hasta una

puerta custodiada por dos tipos enormes.

—Aquí tenéis a la americana —les dijo, dejándome a su merced.

¿Qué americana?, ¿acaso no éramos todos...? Sin poder pensar en nada me colaron dentro sin contemplaciones.

Otra vez no, por favor. Se me estaba exigiendo mucho y nadie me explicaba por qué. De acuerdo, estaba sola en esto y más me valía salir adelante.

Análisis de lugar: una sala cuadrada, pequeña, sin ventanas, con dos tubos fluorescentes. Una mesa alargada, dos hombres de uniforme, tres de traje.

—Siéntese.

—Gracias.

Quise borrar mi última palabra. No estaba agradecida por nada de lo que estaba ocurriendo, pero me senté porque mi estado físico era lamentable.

Sentí que todas las miradas se posaban sobre mí, pero no me importó. Yo era Keyra Jonhson, estaba acostumbrada a que me miraran, evaluaran, criticaran, emularan, envidiaran y a que hablaran de mí... formaba parte de mi rutina y había aprendido a ignorarlo siendo una niña. No tenía ni idea de qué estaba pasando, pero si creían que iba a perder los nervios no sabían con quién estaban tratando.

Yo no tenía nervios que perder, se los quedó todos mi hermana.

Tras más de un minuto de silencio, uno de los hombres sentado frente a mí, uno con pinta de policía, carraspeó. Al parecer comenzaba la función.

—Esto es solo una pequeña reunión. No hay abogados todavía y no están obligados a hablar.

Algo no me cuadraba, algo no iba bien. ¿Qué era? Mi cerebro parecía no funcionar, como si se hubiera quedado colgado y no pudiera reiniciar. Me estaba perdiendo algo importante. En realidad sabía que me lo estaba perdiendo todo, pero no sabía qué.

—¿Señorita Johnson?

Sacudí la cabeza intentando aclararme. Ni una sola idea o explicación llegó a mí.

—Me acojo a la quinta enmienda —salió de mi boca.

Al menos sí tenía acceso a la carpeta de mi memoria en la que guardaba lo que aprendí con aquella novela de suspense romántico sobre detenciones policiales, investigaciones judiciales y medicina forense. Invitaría al detective Kirkpatrick a una cerveza en cuanto volviera a ser yo.

—Vuestras enmiendas no son de aplicación aquí. —Pareció paladear sus

siguientes palabras—. No te servirá de nada exigir las.

Otro click en mi cerebro y otra carpeta abierta: el acento era británico. Estaba en Inglaterra. ¿Qué hacía yo...? Como un fogonazo me vino una imagen distorsionada de una cena en uno de mis restaurantes favoritos... Ambos policías seguían mirándome, intimidantes. Estaba impresionada, no os lo niego, pero no iba a dejar que lo supieran. Robé a mi madre su expresión más rancia antes de responder.

—¿Poli bueno? —Miré al que me había invitado a sentarme para posar mis ojos después en el que me negaba ahora mis derechos constitucionales por no estar en mi país—. ¿Poli malo?

Sin querer agotar la paciencia de nadie volví a callar. Se miraron y me miraron. Fijaron su vista en un punto por encima de mi cabeza.

—¿Señor Campbell?

Me giré de golpe mientras la imagen difusa de una cena se convertía en la noche anterior. Lo brusco del movimiento hizo que me viniera un pequeño vahído. O tal vez fue la furia en los ojos azules que me miraban la que me provocó la sensación de desmayo. Nadie me había mirado nunca con tanta ira. No, no era ira. Era odio. Duro, despiadado, visceral odio.

No dijo nada, pero no apartó la mirada de mis ojos. Deslizó sobre la mesa un periódico en mi dirección. Por supuesto no lo detuve cuando pasaba frente a mí. Mis reflejos eran nulos y cayó al suelo mientras yo hacía un gesto inútil por alcanzarlo.

Intenté asegurarme a la mesa con las manos antes de agacharme a por él, tratando de evitar una caída, pero ni siquiera llegué a inclinarme. En el suelo, abierta con descaro, estaba aquella foto enorme a doble página y en color donde me reconocía de espaldas prácticamente desnuda, en plena noche y en mitad de un parque, a horcajadas sobre Martin Campbell, él tan falto de ropa como yo, haciendo... haciendo...

Miré unos segundos más la foto, incrédula.

Control de daños: todos.

Diagnóstico: estrella de la pornografía *amateur* por error inexplicable.

Vomitó sobre el periódico antes de poder evitarlo.

A partir de aquí estalló el caos. Colaboré estrechamente con el caos, más bien. Tras mi penosa actuación llamaron a alguien para que limpiara y me ayudaron a sentarme. Pedí ir al baño y debía estar peor de lo que pensaba porque se compadecieron de mí. Me acompañó una agente. Cuando me miré al espejo, me horroricé: el maquillaje, el pelo... también mis ropas. ¿Qué llevaba

puesto? No mi vestido de firma.

¿¿¿Y las perlas de mi bisabuela??!! Justo castigo, me reproché al saber que era imposible que hubiera perdido mi alianza, justo castigo por jugar a un juego al que no tenía derecho.

Conseguí que la agente me prestara un cepillo del pelo, una goma para hacerme una coleta y un cepillo de dientes de usar y tirar. Me lavé la cara con brío hasta dejarla bien limpia e inquirí en silencio por mis ropas. Al parecer me habían puesto un uniforme de limpieza porque en algún momento me había quitado el vestido.

La foto me vino a la mente de nuevo y con ella... ¡¡David!!

Ahora sí, mi cerebro volcó toda la información verdaderamente relevante. ¿Habría visto aquella foto David?

Volví a la sala sin ningún plan y, por tanto, con el objetivo de asegurarme de que nada ocurriera mientras no tuviera uno.

—Quiero hacer una llamada —fue lo primero que dije al entrar. Me la negaron—. Conozco mis derechos. —Desde luego que no, pero no dejaría de insistir hasta que pudiera escuchar la voz de mi marido.

Así que pasé cuatro minutos seguidos diciendo como una niña caprichosa que quería llamar, y que quería llamar, y que quería llamar, y que había dicho que quería llamar. Fue curioso, pero en cuanto tuve un no plan, el malestar quedó en un segundo plano.

Cuando la policía supo que no avanzaríamos sin mi llamada me dejó un teléfono, no sé si porque tenía derecho o porque la otra opción era encerrarme de nuevo y les di lástima. Marqué su número sin necesidad de pensarlo, señal inequívoca de que mi cerebro regresaba al fin a mi cráneo desde donde fuera que había estado de viaje la noche anterior. David lo cogió al segundo tono.

—Cariño, soy yo.

Se cortó. No, no era cierto, colgó. Colgó porque primero escuché una palabrota.

Estuve a punto de dejarme llevar por la desesperación, pero un comentario a mi espalda, muy cerca de mí, me obligó a seguir manteniéndome firme.

—Anoche no pareció preocuparte el hecho de estar casada. Ni siquiera recuerdo una alianza en tu dedo anular izquierdo.

Me puse en pie e intenté abofetearle. Cazó mi mano al vuelo sin ningún mérito, fui muy lenta. Nos miramos fijamente. ¿Dónde estaba la química de la noche anterior?, ¿el deseo? ¿Dónde había quedado la conexión, la sensación de que había encontrado a alguien que percibía el mundo que guardaba dentro

de mí y que nadie más era capaz de ver?

Porque si yo veía odio en sus ojos, no dudaba de que los míos reflejaban exactamente lo mismo. Martin Campbell acababa de cargarse mi matrimonio y se atrevía a juzgarme. No sabía quién era yo ni cuánto daño podía hacerle, pero iba a descubrir el precio de mi ira.

—Será mejor que se calmen. —El tono nos hizo sentir como niños díscolos.

Soltó mi mano y dejó de mirarme. Recordé que era buen actor: en el momento en que apartó la vista, pareció que dejara de existir para él. Solo el pequeño latir de una vena en su frente le delataba. Volví a sentarme y él debió quedarse de nuevo detrás de mí. No me giraría a ver qué hacía.

—Quiero un Almax.

Aquella fue la segunda de un montón de peticiones ridículas. Desde luego no me concedieron ni una sola más, pero hice tiempo suficiente para que, como en los cuentos, llegase el hada madrina al rescate. Alguien envió a un abogado para mí.

El hada madrina resultó ser Daniel Weston, mi agente en Inglaterra. El mismo agente, por cierto, que tenía Martin, de ahí la facilidad para concertar una entrevista tan vaga como la que planeé y conocernos. Había llegado con dos abogados, uno para cada uno. Mientras el culpable de que mi matrimonio pendiera de un hilo —*hasta que no se esclarecieran las causas cada uno era libre de tener una versión y la mía era culpar de todo al tipo que se había acostado conmigo*— hablaba con *mi* agente, yo había hablado con mi abogado, quien me había explicado que habría una pequeña vista en menos de una semana, que siendo un delito menor me dejarían en libertad hasta dicha vista, que dudaba de que me pusieran problemas para volver a Nueva York y regresar para el juicio, y otras cuestiones jurídicas que no alcanzaba a comprender ni eran de mi incumbencia. Su labor era sacarme de allí; la mía, salir airosa.

Después llegó Daniel.

—Keyra, sería más sencillo si le dijeras quién eres e hicierais una defensa común.

Me sentí ultrajada.

—¿Le has dicho quién soy?

—No, no lo he hecho, no lo haría sin tu consentimiento, pero si supiera que serás la guionista de...

—No.

Calló. Mis «no» eran inapelables y aquel hombre me conocía bien, hacía cinco años que representaba a Blue Scarlett. Suspiró sonoramente, frustrado, antes de cambiar de tema. O de volver *al tema*.

—¿Qué pasó anoche?

Ahora fui yo quien se sintió frustrada, y era un sentimiento nuevo para mí.

—No tengo ni la más remota idea.

Pero no dudéis que iba a averiguarlo.

Se hizo un silencio extraño. Me miraba dubitativo, tuve la sensación de que valorando qué contar y qué callar. Esperé yo según mi costumbre de controlar los silencios. Habló él.

—Escucha, Martin me matará si sabe que te he contado esto pero...

—No le habrás dicho tú a él «Keyra me matará si sabe que te he dicho que es la guionista de la película que todo el mundo quiere ver», espero. —Su cara no fue de enfado, fue de agravio. Daniel era un hombre íntegro y de un agente era decir mucho—. Lo siento, la presión está haciendo mella. Y el agotamiento.

Mi mente había empezado a consumir energía y mi cuerpo a perder la que le quedaba.

—Olvídalo. —Estaba enfadado—. ¿Necesitas que...?

—Por favor. Lo que sea que fueras a decirme es sin duda por mi bien. Por *nuestro* bien, el de Martin y el mío. —Unir nuestros nombres hizo que se me revolviere el estómago de un modo extraño.

Vi que volvía a valorarlo y a confiar en mí.

—Hace diez años, cuando protagonizó aquella miniserie de época para la BBC que lo catapultó a la fama, ocurrió algo similar, aunque más discreto. Una noche, una desconocida y unas fotos. Estaba orquestado por un periódico sensacionalista. Martin pagó a la chica más que lo que el diario le ofrecía y evitó que las fotos salieran a la luz. En dos palabras: trampa y chantaje. Y tengo que reconocer que esto se parece demasiado a aquello, más aún si no sabe quién es su compañera de baile.

Enrojecí ante la expresión «compañera de baile». Era una frase hecha, ridícula para la ocasión, y sin embargo me pareció sensual. Llegó a mi cabeza la nocturna número dos de Chopin y nos vi meciéndonos, desnudos, al son de la hermosa melodía, en pie primero, entre las sábanas después, y... ¿pero qué demonios me ocurría?

Era mejor que me centrara en el hecho de que Martin pensaba que yo pudiera estar intentando aprovecharme de *su* dinero y fama. Yo, me dije,

Keyra Johnson, buscando fama y dinero. Me chocó tanto que no supe qué decir.

Podía entender su enfado, pero era *mi enfado* el prioritario. Era *mi situación* la que primaba en aquel momento, y empezaba por evitar que se supiera que era yo la dichosa pareja de baile, para continuar tratando de mantener a flote mi matrimonio. Aquello, lo que me había confiado Daniel, era una información que necesitaba madurar antes de valorar y que no era urgente valorar. Así que la guardé en algún lugar de mi cabeza, en una carpeta que, irreverente, etiqueté con el nombre «Y a mí qué», murmuré un gracias y me concentré en mí. En esos momentos solo importaba que yo saliera ilesa de aquel embrollo y había una posibilidad de lograrlo. Una importante.

—¿Te importaría llamar a mi padre? Solo podía hacer una llamada y... — Se me quebró la voz. Esperé hasta estar segura de haberla recuperado—. Dile qué ha ocurrido. En las fotos que me ha enseñado el abogado no se me distingue si no se sabe que soy yo quien estaba con él. Mi padre se asegurará de que nadie me relacione con esto. Si mi nombre no sale de esta comisaría...

No hacía falta decir más. No se propagaría más allá de aquellas paredes y nadie relacionaría a Keyra Johnson, no cuando el tío de mi madre fue el presidente Johnson y su familia seguía siendo una de las grandes donantes del partido demócrata, no cuando mi padre poseía una séptima parte de los medios del país y era afín al partido republicano, no cuando nuestra sangre se había mezclado con la de los Astor y los Vanderbilt. A veces venían bien los galones.

Mi identidad permanecería en secreto.

No por primera vez me alegré de que mi padre fuera un hombre despiadado y sin sentimientos, capaz de despedazar a quien le contrariara. Si le pedía la cabeza de aquel actor o no todavía estaba por ver. De momento, me burlaría de él en la vista.

El anonimato jugaba en mi favor y la fama en su contra.

De héroe a villano

Miré la fachada, idéntica a las del resto de la larguísima calle, con un porche neoclásico semicircular blanco coronado por una terraza y un jardín minúsculo entre la verja y la puerta, ambas negras. Comprobé el número en dorado, alcé la vista una vez más a la fachada y una vez más me pregunté qué demonios hacía allí. No, la pregunta del millón era qué me impulsaba a estar allí.

Posición: la calle Inverness Terrace, que no os dirá nada, pero era la dirección exacta de Martin Campbell.

Curioso, una dirección que todas sus fans buscaban y que parecía un secreto de estado estaba en la cabecera de la demanda del Estado contra la señora Johnson y el señor Campbell. La tentación de colgarla en la red y que se viera acosado u obligado a mudarse había sido enorme durante el día de ayer, pero afortunadamente para él no era una mujer impulsiva. Razón de más para preguntarme qué diablos hacía yo allí.

Una casa, en fin, a trescientos metros escasos de la entrada noroeste a Hyde Park, en Bayswater, zona cara y al alza, con muchas viviendas reconvertidas en hostales y otras tantas en venta o alquiler.

Tenía que centrarme. No había llegado frente al adosado del cuidado jardín para hacer un análisis del mercado inmobiliario en los barrios periféricos al centro de la ciudad. Y si quisiera una residencia en Londres no elegiría esa zona.

Situación: hecha un lío.

Hora: tenía que mirar mi reloj de muñeca si quería saberlo, pero era el día siguiente a haber des-pertado al lado de una prostituta que mascaba chicle, y era por la tarde porque ya había comido.

Hoja de ruta: o plan, o idea o programa... ninguno.

Entonces, ¿qué demonios hacía allí?

Martin Campbell no se había portado bien conmigo. Se había marchado de Richmond sin ver-me, sin preguntarme si tenía cómo regresar, sin pedirme hablar de lo ocurrido para tratar de esclare-cerlo juntos... nada. Me había declarado culpable de un crimen que, en realidad, había ocurrido diez años antes.

El hombre que me había hecho sentir viva, que me había llevado a los

límites de mi propia piel, me había dejado sin mirar atrás.

El mismo hombre, me recordé con rencor, que había roto mi matrimonio. Porque David seguía sin contestar a mis llamadas. Dev, a pesar de sus opiniones, iba a hablar con él y a intentar mantenerlo en nuestra casa hasta que yo llegara.

Y yo estaba frente a la puerta de Martin Campbell esperando ¿qué?, ¿una disculpa?, ¿una rama de olivo?, ¿un plan común?, ¿que me escuchara? No lo sabía. No lo sabía porque había ido allí siguiendo un impulso y sin un plan.

Para enmendar mi indecisión, aquella puerta negra e inoportuna se abrió y la misma imagen de mi salvapantallas llenó el vano. Hep, ni mi hermana sabe eso, nadie toca mi portátil. Así que esta es otra de esas cosas que va a quedar entre nosotras.

Lo miré y olvidé todo lo que no fuera él. Su presencia me superó. No era su altura, ni su cuerpo esculpido a base de ejercicio. Emanaba fuerza, carisma. Hacía que no pudieras apartar los ojos de él. Y una vez lo mirabas, su devastador atractivo era tu perdición. Me faltó el aire, me temblaron las manos y olvidé sus palabras, su desplante, su odio y solo recordé a quien me había hecho sentir una diosa mirándome como nadie lo había hecho jamás.

Supe con exactitud cuándo me vio. Miró a un lado y a otro de la calle antes de hacerlo al frente y entonces frunció el ceño y entrecerró los ojos. Ya no era su deidad; había sido rebajada al nivel de harpía.

—Márchate de aquí.

Incluso enfadado, su voz resultaba sexi, y me conmocionaba, haciéndome sentir como una tonta. También yo me había rebajado de diosa a patética, y me aborrecía por ello.

Posición: en frente de la casa de Martin Campbell.

Estado anímico: muy enfadada.

Hoja de ruta: enfadarle tanto como lo estaba yo.

¿Veis que sencillo es a veces que todo cuadre?

—Tenemos que hablar.

—Tú y yo no tenemos...

—... nada de que hablar —terminé por él. Dev detestaba que acabara sus frases con voz aburrida—. Ahórrame un mal guion y déjame entrar.

—No.

—Entonces me pondré a gritar aquí mismo cual energúmena para que me escuches desde dentro. O lo harán tus vecinos, al menos.

No, no pensaba gritar. Todavía tenía la voz algo ronca, además. Pero aquel

tipo me tenía en el peor de los conceptos, que seguro que incluía chillidos en plena calle.

Se acercó a mí, intimidante. No me moví ni un ápice. Martin Campbell no conocía a mi padre. Nathaniel Bradley sí que era un hombre intimidante.

Martin Campbell no conocía a mi padre todavía, me relamí. La mera idea me provocó una son-risa ladeada que hizo que su ceño se frunciera todavía más.

—Tres minutos y desaparecerás para siempre.

—Cinco —regateé solo por el placer de contradecirle. No necesitaba más de dos para hacerle entender lo que había ocurrido y dejaría de haber plazos y hablaríamos como dos personas civilizadas y agraviadas por los mismos desgraciados.

—Y desaparecerás para siempre.

—Será un placer. —Veríamos si protagonizaba o no mi película.

Abrió la pequeña valla y entré. Le seguí hasta la puerta, que abrió. Me cedió el paso creo que por costumbre y me guio hasta la cocina.

Miré a mi alrededor como había hecho en la calle: una cocina funcional de estilo antiguo con azulejos caravista en blanco, muebles en color palosanto con puertas

de latón, encimera con horno estilo industrial y suelo de madera envejecida pero pulida y barnizada en mate. La perfecta cottage. Me vino a la memoria que hacía bricolaje en sus ratos libres. Al parecer era bueno.

—Has desperdiciado ya un minuto de tu tiempo.

No, no era bueno. Era un cretino.

—Tengo la sensación de que lo del viernes por la noche fue una trampa.

Alzó la ceja y me miró con desprecio.

—¿Tienes la sensación, eh?

Me tuve que recordar que yo no gritaba.

—Lo que quiero decir es que alguien quería ponerte a ti en una situación comprometida y yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Chasqueó la lengua, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la cadera contra la bancada de madera de pino. No pude evitar apreciar su masculinidad.

Me miraba y callaba esperando que continuara, pero era él quien debía preguntarme a qué me refería. Si era una guerra de silencios, yo manejaba muy bien los tiempos.

Miró su reloj.
¡Maldito fuera!

—No recuerdo nada de lo que ocurrió. Absolutamente nada. Y yo no bebo. Por la razón que sea el camarero del The Grenadier debió ponernos algo en la bebida. He contratado a alguien para que lo investigue. Y también he pedido un análisis de una muestra mía de orina y sangre, estoy convencida de que encontrarán restos de drogas. Te emplazo a que hagas lo mismo; lo que sea todavía no se ha-brá borrado de tu cuerpo.

—Seguía mirándome impávido, no creía lo que le decía. Y por alguna razón que de momento no quería analizar, para mí era importante que me creyera—. Martin, durante mi época universitaria tuve resacas suficientes para ser inmune al alcohol, resacas en las que me molestaba incluso el ruido del silencio. Mi estado de ayer por la mañana no pudo deberse a que alguien pusiera ginebra a mi Elder-flower por error. Ayer estaba peor de lo que nunca he estado.

Lo vi mirar su reloj una vez más.

—Último minuto.

Me sentí desesperada. Supongo que porque rara vez se ponía en duda mi palabra. Me acerqué a él, prácticamente me lancé sobre él y le cogí por las solapas de la chaqueta.

—Tienes que creerme. Jamás haría algo así. ¿Por qué tendría que hacerlo? Ya te lo dije: no bebo. Y estoy casada. ¿Qué sentido...?

Callé. La furia en sus ojos detuvo el torrente de mi voz.

—¿Que tengo que creerte? ¿Por qué habría de hacerlo? Una mujer casada no se dejaría llevar co-mo tú lo hiciste durante la cena, o, al menos, no una mujer casada que pretendiera ser fiel. Tampoco olvidaría su alianza ni permitiría que la acariciaran como me lo permitiste a mí durante toda la noche.

Me aparté de él como si quemara. Su rencor se convirtió en el mío.

—Me acariciaste porque tampoco tú estuviste a la altura de lo que de ti se esperaba. También tú tienes pareja y también tú...

Me cubrió la boca con la mano, sujetándome con la otra por la nuca. El dolor que vi en sus ojos por mis palabras me laceró a mí del mismo modo que su rencor me había traspasado.

—No te atrevas, Keyra, si es que es ese tu nombre. No te atrevas —silbó su voz.

Aquella mano que me acariciara la barbilla, que me había tomado por la cintura, que me había hecho sentir viva; aquella voz que había susurrado mi

nombre para hacerme sentir mujer... me ofen-dían ahora de todas las maneras posibles.

Sentí caer una lágrima. Incredula, noté cómo caía otra. Y otra.

Yo no lloraba, me dije.

Y entonces recordé que sí lo hacía. Que lloraba porque estaba hormonada. Que pretendía tener un hijo con un marido que me despreciaba, tanto como el hombre que me miraba ahora.

Eché la cabeza atrás, soltándome, y me pasé la mano por los ojos, sustituyendo las lágrimas, su-puse, por un rastro emborronado de rímel que añadiría drama a mi absurda tragedia.

—Creo que será mejor que me marche.

Dudó. Lo vi dudar y quise que me llamara y me dijera que me detuviera, que habláramos. Y la sensación de patetismo aumentó.

Derrotada como no me había sentido nunca me di la vuelta para irme.

—Keyra —me llamó en voz baja, al fin.

Pero ya era tarde. Tarde para lo que fuera.

Solo tarde.

Me encantaba, era como estar en mi propia novela. De esa situación iba a aprender mucho. Incluiría aquello en algún libro, me prometí optimista.

Análisis de lugar: estaba en una sala de un juzgado, el juez, el secretario y el personal habitual, los dos abogados, uno por parte, él y yo. Ellos habían pedido secreto de sumario y no nos habíamos opuesto. Que creyera que me desfavorecía que mi nombre no fuera público: más por lo que disculparse cuando averiguara qué había ocurrido.

Porque no dudéis que lo haría. Sabría qué había ocurrido, por qué, quién estaba detrás, y entonces pediría cabezas. Y no a mi padre, sino a la justicia. Cabezas en forma de dinero que arruinarían los bolsillos que ahora se llenaban y que donaría a alguna institución. ACNUR, tal vez, por ser la iniciadora de todo aquello.

Estado anímico: fuerte y divirtiéndome. Me sentía segura porque si mi nombre no había trascendido no lo haría ya. Sabía que el futuro no era halagüeño, pero hoy me permitía sentirme bien y poderosa.

Hoja de ruta: acabar la vista y regresar a casa.

—Solo para estar seguro de que lo he entendido, letrados. —El juez trataba de simular una son-risa. Yo no: yo sonreía abiertamente—. El abogado del señor Campbell afirma que la señora John-son planificó lo ocurrido la noche de autos para ganar popularidad y lucrarse con ella. ¿Es así?

—Así es, Señoría —respondió el aludido, impertérrito.

Su cliente, no obstante, no podía disimular su en-fado. Que era lo que me hacía sonreír a mí de oreja a oreja.

—Y el de la señora Johnson alega exactamente lo mismo, pero en sentido contrario: que fue el se-ñor Campbell quien organizó aquella noche para ganar popularidad. ¿Es eso lo que mantiene su defendida, le-trado?

No, no creía una palabra de lo que había pedido a mi abogado que alegase. Pero mientras no tu-viéramos una explicación bien podía exasperarle jugando a comportarme como una niña malcriada.

—Es obvio, Señoría, que es la popularidad del señor Campbell la que ha crecido exponencial-mente en un solo día. De mi defendida nada se dice.

—Porque existe secreto de sumario y todavía se desconoce su identidad. Apuesto a que habrá una filtración en breve —¿qué insinuaba? Si había una fuga de información habría una quema de brujas. Mi padre prendería la hoguera de los resentimientos— que le supondrá cobrar decenas de miles de libras por acudir a algún programa de medio pelo.

Al parecer tenía un abogado necio a juego con él.

—Mera especulación, Señoría. Sin embargo, la realidad nos dice que a fecha de hoy es el nombre del señor Campbell el que va asociado a un vídeo que en una semana ha superado el medio millón de visitas en la red.

No os lo he dicho, lo sé. Había muchas fotos y también un vídeo desde varios ángulos; un vídeo hecho por un equipo profesional que yo no había sido capaz de ver todavía. Era una pesadilla. De verdad que no estoy preparada para hablaros de ello. Más adelante os lo contaré, prometido.

—¿Especulación? Por el amor de Dios, solo hay que mirarla para ver qué tipo de mujer es —saltó finalmente Martin, que desde que había comenzado la vista parecía una olla a presión.

Di un respingo. Era la primera vez que escuchar a alguien reconocer mi belleza me parecía el peor de los insultos. ¿Y qué clase de mujer se suponía que era yo? ¡Pensar que en un momento de ilusoria intimidación me había planteado confesarle a qué me dedicaba! Que creyera que me dedicaba al chantaje, si le apetecía. Definitivamente no quería volver a verlo nunca más.

—Como sea —repliqué yo, presumida, riéndome de él aunque por dentro ardieran de indigna-ción—, de momento, toda la prensa que hay ahí fuera no está por mí sino por ti. Y eres tú quien arde en Youtube.

Golpe bajo, lo sé, pero hubierais tenido que ver el vídeo que yo aún no había visto: por lo que se decía, a Martin Campbell le gustaba mucho el sexo.

No, todavía no hablaríamos de cómo se valoraba mi actuación.

—Orden. —Era el juez con voz paternal, de nuevo y ya había perdido la cuenta, interrumpiendo un más que probable grito de Martin hacia mí.

Todavía no tenía los resultados de las muestras de orina y sangre y el detective privado seguía buscando algún lugar desde el que comenzar a tirar del hilo. Aún no teníamos nada relevante.

Mi hermana, consejera delegada de una parte de las empresas en las que mi padre era el presidente, había pedido a algunos contactos de confianza en las agencias europeas información sobre la revista británica que se había hecho con los derechos de aquel esperpento.

Así que de momento no había nada que lanzar a la cara al mezquino de Martin Campbell.

Es curioso cómo se transformaba un hombre de héroe a Romeo y de Romeo a villano conforme las circunstancias cambiaban, ¿verdad que sí?

En todo caso, la vista acabó con fecha de juicio para tres meses y medio después, me permitieron volver a mi casa y cogí un avión sin mirar atrás.

Tenía muchas cosas esperándome por las que luchar.

Objetivo a corto plazo: convencer a mi marido de que todo había sido un error del que no se me podía responsabilizar, de que debíamos darnos una oportunidad y continuar con mi alianza en el dedo. Esa de oro blanco que no pegaba con mi vestido años veinte.

Imposible pero cierto

Domingo, seis menos tres minutos y mi hermana ya estaba allí. Manifiestamente sintomático. No había dejado de ser más que puntual desde hacía nueve semanas, desde que había llegado de Londres. Preocupantemente sintomático. Y me había animado a elegir yo el lugar cada domingo, uno tras otro. Escandalosamente sintomático. Y hoy, yo me había decantado por el Upstairs at the Kimberly, a treinta pisos de altura en el Midtown, con calefacción en el suelo, terraza exterior e interior, techo acristalado y magníficas vistas del edificio Chrysler desde cómodos sillones chester. Apocalípticamente sintomático. Sí, lo habéis adivinado: mi vida no iba nada bien.

Me acerqué y por primera vez rompimos la tradición, esa en la que siempre era yo quien iniciaba la conversación con cuatro preguntas sobre su rutina. Ni siquiera había dejado el bolso a un lado para sentarme cuando escuché su voz, animada, falsa.

—Estás muy guapa.

Me quedé completamente quieta, mirándola, y tuve que recordarme que era mi hermana quien me hablaba. Frases como «ah, bueno, si estoy guapa mi vida se solucionará sola» o «si es tu forma sutil de preguntar si he tenido sexo, la respuesta es un no, aunque no sea de tu incumbencia» quedaron encalladas en la punta de la lengua.

Mi hermana era agradable por naturaleza. Yo era borde por naturaleza. La naturaleza era absurda con mi hermana y conmigo. Y últimamente mi mala leche asomaba con naturalidad y sin límites.

Pero Dev me conocía bien y sabía qué no estaba diciendo.

—Solo tienes que responder «gracias, es el vestido: es nuevo».

Sonreí con desgana.

—Llevo pantalones.

Ella sonrió con tristeza.

—No estás guapa, Kee. La realidad es que se te ve fatal. Has perdido peso, tu piel ha perdido luz y tu pelo no brilla. ¿Comes correctamente?, ¿sigues haciendo deporte a diario?, ¿te cuidas?

—No... No... —La miraba retadora. Que se atreviera a reñirme por no llevar una vida sana cuando esta se desmoronaba. Como si comer cinco piezas de fruta al día fuera a retroceder el tiempo—. Y no.

Solté el bolso con descuido, me senté y llamé al camarero. Se acercó solícito antes de que mi her-mana pudiera replicar.

—Una botella de Dom Pérignon Vintage. Rosé, por favor. —Desde ese preciso instante se había acabado mi dieta antialcohol—. Y para ella lo que le pida.

Su exclamación me dijo que iba a aguarme, literalmente, la fiesta.

—Traiga dos zumos de naranja naturales y olvide el champán, por favor. —No repliqué porque me di cuenta de que no tenía ganas de discutir. Sentí su mirada penetrante sobre mí, pero callé; si que-ría una respuesta que preguntara —. Kee, ¿qué te pasa?

¡Ah, y tenía que preguntar!

—¿Además de que me acosté con Martin Campbell, quien me desprecia y ha resultado ser un imbécil, en un lugar público y fui detenida por ello? ¿Y que eso supusiera ser infiel al hombre con el que me casé hace cinco años, y que no soporta estar en la misma habitación que yo y menos aún dormir en la misma cama? —Me encogí de hombros y saqué mi móvil del bolso sin necesidad de apartar la vista de los ojos que me miraban horrorizada—. ¡Nada! Mi vida es perfecta tal y como es.

Y me puse a revisar mis mensajes.

Dev me dio de tregua hasta que regresara el camarero. Devolví el móvil a su sitio. Ni un solo mensaje. Los hombres eran idiotas. A uno y otro lado del Atlántico.

—Creí que las cosas iban mejor entre David y tú.

—No se fue de casa, pero vivimos en sitios distintos. Cuando estoy en la cocina, él está en el comedor, y cuando voy al sillón a leer, se va a la salita. Si me acuesto antes se queda dormido en el sofá, se supone que viendo la tele. Si me acuesto más tarde, para cuando me despierto ya no está. Eso cuando no tiene que quedarse en el hospital. Hace más guardias ahora que en la primera parte de su residencia.

—¿Niños? —preguntó con tiento.

—¿Existe la reproducción humana por esporas? Porque no me ha tocado desde que volví. Ni un mísero beso. —Quería llorar, pero solo me salían risas secas; me consolaba reírme de mí misma—. Sinceramente, no sé por qué no ha recogido sus cosas si la realidad es que ya se ha ido.

Nos mantuvimos calladas durante más de diez minutos, bebiendo a sorbos, buscando algo ade-cuado que decir. ¡Como si lo hubiera!

—¿Quieres que evaluemos el hecho de que hayas hablado primero de

Martin Campbell y que sin embargo no hayas mencionado ni siquiera el nombre de tu marido?

Me sentí zaherida. Me hizo más daño aquel comentario que todos los desprecios de David juntos. Me quemó el pecho.

—Es curioso que sea mi hermana, la más temida ejecutiva de Manhattan y la mujer con el corazón más veces remendado, quien pretenda analizar mi vida amorosa —le dije mientras me levantaba—. Pero supongo que es la práctica en los fracasos amorosos la que te hace querer jugar a los psicólogos conmigo. Paga tú los zumos, yo hubiera pagado el champán.

Y pasé por su lado sin mirarla siquiera.

Aguanté como pude el tipo hasta la boca del metro. Allí me puse las gafas de sol y dejé que las lágrimas fluyeran mientras recordaba un artículo absurdo sobre los veinte requisitos para ser un auténtico neoyorquino: uno de ellos era haber llorado en el metro. Ahora ya los cumplía todos. Celebraría mi bautizo ciudadano con una botella en casa, sin mi hermana para aguar-me la fiesta.

Dudaba mucho de que mi hermana me dijera algo en mucho tiempo.

Mucho tiempo no fueron ni veinticuatro horas después. A las ocho de la mañana del día siguiente estaba encerrada en el baño de mi habitación, en el suelo, llorando, con aquella cosa en una mano y el móvil en la otra. Había hecho bien en coger el teléfono. Pulsé el cero y marcó automáticamente. Al quinto tono saltó

el contestador. Colgué y volví a llamar. Y una tercera vez. Entonces sí, descolgó:

—Estaba en una reunión sobre responsabilidad social y... Dios, ¿qué importa eso? No te lo he cogido antes porque no quería hacerlo con gente a mi alrededor. Tus tres llamadas es el tiempo que me ha costado...

—Dev, olvídalo, no importa. —Mi voz sonaba firme, lo que me sorprendió—. Solo...

—¿Dónde has estado? Ayer no dejé de llamarte. Por la noche pasé por tu casa y nadie me abrió, así que fui a tu estudio en la calle Stanton, pero no vi luz. Es imposible que escucharas el timbre teniendo de vecinos ese club de striptease.

—Dev...

—Disculpa, es la primera vez que no sé dónde estás. No vuelvas a hacerlo, Kee. Me duele.

Ahora sí, las lágrimas comenzaron a llenarme los ojos.

—¿Cuándo puedo verte? —sollocé.

La asusté; tanto, que supe que se estaba cuestionando su agenda. Y la agenda de mi hermana era incuestionable.

—Esta reunión acabará en unas tres horas y tengo una comida a la una, pero puedo escaparme a tu casa e ir desde allí al restaurante. Revisaré unos informes que tengo pendientes por la noche, en casa. ¿Qué te parece?, ¿qué tal a eso de las once y diez en el...?

—Dev: estoy muerta de miedo.

Ni siquiera sabía que iba a decirlo. Solo salió, brotó de mi boca. Y entonces sí, el torrente de lá-grimas me impidió seguir hablando, así que colgué.

Apenas habían pasado veinte minutos cuando la puerta de la entrada se abrió.

—¿Kee? —La escuché en la planta de abajo, en la sala de estar, supuse—. ¿Kee, dónde estás?

Estaba arriba, tumbada en el suelo del baño, que era exactamente donde quería estar. Pero si no respon-

día llamaría a los bomberos. O a mi padre. O a mi madre.

No quería moverme de donde estaba, pero no podía arrepentirme de haberla llamado, así que me incorporé hasta quedar sentada contra la pared y levanté el brazo hasta el pomo, desactivando el pesti-llo.

—En mi baño.

No tenía fuerzas para gritar, pero tampoco hizo falta. A veces creía que no necesitábamos oírnos, que sentíamos nuestras presencias. Nunca me había tragado todo ese rollo sobre gemelas, dado lo distintas que éramos, pero no sabía si había hermanas tan compenetradas como nosotras.

Llegaron, ella y sus tacones de aguja, hasta el vano de la puerta. Se quedó frente a mi reflejo del enorme espejo de suelo a techo, lo que agradecí. También yo la miraba desde él.

—¿Qué ha ocurrido? Me he encontrado a David en el portal con una maleta. Me ha dicho que se iba.

—Pues eso es lo que ha pasado. Que se ha ido.

—¡Ni siquiera me ha dado dos besos! No me malinterpretes —se apresuró a explicarse—, lo que quiero decir es que después de tantos años ni siquiera se ha despedido.

—Tampoco de mí. —Me encogí de hombros y le señalé un espacio en el suelo, cual anfitriona en el salón—. Ponte cómoda. Hay un vaso en la pila,

quita mi cepillo de dientes, y agua en el bidé, por si tienes sed.

Se sentó, negando con la cabeza mi estupidez.

—¿Te ha dejado? ¿En serio? Papá va a destrozarlo. Cuando acabe con él, en menos de un mes, no trabajará en ningún hospital de la costa Este. Ni en la Oeste. Podría hacer que no trabajara en ningún hospital del país. Él o nuestra madre, si se entera de que te has separado. ¿O prefieres que lo manden al sur, a la frontera, y que se dedique a abrir piernas de inmigrantes ilegales que no le podrán pagar?

Negué con la cabeza, rendida.

—Que David sea ginecólogo ha sido el quid de la cuestión.

—¿Qué ha ocurrido, Kee?

Respiré hondo.

—Ayer llegué a casa dispuesta a beberme esa botella de Dom Pérignon. Por cierto, siento lo de ayer. —Me hizo un gesto de impaciencia, ayer no había existido—. Y cuando me vio con la botella en la mano me preguntó si sabía contar. Así, sin más, con cara y tono de suficiencia: «Keyra, ¿tú sabes contar?» Y le dije que sí. Entonces me preguntó si sabía contar hasta cuatro, y después hasta ocho. Respiré hondo y le dije que sí, que también sabía. Y extendió la mano como si yo fuera una niña pequeña y me pidió la botella. Respiré más hondo porque estaba cansada de discutir y se la di. Y entonces... entonces... — Me temblaba la voz.

Mi hermana quería abrazarme, pero sabía que no me gustaba que me tocaran cuando estaba mal, por tanto se mantenía a un metro y medio de mí aunque lo que quería de verdad era rodearme con sus brazos, besarme la cabeza, decirme que todo iría bien y que me quería mucho.

—¿Qué hizo después, Kee?

Cogí aquella cosa, aquella cosa blanca y rosa que no había dejado de mirarme durante toda la no-che ni de reírse de mí desde hacía media hora, cuando la había usado, y se la enseñé.

—Me dio esto.

Mi hermana se quedó completamente quieta, mirándola también. Un pequeño cilindro blanco más bien plano de quince centímetros con una punta más estrecha en un extremo y dos rayitas de color rosa en un lado.

—Dios mío, Kee —dijo en un susurro—: estás embarazada.

Escucharlo de otra persona me obligó a reconocerlo.

—Voy a tener un hijo —dije en voz alta por primera vez. Y especificué aun sin necesidad—: De Martin Campbell.

Tocado y hundido

Posición: la calle Inverness Terrace. De nuevo. Y de nuevo frente a la puerta de Martin Campbell.

Hora: Irrelevante. Lo principal era la fecha, a saber, el día anterior al juicio. Un juicio que esperaba que no fuera necesario celebrar. Habían pasado ya tres meses y medio desde el escándalo e iba a ser mi tercera vez en un juzgado. La vista al día siguiente de amanecer en prisión, mi divorcio tres semanas antes y mañana si no podía evitarlo. Sí, David había accedido a un divorcio rápido y discreto a cambio de...

Disculpad, el teléfono.

—¿Sí?

Mi hermana.

—¿Dónde estás?

Era un mal principio.

—En Londres.

—En Londres... ¿dónde?

Una pésima continuación.

—En Londres... donde no debo —confesé.

—¡¡Has ido a verle!!

Y un final funesto.

—Todavía no.

—Kee, no lo hagas. No estás en condiciones.

—No sabes qué voy a hacer.

No podía saberlo porque ni yo misma sabía muy bien qué hacía allí.

—Pero sé que tienes una personita creciendo dentro de tu útero —la ginecóloga me había dicho que todo iba bien— y que estás loca por ese actor.

¡Eso sí que no!

—Y he venido, ¿a qué?

Ya que iba a enfadarse conmigo, al menos que me diera una pista de qué hacía allí.

—A decírselo personalmente porque no quieres que se entere mañana en el juicio. —Buena idea, aho-

ra que me detenía a pensarlo. A mí no me gustaría...—. Porque tú no querías enterarte de ese modo.

Acababa de descubrir por qué Dev detestaba que acabara las frases por ella.

—¿Y no te parece justo? —Silencio—. ¿Dev? —¿Acaso no era justo? No sé qué era más aterrador, no saberlo yo o que fuera mi hermana la balanza de mi justicia. Iba a entrar en pánico—. ¿Dev?

¿Aquella voz suplicante era mía? Después de todo quizá tenía razón y lo de una vida en mi interior sí que me estaba alterando el sentido común.

—Sí, claro que lo es. Es más justicia de la que merece. Pero temo que no sea la necesidad de hacer las cosas como crees que deben hacerse la que te haya llevado allí, sino algo más profundo, más íntimo.

Suspiré. Había estado pensando en Martin Campbell y en sus posibles reacciones cuando le dije-ra que íbamos a ser padres. Porque él y yo íbamos a ser padres.

Juntos.

Del mismo niño.

Por supuesto en algunas de esas reacciones me pedía matrimonio, claro, es lo que hacían los protagonistas de las novelas que escribía. Y aunque la respuesta era un «¡un hijo es consecuencia del matrimonio, no su causa!» —sí, tenía la frase ensayada por si acaso, ¡¡había que estar preparada para todo, incluso para lo imposible!!— cada vez se removía algo en mi estómago, algo sospechosamente parecido a la ilusión.

—No me casaría con él, Dev.

—¿Casarte?! Kee, yo solo especulaba con que pudieras estar enamorándote de él. Ahora sí que estoy preocupada. Creo que puedo reorganizar mi agenda y...

—Dev, por favor —resoplé molesta—. Solo le diré que estoy embarazada y que el bebé es suyo.

—¿Qué esperas que te diga?

—¿Por qué no hemos tenido esta conversación alguno de los últimos domingos? —espeté, molesta.

Me sentía presionada, como si fuera una niña pequeña que mereciera un sermón.

—Porque cuando volviste estuvimos hablando de tu relación con David, después de tu divorcio y del contrato de confidencialidad que papá le hizo firmar a cambio del refugio en New Jersey, y últimamente de tu embarazo. Y se han agotado los domingos y ya no estás aquí para discutir mentiras como tu no relación con Martin Campbell.

Mi vida en los últimos tres meses se había convertido en un vaivén frenético de acontecimientos dispares. Mi vida ya no era mi vida ni lo sería nunca más. Y lo más extraño era que, en vez de asustar-me, ¡estaba expectante!

—¿Vas a decirle que ya sabes qué ocurrió?

¿Qué?

—¿Qué?

—¿Que si le contarás que ya has descubierto qué ocurrió aquella noche? Ya sabes, que te acostaste con él porque tu copa llevaba tanta droga que parecía un experimento de química.

Me gustó la tontería de la química. Sonreí pensando en el tipo de amantes que habíamos sido en realidad.

—Sí, claro. —A mi hermana no se lo diría, no apreciaría la acidez de mi sentido del humor—. Ambas copas iban aderezadas de conserv...

—¡¿Claro?! —¿Por qué se exasperaba ahora?—. ¿No prefieres que acuda al tribunal con su teoría casera de que tú eres la culpable de todo para demostrarle públicamente cuán equivocado ha estado? Es más, después podrías decirle que estás embarazada y que su sentimiento de culpabilidad sea mayor.

Podría, pero por alguna razón la idea no me parecía tan atractiva.

Además, todavía no había confesado a Dev que no tenía intención de subirme a un estrado; no, si podía evitarlo, y que mi abogado estaba trabajando frenéticamente en ello. Esperaría a mañana y me ahorraría un día de peroratas.

—No estoy segura de querer empezar con mal pie lo que sea que vayamos a empezar. —Era la respuesta más segura, y era igual de cierta.

—Ya habéis empezado, hace más de tres meses que empezasteis lo que sea. Y después de lo de Richmond es obvio que ya vais con el pie cambiado.

—¿Y no es mejor movernos al mismo compás

—No, Kee, lo mejor es darle un buen pisotón y poner cara de inocente. — Eso me hizo reír, lo que nos relajó a las dos—. Entre Martin Campbell y tú, Kee... nunca funcionará.

Y eso lo decía una romántica empedernida. Guau. Ignoré la punzada de decepción. ¡Malditas hormonas! Ahora la sensiblera era yo y mi hermana la que me inyectaba las dosis de realidad.

¡No sobreviviría a aquel embarazo!

—De veras que solo pienso en una relación cordial si vamos a tener un hijo, Dev —intenté tranquilizarla y tranquilizarme.

Calló. El silencio en la línea se extendió hasta hacerse opresivo. Finalmente habló.

—Miénteme a mí, pero no te mientas a ti misma. Por favor.

¿No mentirme a mí misma? Llevaba haciéndolo desde que aquel trasto me mostrara dos rayas de co-lor rosa. Había querido que todo fuera rosa desde entonces.

—De acuerdo —incluso mi voz sonó prudente.

—De acuerdo —se resignó.

—Te llamo esta noche...

—Solo una última cosa y te dejo en paz.

—Lo que sea.

Quería colgar y ver a Martin y quitarme de encima aquella conversación. Vale, había dicho que no me mentiría, o que lo intentaría al menos. En realidad solo quería colgar y ver a Martin.

—Si te niega la paternidad, dale fuerte en las pelotas.

Eché la cabeza atrás y me reí, me carcajeé sin poder evitarlo. Por eso quería tanto a Dev.

Por un momento me hizo olvidar todos los problemas y solo estaba yo, la de siempre, riéndome como cada vez que mi hermana usaba una palabrota para enfatizar lo que que-ría decir.

Con una sonrisa pegada en el rostro metí el móvil en el bolso y me animé a llamar al timbre. Al levantar la vista, esa sonrisa que aún permanecía en mis labios se borró de cuajo. Él estaba en la puerta de su casa. Mirándome.

De nuevo cara a cara.

—Lárgate.

Sentí las lágrimas escocerme en los ojos y di gracias al sol de agosto y a mis gafas de sol. ¿Qué me ocurría? El embarazo había levantado el freno al peor rasgo de mi carácter: era borde por naturaleza y las hormonas habían desbordado las compuertas de la mala leche inundando mi sentido del civismo. Cada vez que alguien me molestaba salía escaldado. Para muestra, la discusión con mi hermana el día que no me dejó beber champán y quiso jugar a sicoanalizarme. Y a: en-tonces ni siquiera sabía de mi embarazo; y b: jamás había sido hiriente con Dev. Era Dev, por el amor de Dios.

Ahora, en cambio, Martin Campbell me rechazaba y en lugar de devolverle el golpe me sentía golpeada.

Muy bien. Asumiría que el primer strike no había sido bueno, pero en el segundo golpe intenta-ría asegurarme un home run.

—Buenas tardes a ti también.

Abrí la portezuela de la valla y entré en el pequeño jardín. Dio un paso al frente cerrándome el paso, a menos de veinte centímetros su cuerpo del mío. El olor de su colonia me llenó las fosas nasales y sentí un vahído. El estómago me dio un vuelco y creí que los pulmones se me vaciarían. La cabeza pareció embotárseme y noté las manos sudorosas a pesar de que no estaban húmedas.

Era obvio que la colonia de Martin Campbell me provocaba náuseas, así que mejor lo asumía, procuraba alejarme de su perfume y buscaba otras vías para mantener mi posición.

—¿Podemos hablar, por favor?

—No.

Respiré hondo, buscando un equilibrio interior. Quería enfadarme, pero todos mis esfuerzos se centraban en controlar lo que él derribaba: me hacía sentir triste y vulnerable.

—Necesito hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos...

—Nada de que hablar. Ya tuvimos esta conversación y finalmente me dejaste entrar. ¿Podemos ahorrarnos los trámites previos, por favor?

Mi voz reflejaba mi estado de ánimo, estaba agotada. Y tal vez fuera mi necesidad de no convertirlo en un tirano, pero por un momento me pareció que se preocupaba, solo por un momento. Después sus ojos se volvieron tan duros como fría su voz.

—Y fue una conversación estéril.

¿Estéril? Debió ser lo único estéril aquel fin de semana. Se me escapó una risa seca y me encogí de hombros antes de sentir el sabor salado de una lágrima absurda en los labios.

—Por favor, Martin —susurré.

—Dijiste no ser actriz, Keyra. Para no serlo, veo que sabes llorar a demanda.

Ultrajada era quedarse corta. Me atravesó con sus palabras. Sollocé y me sentí patética. ¿Por qué no podía descargar sobre él lo peor de mi carácter? Tuve que co-

germe a la valla para mantenerme en pie, solo deseaba sentarme en el suelo y romper a llorar.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

Me agarró con fuerza del brazo y me arrastró dentro de su casa.

Una vez en la cocina me ofreció uno de los taburetes. Me senté, busqué en el bolso mi pañuelo de lino, me quité las gafas de sol y me sequé las mejillas.

—Al grano, Keyra. Maya está a punto de llegar y no quiero disgustarla. Y tu presencia aquí lo haría sin duda. —¿Había mantenido su relación intacta? A mí, aquella maldita noche me había costado mi matrimonio, una conversación complicada con mi padre, y él en cambio...—. ¿Y bien?

Respiré con calma. Sería mejor empezar por la parte sencilla.

—Aquella noche fue orquestada. No, no me interrumpas. No digas nada por lo que después puedas verte en la necesidad de disculparte. —No creáis que lo dije con altivez; sonaba desconsolada. Su relación seguía viva, yo me había divorciado. No era justo, sencillamente no lo era—. Los tortolitos medio borrachos que nos acompañaron desde el Ametsa hasta el pub eran paparazzi. Aquella noche te estaban siguiendo, al parecer hacía varias semanas que lo hacían buscando comprometerte. —No hablé, pero supe qué pensaba. Era el mismo periódico sensacionalista que diez años antes le costó una buena suma de dinero, sonaba a vendetta—. Ir al The Grenadier no resultó una buena idea y para colmo de males nos sentamos a su lado, facilitándoles el trabajo. Dejarse el bolso no fue un accidente, sabían que se lo devolveríamos. Pagaron al camarero quinientas libras por ponernos en las bebidas el contenido de una bolsita sin hacer preguntas. —Su rostro era inescrutable, pero tenía toda su atención. Saqué un documento de mi bolso—. Te dije que me había hecho analizar una muestra de sangre y de orina. Estos son los resultados: un montón de sustancias que alteran la percepción de la realidad y otro montón de desinhibidores sexuales.

No miró el papel, aunque supe que no lo hizo porque me creía. Supuse que todo lo que le contaba era demasiado descabellado y fácil de refutar para que me lo estuviera inventando. Al fin me creía.

—Nos invitaron a un gin-tonic aderezado con extractos de alegría —le dije con sarcasmo, para sentenciar—: En realidad, tú y yo solo fuimos un par de amantes con conservantes y colorantes.

Tampoco él pareció apreciar mi ácido sentido del humor. Pues a mí me gustaba. Tal vez lo usaría como título para alguna novela: «Amantes con conservantes y colorantes» suena bien, ¿no os parece?

—¿Cómo acabamos en Richmond? —En cada sílaba se mascaba la ira contenida.

—Necesitaban un lugar amplio donde tú y yo pudiéramos... Y ellos pudieran hacer fotos y grabar desde lejos como si fuera uno de esos robados,

pero también una zona desierta donde no fuéramos sorprendidos por la policía en menos de diez minutos. Aquel parque apartado en Richmond era perfecto. Nos llevaron hasta allí en una limusina de seis puertas —sentí que enrojecía— para que durante los veinte minutos que duraba el trayecto nos sintiéramos cómodos el uno con el otro.

Me miró fijamente durante no sé cuánto tiempo. Cuando creí que no soportaría su escrutinio se volvió, cogió un vaso vacío de un armario y lo llenó de agua. Me lo ofreció. Acepté y se sirvió otro.

—Has recabado mucha información en muy poco tiempo.

Me sentí señalada.

—Contraté a un buen equipo de detectives y hubo un importante factor suerte. Llevaba un collar muy valioso aquella noche, valioso y único. —Me costaba creer que el extravagante impulso de ponerme las perlas negras de mi abuela hubiera sido clave—. Se me cayó en el pub y el mismo camarero que nos drogó lo llevó a una casa de empeños creyendo que no lo buscaría. Comenzaron a investigar desde allí.

Bebió y continuó mirándome, de pie, con la ventaja que la altura le ofrecía. Valorándome.

—¿Por qué estás aquí?

Excelente pregunta. Lástima que no tuviera una respuesta a la altura.

—Creí que debías saberlo.

—Pudiste hacérmelo saber mañana, después de que yo expusiera que tú — me señaló con la mano que ocupaba el vaso— me habías tendido una trampa. Podrías haberme dejado en ridículo y sin embargo estás aquí.

—Mi abogado ha llegado a un principio de acuerdo con el periódico sensacionalista para evitar ir a juicio y en este momento está pasando las cláusulas a los tuyos. Preferiría hacer esto de un modo discreto: sin proceso, sin atención mediática, sin nombres. Que mi nombre, a ser posible, se mantenga en el anonimato. Dadas las circunstancias será lo mejor para todos.

Seguía con la mirada clavada en mí como si me hubieran crecido dos cabezas y cuatro brazos.

—¿Por qué? —Silencio—. Keyra, te estoy preguntando por qué. No me he portado bien contigo, te culpé de todo sin preguntar y... ¡Joder, Keyra, no llores!

Oírle reconocer que había sido injusto, aunque lo hiciera a base de evidencias, me provocó otra ridícula llantina. Detestaba ser un manojito de lagrimones, y eso también me inducía al desconsuelo.

Me sequé las mejillas e intenté no hipar mientras le ofrecía mi rama de olivo.

—Martin, creo que ahora que hemos aclarado qué ocurrió aquella noche sería conveniente que intentáramos llevarnos mejor.

—¿Qué importa eso? No volveremos a vernos.

Dolió. Saber que no quería volver a verme me golpeó. ¿Qué esperaba, después de todo?, ¿que sa-berme inocente le hiciera recordar a la mujer que había conocido y con la que había disfrutado de una cena y una velada distinta, única? Quizás él no había sentido aquella conexión, la comunión de nuestros cuerpos y de nuestras mentes. Tal vez solo yo...

Intenté reponerme lo mejor que supe para poder continuar.

—Hay algo que no te dije aquella noche. ¿Recuerdas que no bebí alcohol porque dije estar to-mando antibiótico? —Asintió, poco interesado—. Lo cierto es que no bebía porque estaba inten-tando quedarme embarazada. Estaba siendo sometida a un tratamiento de fertilidad, en realidad. Uno bastante eficaz.

—¿Y?

¿En serio tenía que deletreárselo? Los hombres eran idiotas. A uno y otro lado del Atlántico. Aquello no iba a ser fácil, nada fácil. Miré su cara, falta de interés. Miré dónde estaba y calculé qué ocurriría si las piernas no le sostenían. Y cierta maldad me sobrevino.

—Que funcionó y quedé embarazada.

—Enhorabuena. Mis más sinceras felicit... —Había empezado con voz aburrida para callar ho-rrorizado. Me miraba suplicante. Me pedía que le dijera que no era cierto, que no estaba embarazada de él—. ¿Keyra? —susurró. La voz le temblaba.

—Vamos a ser padres.

El sonido de un cuerpo al caer es siempre impactante, ¿no?

En todo caso había calculado bien. Al derrumbarse no se golpeó contra nada. Quedó despata-rrado en el suelo de cualquier manera con la mirada errante. Parecía completamente perdido. En fin, ya se encontraría.

Pasaron más de cinco minutos en absoluto silencio. Nada dijo, ni siquiera trató de levantarse. Al final, y sin saber qué esperar, dejé una tarjeta con mi número de teléfono y me marché. Dudo que me escuchara cuando le dije adiós.

No me contestó.

Teñida de rojo

Posición: en un taxi camino del despacho de Daniel Weston, mi agente.

Objetivo: firmar un acuerdo con el periodicucho en lugar de incoar un pleito.

Razón: evitar a toda costa que se me relacionara con la mujer desnuda y a horcajadas sobre Martin Campbell en el vídeo viral del año.

Wasap de mi hermana mostrando su desacuerdo: más que suficientes.

Mensajes de voz de mi padre al respecto: solo uno. Pero uno en el que juraba que compraría el diario en cuestión y lo desmantelaría entero.

¿Mi madre? Esculpiendo algo, suponía.

Hora: llegaba tarde.

Me encontraba mal desde que me había despertado. No cansada o con una ligera sensación de mareo, no. Me encontraba mal, mal de verdad, debilidad en brazos y piernas, dolor en el vientre. Y tenía que dar la razón a Dev sobre que ni mi pelo, ni mis ojos, ni mi piel, brillaban. Tenía un aspecto pésimo, además.

Así que me había vestido con una camiseta, unos vaqueros —todavía cabía en mi ropa— y unas bailarinas, me había hecho una coleta alta y me había puesto unas gafas police negras de pasta sin graduación estilo años ochenta para disimular las ojeras.

Sonó el teléfono y torcí el gesto. Como fuera Dev... Pues no, era Daniel.

—Buenos días. Llegaré en diez minutos. Náuseas matutinas —le dije de corrido.

No estaba de humor para que me riñieran. Pensé, acto seguido, que quizás estarían todos reuni-dos, esperándome, y deseé haberme mordido la lengua. No ne-cesitaba que la prensa supiera de mi embarazo. Tal

vez, después de todo, le pediría a mi padre que cumpliera su promesa e hiciera pedacitos aquel maldi-to periódico sensacionalista.

—¿Diez minutos más? —Martin Campbell. Mi corazón, al que sometería a juicio marcial por traidor, se saltó un latido al escuchar su voz—. Aunque no sé por qué me sorprende, tengo constan-cia de que es una mujer impuntual.

¿Yo, impuntual? ¿Yo? No fue buena idea querer llegar tarde aquella noche. Toda aquella noche fue una mala idea, al parecer.

Pero el tiempo no iba a retroceder ni yo quería dejarme avasallar.

—Daniel, ¿están los del periódico sensacionalista con vosotros o están esperando fuera?

—Fuera esperando, ¿por qué?

—¿Quieres que les ofrezcamos un café y unas pastas mientras llegas, Keyra?

Así que Martin Campell podía oírme. Fantástico. Le confié a Daniel, con voz calma pero alta:

—Dile a tu actor que si llego tarde es porque estaba hablando por Skype con mi ginecólogo. Ha-cía días que estaba tensa, a la espera de los resultados de los análisis de venéreas.

Y colgué.

Eso sí era made in Keyra: marca de la casa.

Es más, en cuanto me quedara a solas con Martin insistiría en que sí me había hecho las pruebas, en que yo solo me había acostado con un hombre en seis años y que estaba segura de que David me había sido fiel, pero que nada sabía de su vida sexual y menos todavía de la de su pareja. Que a saber qué habían hecho estando juntos, el uno a espaldas del otro, en su relación de meses que nunca tuvo un buen momento, y por separado antes de conocerse.

Lo trataría como a un posible apestado para que se sintiera un hombre indigno de confianza se-xualmente hablando. Y un depravado.

Le diría que el embarazo era el menor de los riesgos colaterales de una noche sin precauciones.

Le diría que había pedido un test completo aconsejada por mi ginecólogo.

Le diría...

Dios, Dios, Dios.

Estaba empezando a preocuparme de verdad. ¿Debía hacerme una analítica de venéreas? ¿Qué se suponía que le iba a decir al doctor? «Aprovechando la eco de los cuatro meses, ¿podría comprobar que el padre del bebé lo único que me contagió fue un embarazo?»

«Deja de pensar, Keyra», me exigí, «deja de pensar. ¡¡Déjalo ya!!».

¡Dios, Dios, Dios!

De acuerdo...

Posición: en un taxi, a diez minutos del despacho de Daniel.

Estado de nervios: tensa. Muy, muy tensa. Tensísima.

Me esperaban ya sentados alrededor de una mesa imperial. Los hombres, todos los presentes ex-cepto la directora del periódico, se pusieron en pie

para recibirme. Conté a Daniel, un abogado por mi parte, la mujer y dos ejecutivos más acompañados por cinco aboga-

dos para defender los intereses del rotativo, dos abogados de Martin, y... Martin. Verlo me impactó. Vestía un traje gris Oxford de corte italiano con camisa blanca y corbata Klein de seda. Su atractivo dejaba sin aliento.

Y de eso no estaba convencida de poder culpar las hormonas.

La voz seca de uno de los cinco abogados me hizo reaccionar.

—Bienvenida, señora Johnson.

Busqué mi silla en la cabecera de la mesa, pero no tuve suerte. Como si estuviéramos en Francia, me sentaría justo en frente de Martin, ambos en el centro. No podía esquivarlo, no cuando lo tenía delante, y eso me delataría, porque verlo me robaba el aliento: su pelo espeso, sus hombros... Pero ¿dónde iba a mirar, sino frente a mí? La otra opción era simular una tortícolis y mirar hacia la derecha o hacia la izqu... Mi abogado me pasó un dossier con un montón de páginas. Enrojecí, sintiéndome una idiota: leería el acuerdo que íbamos a firmar, desde luego. Así que miraría hacia abajo, no hacia delante. No miraría a Martin Campbell por más que mis ojos se pusieran en modo desobediente. Leería, y, como siempre que lo hacía, me abstraería de lo que ocurría a mi alrededor, del hombre más sexi que jamás hubiera conocido incluido.

«El presente acuerdo blablá...» Iba pasando páginas una tras otra, tomándomelo con calma. Eran solo quince y no quería terminármelas en menos de diez minutos o volvería a tener a Martin Campbell delante de mis narices.

—No encuentro el reconocimiento de culpa —pensé en voz alta, no sé cuánto tiempo después de que la reunión se diera por comenzada.

Levanté la vista para encontrar trece pares de ojos sobre mí y sentir un tenso silencio a mi alrededor. El ambiente podía cortarse. Como nadie decía nada, repetí con voz inocente y mirada diabólica.

—No encuentro el reconocimiento de culpa.

Los del periódico se revolvieron en sus sillas. Mi abogado carraspeó, Daniel cogió su vaso de agua para esconder en él su sonrisa. Fue el abogado que me había espetado la bienvenida quien me respondió.

—No lo encuentra, señora Johnson, porque no lo hay.

—¿No lo hay?

—No, no lo hay. —La voz de aquel hombre era tan dura como despectiva.

La mirada de Martin sobre mí era, en cambio, divertida. Diría que apreciativa, incluso.

—Y si no van a reconocer que organizaron un montaje con dos reporteros y un camarero, que nos drogaron...

—Señora Johnson —quiso interrumpirme otro de aquel quinteto de estirados.

—... que nos drogaron —repetí para continuar como si nada— y nos llevaron a un parque en Richmond donde nos instaron a mantener relaciones sexuales mientras nos fotografiaban y rodaban la escena desde distintos ángulos para montar un vídeo que la red ha catapultado a lo más visto del año, dejándonos al señor Campbell

y a mí misma como dos animales en celo —me puse colorada, pero mi voz siguió sonando modu-lada—, ¿se puede saber qué demonios hago aquí?

Callaron todos durante un minuto, nadie parecía querer responder. Mi representante quiso me-diar paz.

—Keyra, estamos intentando...

—Te lo agradezco mucho, Daniel —con él, mi tono se suavizó—, pero quiero mi respuesta.

Fue la directiva quien me respondió.

—Hasta donde sé venimos aquí a pagar tres millones de libras como resarcimiento.

—Y hasta donde yo sé no me sentiré resarcida mientras mi honor no esté tan elevado como los números de mi cuenta corriente.

Ahora sí miré a Martin, aquello era cosa de dos. La forma en la que me estaba mirando... era como aquella noche en la que estuvo atento a cada palabra mía, a cada detalle, mientras gozaba de toda la atención de sus ojos azules. El corazón comenzó a martillearme las costillas, confundiendo campanadas con latidos.

—Su honor no es indemnizable, dado que nadie sabe quién es la mujer que está con él —señaló de nuevo aquella mujer.

Y su comentario pareció animar a los otros dos ejecutivos del periodicucho al que le quedaban pocas semanas de vida si osaban ofenderme.

—De hecho, quisiéramos señalar que hemos estado recibiendo presiones respecto a...

—Ah —les corté hierática—, ¿así que han estado recibiendo presiones?

Mi padre debía haber desenterrado su hacha de guerra. Lo imaginé afilándola con sadismo.

—Sí. Y no sé cómo se harán los negocios en América, señora Johnson, pero aquí las amenazas...

—Usted no ha sido amenazado —murmuré con voz dura, conteniendo apenas mi enfado, olvidando la prudencia y las preguntas que pudieran venir después—. Como bien dice, solo ha sido presionado. Y si en algo conozco las formas de quien pueda haberle susurrado lo que tiene que hacer, dado que todavía sigue teniendo un negocio que dirigir, usted no ha sido presionado en absoluto sino apenas acariciado. Cuídese de lo que le exigen —vi que su gesto se volvía orgulloso y forcé solo por placer—, y sí, se lo repito: de lo que le exigen, no de lo que cree que le piden, o en breve se verá sin saber muy bien cómo ha ocurrido de patitas en la calle, plagado de deudas y sin un nombre que poder volver a ver asociado a ningún negocio relacionado con los medios. ¿Me he hecho entender, señor quien quiera que sea? —Terminé, ninguneándolo.

El silencio que siguió a mis palabras fue sepulcral.

¿Así era como se sentía mi hermana mientras pateaba culos? No estaba mal, pero prefería dormir hasta las ocho a madrugar solo para esto. Sin contar que escribiendo podía ser pateadora de culos o hada ninja, si así lo decidía.

—¿Está usted amenazando a mi cliente?

¿En serio?

—¿De verdad necesita preguntármelo? ¿En qué momento le ha parecido que no lo hacía?

—Keyra, por favor —me rogó Daniel—, siéntate y dejemos que los abogados expongan lo que han pactado. En cierto modo tiene razón al decir que tú no puedes sentirte agraviada, dado que nadie sabe de tu participación en...

—Si no hay asunción de culpa, tampoco yo firmaré.

La voz grave y segura de Martin Campbell me envolvió y me dio seguridad, tanta como sus ojos, que me miraron haciéndome sentir valiente, prometiéndome matar mis dragones por mí.

Aquella certeza, que en otro momento —o que de otro hombre, no lo sabía — hubiera rechazado de plano, hizo, en cambio, que me desplomara así que me senté en la silla y con manos temblorosas me serví un vaso de agua. Las piernas me recordaron que estaban doloridas, tuve una punzada en el bajo vientre y todo el malestar de aquella mañana regresó con contundencia para hallarme agotada tras la demostración de fuerza que había regalado a los presentes.

Pero ¿veis como no os mentía? Desde el embarazo estaba para pocas bromas. No soportaba ni la más mínima provocación. Solo que Martin

Campbell... bueno, al parecer él tenía inmunidad, mis hormonas sabrían por qué.

El resto de la reunión pasó sin que escuchara nada de lo que se dijo. Finalmente mi abogado me puso un documento delante: dos millones y doscientas cincuenta mil libras y la verdad sobre lo ocurrido impresa en la portada del siguiente número.

Firmé.

Estaba exhausta.

Como si de un partido de la NBA se tratara, cuando todo terminó nos dimos las manos con de-portividad y todo el equipo trajeado del periódico se marchó. Poco después lo hicieron nuestros abogados también. Iba a marcharme cuando Daniel me propuso tomar un té en su despacho con ellos. Quise rehusar, pero Martin insistió.

—Nos sabrá a victoria. —Se le veía satisfecho.

Aquello no era una buena idea. Daniel estaba eufórico y pretendería que nos sinceráramos ahora que todo estaba aclarado. Quería a Martin en el papel de mi protagonista y tras un acuerdo con la prensa pretendería otro entre nosotros.

Además, se suponía que yo no lo conocía de nada, que no era mi agente porque yo no tenía ni necesitaba uno. Y mi hermana me había hecho prometerle que no tomaría decisiones importantes sin consultarlas antes con ella. No le había conferido derecho de veto, pero sí voz. Elegir al personaje que había protagonizado mis sueños eróticos de los últimos dos años era definitivamente importante. Dominic Walcott estaba hecho de retales de mis fantasías y de mi particular visión de Martin Campbell.

No me dejaría llevar por el entusiasmo del momento.

Por cierto, no, el protagonista de mi trilogía no se llama Dominic Walcott, este nombre me lo invento para contaros esta historia, por eso no os suena de nada, del mismo modo que no la publico como Blue Scarlett para que no se me asocie con ella. ¡Ya os lo he dicho!, sin duda la habéis leído, pero no confirmaré ni negaré nada. Especulad lo que queráis, pero no me preguntéis. Soy una tumba.

—Os lo agradezco, pero lo cierto es que no me encuentro bien. —Me quise poner en pie, pero un fuerte mareo me obligó a sentarme de nuevo—. De hecho, me encuentro bastante mal —gemí quejumbrosa mientras todo se nublaba.

—Por Dios, Keyra. —Más que oír su voz sentí su presencia a mi lado y su

calor envolverme. Su cuerpo rodeándome me reconfortaba.

—Martin, yo...

—Shh, no digas nada —me susurró. Sentí un beso en la sien—. Daniel, llama a una ambulancia. Keyra está sangrando.

¿Sangre? ¿Estaba sangrando? El terror dio paso a la oscuridad.

Después me dijeron que me había desmayado al instante.

Amiga o enemiga

Abrí los ojos, desorientada. Tenía la sensación de estar toda yo rellena de algodón, me sentía embotada, desde el cerebro, que parecía incapaz de identificar nada con claridad, hasta mis manos y pies, aletargados.

—Veo que estás despierta.

En mi campo de visión encontré a una mujer pelirroja con una bata blanca. Recordé el embarazo... recordé la reunión en el despacho de Daniel... ¡Recordé la sangre! Mi mano volvió a la vida y me acaricié el vientre aterrada.

—Están bien. Estáis bien. Ha sido un pequeño sangrado, a veces ocurre. Tendrás que hacer mucho reposo, pero estáis bien.

El alivio fue tal que el brazo perdió fuerza. Volví a sentirlo relleno de algodón y cayó sin cuidado.

—¿Quién eres? ¿Cómo he...?

—Martin te trajo. —Atajó con una sonrisa mientras revisaba unos papeles desde los pies de mi cama, una sonrisa agradable—. Y no, no me conoces. Soy la doctora Campbell, tu ginecóloga. Te he suministrado un calmante, así que es posible que te sientas algo confusa...

¿Confusa? En circunstancias normales le hubiera *a*: dicho que yo decidía quién era mi ginecóloga; *b*: preguntado qué implicaba el Campbell de su apellido; y *c*: explicado que hacía falta mucho más que un calmante para confundirme.

Pero *a*: mis circunstancias no eran normales, no estando embarazada; *b*: que fuera una Campbell me hacía sentir pánico y no estaba segura de querer saber qué implicaba que tuviera el mismo apellido que Martin; y *c*: más de medio millón de personas sabían con exactitud, gracias a Youtube y a un vídeo nocturno, qué podía llegar a hacer cuando me sentía «confusa».

Así que, efectivamente confusa, miré a mi alrededor tratando de saber dónde me encontraba. Aunque si estaba tendida en una cama, llevaba una bata que se cerraba a la espalda y que yo jamás me hubiera comprado y tenía frente a mí a una ginecóloga, no necesitaba escurrir demasiado mis capacidades de deducción para adivinarlo.

El bebé. Mi única preocupación era saber que estaba bien. Necesitaba volver a escuchar que estaba sano y salvo, que seguía creciendo dentro de mí

aunque todavía no tuviera mi deseada barriga. Le pediría que lo repitiera las veces que fueran necesarias hasta sentirme absolutamente convencida.

—¿El bebé...? —insistí.

Intuí su asombro y me incorporé cual resorte activado por sorpresa.

Me mareé. ¿Qué clase de calmante me había dado?, ¿uno para elefantas histéricas? Antes de que pudiera decidir si me plegaba hacia delante o me dejaba caer hacia atrás, ella ya estaba allí y me ayudaba a reclinar me contra la cama con delicadeza.

—Así, con cuidado. Eso es. Respira hondo con suavidad. Poco a poco, muy bien.

Me hablaba con dulzura y me miraba con simpatía. Me apartaba los mechones de la cara casi con afecto, y, cuando me recobré, me acercó un vaso con agua.

La doctora Campbell iba a ser difícil de odiar si era... si era... si era *demasiado Campbell* de Martin.

—Gracias, doctora...

—Eve —¿Eve?—. ¿Cuándo te hiciste tu última ecografía? Keyra, te he dicho que todo está bien y soy tu médico, no te mentaría, así que deja de mirarme como un cachorro abandonado cada vez que me refiero a tu embarazo, por favor, o las próximas veintiséis semanas se nos harán muy largas. ¿Cuánto tiempo hace de la última eco?

—Me hice una a las nueve semanas —respondí en voz baja.

Me hice el test, llamé a mi hermana y ella me llevó a una clínica privada donde me hicieron no recuerdo qué y me dijeron que todo iba bien. No me gustó aquel lugar y decidí que buscaría otro hospital, pero David era ginecólogo y cualquier ginecólogo de la ciudad sabría que estaba embarazada y me estaba divorciando. Nadie sabía que la mujer del vídeo porno con el actor inglés era yo y creerían que David me había dejado porque le había sido infiel con otro hombre. *Lo que técnicamente era cierto, pero solo técnicamente.* Así que lo había postergado hasta mi vuelta de Londres, para la semana...

—¿Sabes de cuántas semanas estás embarazada?

—Desde luego que sí.

Soné ofendida, porque lo estaba. Estaba... ¡¿estaba ya de catorce semanas?! Se lo dije.

—Entiendo. Supongo que en la siguiente ecografía que ibas a hacerte...

—La próxima semana —mentí con convicción.

—... la próxima semana —*intuí que no me había creído*— te lo hubieran dicho.

—¿Decirme, el qué?

Estos fueron, creedme, los segundos más largos de mi vida.

—Son dos bebés.

Dos bebés.

Dos. Bebés.

Sí, entendí que era un buen momento para que cundiera el pánico.

¡¡Dos bebés!!

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Por...?

—Tengo entendido que te habías sometido a un tratamiento de fertilidad bastante agresivo, ¿no es cierto? En estos casos...

Suficiente.

—¿Quién narices eres?

Me miró sonriente a pesar de que debía de estar estrangulándola con la mirada. *De agobiada a enfadada en un nanosegundo. A eso lo llaman cambios de humor, ¿no?*

—Eve Campbell. Tu ginecóloga y la cuñada de Martin. Estoy casada con su hermano Lucas.

No sabía en qué me afectaba eso, si es que me afectaba. Así que lo metí en una carpeta de mi cerebro que etiqueté como «¿Es Eve amiga o enemiga?» y volví a lo que me preocupaba realmente.

Dos bebés.

¿Cómo se suponía que iba a arreglármelas con dos bebés siendo madre soltera? No pensaba desentenderme de mis hijos dándoles la educación más cara y niñeras políglotas como hicieron mis padres. No quería una infancia...

Recordar mi infancia significó recordar a Dev y la idea de que mi hijo fueran *mis dos hijos*, de que fueran a ser hermanos, se estrelló en mi corazón y lo salpicó todo de felicidad.

Y el resto me pareció salvable. Mis hijos se tendrían el uno al otro y nunca se sentirían solos. Nunca.

—Esperaba que me preguntaras si estaba segura o que me pidieras que repitiera las pruebas. —La voz de Eve se reía de mí, sus ojos me miraban con afecto. Al parecer iba a gustarme Eve—. Me alegro de que mi palabra te parezca suficiente.

—Quien te pedirá pruebas porque mi palabra no le parecerá suficiente será Martin, supongo. —No fue premeditado, solo salió. Y en mal tono. Pero

bueno, ahora tenía un embarazo de mellizos, dos motivos para estar doblemente malhumorada. Y para tener unos cambios de humor que iban a fluctuar más que el precio de la gasolina. A Eve no le hizo ninguna gracia mi malhumor. Al parecer, yo no iba a gustarle a Eve—. No me malinterpretes, no lo culpo. Si no fuera porque es absurdo, yo misma me haría las pruebas de maternidad —no era capaz de dulcificar el tono, seguía siendo seco y enfadado—, porque si sabes que estaba haciendo un tratamiento de fertilidad sabrás también que soy... soy...

No podía decirlo, no podía.

—La que Martin se tiró en un parque en Richmond. —Intentaba no reírse y, a pesar de lo soez de su comentario, no lograba enfadarme—. La sensación de la red. Ahora que lo dices debería haberte reconocido. Esa piel, los hombros, la curva del trasero...

Rompí a carcajadas, y también ella. Definitivamente, Eve, amiga o enemiga que aún estaba por verse, iba a caerme bien.

No le dejó entrar hasta asegurarse de que me encontraba completamente recuperada o al menos despabilada. Con su sonrisa perenne sacó un cepillo del bolso y me desenredó la melena, me pellizcó las mejillas, me ayudó a aclararme la boca y, guiñándome el ojo, me prometió regresar más tarde. Y se marchó dejándome en la habitación. A mí y a Martin, que entraba.

Lo vi acercarse a mi cama y no pude despegarme de sus pupilas. Había tanto en ellas que tuve que recordarme que necesitaba respirar, pues lo que veía en sus iris azulados me robaba el aliento. Preocupación, ternura, alivio, esperanza... Todo lo que necesitaba para sentirme bien estaba allí, sus ojos me lo estaban regalando.

—Martin —susurré, mejor dicho, mi corazón susurró por mí.

Llegó a mi lado, se agachó y su envergadura hizo que nuestras cabezas quedaran a la misma altura. Me acarició la mejilla con el pulgar para descansar después la mano en mi nuca. La otra mano me apartó un mechón de la frente, un mechón que ya me habían cepillado, y fue a descansar al otro lado de mi cuello. De nuevo sus pulgares enternecidos se deslizaron por mi piel, acariciándome el mentón mientras sus ojos vagaban errantes por mi cara, llenos de cariño. Me tenía hechizada, tanto o más que la noche en que nos conocimos, cuando me abrazó y todo dejó de existir. Supuse después que le habría mirado con la misma intensidad que lo hacía él, pero no entonces. En aquel instante no era capaz de hilar dos pensamientos seguidos. Mi cuerpo estaba muy ocupado sintiendo que mi piel ardía y me quemaba las neuronas.

Suspiré y sus ojos fueron a mi boca. Volví a suspirar, recordando aquel beso que nunca nos dimos, y tal vez también él lo recordó, porque pasó la yema de su dedo con suavidad por mi labio inferior una, dos veces, y cuando quiso apartarlo lo retuve uniendo el superior, en un suave beso al tiempo que cerraba los ojos, disfrutando del sabor de su piel.

Las manos que me tomaban el cuello me alzaron el rostro sin fuerza pero con firmeza.

—Keyra —me llamó, y como aquella noche mi nombre en su voz sonó a pecado.

Bajó los labios y depositó en los míos un beso cálido. Extasiados con apenas el roce de nuestras bocas, apoyamos nuestras frentes, tan cerca el uno del otro que compartíamos los alientos.

Primero se alejaron sus manos, después su frente y después todo él. Respiré hondo, abrí los ojos y lo vi acercar una silla a la cama y sentarse a mi lado.

—¿Cómo estás? —Su voz era un murmullo.

—Bien, creo —dije yo con más firmeza.

—Eve dice que los bebés... están bien. ¿Sabías que eran dos?

Su sonrisa era tímida, su gesto feliz.

—No, no tenía ni idea. Todavía no me había hecho una segunda ecografía y...

—¿Te parece bien?

Proferí una pequeña carcajada y le tomé la mano sin pensar si debía o no.

—Poco importa lo que me parezca, me temo que no han pedido opinión...

—Lo vi fruncir el ceño con preocupación, así que le acaricié la muñeca con los dedos—. Me gusta la idea de que sean dos, Martin. Me gusta mucho —terminé en un murmullo también yo.

Miró nuestras manos unidas durante más de un minuto. Parecía no saber qué decir y tampoco yo quería decir nada. Me sentía bien con él. No me engañaba, era una situación muy precaria, pero en aquel instante estábamos en paz y era paz lo que necesitaba. No quería enfadarme, ni preocuparme, ni decepcionarme.

—Vamos a tener dos hijos, Keyra —pareció confiarme. Levantó la vista y repitió con firmeza—. Tú y yo, Keyra, vamos a ser padres de dos niños.

Creo que en aquel momento me enamoré de él. Justo en aquel instante. Fueron las hormonas, que sobreactuaban. Fue la necesidad de creer que para él ser padre *conmigo* significaba algo más que ser padre. Fue su mirada, su

mano envolviendo la mía. Fue el beso que me había dado. Fue la mirada de preocupación, de ternura, de alivio, de esperanza.

Pero en aquel momento creo que me enamoré de él por primera vez.

Asentí emocionada; si hablaba, quizá diría lo que no debía, lo que no estaba preparada para decir y dudaba que él quisiera escuchar.

Seguimos un poco más en silencio. Finalmente me soltó la mano y su mirada, la luz que reflejaba que juntos íbamos a formar una familia, aun sin estar juntos, se apagó.

—He avisado a tu esposo, o exesposo. En tu móvil, que por cierto no se bloquea, no dejaban de entrar *wasap* suyos preguntando por el acuerdo primero, y dónde estabas después. Se le veía preocupado, así que finalmente me he presentado y le he dicho lo que había ocurrido. He intentado tranquilizarle al máximo, pero ha llamado como media docena de veces. No he considerado conveniente contestar. Tal vez no debí responder al *wasap* tampoco. Lo lamento.

¿A David?, ¿David había escrito? Llamadme escéptica, pero lo dudaba. Lo dudaba mucho.

—¿David ha llamado?

—Sí. Bueno, el nombre que se leía era Dev. De Dave, o lo que sea. La foto de perfil es medio corazón. Y como la tuya es el otro medio. Bueno, tampoco...

Le vi violentarse.

Desde que David había hecho las maletas, mi hermana había cogido mi móvil, que, efectivamente, no tenía clave y se desbloqueaba deslizando el dedo por la pantalla, y se había puesto la primera en mi lista de contactos en el caso de que ocurriera algo y fuera necesario localizar a un familiar. También había cambiado nuestras fotos de perfil.

Cuando Dev tenía trece años se enamoró de un chico de su clase, el capitán del equipo de atletismo. Y el día de San Valentín le regaló una cadena con medio corazón. El otro medio lo tenía que llevar ella. El chico rechazó algo «tan cursi» y una semana después la dejó por una de las animadoras de *lacrosse*. Quedó destrozada. Así que le puse su cadena y me puse yo el otro medio corazón y le dije que siempre sería su otra mitad.

Ahora Dev era la mía.

Aquellas cadenas las teníamos guardadas en casa. Las llevamos apenas unas semanas porque eran de verdad «muy cursis», pero para nosotras su significado sería eterno.

—Dev es...

—No quiero saber de Dev, Keyra. —Ya. De acuerdo—. Lo que quiero decirte, lo que necesito... Yo...

Se puso en pie, apartó la silla y dio un par de pasos atrás para mirarme desde arriba. Cabeceó, se pasó la mano por la nuca y dio algunos pasos más por la habitación hasta regresar exactamente al mismo punto.

—Keyra, te debo una disculpa. En realidad te debo varias, pero déjame ir una por una. Y la primera es mi reacción de ayer cuando me dijiste que estabas embarazada, que íbamos a ser padres. —Me miró a los ojos y volvió a sonreír, ilusionado—. Que *vamos* a ser padres.

Aquella mirada, su ilusión, me hacían sentir fuerte, capaz de comerme el mundo. Sentía que con Martin a mi lado todo era superable. Lo que era curioso porque hasta la fecha había sentido que era yo la que podía superarlo todo sin ayuda de nadie más.

—No te preocupes. —Yo también sonreía abiertamente, ilusionada—. Mi reacción cuando lo supe también fue de órdago. Si hubieras reaccionado mejor que yo no me lo habría perdonado.

Me miró agradecido.

—Quería hablar contigo después de firmar el pacto. Había pedido a Daniel... Daniel Weston, mi agente... que al terminar nos ofreciera su despacho y con la excusa de una gestión importante nos dejara a solas. Pero te encontraste mal, vi la sangre en la silla, te desmayaste y... Keyra, creí que moriría de preocupación. Hacía menos de veinticuatro horas que creía que iba a ser padre y si llega a ocurrir... Si...

Una vez más se pasó la mano por la nuca en un gesto que anoté en la carpeta de mi cerebro llamada «Martin Campbell».

—No lo digas. No lo pienses siquiera.

—Y ahora voy a tener dos hijos. Vamos a tener dos hijos. —Volvió a incluirme—. Y hace menos de veinticuatro horas no solo no sabía que iba a ser padre, sino que estaba convencido de que tú eras una... una...

—Tampoco lo digas —quise bromear, aunque continuaba doliéndome—. Ni siquiera lo pienses.

Se volvió hacia mí y me miró con solemnidad.

—Solo quiero decirte que lo siento, que siento no haber confiado en ti, que siento haberte culpado de todo. Que tú has demostrado más confianza, entereza, inteligencia y honradez que yo en todo este asunto. —*¡Caramba! ¿Os lo esperabais? Yo no. Y como disculpa sonaba prometedora*—. Y que, a pesar de todo lo ocurrido aquella noche, del escándalo, no lo cambiaría. No, porque

voy a ser padre. Y aunque yo tengo mi relación que nunca ha pasado por su mejor momento con Maya y tú tienes a tu Dev a cinco horas de distancia, como sea que estéis en este momento...

—Yo...

Quise interrumpirle, pero alzó el brazo para detenerme.

—Déjame terminar, Keyra, por favor, esto es importante, llevo ensayándolo desde que te traje aquí, hace más de cuatro horas. He tenido mucho tiempo para pensar. —Volvió a pasarse la mano por la nuca—. Lo que quiero decirte es que, a pesar de que no fuimos nosotros quienes lo decidimos y de que si hubiéramos elegido con quién formar una familia no hubiéramos escogido esto, quiero que sepas que valió la pena. Y que me alegro de que fueras tú.

Sus palabras impactaron en mí. Definitivamente me enamoré por primera vez de él. Con locura. Con rotundidad. Con los excesos de una mujer embarazada.

Quería contestar, quería decirle que también yo me alegraba de que hubiera sido él, que Dev era mi hermana y que David no formaba ya parte de mi vida, que la noche en que nos conocimos sentí cosas que no había sentido nunca. Pero si decía algo serían palabras que no estaba preparada para confesar y que dudaba que él quisiera escuchar.

El silencio se prolongó. Duraba ya una eternidad cuando Martin bajó su cabeza de nuevo y volvió a besarme con suavidad.

—Gracias, Keyra Johnson. Muchísimas gracias por todo.

Y antes de que pudiera decidir si lo tomaba del cuello y profundizaba en el beso, si me apartaba o si me declaraba, sonó la puerta en un toque discreto y cinco segundos después, ambos ya repuestos, Eve entraba de nuevo.

—¿Todo bien por aquí?

¿Bien? Bien no, de cuento de hadas, me dije.

No te echo, te vas

Mi *mucho reposo* significaba tres meses de la cama al sofá y del sofá a la cama. Y eso no incluía un viaje transatlántico. Para cuando acabara mi *mucho reposo* estaría de seis meses y medio. Con un embarazo de seis meses y medio y mellizos nadie me dejaría subir a un avión con destino a Nueva York, todo fuera que mis hijos vinieran al mundo a treinta mil pies de altura y en espacio aéreo internacional, siendo apátridas de nacimiento.

Así que los siguientes seis meses viviría en Londres. En realidad viviría en arresto domiciliario, sin importar dónde. Dev se encargó de todo. En cuanto recibió el *wasap* de Martin, activó el rastreador de mi móvil, supo en qué hospital estaba, preguntó por mí en recepción, le pasaron con mi médico, habló con Eve e inició la operación «Instalar a Keyra». *Ya os lo había dicho, Dev es muy eficiente cuando tiene un objetivo que no implique su corazón y un hombre.* Lo dejé en sus manos con un único requisito: una casa cerca de la de Martin.

Y sí, si queréis hablar del tema de dónde pedí vivir, de acuerdo. Había dicho que no me gustaba el barrio y seguía sin convencerme. Pero no conocía a nadie en la ciudad y Martin iba a ser el padre de mis hijos, así que tenía cierta lógica que estuviéramos cerca, ¿no? Y sí, también, acababa de besarme y creía... bueno, ya sabéis lo que creía. ¿Qué queréis que os diga? Si vosotras hubierais sido más listas que yo, pues ¡enhorabuena! A día de hoy continúo escudándome en mi embarazo, aunque me restara únicamente este capítulo para usarlo como excusa para mi superlativa estupidez.

Ubicación: en una vivienda adosada en la calle Queensway, *que no os diría nada*, cuyo jardín trasero daba al jardín trasero de una casa en Inverness Terrace, *esta calle ya debería sonaros, os he llevado un par de veces*, que pertenecía a Martin Campbell. Mi hermana, doña Eficiencia, había encontrado un adosado en alquiler justo detrás del suyo y había firmado un contrato por un año. Suponía que los Campbell creerían que podía pagarlo gracias al dinero recibido por el maldito periódico sensacionalista que me había cambiado la vida, como podía costearme también todo el servicio a mi cargo. Dudaba, y prefería que así fuera, que supieran quién era yo en realidad.

Situación: en la semana que estuve en el hospital —creo que prolongaron

mi estancia porque no tenía adónde ir—, Dev había encontrado la casa y un estudio de diseño de interiores. La había hecho pintar y en los tres días que necesitaba para secarse había logrado que reunieran un conjunto ecléctico de muebles de acero y cristal y de antigüedades para amueblarla a mi gusto. Había hecho llegar algunos cuadros de mi apartamento en la Quinta y varias fotos personales para que lo sintiera mi hogar. Y un mural enorme de una vista aérea de Manhattan con Central Park reinando en el centro. No todo era bueno, había contratado también a tres enfermeras para que estuviera atendida las veinticuatro horas del día, un servicio de limpieza y otro de catering especializado en embarazadas. Al parecer Eve le había dado el visto bueno para una entrenadora personal que ella misma le había recomendado y que se aseguraría de que engordara solo lo necesario y de que hiciera los ejercicios adecuados para que tras el parto todo volviera a su sitio lo antes posible, y que además se mantuviera firme, mi estómago incluido.⁵

Estado real: mi hermana era una sicópata en potencia y yo una sicótica en todo su esplendor.

Conclusión: en realidad sí pudimos ser los mafiosos Hermanos Kray.

En cualquier caso os pondré en escena. Estaba recostada en el sofá de mi nueva y preciosa casa con Eve en un sillón, pues había pasado a saludar como hacía casi a diario desde que me habían dado el alta del hospital dos semanas atrás, y mi hermana sentada sobre una mullida moqueta según nuestra costumbre, pues había encontrado cuatro días en su comprimida agenda para venir a verme y estaba recién llegada. Acababa de presentarlas.

—Así que estás casada con el hermano del tipo que dejó embarazada a mi hermana y la consideró una golfa aprovechada...

—Dev... —la advertí.

—Así es —respondió con una sonrisa traviesa antes de dar otro trago a su botellín de cerveza. Había traído unas cuantas para nutrir bien mi nevera. En el suelo descansaba otro botellín que desde luego no era mío.

—Y la ginecóloga de Kee, además. —También Dev bebía directamente de la botella. O se sentía cómoda con ella o quería demostrarle que aquel era *su* campo de juego.

—Efectivamente.

Se volvió a mirarme.

—¿Amiga o enemiga?

—¡Dev! —protesté.

Eve se estaba portando muy bien conmigo.

—¿Quién te dice que no te ha hecho una prueba de paternidad sin que lo sepas? Lo poco que sabes de los Campbell no da pie a estas confianzas...

—Dev, si vas a ponerte desagradable te agradeceré que...

—No me pongo desagradable. Desde que estás embarazada has perdido tu capacidad para medir. Ni mides tu carácter ni mides a las personas. Así que solo quiero saber si la doctora Eve es amiga o enemiga.

—Aliada —respondió la aludida con voz divertida.

A mi hermana pareció gustarle su respuesta. La sopesó con seriedad, al menos.

—¿Por qué?

—Por Maya.

—¿Quién mierdas es Maya?

Definitivamente Dev quería dejar claro que era ella quien jugaba en casa a pesar de ser extranjera. Si no, ¿a qué venían las palabrotas?

—La novia de Martin.

Pero no podía reñir a mi hermana cuando el corazón se me encogía. *Novia de Martin* me hacía daño. Y mucho.

—¿Martin sigue teniendo novia y David se ha divorciado de ti?

Callamos todas. Las cosas estaban como estaban y era ridículo decidir si era justo o no. Toda la situación era un disparate. Drogada al otro lado del océano y fotografiada y grabada teniendo relaciones sexuales con un actor al que adoraba mientras me trataba para quedarme embarazada de un marido al que amaba. Era tan absurdo que si no fuera cierto sería hilarante.

—Maya es insoportable y saca lo peor de Mildred, la madre de Lucas. Y de Martin. —Le pedimos en silencio que continuara—. Maya y Martin llevan juntos algo más de un año. Es la hija de un político *tory* de poca monta de la Cámara de los Comunes. Es una familia de dinero y ella una niña bien a la que le encantaría codearse con la *jet set* y verse en la prensa del corazón. Así que un actor guapo y con mucha proyección es exactamente lo que está buscando.

—Pues a él no parece molestarle una mujer con delirios de *celebrity* —espetó Dev con resentimiento.

—Eso es lo más curioso —continuó con voz pensativa—. Martin es como su padre, es un hombre discreto y tranquilo, no le gustan las fiestas y huye de la prensa. Es un hombre de familia.

—¿Y qué hace con esa pija?

—Dev —la reñí una vez más.

—No la corrijas, es una pija.⁶ Y respondiendo a tu pregunta, no tengo ni

idea. Pero mientras tanto Maya tiene a mi suegra abducida. No es que Mildred se dé ínfulas, pero es impresionable. Y tiene un hijo famoso y una nuera con contactos y dinero. Así que confabulan.

Mi hermana y yo no necesitamos mirarnos para saber que pensábamos lo mismo: si la tal Mildred supiera de mi dinero, mi familia, del historial político de mis apellidos o de mis contactos me adoraría. Lo que lo convertía en secreto de estado.

—¿Y qué confabulan?

A mi hermana se le fue la mano, seguramente por el *jet lag*. Eve pareció dudar. Era aliada, pero tenía claras sus lealtades.

—Eso no es cosa nuestra, Dev. Mientras no confabulen contra mí...

—Bueno... —Tomó aire—. Martin siempre ha querido ser padre y no cree en el matrimonio. Y Mildred se lo dijo a Maya. Así que Maya lo presionaba con eso: no habría niños si no había boda primero. Estaban haciendo mella en su determinación, no sé si por amor a Maya o por nuestro hijo —nos contó que tenía un niño de un año y medio que era la debilidad de Martin—, pero la cuestión es que su instinto paternal se ha desbordado.

—En todo caso ahora ya no necesita un anillo en el dedo para ser padre.

Eve se terminó el botellín de cerveza, el de mi hermana descansaba vacío en el suelo.

—Exacto. Así que ahora buscan otro modo de llevarlo al altar.

—¿Y el padre de Martin no opina?

Mi voz sonó lastimera, me sentía deprimida. ¿Todo el mundo estaba en contra mía? *Sí, Eve era una aliada, pero en aquel momento solo veía los contras.*

Sonó el timbre y acabó la conversación.

—Iré yo.

Mi hermana desapareció por el pasillo. Eve aprovechó para ponerse la chaqueta.

—Será mejor que me vaya, solo quería asegurarme de que estabas bien.

También ella desapareció del comedor hacia la cocina con las cervezas ya vacías. Entró Dev. Sola.

—¿Quién era? —pregunté extrañada.

—Tu actor.

Martin no era *mi* actor.

—¿Y dónde está?

—En la puerta. Al otro lado de la puerta cerrada, en realidad.

—¡Dev!

—¿Le has hablado de mí?

—No puedes dejarlo en la calle solo porque no te gusta. Ve a abrirle.

—Te he preguntado si le has hablado de mí.

—Si no le abres tú iré yo. Me obligarás a levantarme y...

—¿Sí, o no?

Suspiré, sabiéndome derrotada.

—No.

—¿Cómo que no?

Miré al techo, frustrada.

—En estas tres semanas no nos hemos visto, ha estado encerrado en un estudio tratando detalles de su próxima película. —La voz no me tembló, el corazón un poco—. Hemos hablado a diario por teléfono sobre cómo me encontraba, de lo conveniente de instalarme aquí, de si necesitaba algo... pero ni de su hermano ni de ti. Dev —estaba empezando a enfadarme su cara de pocos amigos—. No voy a disculparme por no decirle que tengo una hermana. Lo siento pero...

—Lo ha sabido.

—¿Qué?

—Lo ha sabido.

Estaba segura de que mi cara se había iluminado tanto como se oscureció la suya. Sabía a qué se refería, pero quería que me lo dijera, eso que la enfadaba y que me iba a hacer feliz durante muchas, muchas semanas y meses.

—No me hagas decírtelo.

Volvió a sonar el timbre. Eve se asomó.

—¿Abro?

—Si eres tan amable —respondí—, es Martin. Y dile que por favor espere un segundo. Mi hermana quiere contarme algo.

La mirada de rencor que recibí de unos ojos tan violáceos como los míos no rebajó mi ánimo.

—Muy bien, le diré que espere hasta que le aviséis. Yo me marchó. Adiós, un placer, Devaney.

—Igualmente, gracias.

—¿Dev? —la devolví a mí—. Martin espera.

—Que espere.

—Dev...

—¡Joder, de acuerdo! He abierto y me ha mirado. Me ha mirado y ha

parecido querer reñirme, supongo que por no estar tumbada. Pero entonces me ha vuelto a mirar y ha puesto una cara extraña y me ha seguido mirando. Y yo no he dicho nada, que es lo que hacemos siempre, callar y esperar a ver si adivinaba quién es quién. Y entonces me ha dicho: «Hola, ¿puedo ver a Keyra?» No sonrías como una idiota o te verá adorarle en cuanto entre. Kee, en serio, deja de sonreír con ojos soñadores y pon cara de mala leche. Ese es el tío que te dejó embarazada, que te culpó de todo y a quien su madre quiere casar con una pija. —Maya fue un jarro de agua fría—. ¿Ves?, mucho mejor ahora. Le pediré que pase.

Ya en la puerta del comedor, se volvió.

—Te creo cuando me dices que no le dijiste que éramos gemelas idénticas, pero ¿ni siquiera le dijiste que tenías una hermana? Alguna pista que le hiciera sospechar...

—No —respondí, pagada de mí misma.

—¡Mierda! Y cambia esa cara por otra que no te haga parecer enamorada, joder.

Era la primera vez que alguien nos distinguía.

Si tenía cara de parecer enamorada era porque me sentía así. Y lo confesara Dev o no, Martin se la había ganado.

Dev lo trajo al comedor y nos dejó solos bajo el pretexto de que tenía que deshacer sus maletas. Su presencia volvió a robarme el aliento: ¿me acostumbraría algún día a él? Quise pensar que cuando lo viera a diario dejaría de creer que era el hombre más sexi de la Tierra.

—Buenas tardes.

Me sonrió de medio lado y extendió la mano derecha. Me había traído flores. Murmuré un gracias y le pedí que las dejara sobre la mesa. Lo invité a sentarse en el sillón. Se mantuvo en pie.

—No sabía que tuvieras una hermana gemela.

—Dev y yo somos gemelas idénticas. Y hacemos poco para distinguirnos o que nos distingan.

—¿Dev?

—Devaney.

Me miró fijamente durante unos momentos.

—Devaney y no David.

Busqué en sus ojos un indicio de celos, o de alivio, o una reacción. No encontré nada. Atrás había quedado la emoción del día en que me ingresaron. Supuse que entonces se sintió desbordado: me había juzgado mal, iba a ser

padre, no habría juicio, sangré, con lo que tal vez perderíamos al bebé, y finalmente no solo no sería así, sino que tendríamos dos hijos.

Quizá, quién sabe, recordó aquella cena y el *gin- tonic* de después, la química tan física que fluyó entre nosotros, y la ilusión de ser padre, el miedo a perder al niño y la culpabilidad por no haberme creído hicieron que volcara toda su ternura en mí. Como fuera, cualquier muestra de afecto había desaparecido.

Excepto por las flores, me animé.

—Finalmente te divorciaste.

—Finalmente me divorcié.

«Y tú no —quise decirle—, tú continúas con tu relación, que, según me confesaste, nunca había estado en su mejor momento, con una niña pija que saca lo peor de tu madre y que pretende encontrar la manera de llevarte al altar. De cualquier manera.»

—Lo lamento.

—Fracasó en lo que tú lograste a la primera. Es eso lo que no pudo perdonarme, que me dejaras embarazada. —*¡Hombres! Se hinchó como un pavo*—. Te agradeceré que no te sientas orgulloso, hacía cinco años que estábamos casados y estaba enamorada de él. —¿Por qué le decía todo aquello?—. Pero seguro que no has venido para eso, ni has traído las flores tampoco porque sí.

Se quitó la chaqueta, levantando el dobladillo de su camiseta de manga corta de algodón y revelando unos abdominales de infarto. No se dio cuenta de mi mirada apreciativa, tan concentrado estaba en lo que iba a decirme. Se pasó una mano por la nuca y comenzó a pasearse por la habitación.

—Di lo que sea y lo hablaremos. —Dije, entre nerviosa y harta—. Pero dilo de una vez.

Clavó sus ojos azules en los míos antes de responder.

—Dentro de tres días comienzo un rodaje que me llevará entre cinco y seis meses. —El alma me cayó a los pies—. No tenía que empezar todavía, pero las fechas se han adelantado, cosas de la productora.

—¿Cinco o seis meses? Para entonces yo...

—Estaré para el parto. Esté donde esté, cuando nazcan los bebés estaré a tu lado.

—¿No ruedas en Inglaterra?

Se pasó una vez más la mano por la nuca.

—Va a ser un rodaje exigente, Keyra. Una gran parte se rodará aquí, en

Londres. Pero también iremos a filmar exteriores en Sudáfrica, Malta y Camerún.

El alma, que estaba en mis pies, se derramó por el suelo. Quise estar sola. A fin de cuentas era como me iba a dejar, completamente sola.

—Martin, te agradezco la visita, pero estoy cansada. Tengo que pedirte que te marches.

—No me echas, Keyra. —En su tono enfadado se filtró una brizna de desesperación. O tal vez solo quise verla para mentirme y sentirme mejor—. Se trata de James Bond. Mañana lo harán público, pero hace meses que firmé por cinco películas. La productora ha decidido adelantarlos y dado que el proyecto que tengo en mente, y por el que ni siquiera he hecho las pruebas todavía, se ha dilatado sin explicaciones, he aceptado. Pero lo hice antes de saber que tú... que nosotros...

Si escuchaba de sus labios algo dulce sobre nuestros hijos, seguramente lloraría.

—Enhorabuena por el papel —desvié el tema—. De todo corazón, mi más sincera enhorabuena. Creo que merecías un papel así y que lo harás de maravilla.

Estaba siendo honesta. Sería un Bond magnífico, siempre lo había pensado.

—Mi madre cuidará de ti. Sé que tu hermana ha contratado a un regimiento, pero puedes contar con mi madre. Y también con Maya. Va a implicarse mucho en tu embarazo porque...

No quise escuchar más. Sentía el escozor de las lágrimas. Solo quería estar sola.

—Martin, creo que será mejor que te vayas ahora.

Esta vez sí, sus ojos me miraron con tristeza. Se acercó a mí dispuesto a darme un beso. Debía apartarle, volverme, tenía a su Maya para cuando quisiera besar, no había nada entre nosotros que justificara beso alguno, y sin embargo fui incapaz de negármelo.

Alcé la cara y él bajó la suya. Por un instante infinito nos miramos y el aire en derredor crepité, inflamado. Se detuvo a estudiar mis labios y se le oscurecieron los ojos. Le escuché retener la respiración conforme se acercaba a mi boca y también yo dejé de respirar. Finalmente el pequeño espacio que nos separaba desapareció y ocurrió. Solo nuestros labios se tocaron y nuestros cuerpos quisieron protestar por la abstinencia. Fue, como en el hospital, un beso delicado pero cálido. Un beso que parecía hablar de más de lo que

correspondía. Ladeé la cabeza por instinto, pidiendo más, y abrí apenas la boca. También él ladeó la suya y creí escuchar un tímido gemido de asentimiento y sentí apenas su lengua rozarme antes de que se apartara con brusquedad.

Le evité al separarse definitivamente, no quería que pudiera leer en mí. Cogí el diario que había en la mesa auxiliar.

—Keyra, yo... —parecía confuso.

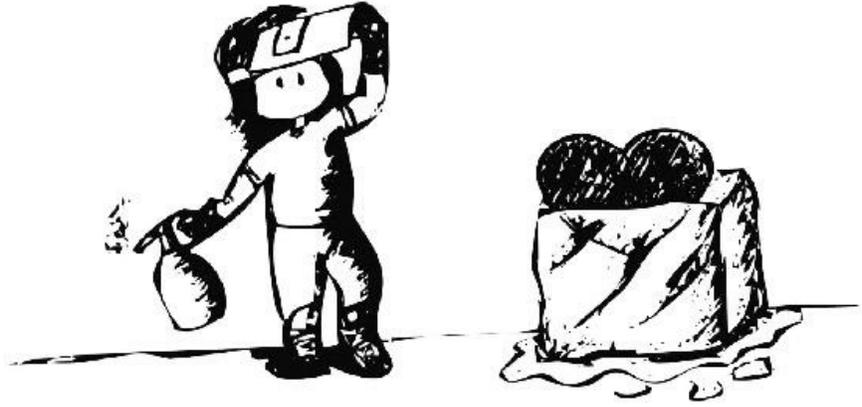
No levanté la vista de las letras que era incapaz de descifrar.

—Adiós, Martin.

Seguí paseando mis ojos por las líneas que no sabía leer. Finalmente se marchó, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Rompí a llorar en silencio.

Segunda parte
UN EMBARAZO DESPUÉS...



De villano a héroe

¿Por qué comenzar una conversación capital en el momento más inadecuado? Ni idea, pero estoy convencida de que todas lo hacemos en algún momento. Yo estaba en albornoz, un albornoz enorme porque toda yo era enorme, deseando meterme en la ducha desde hacía unos veinte minutos, cuando había sonado el teléfono. Sabiendo que era Dev, debí esperar a haber pasado por agua, pero no lo hice. No, porque en algún momento de nuestras vidas comenzamos conversaciones capitales en los momentos más inadecuados. Por eso y solo por eso suponía que había contestado.

Situación: cubierta únicamente por un albornoz, sentada sobre la tapa de la taza del bidé intentando no perder la paciencia ni enfadarme cuando lo que realmente quería era que un potente chorro de agua caliente me relajara después de la sesión de deporte para embarazadas a la que me había sometido la sicópata a la que mi hermana había contratado para que mi cuerpo volviera a ser el de siempre seis semanas después del parto. Como todo aquel entrenamiento matapersonas no funcionara habría víctimas...

Momento y ubicación: febrero y Londres. *¿Dónde si no?*

—Dev, hablamos más tarde, necesito...

—No, nada de hablamos más tarde. —La indignación no ocultaba su dolor—. No puedes decirme algo así sin venir a cuento y colgarme después. Así que y una mierda hablamos más tarde.

Sus palabrotas no me hacían reír. Hacía ya treinta y ocho semanas y media que casi nada me hacía reír. *¿Adivináis de cuánto estaba?*

—No he podido colgarte después de decírtelo porque no me has dejado. Hace veinte minutos que estoy al teléfono contigo cuando debería estar bajo la...

—Kee, no estoy preparada para perderte. —La congoja me atenazó la garganta y cualquier respuesta quedó estrangulada—. Y siento que ya te he perdido.

Aparté el teléfono y respiré profundamente, como había aprendido en las clases de parto sin dolor.

La decisión estaba tomada y era definitiva.

—Dev, para mí también va a ser muy duro tenerte a un océano de distancia. Ya lo es. Pero mis hijos necesitarán más a un padre que yo a mi

hermana.

—Ese actor no ha estado contigo desde...

Desde que comenzó el rodaje de *No se muere por capricho*.

—Los niños no han nacido todavía —la interrumpí. No quería hablar de Martin con nadie, ni siquiera con ella. *Martin era personal y, entre nosotras, era probable que fuera poco objetiva, cortesía de mis hormonas*—. Y después pasará lejos de Inglaterra algunas temporadas por trabajo, soy consciente de ello y lo he tenido en cuenta. Aun así voy a quedarme aquí, en Londres, para intentar tener una relación estrecha con él por el bien de nuestros hijos.

—No existen las buenas relaciones entre padres que no se aman, Kee. Y tú y yo lo sabemos bien. No pretendas una relación platónica donde no puede haberla, no te hagas daño —casi suplicaba.

Callé durante algún tiempo. Había sido una decisión difícil de tomar y sin su apoyo sería muy duro mantenerla. Conocía los riesgos y ese era precisamente el que más temía. No obstante, era una decisión en firme.

—Déjame intentarlo. Por ellos, por nosotras, por lo que no tuvimos. Cuento contigo para que me saques de aquí si pretendo una relación platónica donde no puede haberla. —Repetí sus palabras porque describían la posible pesadilla a la que yo no había sabido poner nombre—. Te necesito a mi lado en esto, Dev.

Fue ella quien calló entonces.

—De acuerdo —claudicó al fin—, estoy contigo en esto. —Sentía su malestar crecer tanto como mi alivio—. Pero no firmes nada hasta que yo llegue. Vivir en otro continente, en la casa de atrás del padre de tus hijos con un jardín abierto y un régimen de visitas más que flexible, te honra. La custodia compartida...

¡¡¿Pero qué...??!

—Dev, me temo que tengo que colgar.

—¡Y una mierda! —¿Por qué ninguna *nanny* cumplió su amenaza de lavarle la lengua con lejía?, ¿y a quién le importaba ahora, de todas formas? ¡¡Aquel líquido viscoso lo estaba empapando todo!!—. Acabo de comprometerme a algo que me duele tanto como si me arrancaran la mitad del corazón, literalmente. No vas a colgar ahora que has conseguido...

¡¡Dios!! ¡¡Dios, Dios, Dios!!

—Dev...

—Déjate de Devs... Quiero que te comprometas tú...

—Dev, creo que he roto aguas.

—¿¿¿Qué??!

Palabras mágicas. Lástima su corto recorrido.

—Nunca he roto aguas antes, pero... No te lo detallaré, raya lo escatológico, aunque ahora entiendo por qué lo llaman romper aguas. De veras que voy a colgar.

No necesitaba tenerla delante para ver su cambio de expresión. Sonreí a pesar de lo precario de mi propia situación. *Lo creáis o no mi hermana puede ser cómica, a veces.*

—¿Estás sola? ¿Qué enfermera está contigo en este turno? Ahora la llamo. Tú quédate completamente quieta, no hagas nada. Avisaré a una ambulancia también. Y a Eve, desde luego. —En aquel momento no estaba hablando inglés, hablaba histérico y me costaba entenderla—. Ella llamará a quien considere oportuno. Tú, mientras tanto... Solo estate quieta. Los demás sabrán qué hacer.

«Sabrán», no «sabremos». Mi sonrisa se amplió y me compadecí de ella.

—Respira, por favor, Dev. Voy a avisar a Anne, que es la enfermera de tardes, porque a este lado del océano ya es por la tarde, y mientras ella prepara lo que sea me daré una ducha rápida. No, no es negociable, tengo dos niños dentro, hacerlos salir no será rápido, me niego a ir sudada a ningún sitio. —Podía sentir su impotencia—. Mientras tanto, por favor, llama a Eve y dile que en veinte minutos partiré hacia el hospital.

—Enseguida la llamo. —Era bueno hacerla sentirse útil, tenía que formar parte de lo más importante en mi vida—. Y Kee...

—¿Sí?

—Cojo el próximo avión hacia Londres. Avisaré a papá y a nuestra madre cuando esté allí, contigo.

Le debía una. Una más. Afortunadamente ninguna de las dos llevaba el cómputo.

—Gracias.

Por fin colgué y le di al agua caliente. No necesité llamar a Anne, su teléfono sonó diez segundos después y en menos de un minuto llamaban a la puerta de mi baño.

Solo quien ha sido madre sabe qué se siente cuando escuchas el llanto de tu hijo y lo acuestan unos segundos en tu pecho y lo ves por primera vez. No ves el manto de placenta que lo cubre, ni los ojos cerrados, ni oyes sus gritos. No ves nada. Solo sientes un pequeño bulto sobre ti que te inunda y cuyo calor

te ahoga en felicidad.

Yo tuve el privilegio de vivirlo dos veces en menos de una hora. Dos llantos, dos pequeños bultos calientes sobre mí. Dos estallidos de felicidad que supe que me llenarían para siempre.

Solo quien ha sido madre sabe qué significa dar a luz. Yo tuve un parto natural. Con epidural o Eve ya no continuaría en esta historia; estaría muerta, asesinada. Fue muy largo. Eterno. Y terminé agotada.

Felizmente agotada y agotadamente feliz.

No hubo complicaciones y con treinta y ocho semanas y media no era necesaria incubadora; sin embargo, mi ginecóloga era la tía de mis hijos, así que se los llevaron durante horas a hacerles todas las pruebas posibles y me dejaron sola con la madre de Martin.

Debí portarme muy mal en otra vida para tamaño infierno, que se desató cuando le dijeron que los niños estarían en un nido de la cuarta planta hasta el día siguiente y alcanzó su punto álgido al saber que no les daría el pecho. Había mentido a todos, *lo confieso*, para evitarme los sermones que vendrían y dije durante el embarazo estar a favor de la lactancia materna. *Lo que técnicamente es cierto, lo estoy, es solo que tengo una fobia al respecto. La idea de un pezón del tamaño de medio dedo pulgar coronándome el pecho y un bebé tirando de él... no quiero hablar del tema, se me pone la piel de gallina solo de pensarlo. Pero que estuviera a favor de la lactancia no significaba que yo fuera a ser una madre lactante.*

Gritos, sermones, más gritos, alguna descalificación personal referente a mi nacionalidad... Estaba tan cansada que no podía replicar, solo quería que alguien la amordazara para poder dormir. Después de ver a mis hijos, claro.

Llegó Eve y la calmó un poco, pero no cejó en su perorata, preguntándose y preguntándome qué clase de educación iba a darles si ni siquiera me sacrificaba para alimentarlos con mi propio cuerpo. Hubo una urgencia en obstetricia y Eve tuvo que irse, disculpándose con la mirada. Envió a una enfermera a mediar paz, intentando que Mildred me dejara descansar, pero fracasó: la echó y continuó taladrándome con su voz.

Echaba tanto de menos a Dev... Ella no hubiera permitido que nadie abusara de mi agotamiento. Durante todo el embarazo me había sentido sola y débil y ahora que, al fin, mis hormonas se relajarían y volvería a ser la Keyra serena de siempre, aquella mujer, aquella dichosa mujer que era la abuela de mis hijos... rompí a llorar.

Justo entonces entró Martin.

Verlo me emocionó y con la emoción llegó el consuelo. Me cubrí la cara con las manos y lloré con más ímpetu, con las pocas fuerzas que no sabía que tenía, dejando que los nervios del día desaparecieran con las lágrimas.

Mis sollozos quedaron ahogados contra su pecho, me había tomado en brazos para sentarnos sobre la cama de nuevo y todo mi cuerpo parecía estar en contacto con el suyo. Su calor, toda su presencia, me rodearon. Me arrebujé contra él, me dejé reconfortar y olvidé todo lo que no fuera Martin y sus dulces susurros, sus suaves besos en mi coronilla, sus manos acariciándome la espalda.

Tiempo después, ya relajada, me separó con suavidad y me levantó la barbilla. Alcé la vista y vi tanta devoción en sus ojos que los míos se volvieron acuosos una vez más.

—Shh —me susurró, pasándome los pulgares por las mejillas—. Shh.

Respiré profundamente sin apartarme de su mirada azul, que me hipnotizaba.

—Has venido. —Obviamente, lo había hecho.

—Eve me ha avisado. —La ternura de su voz me derretía por dentro—. Hubiera querido llegar al parto, pero estábamos rodando la última escena. La última, Keyra. Ya no volveré a marcharme.

No le escuchaba.

—Has venido —repetí inútilmente, y me abracé a él sin pensar si debía o no.

Volvió a rodearme con sus fuertes brazos y me acercó a su cuerpo, me meció y me acarició la cabeza con afecto.

—No quiere darles pecho.

La voz de Mildred me tensó. Tanto, que aun sin saberlo me aparté de él con brusquedad. Martin volvió a acercarme a él antes de preguntarme sin mirarme siquiera:

—¿No les darás pecho? —Negué lentamente con la cabeza—. De acuerdo. Biberones entonces.

La sencillez en su aceptación me hizo sentir tan bien como sus brazos alrededor de mi espalda. En aquel momento no recordaba nada de los peligros de las relaciones platónicas de padres que no eran pareja. No recordaba nada, únicamente sentía.

—¿Biberones?! Martin, no sabes de lo que...

—Es decisión suya, mamá, y la respeto. Si Keyra...

—Keyra es una mala madre.

Aquella sentencia congeló el aire. Quedé muda de lo agraviada que me sentí. Noté el cuerpo en tensión de Martin, que ya no me abrazaba. Cuando quise apartarme, pareció darse cuenta de que me había alejado y volvió a acercarme.

—¿Dónde está papá? —fue una pregunta amenazante.

—Abajo, en la cafetería. Con Lucas —respondió Mildred con tiento.

—Deberías bajar también tú.

Tras un tenso silencio se marchó.

Supe con certeza que pagaría cara aquella victoria, pero no me importó, solo me importaba que continuara estrechándome contra su cuerpo. Con él rodeándome me sentía casi querida, pero sobre todo me sentía segura, protegida, y era una sensación completamente nueva para mí, nueva y a la que, reconocí, no me importaría acostumbrarme.

Me retiró un poco para saber de mí.

—¿Cómo estás? Eve me ha dicho que han sido catorce horas.

Asentí.

—Agotada.

—Debería dejarte descansar. —Su tono de resignación me hizo abrazarlo.

Escuché una pequeña risa de satisfacción al tiempo que volvía a rodearme con su cuerpo, sus manos en mi espalda y sus labios en mi pelo.

—¿Los has visto?

—Al nacer. Están en...

—Los nidos de la cuarta planta. ¿No los han bajado?

Negué con la cabeza. Me cogió por las rodillas y los brazos, me alzó en el aire, se distanció y me depositó en la cama, sola sin él, alejándose definitivamente. La soledad me arrolló.

—Ponte esto. —Extendió una bata hacia mí. La cogí como una autómatas e hice lo que me pedía—. Y ahora cógete a mi cuello. Así, sí.

Y volví a estar en sus brazos, en el aire esta vez. Salimos de la habitación, recorrimos el pasillo hasta llegar el ascensor. Entendí dónde me llevaba y me apoyé en su hombro y se lo besé, feliz.

Cuando las puertas se abrieron, nos encontramos con dos enfermeros que nos miraron llenos de curiosidad, pero no dijeron nada. Oculté el rostro contra él para que no me vieran en caso de que lo reconocieran, hasta que el alegre tintineo de la campana indicó nuestro piso.

—Buenos días —murmuré al salir.

Nos detuvimos frente a un enorme cristal donde se veían doce cunas. Miré,

maravillada, intentando reconocerlos.

—Aquel es Hugo. Ha conseguido que la enfermera acuda tres veces a verle. —El orgullo de su voz era infinito—. Y el del pijama verde es Kenneth. Parece tranquilo, pero las niñas de los nidos de al lado no han dejado de hacerle ojitos.

Solo pude decir:

—Son preciosos.

Lo eran. Era los bebés más bonitos que jamás había visto.

—Lo son —me confirmó. Eran también los bebés más bonitos que Martin había visto jamás.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, yo en sus brazos, frente al cristal. Supongo que me quedé dormida, porque apenas volví a la conciencia cuando me tumbó en mi cama.

—Keyra... gracias.

Me besó suavemente los labios, con sentimiento.

Y mientras me dormía de nuevo, volví a enamorarme de él.

Tenemos que hablar

—Joder, Kee, son exactamente iguales, ¿estás seg...?

—No digas palabrotas delante de mis hijos, Dev —la amonesté sonriendo mientras sostenía a Kenneth con una mano y le rociaba agua por la cabecita con la otra.

—Es cierto —reconoció, y volvió a Hugo hacia ella—. Escucha bien, sobrino: nunca digas «joder» como acaba de decir tu tía Devaney. «Joder» es una palabra muy fea que no debes aprender, así que olvida que he dicho «joder» o tu madre me matará por enseñarte a decir «joder»...

No podía parar de reír.

—¡Deja de repetirla o finalmente la aprenderá!

—No con apenas diez días de vida. —También ella reía—. Tú, sin embargo, deberías hacer uso de ella de vez en cuando. Especialmente con...

—Dev...

—La madre de Martin.

Suspiré. Mildred opinaba que no hacía nada correctamente. Que debía bañarlos por la mañana y no por la noche, que debía vestirlos iguales y de azul, que... *y ya os imaginaréis que seguía con la matraca por los biberones.*

—Supongo que todas las abuelas creen saber más que las madres.

¿Que por qué la justificaba? No lo hacía. Era a mí, a mi falta de carácter, a quien justificaba. Aún no me sentía fuerte. Probad con dos bebés despertándose a todas horas, todavía cosida... Por más ayuda que tuviera, con un ama de llaves y una enfermera en casa a la espera de contratar una niñera... Pero me quedaba poco para ser yo. Muy poco.

—Eso no le da derecho a meterse en tu casa cada vez que le dé la gana. Está bien que hayáis conectado los jardines apartando la valla, que tendréis que volver a poner el día que vuelvas a casa. Pero que tu puerta trasera sea de tránsito público no está bien.

—Tiene cerradura.

—Martin tiene copia y su madre copia de la casa de su hijo. Así que...

Suspiré más sonoramente. Creí que en la abuela de los niños encontraría una ayuda, pero había resultado ser un grano en el culo, *con perdón.*

Kenneth debió intuir mi malestar porque protestó apenas. Al mirarlo olvidé cualquier problema y me centré en la preciosa escena que disfrutaba

con mi hermana.

Situación: en el baño de la casa inglesa, con una bañera de bebé enorme, Dev y yo frente a frente cada una en un extremo con sendos bebés en las manos intentando dejarlos relucientes después de que Hugo tuviera un accidente que rebasara su pañal y Kenneth lo tomara como un reto.

—Eres el niño más guapo del mundo —le dije a Kenneth, y le besé la naricilla antes de sumergirlo en el agua.

—Hey, ¿no le dirás lo mismo a él? Eres tan guapo como tu hermano y por tanto el niño más guapo del mundo. —Lo besó también ella—. Son idénticos, Kee. Diría que tanto o más que tú y yo.

—Lo son, compartían bolsa. No son mellizos, sino gemelos, así que será mejor que no los soltemos o podríamos confundirlos y no saber quién es quién. Sonreímos, divertidas.

—¿Crees que pudo pasar con nosotras?

—¿Que tú seas Keyra y yo Dev?

La mera idea nos produjo hilaridad. Por supuesto era imposible, cada una tuvo una niñera y llevamos una pequeña pulsera en el tobillo a la que fueron añadiendo eslabones conforme crecíamos hasta que cumplimos los tres años y supimos decir nuestro nombre sin dudar. Todavía las conservábamos junto con los medios corazones. Teníamos muchísimas joyas heredadas, regaladas y algún capricho comprado, y sin embargo aquellas eran seguramente nuestros mayores tesoros. Yo tenía la de Dev y ella la mía.

—Buenas noches.

Ahogamos un grito y nos volvimos hacia la puerta para encontrarnos con Martin en el vano. Devolví mi atención a Kenneth dándole la espalda, su imagen seguía en mi retina: vaqueros claros, camisa blanca por fuera que sin ser *slim* marcaba necesariamente sus hombros, el pelo revuelto, húmedo todavía, y barba de dos días. Él no pudo apreciar mi rubor ni mi respiración acelerada, mi hermana sí.

—Buenas noches —respondió ella sabiendo que mi voz temblaría—, nos has asustado.

—No lo pretendía —sonó contrito—. He llamado al timbre dos veces y no me habéis abierto, y como me diste llaves... —Me hablaba a mí, pero no quería girarme, tenía a Kenneth en las manos y le pasaba la suave esponja por la piel nueva—. Os he llamado, de veras que sí. He gritado vuestros nombres antes de subir hasta la primera planta. Al ver luz en el baño de los niños he imaginado... Quizá no he debido entrar, lo siento. Veros a las dos, cada una

con un niño... No he podido dejar de mirar. Lo lamento si os he importunado.

—No te preocupes —*ya sabéis qué dijo mi hermana, a estas alturas ya la conocéis*—, tu madre entra y sale a placer y nunca avisa.

Se hizo el silencio. Incluso los bebés parecieron entender la situación y se mantuvieron quietos.

—¿Cómo han ido las grabaciones de voz? —improvisé—. La última película de James Bond está casi preparada, Dev. Están cerrando los últimos flecos de postproducción. Nuestro padre —me volví a él sintiéndome ridícula, nadie me escuchaba— es un *fan* de la serie.

Cuando movió los labios fue para decir, consternado, obviando la película de acción y volviendo al drama.

—Ya, mi madre.

El ambiente se tornó opresivo.

—Acabo de recordar que he quedado para ir al cine con una vieja amiga —dijo Dev por sorpresa—. A ver una película europea, por tanto una película bastante larga. No creo que regrese en al menos tres horas largas. Y llego tarde, además. Martin, ¿acabas tú de bañar a Hugo?

La miré, suplicante. No quería tener aquella conversación con Martin, o no todavía. No obstante, Dev regresaba a Nueva York al cabo de dos días y no me permitía dilatarlo. *Sí, podía estar preocupada por cómo se desarrollara la charla, pero no era tonta ni estaba ya bajo el influjo del embarazo: tener aquella conversación era lo correcto. Y no obstante, ¡qué rabia que tuviera la razón y la oportunidad para forzarme a hacer lo que debía!*

Sin decir nada se situó a su lado y dobló los puños de la camisa de fino algodón hasta más allá de los codos, mostrando unos brazos fuertes. El olor de su colonia me golpeó como siempre y tuve aquella maldita reacción que había aprendido a describir tan bien: sensación de vacío en el estómago, de mareo en la cabeza, de cosquilleo en las manos y las rodillas debilitadas. ¿Cuándo se me pasarían por completo los síntomas del embarazo?

Ajeno a los restos de mis hormonas cogió a nuestro hijo y yo suspiré en silencio: *nuestro* hijo.

—No me esperes despierta, Kee —dijo mientras salía, y desapareció a mi espalda.

Cogí la esponja, la empapé y la escurrí sobre los hombros de Kenneth. Le gustaba el agua, así que no protestó. Martin, atento a mis gestos, hizo lo mismo. Hugo no era tan amigo del agua, pero debían gustarle las manos de su padre porque no protestó. Miré aquellas manos grandes y la delicadeza de sus

movimientos y sentí un escalofrío.

—¿Tienes frío? ¿Crees que pueden tener frío? —rectificó.

—No —anoté en la carpeta de «Advertencias sobre Martin Campbell» una entrada sobre sus manos. Sospeché que a mi piel le gustarían tanto como gustaban a mis hijos.

Pasamos quince minutos en silencio, bañándolos primero y sosteniéndolos sobre la superficie del agua después.

Los dejamos sobre sendos cambiadores.

—Vacíala, por favor.

Tenía un tapón al que poner una goma por debajo y evitar cargar con el peso; sin embargo, él podía verter el agua en la bañera grande sin problemas.

De nuevo frente a frente, los secamos, les pusimos crema, pañal, bodi y pijama.

Era la primera vez para él y estaba completamente concentrado. Concentrado y feliz. Parecíamos dos padres recién estrenados compartiendo una escena cotidiana y disfrutando de ella. Porque éramos eso, exactamente. Solo que no éramos una familia, sino un padre y una madre con dos hijos fruto de la maquinación de la prensa rosa.

Me animé pensando que Dev y yo ni siquiera habíamos tenido una escena como aquella. Lo que fuera que construyera con Martin se parecería más a una familia de lo que había tenido yo.

Ya vestidos y sin riesgo de confusiones, cada uno con un bebé en los brazos, me concedí —y le concedí— el placer de que los cargara a ambos. Su cara con los dos bebés contra su pecho... Toda la estampa se quedó grabada en mi corazón.

—Espera —dije en voz baja, temerosa de que cualquier ruido rompiera el momento—, voy por mi móvil. Quiero una foto.

Eché de menos mi Nikon, aunque mi estado no me hubiera permitido disparar a placer. Después, con toda naturalidad, como si fuera habitual, bajamos a la cocina con ellos, le enseñé a preparar biberones, se los tomaron, y poco después los acostamos.

Qué rápido se resume más de una hora de trabajo arduo, ¿eh?

Bajamos nosotros al comedor sin que yo tuviera ningún guion establecido. Le ofrecí una copa de *pinot noir* para darme tiempo.

Situación: en el comedor de la casa, a las nueve y media de la noche, a solas con él, lo que era excepcional, me daba cuenta. Habíamos estado solos la noche de la tragedia, al día siguiente en la cocina de su casa, en esa misma

cocina cuando le dije que estaba embarazada, en el hospital cuando casi pierdo... y el día que nacieron los niños. La realidad era, me daba cuenta, que no habíamos tenido ninguna intimidad. No habíamos estado solos en ningún momento.

—Keyra, ¿podemos hablar sobre mi madre?

¿Por qué? ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué cuando Martin estaba en la ecuación mis análisis se quedaban a medias, eh? ¿Por qué nunca terminaba de centrarme si él subía a mi escenario? Le daba una clara ventaja, lo que por cierto era muy molesto.

—Tenemos que hablar, sí.

Y no solo de su madre, su madre era lo de menos. Teníamos que hablar de la custodia de los niños, de cómo compatibilizarla con su trabajo. Si la relación era buena, cuando los niños crecieran un poco más podría ir con él, arguyendo un trabajo flexible en la revista para la que escribía. No le diría en qué trabajaba realmente, o no de momento, pero una *freelance* que se codeara por la razón que fuera con las *celebs* de Nueva York bien podía permitirse según qué cosas con las nuevas tecnologías. Confiaba en que no preguntara mucho más. Así que, si todo iba bien entre nosotros, los niños podían ser nómadas hasta la edad de escolarización. Entonces sí, tendríamos que...

—Sé que mi madre —¿Otra vez sorprendida en la Luna? «Keyra», me reproché, «céntrate, por el amor de Dios»— ha estado importunándote, pero la conozco, y aunque sé cómo puede llegar a ser, también sé que lo hace porque quiere lo mejor para los niños.

—¿Acaso cree que yo no? —Le sorprendió mi respuesta. Me miró fijamente, evaluándome. Me aplaudí, por primera vez en nueve meses volvía a sentirme yo. Mi voz era modulada, relajada; mis palabras duras, aunque suavizadas dado mi tono—. Tu madre cree que solo ella sabe cómo hacer las cosas y que cualquier cambio sobre *sus* rutinas es un error. Agradezco los consejos —*falso*—, aunque me temo que no estoy segura de que me gusten sus ideas.

Se enfadó. Bien, podía lidiar mejor con un Martin enfadado que con uno encantador. Y dudaba que él supiera qué hacer con una Keyra enfadada.

—¿Insinúas que mi madre no sabe educar? ¿Que tal vez Lucas y yo hemos recibido una educación inadecuada?

No pensaba entrar en algo tan ridículo. No lo había hecho con David y no lo haría con él.

—Si esta es la conversación que vamos a tener —estuve a punto de decirle

que ya podía marcharse—, prefiero que me cuentes qué tal la película.

De nuevo me miró, sopesándome.

—No te reconozco. —Parecía más frustrado que enfadado.

—No me *conoces* —le corregí—. No has tenido ocasión porque no hemos estado solos en ningún momento...

—Tú y yo...

—No es una queja —no quería oír nada que comenzara por «tú y yo» en ese momento—, y aunque hubiera sido el caso, he estado embarazada. Durante estos nueve meses no he sido yo, he sido un manojo de sensibilidad, así que no me conoces, Martin, del mismo modo que yo no te conozco a ti. Solo recuerdo a un hombre sexi y divertido que me cautivó durante una cena hace mucho tiempo, tanto, que dudo de si mi percepción fue acertada o fruto de mis deseos de que lo fuera.

Fue un golpe bajo y lo recibió como tal. Se hizo atrás y se puso a la defensiva.

—¿Y qué me dices de Maya?

¿Maya? ¿A qué venía *ella* en *mi* conversación?

—¿Maya? —inquirí sin más.

Esperaba que continuara hablando, pero no sabía lo bien que manejaba yo los silencios. Si estaba enfadada, no importaba con quién hablara; de hecho, el enfado era la criptonita para Martin Campbell. ¿No me creéis? Atentas:

Situación: en el sofá del comedor de la casa de Inglaterra, con una copa de pinot noir en la mano, teniendo una conversación con un tarado emocional.

Hoja de ruta: clarificar la cuestión de la custodia de mis hijos y reivindicar mi postura sobre las entradas y salidas de su madre.

Objetivo: que el padre de mis hijos supiera quién era Keyra Johnson en sentido metafórico. Nada de la escritora o guionista, y mucho de la mujer del tipo caleidoscopio.

¿Veis qué bien cuando estaba en estado de gracia?

Habló él al ver que mi mutismo podía ser eterno.

—Sí, Maya, mi pareja. La Maya que ha llamado a esta puerta dos veces y a quien te has negado a abrir.

Eché mentalmente el freno y me obligué a ir con tiento, lo último que quería era parecer una sicótica celosa a pesar de que Maya, con solo tres visitas, había logrado que algo que no sabía que guardara dentro, una especie

de afilado instinto asesino, se revolviera y pugnara por entrar en acción. No tenía ningún derecho a colarse en mi casa sin llamar, *y no quería analizar sus derechos sobre mis hijos*, y así debía entenderlo, porque las tres veces que había entrado lo había hecho en absoluto silencio, procurando no hacerse notar y desde luego no había subido a la primera planta. En cada ocasión la había sorprendido husmeando entre mis cosas. La primera vez algunas fotos, las otras dos en mi escritorio. Cada vez se había marchado sin explicarse, lo que me hacía preguntarme si no habría registrado mi casa otras veces sin que lo supiera, y qué y cuánto sabría Maya sobre mí.

Así que, por descontado, a la novia de Martin no se le había negado la entrada porque nunca había llamado.

—Si hubiese escuchado el timbre hubiese abierto. —Me miró sin creerme—. O tal vez estaba absorbida por uno de los dos bebés, o por los dos. —Ahora parecía más proclive a dejarlo pasar—. En cualquier caso siempre puedes decirle que haga como tu madre y entre por la puerta de atrás sin avisar. —Ahora sí, estaba enfadado.

¡Premio!, me felicité, aunque no sabía qué había ganado, en realidad.

Dejó la copa de vino, se puso en pie y caminó por la habitación queriendo serenarse. Se pasó la mano por la nuca, respiró hondo y volvió a sentarse.

—Keyra, eres la madre de mis hijos y siempre, siempre, vas a ser alguien importante en mi vida. Alguien preeminente, especial. —*¿Era yo, o estaba poniéndose condescendiente?*—. Pero los dos sabemos cómo ocurrió. Tengo una familia y una novia que hacen lo que pueden por entender esta situación tan anómala. ¿Podrías hacer también tú el esfuerzo, al menos mientras estés en Londres?

—Voy a quedarme en Londres, Martin.

Tocado y hundido.

—¿En Londres? —susurró, inseguro de cuánto significaba.

—Sí, en Londres, en esta casa conectada al patio trasero de la tuya para que puedas ver a tus hijos mientras la prensa continúa en la inopia y donde nadie podrá relacionarme contigo porque vivo en otra calle para que tu relación no se resienta. También yo tengo una madre y un padre en Estados Unidos, y una hermana que se marcha en dos días y que es mi otra mitad y a la que voy a añorar cada maldito día —la voz se me llenó de sentimiento—, pero me quedaré aquí porque mis hijos necesitan una familia más que yo. Porque sé lo que es no tener un padre o una madre y les deseo algo mejor. Porque del mismo modo que moriría si estuvieran a un océano de mí entiendo que

tampoco tú deseas que me los lleve lejos, a *mi* casa.

—Keyra, yo...

—Así que —no le dejé hablar, no lo merecía— no me digas que soy yo quien debe hacer esfuerzos porque los estoy haciendo. Los hago y los seguiré haciendo mientras tú y yo estemos bien. Y no —me apresuré a especificar—, no te estoy pidiendo que me antepongas a tu madre o a Maya. Te estoy pidiendo que no me hagas la vida más difícil de lo que ya lo es para mí, en una ciudad donde no conozco a nadie, en un continente que no es el mío.

Seguía con la vista baja. Que la alzara y me mirara. Quería ver el arrepentimiento en sus ojos. Quería ver la disculpa. Quería ver la vergüenza. Quería ver los remordimientos. Quería ver sus dudas. Quería ver...

Cuando me miró, sus ojos me envolvieron. Nadie me había mirado así jamás. No había amor en ellos, claro que no. Había, no obstante, una mezcla de agradecimiento, respeto, calor, admiración y reconocimiento que parecieron inyectarse en mis venas y recorrer cada rincón de mi cuerpo. Sentí un ligero cosquilleo en la piel mientras su mirada azul brillaba sobre mí.

Era imposible no perderse en aquellos ojos.

—Keyra, yo...

—Olvídalo —respondí, también yo en un murmullo—. ¿Crees que podríamos hablar en algún momento y con tiempo sobre la custodia de los niños?

Sus ojos resplandecieron con reverencia y temí lo que los míos pudieran revelar.

—¿Puedo venir mañana a las siete? Te ayudaría con...

—Mañana es el último día de Dev. Se irá el sábado por la mañana. —
Callé.

—Claro. —Entendió—. ¿Domingo entonces?

Asentí.

—A las siete.

—A las siete —confirmó.

Dejó su copa medio llena sobre la mesa y se puso en pie. Al llegar a mí me dio un sentido beso en la comisura de los labios.

—Keyra. —Su voz de barítono me hechizaba casi tanto como su mirada—.
Keyra —repitió. Pero no quise mirarle—. Gracias.

Y con aquel «gracias» tan emotivo como el roce de sus labios en mi piel me dejó sola. Me sentí más sola de lo que nunca me había sentido.

Criminal en potencia

Habían pasado dos meses y Mildred parecía estar a punto de desbordar mi paciencia. Sí, Martin era fantástico con los niños. A pesar de que era yo quien tenía la custodia, venía a diario a verlos. Incluso si volvía tarde de los estudios —estaban terminando de montar la película— me pedía verlos unos minutos mientras dormían. Y Kenneth y Hugo lo adoraban. No obstante, la maldita abuela me estaba sacando de quicio y su hijo no hacía nada por controlarla.

—Eve, cometeré un crimen. Sé que lo haré. —Seguía viniendo a casa con regularidad y era lo más parecido a una amiga que tenía en la ciudad, en el país y en la dichosa vieja Europa—. Solo prométeme que cuando ocurra me ayudarás a enterrar el cuerpo.

Soltó una carcajada antes de dar otro trago a su cerveza. Yo bebía un zumo de maracuyá. La sicópata que contrató mi hermana para que hiciera deporte, así como la nutricionista, seguían rigiendo mi vida. Pero en su favor había que decir que tres kilos menos y volvería a usar la ropa de antes del embarazo, que todo seguía firme, que incluso mis pechos estaban apenas por debajo de la línea de flotación, que mi estómago había vuelto a su lugar y en breve quedaría plano y bien duro, y que no tenía ni una sola estría gracias a los litros de aceite de rosa mosqueta con los que me había embadurnado. *Vamos, que a pesar de mi escepticismo, mi hermana había acertado, y os recuerdo que había tenido dos niños dentro de mi vientre.*

—Aprovecha que Martin se marcha para ponerla en su sitio. ¿No lo sabías? —No, no sabía que se fuera. Y si Eve preguntaba era que mi cara había hablado por mí. Iba a echarle de menos. Y eso era malo—. Disculpa, creí que te habría dicho que estará fuera un par de semanas, creo.

¿Por qué habría de hacerlo, a fin de cuentas? Solo era la madre de sus hijos, no su familia. Reírme de mí misma empezaba a no divertirme. Y eso también era malo.

—No te preocupes, no importa.

—Sí, sí importa. Es obvio que te importa.

Me gustaba Eve, pero si apenas hablaba de Martin con mi hermana no lo haría con ella.

—Lo siento, es toda esta situación, me descoloca.

—Quien te descoloca es Mildred, y te aconsejo que aproveches que Martin no está para...

—¡¿Hola?! —Como sabiéndose invocada, mi penitencia apareció sin ser llamada en mi cocina. Aquella voz chirriante me taladraba el cerebro y por ende mi sentido común se derramaba sin remedio. Ajena al peligro que corría su vida me miró, miró a Eve y se malhumoró. Supuse que se veía obligada a refrenarse con su nuera allí—. Si estás aquí abajo bebiendo cerveza, ¿quién está con los niños? —Suponía mal, no pretendía refrenarse—. ¿Acaso la niñera que has contratado los cuida de manera perpetua para que tú puedas desentenderte de ellos? —Paula, la niñera chilena que venía tan bien recomendada y que era maravillosa con los niños, vivía con nosotros, lo que me había permitido reanudar mi trabajo en el improvisado escritorio-mesa del comedor, pudiendo concentrarme en el guion, que volvía a avanzar a buen ritmo. No quería llevarlos a la guardería hasta los nueve meses, al menos—. ¿Es que no pretendes ejercer como su madre ninguna hora del día?

Una furia desconocida me asaltó. Yo sabía qué significaba una madre ausente y aquel era para mí el peor de los insultos. Eve debió leer mi ira porque intervino presta.

—En realidad —se apresuró a explicar—, Paula ha salido hace más de una hora, no está esclavizada a los bebés porque Keyra se desvive por ellos. Mildred —mi médico parecía estar tan harta como yo de aquella situación—, los niños están en sus cunas escuchando música clásica, Chopin. El intercomunicador está aquí mismo —lo cogió con la mano y subió el volumen. Las notas del *Vals de la primavera* canturrearon la alegre melodía, pero nadie las aplaudió—, soy yo quien bebe cerveza, no ella, y creo sinceramente que Keyra merece una disculpa.

Aquella odiosa mujer nos repasó a ambas de arriba abajo y sin mediar palabra pasó con la frente bien alta por *mi* cocina y desapareció por *mis* escaleras. Dejé el vaso de zumo sobre el banco dispuesta a seguirla. Aquel era el día que la echaría de *mi* casa.

Una mano me detuvo cogiéndome del brazo.

—Espera a que Martin se marche y échala un día de aquí. Confía en mí, conozco al padre de Lucas, en cuanto Mildred pronuncie una sola queja sobre ti la hará reflexionar.

—¿Reflexionar? —repetí incrédula.

—Tú no has oído «reflexionar» al padre de Lucas. Lo hace con calma, sin perder los nervios, y consigue que su esposa entienda la realidad y la vea

desde el ángulo adecuado. —*¿En serio?, ¿acaso era el Mago Merlín?*—. Sí, en serio. Si no lo ha hecho ya es porque todavía no te has mostrado molesta con sus intromisiones y campa a sus anchas.

Había visto en contadas ocasiones a John Campbell y parecía un marido tranquilo a quien su esposa manejaba a su antojo.

—De acuerdo. —Concedí el beneficio de la duda a aquel hombre de mirada serena.

Sonó el timbre de la puerta de atrás y después la voz de Martin. *Os lo he dicho muchas veces ya, su preciosa voz de barítono.*

—¿Puedo entrar?

Fue Eve quien le invitó a hacerlo.

—Adelante, pasa. Tu madre lo ha hecho sin decir ni siquiera buenas tardes, ha acusado a Keyra de ser una madre desnaturalizada —mi amor por Eve crecía día a día— y se ha autoinvitado al piso de arriba.

Negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Ya sabes cómo es mi madre, Eve.

—Yo sí lo sé. Me temo que eres tú quien no tiene ni idea de cómo es tu madre. —Depositó el botellín vacío en el cubo del vidrio y cogió bolso y chaqueta—. Será mejor que me marche. Gracias por la cerveza, Keyra.

—A ti por la compañía —le respondí ya por costumbre.

Nos quedamos solos. Una vez más me fijé en su aspecto: vaqueros, una sudadera con capucha y unas Converse azul marino y suela blanca. Ningún hombre tenía derecho a lucir tan sexi con ropa deportiva elegida con descuido.

—¿Mi madre se está excediendo?

Me encogí de hombros y decidí seguir el consejo que me habían dado.

—Digamos que creí que los ingleses respetaban la intimidad y he descubierto que respetan *su* intimidad, pero no la de los demás. En Nueva York... allí nadie entra y sale de mi casa sin permiso.

De hecho compré el pequeño estudio en el número ciento uno de la calle Stanton, sobre un club de *strepttease* como le gustaba recordarme a Dev, precisamente para evitar que alguna amiga que paseara por la Quinta acabara llamando a mi puerta mientras estaba escribiendo.

Se pasó la mano por la nuca y cambié de tema. Iba a marcharse e iba a echarle de menos, no quería discutir con él.

—Me han dicho que te vas.

Pareció sentirse culpable.

—Iba a decírtelo hoy.

—No importa.

—Sí, sí importa, Keyra, tú y yo...

—No hay un tú y yo —le corté, no queriendo escuchar nada que tuviera que ver con un «tú y yo»—. Tú y yo no somos nada. Compartimos hijos y créeme que sé de lo que hablo cuando te digo que eso puede no significar absolutamente nada. —Si supiera lo más mínimo de mi vida...—. Ni siquiera somos familia —sentencié—. Así que no tienes que darme explicaciones sobre tu vida.

Se acercó a mí con signos evidentes de enfado, y ahí estaba de nuevo la maldita colonia. Habían pasado más de dos meses desde el parto y todavía no era capaz de olerla sin sentirme débil, lo que le daba una clara ventaja sobre mí.

—Quiero hacerlo —replicó.

¿Pero no había dicho que no quería discutir? Pues cambio de planes, ahora quería discutir y que se largara donde fuera que se iba enfadado. Yo lo estaba, no sabía bien por qué pero lo estaba.

—No habrá *quid pro quo*, Martin. Cuando tenga de nuevo una vida, cuando Kenneth y Hugo crezcan un poco más y pueda recuperarla, no te daré explicaciones sobre si voy o vengo ni con quién.

Un brillo peligroso centelleó en su mirada. Uno que no me gustó.

—Estás aquí, en Londres, y no conozco suficientes palabras para agradecértelo, per...

—No lo hago por ti, lo hago por mis hijos —seguí espoleándole absurdamente.

—Por *nuestros* hijos. Y te lo agradezco igualmente porque esto me permite estar cerca de ellos y tú también me lo permites al no obligarme a ceñirme al régimen de custodias. Tengo amigos divorciados y con hijos, Keyra, y sé que puede ser un jodido infierno. Pero eso no significa que tengas todos los derechos y ninguna obligación: si, como tú dices, vas o vienes con quien sea, y tus idas o venidas, sola o acompañada, pueden implicar sentimientos encontrados en nuestros hijos, te guste o no, tendremos que hablarlo.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —me opuse, rebelde. Aquella conversación no tenía ningún sentido ni yo discutía nunca basándome en suposiciones.

Nunca excepto ese día, al parecer. ¿Serían, como la colonia, reminiscencias de hormonas?

—Porque tú y yo somos los padres de Hugo y Kenneth.

Inapelable, lo que me enojó más todavía. Estaba encolerizada, furiosa con una abuela entrando y saliendo de mi casa y criticando todo lo que hacía, con Martin inoperante en ese sentido, enterándome de que se marchaba por terceras personas y diciéndome ahora que si yo hacía algo así tendría que decírselo antes.

—¿Quieres que hablemos de qué idas y venidas y qué compañías tuyas pueden afectar a los niños? ¡Estupendo! Las entradas y salidas de tu madre, que cuestionan todo lo que digo o hago, son un pésimo ejemplo, y que tú no hagas nada al respecto hará que mis hijos crezcan sin respetarme porque tampoco tú lo haces.

—Estás sacando esta conversación de quicio.

Hacia ya varias líneas que lo había hecho y era tarde para dar marcha atrás.

—¡Shh! Dejad de gritar, los bebés son muy perceptivos.

¡Que casualidad!, la susodicha entraba en escena.

—Mamá...

—Nada de mamás, Martin. Ella grita tanto que...

—Ella es Keyra. Y creo que es mejor que te vayas.

—¿Que me marche, con lo mucho que vociferáis? Los niños podrían llorar y ni siquiera... ¿Cómo te atreves? —Me miraba ojiplática,⁸ hubiera reído de no ser porque no tenía gracia—. Martin... Martin, ¿no vas a hacer nada?

La estaba sacando de allí. En una mano tenía su brazo, en la otra su bolso, y tiraba de ella hacia la puerta principal.

Martin sí hizo algo, abrió la puerta para facilitar su salida.

Cerré de un portazo y Mildred quedó olvidada. Volvimos a la cocina.

—A eso es exactamente a lo que me refiero.

—Parece que te las arreglas muy bien sola.

Me sonrió, lo hizo con esa sonrisa adorable que me derretía. Pero no quería derretirme, quería seguir enfadada, ya evaluaría después por qué.

—Sola, exacto. Sola porque tú no colaboras. Y ya que estamos, ¿sabes qué otra cosa no va a ser una buena influencia para mis hijos?

—Si vuelves a referirte a ellos como *tus* hijos y no como *nuestros* hijos voy a cabrearme mucho, Keyra.

Su voz se había agravado y algo en su mirada me dejó bien claro que no presionara nunca más aquel botón. Algo que resultó tan amenazante como emocionante y que me hizo continuar con mayor virulencia.

—Tu novia. O mejor diré la ausencia de tu novia.

—Maya vendría más a menudo si le abrieras la puerta.

—Maya no ha venido a ver a los niños ni una sola vez.

Lo que era técnicamente cierto. Venir había venido, pero a registrar mi escritorio.

—No entiendo qué pretendes vertiendo mentiras sobre ella.

—No te miento, la realidad es que tu novia no conoce a nuestros hijos.

Me miró fijamente durante más de un minuto hasta hacerme sentir mal conmigo misma, inmadura.

—¿Por qué haces esto? —murmuró—. ¿Por qué te comportas como una malcriada después de las semanas tan maravillosas que hemos compartido con los niños?

«Porque echo de menos a mi hermana.»

«Porque tu madre me insulta a la menor ocasión.»

«Porque esta ciudad que tanto me gusta no es *mi sitio*.»

«Porque mis momentos solo son maravillosos cuando los comparto contigo.»

«Porque te marchas y acabo de descubrir que voy a echarte tanto de menos que ya me duele imaginar tu ausencia.»

Ante mi silencio negó imperceptiblemente con la cabeza, pasó por mi lado y subió a la primera planta a ver a Hugo y Kenneth mientras hacían la siesta.

Subí unos minutos después, ya serena. Los bebés estaban despiertos pero muy calmados, Martin les estaba cantado una canción de cuna que yo no conocía. Tenía una voz magnífica. Me quedé en el marco de la puerta embelesada, viéndolos, preguntándome acongojada cómo soportaría vivir escenas así en segunda persona el resto de mi vida.

—¿Dónde te marchas? —Mi voz era toda disculpa y rendición.

—A todas partes: Nueva York, L.A., Sídney, Hong Kong, Moscú, Roma, Berlín y Madrid. —No se dio la vuelta.

—¿En solo dos semanas? —me sorprendí.

—Serán diecisiete días. —Se me encogió tanto el pecho que lo sentí vacío—. Es la *première* de *No se muere por capricho*. Será agotador pero forma parte del trabajo. —Ahora sí me miraba.

Por lo mucho que había leído de él y lo que estaba aprendiendo ahora que lo conocía como hombre y no como actor, Martin era de los que preferían traspasar a otros el foco de atención, tenía un punto de timidez encantador.

—Siendo James Bond vas a ser el hombre del momento.

Se encogió de hombros.

—Volveré el seis de mayo.

—Fantástico. —Mi voz sonó firme, por dentro temblaba.

Seguí un buen rato allí, escuchándole cantar hasta que Kenneth y Hugo se quedaron dormidos. Había venido temprano, se lo dije después, en el comedor, calmados.

—Quería llegar a tiempo para el baño y los biberones.

—Creo que estoy agotada —dije yo, unos segundos después.

Me miró suplicante.

—No me pidas que me marche.

Sonreí cansada.

—No quería decir ahora mismo. Quiero decir que estoy agotada física y mentalmente. No duermo bien por las noches, se despiertan uno u otro y por tanto ambos. —Además de Paula venía una niñera de refuerzo por las noches para que las dos pudiéramos estar descansadas durante el día, pero era imposible. Kenneth y Hugo tenían unos pulmones magníficos—. No recuerdo cuándo tuve un sueño reparador por última vez. Tengo trabajo atrasado, y al parecer todo lo hago mal.

—Eres una madre maravillosa, Keyra.

—¿Lo soy? —pregunté con sorna.

Se acercó a mí sin previo aviso, me tomó por las mejillas, me obligó a mirarle y repitió, convencido:

—Eres una madre maravillosa, Keyra.

Aquello, Martin, su cercanía, sus elogios, lo que me hacía sentir, también me resultaba agotador. Nunca me había sentido así y me confundía, me frustraba. Aquella noche, cuando le conocí, fue tan romántico, tan sencillo... Y ahora parecía complicado. Lo sabía imposible.

Me aparté de él y me puse en pie.

—Lo siento, creo que estoy estresada.

—No dejes que mi madre se apodere de ti.

—No lo haré —me prometí, y le ofrecí una copa de vino tinto.

Estuvimos charlando más de una hora sobre nada en particular antes de que los pequeños se despertaran. Entonces sí, iniciamos la maravillosa rutina de bañarlos, darles el biberón, Martin les contó un cuento que no entendieron y los acostamos.

En momentos como aquel sí me sentía una familia.

Al día siguiente por la tarde se marchó, no sin antes acercarse a despedirse de Kenneth y Hugo. Y de mí.

—Los voy a echar de menos —dijo con voz resignada.

—Y ellos a ti.

—¿Crees que lo harán?

—No, no lo harán porque no les dejaré. He comprado un audiobook que gravaste hace algunos años. Para dormir escucharán tu voz.

Era una estupidez sentimental, pero había querido hacerlo. Y por cómo me miraba estaba encantado.

—Keyra, yo... Gracias.

Volvió a acercarse a mí para rozarme los labios con los suyos en aquella caricia especial que me daba en los momentos más íntimos y a la que tendría que renunciar antes o después.

Y se marchó sin decir adiós.

No lloré porque yo no lloraba, porque era un caleidoscopio y tenía una capacidad limitada de sentir y además era parca en la exteriorización de mis sentimientos. En cambio, si hubiera sido Dev me habría pasado toda la noche llorando.

Hacía cuatro días que se había ido. Sí, ya no contaba los días por lunes, martes, etcétera, sino por días con o sin Martin. No me reconocía y ni siquiera sabía si me gustaba la persona que era ahora, lo que me enojaba. Eso y Mildred. Y no, ya no solo me dedicaba a quejarme, al fin pasé a la acción. Aquella maldita mañana se pasó tanto de la raya que dejó de verla.

—No, no vas a llevarte este fin de semana a Kenneth y a Hugo a ningún sitio. —Era viernes, no había perdido el sentido de la temporalidad hasta ese punto—. No lo harás y eso es todo.

Por un momento temí que a aquella mujer le creciera la cabeza cual dibujo animado y después le estallara. Se enfadó mucho.

—Es el sesenta y cinco cumpleaños de una buena amiga de la familia y hará una fiesta campestre en Leicester.

—Confío en que haga buen tiempo. Cuando regreses, si no es tarde —el martes no le había permitido subir a ver a mis hijos porque hacían la siesta—, puedes llamarme, y si estoy, acercarte a...

Mi temor a que su cabeza explotara y lo salpicara todo aumentó.

—No sabes de qué estás hablando. ¡¡Mira!! —Se puso a revolver su bolso, con las manos temblándole de furia. Sacó un calendario y lo desplegó frente a mis narices—. ¡¡Mira!! —repitió, ufana.

¿Acaso tenía señalados los días en que le venía el período?

«Cruel», me amonesté. Algún día también yo tendría la menopausia y no

querría bromas al respecto. Fantaseé con decirlo en voz alta, pero un almanaque pintado en amarillo invadió mi espacio personal y mi campo visual.

Aparté los números con docilidad y la miré a ella.

—Será más fácil si me lo explicas —soné aburrida.

—Este fin de semana, y según las fechas de custodia pactadas, los niños le tocan a Martín. —Su voz y su rostro se me quedaron grabados en la cabeza y espolearon mi ira durante días y noches—. Así que, te guste o no, me llevaré a los niños a Leicester.

¿Estaría Martín de acuerdo con su madre en llevar a ese extremo el régimen de visitas?, ¿o era el momento de pedir a John Campbell que hiciera reflexionar a su esposa? Sabía que como abuela no podía exigirme según qué derechos, pero estaba demasiado furiosa para buscar otra vía que no fuera la que ya había decidido mi mente. Aquella era la gota que había colmado el vaso.

Mildred Campbell iba a ahogarse en su propia bilis.

—Te espero entonces mañana a las diez de la mañana.

Y la eché de mi casa cerrando la puerta sin mirarla siquiera, como si hubiera dejado de existir, por más que me hubiera gustado ver su cara. O su cabeza estallar y mancharlo todo.

Marqué el número de mi abogado.

Solo por diez días

—Y has vuelto a casa.

—Solo por diez días.

—Solo por diez días —repitió satisfecha mi hermana al otro lado de la línea, tras la sorpresa inicial, y a apenas una manzana de mí.

Situación: en Nueva York. El domingo por la noche, cuando Mildred había traído a los niños, John había entrado también y se había disculpado, prometiéndome que solucionaría la «situación» con su esposa. A mí me sonaba a divorcio más que a mordaza, pero no era mi problema. Las maletas estaban hechas, aunque ellos no las pudieran ver, y el lunes me había subido a un avión con mis hijos y me había instalado en mi apartamento de la Quinta sin dar explicaciones o razones a nadie.

«En casa», suspiré. «En casa», me reafirmé.

Miré a Kenneth y a Hugo y pensé que era su primera vez en Nueva York y que quería que vieran la ciudad, que la conocieran, que la respiraran. Que tuvieran dos meses de vida no era relevante.

—¿Kee? —Me devolvió a la conversación.

—¿Dev? —Sonreí, feliz—. ¿Dónde comes mañana?

No necesitó pensarlo.

—Tenía una comida a la una, aunque puedo anularla. Era de representación, no de negocios. —A mí las dos cosas me sonaban exactamente igual—. ¿Dónde comeremos?

—¿Enseñamos a tus sobrinos el pequeño estanque que hay al lado de casa?

—La cúpula directiva trabajaba en La Torre Trump, en la misma manzana en la que vivía ella, así que podía escaparse sin problemas. Yo vivía en la siguiente, en la Cincuenta y ocho con la Quinta, enfrente del Parque.

—¿A la una?

—¿Delhi o *food truck* nacional?

Aunque la verdad era que ya sabía la respuesta. A mi hermana le gustaban más los pequeños establecimientos de comida para llevar en los que se incluía también fruta pelada o chocolates que los carromatos de comida servidos por familiares de veteranos de guerra.

—Así que has venido sin avisar...

Pasamos casi dos horas más parloteando.

A la una y dos minutos estábamos sentadas en una manta sobre el césped del parque. Yo vestía un mono de pinzas y una camisa con calzado liso, ella un traje de chaqueta de Armani y tacones de Louboutin. Yo llevaba una coleta con algunas ondas sueltas y la cara lavada, ella un estricto moño francés y máscara de ojos y algo de color en los pómulos. Yo llevaba un niño en mi regazo, ella también.

—¿Les ha gustado Central Park?

—Mucho.

—¿Crees que serán de los Mets o de los Yankees?

Alcé el bracito de Hugo y compuse un susurro de niño.

—*Go Yankees!!* —Sonreímos las dos.

Tras varios comentarios tiernos sobre los niños y algunas bromas, Dev se puso seria.

—¿Te ha llamado ya?

También yo cambié el tono al referirnos a Martin.

—Todavía no.

—Tienes suerte de que la *première* se celebrara en la ciudad antes de que llegaras tú. —La miré sin entender—. En cuanto hubiera pisado Nueva York, o antes incluso, te habría hecho buscar. Aun teniendo tu móvil no se hubiera conformado con llamarte, y si pregunta a un detective por alguien llamado Keyra Johnson de Nueva York... —Vaya, no lo pensé. Había salido de Londres sin más plan que...—. ¡¡Kee!!

—¿Qué?! —Últimamente me despistaba con facilidad.

—Que tienes que llamarle.

Eso sí que no.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque si no te llamará él a ti y de un modo u otro averiguará quién eres.

¿O quieres que sepa quién eres?

—No, no quiero que sepa quién soy. —No quería que supiera nada de mí. *No me preguntéis por qué, pero mi vida era mía y era íntima. Aunque se había escrito mucho sobre ella, si Martin tenía que saber algo quería que lo supiera por mí, quería que conociera mi versión de mi vida, no la que la prensa pudiera haber interpretado a partir de una maldita fotografía*—. O no así —añadí.

—Entonces llámale.

Asentí, convencida. Parecía estar despistada y poco acertada. Anoté mentalmente ser especialmente precavida en lo que a Martin se refiriera.

Jugamos un poco más con los niños y se los confiamos a la niñera contratada para aquellos diez días, recomendadísima por otras madres de la Quinta. Una vez solas, la conversación se complicó.

—¿Te has enamorado de él?

¡¡No!! *No de verdad, solo en momentos imaginarios que no cuentan y que quedan entre nosotras.*

—No.

—Pero te estás enamorando de él.

—No.

—¿Te estás acostando con él?

—No.

Tal vez pudiera parecer una conversación sencilla, no obstante mi hermana no era conocida en el Distrito Financiero por su amabilidad en las entrevistas.

—Pero quieres acostarte con él.

—No.

Y olía las mentiras a la legua.

—Mientes.

¿Lo veis? Y eso que quería acostarme con él en términos generales, que no lo había deseado en ningún momento concreto.

—¡Si ni siquiera puedo estar cerca de él sin tener náuseas! —me defendí demasiado deprisa.

«Demasiado deprisa» fue importante, porque si mi hermana olía las mentiras también tenía un sensor especial para las verdades incómodas.

—¿Náuseas?

¿Por qué no me mantenía callada? Sabía jugar con los silencios mejor que ella. Cuando hablábamos de hombres, o de chicos doce años atrás, era yo quien manejaba las preguntas y mi hermana quien se precipitaba en las respuestas. Hacía seis meses de su último enamoramiento y había sido como siempre: yo presionando y ella sintiéndose presionada.

¿Qué demonios había cambiado?

—¿Náuseas, Kee?

—Su colonia me produce náuseas —reconocí de mala gana.

—¿Náuseas, Kee? —repitió, exasperada.

La miré molesta.

—Sí, desde el embarazo. Cuando se me acercaba sentía un vahído en el estómago y sensación de mareo. Por la razón que sea el embarazo ha pasado pero las náuseas persisten.

—¿Náuseas, Kee?

Esta vez su voz reflejaba incredulidad, lo que me exasperó a mí. Me crucé de brazos al borde del enfado.

—Náuseas, Dev.

Pasaron varios segundos en los que leí cada maldita emoción en su rostro. De la incertidumbre pasó a la suspicacia y de esta volvió a la incredulidad para estallar en carcajadas.

Quise levantarme, tanto me había ofendido, pero no me lo permitió. Quería disculparse, tampoco podía hacerlo, solo podía reír y sostenerme por las rodillas con todo su peso para que no me pusiera en pie, y había algo —la certeza de que ella conocía la causa de mi rechazo a su colonia— que me impedía marcharme de allí.

Finalmente se calmó. Y repitió una vez más:

—¿Náuseas, Kee?

Algo en su tono había cambiado, así que repetí, más para mí que para ella, lo que sentía. Esta vez contaba con toda su atención.

—Cuando se acerca lo suficiente para que pueda olerle porque... —estuve a punto de decir «me besa», pero preferí no compartir eso—... coge a uno de los niños de mis brazos o algo similar, cuando es tanta su cercanía, el estómago parece cerrármese y darme como un pequeño pinchazo, no doloroso y aun así físico. No es propiamente una arcada, es algo extraño. Y la sensación de mareo... Tampoco es mareo propiamente, es como si me embotara y me debilitara. Las manos se me acalamban, me cosquillean más bien. Las primeras veces creí que me sudaban, pero la piel se mantiene seca. Afortunadamente. —Me miraba con fijeza, en silencio—. Es todo tan repentino que me hace sentir extraña y débil. Ocurrió cuando quedé embarazada, así que creí que sería cosa de las hormonas; sin embargo, después de nacer Kenneth y Hugo sigue ocurriendo. He leído que a veces algunos gustos o manías quedan para siempre, no lo sé. Estoy pensando en pedirle que cambie de colonia, aunque no estoy segura de cómo hacerlo. No sé si...

—¿Náuseas, Kee?

—¡Deja de repetir siempre lo mismo!

No quiero hablar de esto. En serio, no quiero. Y Dev me lo explicó en la línea siguiente, así que no es necesario que también vosotras me hagáis sentir estúpida.

Me miró de nuevo con fijeza, hasta —entendí después— comprender que

hablaba completamente en serio.

—Por Dios, Kee, ¡¡hablas completamente en serio!! —No la entendía—. No son náuseas. Son... es deseo. No levantes las cejas y me mires con cinismo, hablo en serio, eso es deseo. Puro, ardiente deseo. Y si me dices que no lo has sentido antes y por eso no lo reconoces me estarás rompiendo el corazón.

Me sentí desconcertada. Y compadecida. Sentí que me estaba perdiendo algo importante, que quizá me lo había estado perdiendo durante veintinueve años.

—¿De... deseo? Pero no puede ser. Comenzó al quedar yo embarazada...

—Lo conociste estando embarazada, Kee.

—Pero... pero...

—Kee, por Dios, Keyra...

¿Sería cierto? No quería medir las consecuencias de aquella afirmación. ¿Significaría eso que nunca había deseado a nadie?

—No tan ferozmente como a él. ¿Quién sabe? Tal vez tampoco yo he deseado todavía a nadie así y esa pasión está por llegarme todavía. Quizá no todo el mundo llega a sentir algo así, tan físico, tan potente.

Conocía cada milímetro de mi cerebro y cómo funcionaba cuando pensaba, por eso sabía tranquilizarme como nadie.

—Mis protagonistas no sienten así. —Porque yo no había sentido nunca así.

—Tus protagonistas no pueden sentir lo que tú no has sentido. No esto.

Respiré hondo.

—¿Estás segura?

Respiró hondo también ella.

—Estoy segura de que cuando deseo mucho a un hombre y se me acerca el estómago se me encoge un poco y la cabeza se centra en él y en nada más.

—¿Y cómo te concentras en lo que estás haciendo si te ocurre en una entrevista o en una reunión? —¿Dev perdiendo la compostura en el trabajo? Eso tendría que confesármelo para que lo creyera.

—Nunca me ha ocurrido en ese tipo de situaciones —respondió encogiéndose de hombros como si fuera algo normal. O controlable.

—Tal vez sea una cuestión de predisposición —reflexioné.

—Tal vez —me concedió, pensando más en sí misma que en mí por un momento, antes de mirarme y volver a mi problema—. ¿Estabas dispuesta a que te gustara Martin?

—La noche en que lo conocí, sí.

—¿Aquella noche tuviste...?

—No lo digas —la corté. Solo de pensar en náuseas reía ella y enrojecía yo—. Y no, no las tuve. Aunque sentí otras cosas, cosas que no sé si fueron fruto de mi fascinación previa por él o no.

Callamos.

—¿Has visto el vídeo del parque? ¿El de la noche en que...?

—¡Dev!

Todavía no lo había visto. Todavía.

—Porque aquella noche lo deseabas, Kee. Lo deseabas —repitió, sentenciando.

Me escandalicé.

—¿Tú sí lo has visto?

—Tenía que saber con qué lidiaba antes de frenar su entrada en la prensa del país. Y no, no fue agradable verte hacer todo aquello y lo pasé a doble velocidad. Pero créeme que si con David no te lo montabas así, y lo dudo porque de ser el caso cuando estabais juntos y conmigo no hubieras podido ocultármelo porque te habría sido imposible mantener las manos alejadas de él, puedes añadir otra razón de peso para que te pidiera el divorcio. No debió gustarle saber que deseabas más a otro hombre, y además de una forma tan indómita.

Enrojecí, violenta. Aun así pregunté. *¿Vosotras no hubierais preguntado, acaso?*

—No quedé mal, ¿no? Ni como una puritana ni como una...

—Parecías una mujer que disfrutaba plenamente del sexo con su... pareja de baile. Y que a su pareja de baile también le gustaba que tú disfrutaras plenamente con el sexo.

Me arrepentí de haber preguntado. *Vosotras también os hubierais arrepentido, ¿no?*

—Creo que conozco una forma de averiguar si son o no náuseas —dije un rato después.

Puso los ojos en blanco.

—¿Aún tienes dudas?

—Buscaré su colonia cuando no esté y la oleré. —La ignoré—. Si no me da arcadas, entonces es él.

—Martin no te provoca arcadas. —Me miraba con picardía—. Te provoca un alegre cosquilleo en las manos, una sensación de debilidad...

—¡Oh, cállate, por favor!

Me encantaba estar con mi hermana, la había echado de menos. Necesitaba de nuestros domingos.

—Martin, soy yo. Soy Keyra —dije en cuanto escuché su voz responder al otro lado de la línea.

En Londres debían de ser las nueve de la noche del lunes. Qué hora era donde él estaba no lo sabía porque no sabía dónde estaba él.

—Keyra, por Dios, ¿estáis bien? ¿Dónde estáis?

—En Nueva York —confesé tras unos segundos de duda. Su voz angustiada me hizo sentir mal.

El silencio fue denso.

—Keyra, por favor —no pedía, suplicaba—, no me hagas esto, no me castigues sin los niños. Sé que he cometido errores...

—Los niños no son un castigo o un premio, Martin —le interrumpí—. No son un arma arrojadiza. Son nuestros hijos y están por encima de nosotros dos. —*No, no era un discurso preparado, era la reflexión de una hija de padres divorciados*—. Estaba enfadada, sí, y debí llamarte ayer, pero no he venido para quedarme, solo he aprovechado que no estabas para despejarme un poco. Regresaremos un día antes que tú, así que cuando vuelvas a Londres nosotros ya estaremos allí. —Le escuché soltar una bocanada de aire—. No te privaría de ellos. Y sobre todo no los privaría a ellos de ti.

—No debí dudarle, lo siento. No lo pensé, siquiera. Mi madre me dijo que no estabais y que los armarios estaban vacíos y pensé lo peor. No de ti, sino de la situación, de mí. Mira, Keyra, sé que me he equivocado, pero las cosas van a cambiar. —Pareció frustrado—. ¿Podemos hablarlo cuando nos veamos? Estoy en una ronda de entrevistas, he pedido interrumpir una...

—Claro. —Esperaba a un Martin enfadado pidiendo explicaciones, no esperaba que se mostrara tan razonable—. Claro —repetí, a falta de nada mejor que decir, algo confusa por su reacción.

—Tengo que colgar, Keyra. Están esperándome y...

—Lo entiendo, sí, me lo has dicho —atajé.

—Yo... os echo de menos

Suspiré en silencio.

—Nos vemos en unos días.

Y colgué por miedo a decir más.

Tenía la insidiosa sensación de que con Martin mis percepciones no eran acertadas, que con él mi capacidad de juzgar las situaciones mermaba, y que él, queriendo o no, me confundía.

Así que lo mejor sería recordar que la nuestra era una situación forzada, que Martin Campbell tenía una novia en Londres y no había mostrado ningún interés en mí.

Pero la realidad era que, equivocada o no, yo también le echaba de menos. Y que sus besos me hacían sentir esperanzas.

Y eso era malo.

Operación colonia

Cuando llegué a la casa de Queensway tuve poco tiempo para aburrirme. Paula me ayudó con los niños y sus maletas y yo hice lo propio. A la hora de cenar recibí una llamada de Mildred, *no os lo vais a creer*, preguntándome si ya me había instalado y pidiéndome pasarse un par de días después a ver a los niños, cuando estuviera descansada y adaptada. Por descontado llamaría antes para asegurarse de que estaba en casa y me venía bien.

A la una de la madrugada, con los bebés y Paula ya dormidos, saboreaba mi victoria sin nada de sueño, una copa de vino en la mano y un camisón nuevo, largo, de seda negra. A pesar de que el cambio de horario iba en mi contra, estaba demasiado nerviosa para poder dormir, y conocía la causa de mi desvelo: a la mañana siguiente regresaba Martin.

Aquellos diez días con mi hermana me habían dado qué pensar, pero también me habían hecho recordar. La cara de Dev en el espejo devolviéndome la sonrisa aquella primera noche en el Ametsa me obsesionaba. Era la única vez que realmente había sentido, que me había dejado llevar. Martin Campbell había logrado romper mi capa de fría sofisticación e indiferencia y había llegado a quien fui una vez, antes de decidir que una vida planificada y sin sorpresas sería más sencilla.

Supongo que ya lo sospechabais, ¿no? Con un padre que vivía centrado en los números y el poder y una madre cuya existencia se basaba en ser de la alta sociedad y en la inspiración de las musas, mi hermana y yo buscamos desde que entramos en la vida adulta anclarnos de algún modo. Ella busca anclarse a alguien, yo decidí anclarme en mí misma.

Lo cierto es que mi madre ha ido de un romance a otro y nunca la hemos visto feliz, y mi padre ha pasado la vida en su despacho y aunque tiene lo que desea tampoco parece un hombre feliz. Visto así mi hermana y yo no parecemos haberlo hecho mucho mejor, pero todavía no hemos cumplido los treinta... Yo tenía mi vida con David y estaba más que satisfecha, de verdad que lo estaba. O eso pensaba hasta aquella noche en que sentí cosas que nunca había sentido, que me bastaba con sentir a través de mis personajes. Sin embargo, por aquel pequeño lapso de tiempo hubiera querido más. Lo había necesitado todo y una parte de mí hubiera pecado, una gran parte de mí.

A la mañana siguiente culparía al *jet lag*, a las dos copas de vino y a aquella línea de pensamientos. Culparía a Martin por confundirme tanto, por hacerme creer que podía tener más de lo que en realidad quería, aquello a lo que me había convencido que no debía aspirar. Culparía a mi propia estupidez.

Porque cometí mi primer error: puse el vídeo de Youtube. Ese vídeo que tenía ya más de quince millones de visitas, que los abogados y mi padre habían retirado una docena de veces y había vuelto a las redes con otro enlace. *El vídeo.*

Conecté el portátil con la copa de vino llena de nuevo, en la oscuridad. La imagen de Martin Campbell en esmoquing y armado, mi salvapantallas de James Bond, me saludó. Había visto la película tres veces y no tenía suficiente, me reí de mí misma antes de sumergirme en la red y en aquella grabación que protagonizaba.

Cuando me di cuenta no respiraba, tomaba aire a resuellos. ¡Dios! Y solo habían pasado tres minutos. Era yo quien estaba sentada sobre su regazo y quien llevaba la voz cantante, respiré hondo; quien mecía las caderas sobre sus pantalones, gemí; quien le ponía el pezón en la boca y acercaba su cabeza a mi pecho, jadeé; quien se alejaba para arrodillarse y...

Seguí mirando los catorce minutos de vídeo hipnotizada. Aquella no era yo. *No nos engañemos, era una mujer sana, me gustaba el sexo y gozaba de él, pero había cosas que no hacía, o no de una forma tan... tan... ¿espontánea?, ¿natural?, ¿desinhibida? Me sentía... parecía...* Las palabras de Dev me llegaron a la cabeza, describiendo las tórridas escenas que pasaban frente a mis ojos: «Parecías una mujer que disfrutaba plenamente del sexo con su pareja de baile, y que a su pareja de baile también le gustaba que tú disfrutaras plenamente con el sexo.»

Cuando acabó no podía pensar. No, con todas aquellas imágenes en la cabeza. No, cuando sentía mi ropa interior húmeda. No, con el cuerpo tembloroso. No, cuando tenía la respiración acelerada. No, cuando sabía que si buscaba un espejo sería Dev quien me devolvería la sonrisa.

Como por capricho, su colonia me vino a la memoria. ¿Sería deseo lo que me provocaba? Si la oliera ahora, ¿aumentarían mis ansias o se detendrían abruptamente y me provocarían el familiar mareo y las náuseas?

Seguro que tenía un frasco de colonia de repuesto en su cuarto de baño.

Y aquí cometí mi segundo error: fui a su casa a buscarlo.

Me dirigí directa escaleras arriba sin encender ninguna luz, cual

delincuente, sin hacer ruido por el parqué de nogal. Nunca había estado en la segunda planta, pero, no sé cómo, supe dónde ir. Entré en la habitación de la izquierda, la vi y el corazón se me detuvo. La cama era enorme, pero no era ella la que me incitaba a las más locas fantasías, sino su situación. El suelo sobre el que estaba colocada, el cabezal y el techo sobre ella eran tableros de madera en rústico clavados desordenadamente. Designaban el lugar de la cama por completo, lo señalaban y me gritaban que me fundiera en ella. Me recordó al tálamo nupcial de Ulises y Penélope, hecho sobre el tronco de un olivo, y algunas de las imágenes que acababa de ver volvieron a mi retina y nos imaginé juntos, enredándonos con las sábanas entre caricias y gemidos. Hipnotizada me acerqué con pasos lentos y pasé la mano sobre la colcha. Se me erizó la piel y la sensación de calor entre las piernas volvió a mí y se acrecentó. Respiré hondo y me alejé despacio, antes de ceder a la tentación y acostarme en ella. La necesidad de tumbarme y acariciarme creyendo que era él quien lo hacía...

Me volví a la cómoda y encontré sobre ella lo que buscaba y mucho más. Una vez allí, frente al enorme espejo, vi varios relojes, algunos gemelos, un billete de avión... Y su frasco de colonia: *Déclaration* de Cartier.

Lo cogí con cuidado, me vaporicé en la muñeca y la froté contra la otra despacio, con lascivia. Maestros árabes me habían enseñado a apreciar los perfumes y sus matices. Con la misma lujuria me acerqué la muñeca a la nariz y me dejé envolver. Notas de bergamota, cilantro, cardamomo y naranja amarga me inundaron las fosas nasales; jengibre, canela y pimienta me recorrieron las venas, un deje a cedro y cuero se me gravó en el corazón.

Todavía tenía el frasco en las manos, así que, hipnotizada por el masculino aroma, me rocié de nuevo, esta vez tras las orejas, sin abrir todavía los ojos, y me acaricié con las muñecas justo allí para recoger su esencia y volver a respirar su olor. Cada poro de mi piel se llenó de él.

—Martin.

Su nombre fue un gemido porque lo sentí. Fue tal la potencia de su perfume que por un momento creí notar la fuerza de su calor detrás de mí. Imaginé su presencia, su pecho en mi espalda. Recordé la sexualidad de su cama y me acerqué la piel con su aroma otra vez para sentirle cerca, extasiada por los recuerdos que me abnegaban.

—Martin —repetí mientras el corazón me golpeaba las costillas.

—Keyra —me devolvía el susurro en mi desbocada imaginación.

Sentí su cálido aliento en mi oreja, su cuerpo casi pegado al mío, sus

brazos sobre la cómoda rodeándome. Negándome a abrir los ojos y que la realidad me golpeará con su ausencia respiré su fragancia una tercera vez, sentí la debilidad que siempre sentía y la reconocí como el deseo más voraz que nunca me hubiera atravesado. Todo mi cuerpo tembló de anticipación, las manos me cosquillearon, las rodillas se volvieron frágiles, la sangre corrió por mis venas cual torrente desbordado y me faltó la respiración. Sentí el estómago oprimido y que un latigazo entre doloroso y placentero me traspasaba el bajo vientre y se licuaba entre mis muslos.

—Keyra. —Ahora también él gemía y respondí yo con un suspiro tan apasionado como el suyo.

Cuando las yemas de sus dedos me rozaron los brazos cual plumas, supe que mi imaginación me superaba; cuando sentí el calor de su pecho en mi espalda, entendí que estaba viviendo algo más que un sueño, y cuando sus labios se posaron posesivos bajo mi oreja donde el pulso me latía sin control y lamió apenas, abrí los ojos sabiéndome en trance.

El espejo me mostró una imagen que me robó la cordura: Martin estaba detrás de mí, vestido solo con unos pantalones de pijama azul marino, sus manos en mis brazos, su cara enterrada en mi cuello, yo apoyada en su cuerpo, mi cabeza en su hombro, los ojos entornados, envuelta en una neblina de sensualidad.

Las imágenes del vídeo que acababa de ver me recordaron lo que sus manos me habían hecho. Ví una de ellas dibujar pequeños círculos alrededor de mi ombligo y volví a cerrar los ojos, dejándome llevar.

«Martin», suspiró mi mente obnubilada.

Me dio la vuelta asiéndome por la cintura y susurró mi nombre. No respondí, no quería despertar, no quería volver a la realidad, una en la que aquello no podía ocurrir, así que la ignoré mientras sus manos trepaban por mis costillas con suavidad dejando una estela de calor por las clavículas, el cuello, hasta rodearme las mejillas. Tenía unas manos grandes de dedos largos que me abarcaban toda la cabeza mientras los pulgares me rozaban con delicadeza.

—Keyra... —Su voz era ronca, con sutiles matices que hablaban de deseo apenas contenido—. ¿Qué haces aquí?

Su pregunta me obligó a abrir los ojos y a regresar a la habitación, a la situación, a la realidad, aun siendo una realidad aderezada de sensualidad. No podía decirle qué había ido a hacer allí, qué me ocurría con su colonia, con su presencia, y que ya tenía mi respuesta.

—¿Qué haces tú aquí? —Mi voz fue también un ronco susurro que gritaba necesidad sin sutilezas.

Un pulgar me acarició de nuevo la mejilla, la otra mano se deslizó hasta la cintura y reposó en mi cadera. Apenas me di cuenta, sus pupilas me tenían hipnotizada, pegada a él.

—Adelanté el billete de vuelta. Pregunté al llegar a Madrid y había un vuelo nocturno, así que adelanté mi llegada. —Me miró profundamente antes de continuar—. Tenía que volver.

Asalté su boca sin pensar si debía o no. Sin más me abalancé sobre sus labios y devoré los suyos con hambre, como si estuviera muriendo y sus besos tuvieran el elixir de la vida. Apenas un segundo después reaccionó él, y ¡Dios, si lo hizo!

Los dedos que me habían acariciado momentos antes cerraron el cerco sobre mi mentón y me vi inmovilizada, como también mi avance se vio detenido por la fuerza de su ataque. Si yo lo había intentado devorar, él me derribó. Me rodeó los labios con los suyos, su lengua entró en mi boca con decisión y encontró la mía y se enredó con ella mientras mi cuerpo se vio impulsado contra la cómoda.

Había cierta brusquedad en él, *que no os negaré que me excitaba*, que me sorprendió y me hizo afianzarme en sus hombros mientras gemía largamente de placer.

Del mismo modo que me había visto empujada hacia su cuerpo, me vi separada de este. Quise acercarme, pero me mantenía a un brazo de distancia. Me dijo algo que no pude descifrar. Hablaba entre jadeos.

No, no era cierto. Me di cuenta que era yo quien jadeaba. Martín respiraba con fuerza, yo tomaba aire como podía porque me faltaba y me sostenía contra la cómoda porque las piernas apenas me sujetaban.

Dinamita. Lo primero que pensé fue que lo que acababa de ocurrir entre nosotros era pura dinamita.

Lo siguiente que me llegó fueron las palabras que poco antes no había entendido, lo que me había dicho al separarme de su cuerpo y que mi cabeza procesó segundos después.

«Keyra... esto no es una buena idea.»

Después vino su tono, entre temor y confusión.

Y entonces levanté la vista y leí en sus ojos el arrepentimiento.

—Keyra...

No quería escuchar nada más.

—Creo que será mejor que me marche, ha sido un día muy largo.

Obligué mis piernas a ponerse en movimiento y como una autómeta fui hacia la puerta. Bajo el vano su voz me detuvo.

—¿Estás bien?

El mismo tono de temor y confusión.

No quería volverme para ver de nuevo el arrepentimiento.

—Solo estoy cansada. Buenas noches, Martin.

Y me fui sin decir nada más. No dejé de dar un paso tras otro hasta llegar a mi habitación y cerrar la puerta. Solo en la seguridad que mi cuarto me ofrecía y en la oscuridad de la noche permití que las piernas dejaran de sostenerme y me dejé caer en el suelo despacio.

¿Cómo podía ser tan tonta?

¿Cómo podía haberme olvidado de Maya?

Contando verdades

Desperté tarde y desorientada y cuando descubrí que no era mi apartamento de Nueva York lo que me rodeaba, ni siquiera mi estudio de la calle Stanton, sino la casa de Londres, sentí que el ánimo decaía. Después las imágenes de la noche anterior se volcaron en cascada sobre mi cerebro y como guinda del pastel se abrió la carpeta con el nombre de Maya y mi moral se derramó por el suelo.

Maya. La novia de Martin, Maya. Pero la noche anterior Martin me había besado. Y me había dicho que había adelantado su vuelo porque tenía que volver. Y en Nueva York me dijo que nos echaba de menos. Y desde que habían nacido nuestros hijos algo especial se había estado fraguando entre nosotros, ¿no era cierto?

Pero para luchar por ese *algo* tenía que meterme en una pareja y si otra mujer se hubiera inmiscuido en mi matrimonio con cualquier razón, legítima o no, le hubiera arrancado la piel a tiras. *Bueno, no, no soy tan visceral, pero me hubiera enfadado muchísimo.* Dios, estaba planteándome luchar por el hombre que supuso el fin de mi matrimonio... ¿Cuándo el mundo se había vuelto del revés? ¿Eran mis hijos una razón de peso para interferir en una relación? ¿Qué clase de persona era yo para plantearme hacer algo así?

Era el tipo de decisión que, supuse, ninguna mujer querría tomar, la dicotomía en la que nadie querría encontrarse. En las novelas que escribía era romántico combatir contra viento y marea por el amor verdadero, pero que me hubiera enamorado de Martin —*en serio, ¿cuándo el mundo se había vuelto del revés y Dev estaba cuerda y yo embelesada?*— no lo justificaba todo. ¿O sí?

Aquella conversación conmigo misma me deprimía. *Yo* me deprimía a mí misma.

Para animarme fui directa al dormitorio de los niños, verles me devolvería la alegría. Me detuvo un papelito pegado con celo en la puerta. Uno con una letra muy masculina.

He dado la mañana libre a Paula y los he secuestrado. Espero que no te importe. Llevo el móvil.

Buenos días,

MARTIN

Suspiré. *No sé decirlos si de placer, de decepción, de frustración o de qué, así que lo dejaremos en que fue un suspiro muy largo el que me provocó ver una nota de su puño y letra en una puerta de mi casa.*

Me di una ducha vigorizante, me puse unos vaqueros *skinny* y una blusa con unas bailarinas y bajé a desayunar. Con un buen tazón de café ya en las manos me animé a abrir la ventana que daba al jardín para dejar entrar la luz del sol.

Y allí estaban. Kenneth y Hugo en sendas hamacas y Martin frente a ellos, sobre el césped, como un padre cualquiera disfrutando de sus hijos.

Suspiré. Sin duda de placer. *Vosotras diréis que era un padre cualquiera disfrutando de sus hijos, pero porque habéis olvidado un detallito sin importancia: era quien hacía de James Bond disfrutando de sus hijos, era el mismísimo 007 ejerciendo de padre. Ahora también vosotras habéis suspirado por él, que os he oído.* Sin que mis pies me pidieran permiso ni me dejaran prepararme una conversación o un saludo al menos, se pusieron en movimiento y de pronto me vi frente a él, en el jardín, sin saber qué decir.

—Buenos días, Martin. —Mi voz sonó débil, como sentía mis rodillas.

Me sonrió, una sonrisa genuina destinada solo para mí, y sentí que... que olía su colonia de nuevo. Me invitó a sentarme con ellos, y, con cuidado de no derramar el café, tanto sentía que me temblaban las manos, me acomodé a su lado sin plantearme que podía hacerlo al lado de la otra hamaquita y marcar las distancias.

—Buenos días, Keyra.

Su voz, ronca, fue seguida de un beso en la mejilla y aun ligeramente me tensé. Lo notó. No era un rechazo, fueron los nervios. ¡Cómo iba a no desear sus besos! Fue solo que no esperaba su contacto y me puse rígida, sin saber a qué atenerme tras su rechazo la noche anterior. Pero lo que Martin entendió fue que su gesto no había sido bienvenido.

—¿Qué tal has descansado? —Su tono había perdido la calidez—. ¿El *jet lag* te ha dejado dormir?

«Me dormí a las tantas porque entender que perteneces a otra mujer me quita el sueño, literalmente. Me dormí a las tantas porque estuve intentando entender qué había ocurrido entre tú y yo en tu dormitorio, tan cerca de tu formidable cama. Me dormí a las tantas porque estuve recordando tus palabras, tu tono, tu mirada, intentando darles otros significados que nada tuvieran que ver con el temor, la confusión o el arrepentimiento, pero no los hallé. Me dormí a las tantas porque cuando, agotada de tanto pensar y no llegar

a ninguna conclusión, me metí en mi cama, mi cuerpo recordó también lo ocurrido horas antes, tu piel, tu sabor, tus maneras decididas, y me alterabas tanto que no me pude dormir hasta que no terminé sola lo que tú habías comenzado. Así que no, no he descansado, porque por tu culpa me dormí a las tantas.»

—Bueno, el *jet lag* ya se sabe —respondí, vaga—. También tú deberías ser su víctima, ¿no? Llegaste anoche, así que —no pude evitar apostillar—, ¿y tú, has descansado bien, Martin?

Me miró fijamente, sopesándome. Sabía que debía poner cara de inocencia, pero no estaba de humor. No, porque anoche me había dormido a las tantas.

—Yo venía del este, no del oeste, los husos horarios jugaban a mi favor. Y hacía una semana que estaba en Europa.

O sea, que había dormido bien. Enhorabuena, entonces, me dije resentida. Le sonreí con sorna y acaricié la manita de Hugo, procurando no despertarlo. Los dos bebés dormían plácidamente.

—Pero no, no he descansado.

Me alegré; aunque resultara irracional, me alegré.

—Has madrugado —repliqué en cambio.

—Keyra —comenzó con tiento—, sobre anoche...

—Lo entiendo. Maya.

Le vi pasarse la mano por la nuca y me preparé para cualquier cosa.

—Maya y yo lo dejamos. —Si quería ser discreta en mi reacción, levantar la cabeza a la velocidad de la luz para mirarle fijamente no ayudó—. Fue hace un mes. Sé que debí decírtelo antes, pero...

—No tenías por qué decírmelo —«¡oh, cállate, cállate, cállate!», me reproché. Estaba enfadada, me sentía rechazada, pero era momento de callar, no de ponerme respondona, y aun así—, tu relación no tiene nada que ver conmigo.

Ahora fue él quien levantó la cabeza a la velocidad del rayo y me miró enfadado.

—¡¡Joder, Keyra!! —levantó la voz, exasperado—. Desde luego que tiene que ver contigo. ¡¿Con quién, si no?!

Hugo, a quien no le gustaban los gritos, abrió los ojos e hizo pucheros. Nos olvidamos el uno del otro y nos concentramos durante un minuto en calmarlo y que no despertara a su hermano.

Hubo suerte y tras unos momentos de duda el bebé prefirió seguir

durmiendo a montar un escándalo.

Una vez salvada la crisis ninguno habló. Aquel pequeño lapso de tiempo hizo de algún modo que mi cerebro minimizara la carpeta que se había abierto sola y que anoche titulara «esto no es una buena idea».

—¿No vas a decir nada? ¿Keyra?

Negué con la cabeza, contrariada, sorprendida todavía por su confesión, insegura de su significado. A fin de cuentas anoche me había rechazado. ¿Era yo, o parecía todo muy conveniente? Yo decidía olvidar cualquier precaución por primera vez en mi vida, volvía a casa dispuesta a todo sin recordar la existencia de Maya, y cuando caía en ella Martin me decía que la había dejado y que lo había hecho por mí. Era todo perfecto, ¿no? Solo que no cuadraba, o no con lo que había pasado la noche anterior. Y ¿por qué me lo decía ahora? Podía ser escéptica, pero en la vida real las cosas no eran así, no fluían solo porque alguien lo deseara con todo su ser.

—Si la dejaste por mí, tal vez debiste decírmelo antes.

—Lo sé —me dio la razón—. Lo sé —repitió, aunque más para sí que para mí—. Si no lo hice fue porque me sentía un cabrón, Keyra. Maya se mantuvo a mi lado durante el escándalo. Fue la novia engañada, tuvo que soportar muchas burlas, y estuvo a mi lado. Después vino lo de tu embarazo, que para ella fue un golpe, y se quedó a mi lado. Creyó en mí, en lo que teníamos. Fui yo quien le fue infiel con otra mujer aun sin querer, he sido yo quien ha tenido hijos con esa mujer, y soy yo el cabrón que la deja por esa misma mujer cuando ella lo ha soportado todo estoicamente por amor. —Sus palabras encerraban dolor y culpabilidad a partes iguales y despertaban esos mismos sentimientos en mí. Yo también sufrí aquello, fui infiel, quedé embarazada y no tuve el apoyo de mi marido, el hombre que me había jurado amor eterno. Y también me dejó. Podía comprender el dolor de Martin y también el dolor de Maya. De pronto ya no podía detestarla—. Keyra, no quería... no podía ser el cabrón que al día siguiente de dejarla llamara a tu puerta para contártelo. Porque decírtelo no me hubiera bastado, hubiera necesitado más que palabras —terminó en voz baja.

El pecho parecía querer estallarme de anticipación, de anhelo. Martin me deseaba, y no creía pecar de optimista si decía que lo que sentía por mí era algo más complejo que el deseo, más completo.

No obstante, la noche anterior me había rechazado.

—Anoche me rechazaste.

—No fue un recha...

—Me dijiste que no era una buena idea. —No pretendía que mi voz sonara dolida, pero no pude evitarlo. Estaba dolida. ¿Había dejado a Maya por mí y no quería acostarse conmigo? El cinismo volvió a mí disfrazando la inseguridad—. Ahora me dirás que precisamente porque has dejado a Maya me apartaste anoche, ¿no?

Me había pasado. No era necesario mencionar su ruptura. ¿Acaso con Martin no tenía medida? ¿Tenía que golpear tan fuerte como golpeada me sentía? ¿Es que acaso en lo que a Martin se refería no tenía ningún control sobre mí misma? ¿Qué demonios me ocurría con él, por qué todos mis sentimientos se magnificaban?

—Martin, lo sien...

—Anoche te habría pegado a mi cuerpo hasta derretirnos el uno en el otro.

Me dejó sin respiración. La frase me devolvió los recuerdos en su dormitorio e imaginé otros más calientes y una explosión ardiente se me arremolinó en el ombligo. Supe que respiraba más deprisa y sentí las pupilas dilatadas. Solo sus palabras me habían excitado tanto como sus caricias.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —Mi tono no era exigente, mi voz sonó ahogada.

Sonrió, una sonrisa resignada. Se pasó la mano por la nuca y volvió a suspirar, sonoramente esta vez.

—El jueves tengo una audición. Es para un personaje que me apetece mucho y que llevo varias semanas preparándome a fondo. El protagonista... No puedo contarte nada, pero acostarme con alguien antes de la prueba... créeme que no es una buena idea.

Aquella sonrisa resignada se volvió pícaro y toda la tensión de la noche anterior pulsó entre mis piernas, recordándome que había recibido un triste consuelo, que hacía muchos meses que no recibía más que consuelos.

Y saber qué audición era, que en pocas semanas comenzaría la lectura del guion y salvo una catástrofe Martin Campbell encarnaría a Dominic Walcott... Toda yo me licué. No podía hablar, no podía decir nada.

Sabía que ninguno de los actores entrevistados había gustado del todo y sabía por qué. Porque no eran *él*. Había creado el personaje basándome en lo que había aprendido de *él*, rellenando las lagunas con lo que necesitaba para crear al Dominic que la trama pedía.

—Estás muy callada.

—No sé qué decir.

Sonrió.

—Dime que cenarás conmigo el sábado. Mis padres se quedarán a los niños y no los traerán hasta el domingo después de comer.

Su voz. Tenía la voz más sexi del mundo. Si la pusieran en el GPS las mujeres iríamos al fin del mundo con él.

—¿Keyra?

Como si fuera posible negarle algo a aquella voz.

—Cenaremos juntos el sábado —asentí.

—Juntos y solos.

Juntos y solos.

Vi poco a Martin durante la semana, lo que hizo la espera más excitante si es que era posible que lo fuera todavía más. Vino con su madre a ver a los niños el martes y verlo con Mildred e imaginarnos acostándonos juntos en todas las posturas posibles, desnudos sobre aquella cama increíble y saber que él estaba pensando lo mismo cuando su madre estaba con nosotros, me parecía deliciosamente escandaloso.

Por descontado vino todas las noches a leerles un cuento que aunque Kenneth y Hugo no podían entender escuchaban tan hipnotizados como yo. A solas, en cambio, mantenía las distancias, no se acercaba a mí ni me daba un beso suave de buenas noches como había estado haciendo hasta iniciar la *première* de *No se muere por capricho* alrededor de medio mundo. Y saber que no podía tocarlo todavía pero que en breve podría hacerle lo que quisiera me hacía arder.

El sábado no sería capaz de cenar, le suplicaría que me dejara devorarlo.

El jueves por la noche no vino, pero supe por qué: estuvo cenando con el director y el productor de *Cubierta de seda*. Michael me había llamado justo después de las pruebas.

—Keyra, tenemos a nuestro Dominic. Martin Campbell te va a enamorar, es fantástico, sublime. Y caliente, pura dinamita, el público femenino va a volverse loco, vamos a convertir a ese actor en el hombre más sexi de la Tierra. Casi le compadezco. Confía en mi, tendrás la sensación de que escribiste la novela pensando en él. Puedes vetarlo, claro, como hablamos, pero esta noche James y yo cenamos con él para cerrar las condiciones de su contrato, no queremos que se nos escape, tan convencidos estamos de esto. Te pasaré las imágenes. En serio, te vas a volver loca cuando lo veas, incluso te alegrará haber tenido que esperar un año para cerrar el guion por culpa de tu enfermedad, mira lo que te digo, porque si lo hubieras entregado en la fecha acordada no habría sido él, hubiera estado rodando la película de 007 y lo

hubiéramos perdido. Todo pasa por algo, Keyra, y tu afección —no le había hablado del escándalo ni de mi embarazo, ni, por descontado, de que conocía de antemano a Martin a pesar de que hacía muchos años que conocía a Michael, pues era uno de los pocos amigos de mi padre— nos ha traído a Martin Campbell. Vamos a romper la taquilla con *Cubierta de seda*, ya lo verás. Será una película de calidad, con actores de calidad, un guion magnífico, un trasfondo más allá de la relación erótico-romántica y filmada con mucho mimo. Daremos que hablar, Keyra. Prepárate para...

Y así supe que Martin había sido el elegido antes de que él me lo contara.

El viernes, en cambio, desaparecí yo. Pedí a Paula que se hiciera cargo de los bebés y me dediqué a mí misma. Me fui a un centro de belleza y me regalé un masaje, un *spa*, y tratamientos para la piel. Quería estar perfecta, o todo lo perfecta que pudiera estar.

Estaba bien, no podía quejarme. A pesar de que hacía apenas tres meses que había dado a luz, todo el ejercicio enfocado a cuidarme durante el embarazo había hecho que mi cuerpo no se volviera flácido, y mi pecho, pequeño, apenas se había descolgado. Pero Martin... Martin... En la película de James Bond se le veía el torso y la espalda, y estaba... Me excitaba solo la idea de verle y quería que a él le ocurriera lo mismo.

Y aunque sonara a novela romántica de época y a aquello en lo que había gritado durante años que no creía, *así que, por favor, esto no se lo podéis contar a Dev*, quería que recordara para siempre el tacto de mi piel.

Cubierta de seda

Las manos me temblaban al tiempo que dejaba que la seda verde se deslizara por mi piel desnuda y me decía que en ocasiones los caprichos más íntimos cobraban sentido.

Me costó mucho introducir el primer encuentro sexual entre Dominic Walcott y Joanna, olvidar todas las escenas llenas de sensualidad que fluían solas en las novelas históricas que escribía y encontrar el equilibrio, *mi* equilibrio, entre lo altamente sexual y lo burdamente soez. Así que comencé por buscar ropa interior, el conjunto que llevaría Joanna en ese primer encuentro. Quería algo *vintage* acorde a la protagonista y La Perla tenía una colección reciente que me cautivó. Acudí a la tienda, me dejé seducir y finalmente me llevé a casa un conjunto en verde esmeralda. Llegué al estudio, vestí la cama de seda negra, me duché, me perfumé en almizcle blanco y me lo puse.

Y la escena fluyó sola.

En *Cubierta de seda*, cuando Dominic veía aquel conjunto la miraba, inquirendole en muda pregunta si estaba segura de querer adentrarse en el BDSM con él. Joanna solo respondía «desde que te conocí, protagonizas mis sueños». Le anudaba las manos a la espalda, la tumbaba en la cama boca arriba y le introducía su miembro en la boca, se la saqueaba más bien, sin que ella pudiera o quisiera rechazarle.

Aquel sujetador con la braguita a juego de la colección *Mezzanotte* se hizo famoso poco después de publicarse la primera novela.

Y yo me lo estaba poniendo en aquel momento por segunda vez. El sujetador, de encaje *chantilly* en transparencias con bordados verdes en contraste, ribete de seda y doble tirante de tul me acariciaba, como también lo hacía el *shorty* a juego. Pero sobre todo me hacían sentir atractiva, sexi... imparable.

Tomé el pequeño frasco de cristal sin etiquetas con el perfume que había pedido que diseñaran para mí a base de almizcle blanco y amapola, que presté a Joanna y que en la novela bauticé como First Blush, y me rocié apenas las muñecas, el cuello y detrás de las orejas, dejando que el olor me rodeara antes de formar parte de mí. Grandes casas de alta cosmética habían intentado comprarme los derechos y venderlo a gran escala, pero había rechazado

cualquier oferta. Aquel aroma era solo mío, único.

Única era como me sentía vestida por él.

Me puse un vestido de raso estampado de corte *lady* y unas perlas discretas y me miré al espejo.

No vi la ropa, me vi a mí: vi mis ojos brillantes, mi sonrisa, los nervios más allá de la satisfacción, la anticipación, la ilusión. Vi lo que nunca había visto, sin saber si no me había dejado llevar hasta que conocí a Martin o si ningún otro hombre me había obligado dejarme llevar como él lo hacía.

La sonrisa se ensanchó al pensarlo y una risita tonta me brotó de la garganta haciéndome sentir infantil y mucho más feliz.

Sonó el timbre y el estómago se me encogió de nervios. Cogí un blazer blanco con solapas satinadas, respiré profundamente y bajé hacia la puerta. Las piernas se mantenían firmes; aun así había cierto cosquilleo en ellas.

Nunca me había sentido así: etérea.

Cuando abrí se me detuvo el corazón. Al otro lado estaba Martin, con mirada segura y un ramo de tulipanes en la mano: rojos, blancos y azules.

Soy americana: reconozco los colores de mi bandera en cuanto los veo.

Con una sonrisa tímida cogí el ramo, susurré un «gracias» y quise besarle, pero algo no iba bien en su altura. En la mía, en realidad.

—¡Mis zapatos! —dije entre apurada y divertida.

¿Cómo era posible? Más de una hora y media para maquillarme y vestirme, ¡¡y bajaba descalza!!

Eché la cabeza atrás y rio con fuerza. Fue una carcajada contagiosa que me recordó aquella primera noche, tanto tiempo atrás.

—Buenas noches, Cenicienta.

Me tomó de la cintura y me besó él. Fue más que el roce de sus labios, la caricia íntima que me había regalado por las noches. Me rodeó con el brazo, me acercó mucho a él y aplicó su boca sobre la mía con seguridad. No fue sin embargo un beso para derribarme, fue una especie de aperitivo, una declaración de intenciones.

Cuando nos separamos su mirada me decía lo mismo que aquel beso. Era el primero, todavía era pronto para algo más profundo, pero en el momento adecuado, que parecía entre prometerme y advertirme que sería esa misma noche, se tornaría mucho más íntimo. Y caliente.

Me quedé quieta, frente a él, bloqueada, con mi ramo de flores en la mano, sin saber qué decir. Sabiendo que me tenía cautivada y claramente satisfecho por ello, me acarició la mejilla con cariño.

—Donde vamos a cenar no necesitas unos zapatos, pero supongo que te sentirás más cómoda con ellos. ¿Me equivoco?

¿No necesitaba zapatos?

—¿Dónde vamos a cenar? —inquirí, desconfiada.

De nuevo río.

—Me fascina el funcionamiento de tu mente, Keyra. Aquí mismo, muy cerca. Y —bajó la voz— estás muy sexi descalza. ¿Nos vamos?

Y me ofreció el brazo.

Lo miré y miré las flores. Negué con la cabeza.

—Tengo que ponerlas en remojo. Y —sonreí, pícara. Los dos sabíamos qué pasaría y que ambos lo deseábamos— si quieres que esta Cenicienta pierda sus zapatos, tendrás que quitárselos tú.

Sin esperar su reacción me volví hacia la cocina, contoneándome.

Me encantaba escuchar sus carcajadas.

Y eso, me animé, no era malo.

Imaginaos mi sorpresa cuando al bajar de nuevo al salón me tomó por la espalda, pero, en lugar de dirigirme a la calle, lo hizo hacia la cocina. Y de allí a la puerta del jardín. Extrañada me dejé llevar, aunque sí, claro, le miré, cejas en alto y fijamente, un par de veces.

Al salir a nuestro jardín, el que compartíamos, no di crédito. Una pequeña carpa, una mesa vestida para cenar, un *cello* y un piano de pared, y dos camareros.

Lo miré, incrédula.

—¿Cómo has logrado entrar todo esto —abrí el brazo en arco, refiriéndome a aquella pequeña jaima— sin que me enterara?

—Con discreción —murmuró sucinto, y me llevó a la mesa.

Podría parecer que había demasiada gente para que resultara íntimo, pero no era así. Nos sentamos y encendieron velas a nuestro alrededor que colocaron sobre pequeños soportes en el enramado creando una sensación de apartada intimidad. La música sonaba, pero no veíamos a quienes tocaban. La comida aparecía y desaparecía, aunque nadie parecía existir a nuestro alrededor.

Y Martin y yo solo teníamos ojos el uno para el otro.

—¿Te gustaría volver a Nueva York?

Sonreí: la película. No quería decirle que también yo estaría en el rodaje, no aquella noche. No quería hablar de cine, tampoco que fuéramos un actor y una guionista. Habría tiempo para eso.

Esta noche éramos Martin y Keyra, ni siquiera los padres de Kenneth y Hugo. Solo Martin y Keyra.

—Me encantaría.

Me sonrió él ahora.

—Me han ofrecido un papel.

—La audición...

Supe que también él había recordado la tórrida escena de seis noches antes por cómo me miró. Cada vez que sus ojos azules se fijaban así en mí me revolvía en la silla, incapaz de quedarme quieta.

—La audición —me confirmó—. Se rodará en Nueva York. Unos seis, ocho meses.

—¿Has firmado, entonces? —No podía dejar de sonreír.

Iríamos a Nueva York juntos, como pareja. Empezaríamos de nuevo en mi ciudad. Aquella noche comenzaríamos de verdad porque así lo decidíamos, sin las tribulaciones de terceros.

La anticipación me estaba matando. Sabía que debía disfrutar el momento, que era seguro lo que estaba por llegar, pero mi cuerpo no parecía atender a peticiones.

—No. —*No, qué? ¿Qué había dicho?*—. No he firmado todavía. —Pareció entender mi contrariedad—. Supone un traslado importante en poco tiempo. Quería consultártelo antes.

—Martin —suspiré.

E iba a ser un gran principio.

El mejor de los principios.

—¿Es eso un sí?

Le devolví la sonrisa con seguridad.

—Es un sí incondicional.

—Ese podría ser un gran sí.

Me encogí de hombros con supuesta indiferencia y bebí.

—Keyra...

Su voz ronca desordenó mi sistema nervioso. Sin percatarme encogí los dedos de los pies mientras tomaba con fuerza el cuello de la copa. El estómago se me encogió, la parte baja del vientre se vio inundada por olas de anhelo y entre mis piernas pulsó con desesperación el deseo.

—Keyra —me llamó de nuevo. Levanté la vista y toda la pasión que sentía debió reflejarse en mis ojos, porque solo susurró—: Joder, Keyra, me estás volviendo loco.

Solo estábamos en los entrantes, suspiré. No funcionaría, saltaría sobre la pequeña mesa y lo abatiría sin importarme el *staff*.

—Dime por qué ese papel y no otro —improvisé—. Qué tiene ese protagonista para llevarte a Nueva York durante tanto tiempo.

Su mirada, igual de profunda, había cambiado.

—Nunca me dijiste por qué sabías tanto de personajes.

Aquella noche. Aquella primera noche.

Le conté que era lectora, una gran lectora. Que había estudiado filología y durante los años universitarios me obsesioné con algunos héroes y muchos villanos. De allí hablamos de literatura, de teatro, de personajes y de sus sustentáculos...

Volvíamos a ser los de entonces, en el Ametsa y en The Granedier. Volvíamos a ser un hombre y una mujer con un interés, una pasión en común, que se gustaban y disfrutaban de su compañía. Los platos pasaron sin que lo supiéramos.

Sonreí al ver el postre, sorprendida de haber cenado ya.

—¿Cacao y canela?² —Mi comentario pareció volverle reflexivo, no divertirlo—. ¿Martin?

Mi voz sonó preocupada. Alzó la vista y volvió a mirarme, sonriéndome, intentando tranquilizarme, lo que me puso más nerviosa. Era un tentativa de sonrisa porque me miraba con tiento.

—¿Martin? —repetí, más firme.

Lo vi tomar aire y me preparé para cualquier cosa, tranquilizándome al punto. No podía pasar cualquier cosa, esa noche solo una cosa podía ocurrir.

—Keyra, cuando viniste a mi habitación, el domingo, te aparté de mí. No, me aparté yo de ti. Este papel es distinto. Es... No he firmado, no puedo contártelo, es un secreto al que no pertenezco todavía, pero será exigente de otro modo. Tiene... tiene un componente sexual. Y no sé cómo puede afectarme.

Sonreí, relajada de nuevo. Sabía a qué se refería y no solo no me importaba, sino que estaba impaciente por explorarlo. Quería acostarme con Martin, y la idea de que Dominic Walcott estuviera allí... Un escalofrío de placer me recorrió la columna vertebral de arriba abajo.

—Mientras no me digas que es un eunuco... —Y le guiñé el ojo mientras me metía en la boca una cucharada de cremoso chocolate.

No pretendí ser provocativa, pero por cómo me miró supe que también su sistema nervioso comenzaba a sufrir cortocircuitos. Perfecto, porque el mío

había dejado de funcionar en el primer plato. Cada palabra, cada gesto, cada mirada, habían aumentado la intimidad y afirmado la realidad de lo que iba a ocurrir.

Nos deseábamos. Hablábamos de literatura medieval o de chocolate y canela, el deseo entre nosotros crujía y nos acercaba. Cada vez nos buscábamos más. Habíamos dejado de rozarnos para tomarnos la mano sin timidez.

Volvió a hacerlo y me acarició la palma con el pulgar.

—Tendría que renunciar al papel, entonces.

De nuevo el deseo pulsando dentro de mí, la respiración más pesada y la piel cosquilleando a la espera de más.

—Martin —me adelanté—, sé lo que es vivir un personaje, lo has debido notar mientras hablábamos. Lo sé, confía en mí. —Esquivé su mirada, entre curiosa y preocupada—. Lo sé, eso es todo. Así que estoy preparada para estar con los dos, contigo y con él. Sé cómo es y sé que puedo con eso, con ambos. —Llevaba años conviviendo con mis personajes en todo tipo de situaciones—. A veces creo que no podría vivir sin ellos, sin los personajes.

Su mirada quería registrarme. Pronto, le prometí en silencio. Pronto lo sabría y todo sería sencillo.

Se llevó mi mano a su boca y lamió la muñeca. Un escalofrío me atravesó. Levanté la pierna para acariciar la suya cuando recordé a los camareros y detuve mi avance.

¡Dichoso postre! Estaba empezando a perder el apetito. Y el control.

El sonido de una botella de champán al descorcharse me desconcertó y me di cuenta de que en toda la noche no habíamos bebido alcohol. Tan concentrada había estado en él que no sabía qué había comido o bebido.

Pareció entender que me preguntaba por la falta de vino. Y también que me daba cuenta ahora.

—No quiero excesos. —A continuación susurró, solo para mí—. O no aquí.

¡Dios, Dios, Dios!

—Martin —repetí inútilmente.

—Señora —me pidió espacio el camarero.

Era la primera vez que hablaba. Era la primera vez que perdía por completo la compostura.

Sirvieron también su copa. La alcé yo, intentando recobrar me. Me aclaré la voz para brindar por él.

—Por tu nueva película.

Negó lentamente con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Por nuestra mudanza a Nueva York —rectifiqué.

Negó de nuevo, con una sonrisa bailándole en los labios sin que sus ojos, clavados en los míos, perdieran intensidad.

—¿Por nosotros? —dudé.

—Siempre, pero no es esa la razón de esta cena. —Su mirada podía intensificarse todavía más, descubrí. Y también la sensación de calor y ahogo en mí—. ¿Sabes por qué hoy, Keyra? ¿Por qué no ayer o mañana? ¿Sabes por qué te he pedido cenar a solas precisamente esta noche?

Me arriesgué a sincerarme yo primero.

—Porque empezamos algo nuevo juntos.

Negó con la cabeza, pero no pude sentirme decepcionada cuando me miraba de aquel modo.

—Sin duda —me tranquilizó—, pero no es por eso, no hoy. —Sus pupilas me penetraron con ternura infinita antes de desvelármelo—. Hoy es doce de mayo. —La fecha bailó en mi mente, juguetona—. Esta noche hace justo un año que nos conocimos.

Martin, su mirada, su presencia. La luna, la noche y su significado. El deseo que nos arrollaba, me superaron.

—Martin, vámonos.

Me puse en pie. Olvidé que los camareros podían oírnos. No me di cuenta de que la música había dejado de sonar. Solo tenía ojos para él, cuyos iris azulados me quemaban.

Se levantó también.

—Señores, gracias por la velada —dijo en voz alta.

Y sin mirarles tampoco, se acercó a mí, me ofreció el brazo y me llevó hacia la casa sin mediar palabra.

Descubierta en seda

No necesitó preguntar dónde, me llevó a su casa. No me miraba, caminaba con paso firme y rostro pétreo. Solo cuando llegamos a las escaleras y me sintió temblar en los primeros escalones envolvió mi mano con la suya en un gesto cálido que me hizo saber que, a pesar de su perfil inamovible, de la frialdad que aparentaba, estaba atento a cada movimiento mío.

Saberlo, no obstante, no me calmó. La ropa interior me parecía osada, el vídeo de aquella noche excesivo y mi cuerpo insuficiente. Era como cualquier otra mujer, temerosa al rechazo. Era quien nunca había sido.

Sin darme cuenta me detuve y le llamé.

—Martin.

Estábamos en el último tramo de la escalera. No dije nada más porque no tenía palabras. No se volvió, pero tensó la mandíbula y su tono fue duro, las palabras masticadas.

—Dime que quieres esto tanto como yo, Keyra. —Entonces sí se volvió a mirarme, clavó sus ojos azules, incandescentes, en los míos—. Dímelo. Dímelo porque te necesito.

La vehemencia de su voz me superó. Entendí a la presa frente a una serpiente de cascabel, hechizada, bloqueada por la certeza de lo que iba a ocurrir. Tragué saliva, volvieron los temblores.

Su rostro se mantuvo impertérrito.

—¿Keyra?

Respiré hondo y le creí. Y creí en mí, en mi cuerpo, en mi disposición, en mi ropa interior. Con sus ojos vistiéndome, con su voz acariciándome, volví a sentirme atractiva, sexi, imparable... Única.

—Vamos —respondí con voz entrecortada por la excitación, tirando apenas de su brazo.

Me taladró con la mirada, queriendo leer algo en mí, descifrar mi indecisión o mi miedo, supuse. No quería hablar, solo quería que ocurriera.

Volví a tirar de él y seguimos subiendo. En silencio, sin mirarnos. Llegamos a su puerta, que abrió para cederme después el paso. Entré y la enorme cama, rodeada de tablones de madera, me detuvo. No sé si las piernas llegaron a sostenerme ante la visión de lo que íbamos a hacer sobre ella, Martin se colocó tras de mí antes de que las rodillas se me debilitaran y me

pegó a él.

—Después te acostaré en ella y te pediré que me confieses qué imaginaste la otra noche, cuando la acariciabas y yo te miraba desde el baño. —Su aliento cálido me excitaba el oído—. Y te haré cada cosa que cuentes. Pero antes quiero verte frente al espejo de la cómoda, donde te besé de verdad por primera vez. Donde te hubiera hecho todo lo que yo imaginaba si no te hubieras marchado. —Me dio un suave mordisco donde me latía el pulso, desbocado—. Y te habría encantado, Keyra. —*Dios, Dios, Dios*—. ¿Quieres que te cuente todo lo que quiero hacerte? —Y me volvió a morder, con la misma suavidad.

Abrí los ojos intentando anclarme a aquella habitación, tratando de no perderme en él sin siquiera una caricia. Al abrirlos estaba frente al espejo. No sabía cómo había llegado allí, pero estábamos en la cómoda y nos veía a ambos reflejados: mi mirada perdida, la suya enardecida.

Inflamada, me perdí sin remedio. Me volví y busqué su cuerpo. Lo tomé por los hombros y asalté sus labios con un hambre que no sabía que poseyera. Me pegué a él, aplasté los senos contra su ancho pecho, cálido, y me froté, necesitada de sus caricias, mientras mi lengua entraba en su boca e intentaba saciar su hambre de él. Martin abrió la suya y salió a mi encuentro, respondiéndome a mí con el mismo ardor. Subió las manos a mi cabeza, la ladeó y se apoderó del beso arrasando mi sentido común. Era un beso profundo, lleno. Su boca parecía hecha a la medida de la mía: sus labios cubrían perfectamente mis labios, su lengua acariciaba mi lengua, extática, con pasión desbordada, su aliento suplía el que me robaba y nuestros gemidos se confundían. Tenía todo el dominio sobre lo que ocurría y a la vez parecía que estuviéramos fuera de control. Me empujó con suavidad contra el *sinfonier* y me recosté sobre su superficie. Puso una pierna entre las mías y sin delicadeza arrastró mi pie a un lado con el suyo. La tosquedad con la que me obligó a abrirme para él me sorprendió, pero antes de saber si me había gustado o no, tenía su muslo justo *allí* y sus manos habían dejado mis mejillas para rodearme las nalgas y amasarlas contra su cuerpo, frotando con maestría los labios de mi sexo contra él, el raso del vestido y el algodón de su pantalón acrecentando la aspereza de la sensación.

Me gustó sin duda la hosquedad de la caricia. Lo supe por el grito de placer que escapó de mi garganta mientras extasiada cerraba los ojos y echaba la cabeza atrás.

—Así, Keyra, grita para mí —me pidió, subiéndome el vestido un poco

más.

Siguió acariciándome el trasero y bajó por el muslo hasta la rodilla, para alzar la pierna y rodearse con ella la cadera. Me mecí yo contra él, deseosa de tenerle, de dejarme ir. Sentir su erección contra mí me hizo jadear y que mis caderas se cimbrearan solas al ritmo de su pelvis. Estaba duro. Y era yo quien lo ponía así de duro.

Volvió a besarme, a devorarme la boca esa vez. Bajó por el cuello, apartó el tirante con los dientes y tiró del vestido y el sujetador sin miramientos hasta descubrirme un pecho. Abrí los ojos para verlo hechizado, mirándolo, embebiéndose de él. Sin reparos me hice adelante y se lo ofrecí. Se abalanzó sobre mí, se lo metió en la boca y lo saboreó con gozo durante unos lametazos eternos antes de tomarlo entre los labios, morderlo apenas y sorber. Gemí y me froté contra él con más fuerza.

Estaba tan cerca. Tan cerca...

Se apartó de mi cuerpo un poco, me recostó de nuevo en la cómoda e introdujo la mano por el elástico de mi ropa interior. Miraba su mano escondida tras la tela del vestido, extasiado. También yo lo hacía mientras me mecía contra sus nudillos, perdida cualquier batalla contra el pudor. Cuando me acarició con el pulgar el monte de venus contuve el aliento. Cuando ya dentro de mis braguitas me rodeó el clítoris con los dedos y presionó gemí. Y cuando introdujo dos dedos dentro de mí grité. Solo entonces apartó la vista, me miró a los ojos e introdujo de nuevo dos dedos profundamente y los giró mientras la otra mano volvía a cubrirme el pecho con lentitud, bajaba por el estómago y desaparecía bajo la tela, uniéndose al exceso.

—Eso es, grita para mí.

Y volví a gritar. Y no dejé de hacerlo mientras me llevaba al éxtasis con sus caricias y su voz.

Cuando ocurrió todo pareció derrumbarse. Mi alrededor, mi propio cuerpo, todas mis defensas fueron abatidas por un terremoto de placer y quedé derrotada, vencida y en fascinada calma.

Sus manos se retiraron de mí poco a poco. Me cubrió con el *shorty* de nuevo y el vestido cayó libre en mis piernas, devolvió el tirante a mi hombro y me apartó los mechones del pelo que me caían sobre la cara. Dio un pequeño paso atrás y no dijo nada. Solo esperó.

Finalmente abrí los ojos y lo miré. El pelo revuelto, como yo lo había dejado tras la pasión desbordada, los párpados entornados y las pupilas dilatadas, los brazos cruzados a la altura del pecho que subía y bajaba

consecuencia de la respiración acelerada, y un enorme bulto evidencia de su erección más allá de la cinturilla de sus pantalones.

Estaba vestido, los dos lo estábamos.

—Eres preciosa —me susurró, sin moverse.

Me apoyé sobre el *sinfonier*, relajada, y lo miré con descaro. Comencé por los pies y fui subiendo poco a poco, devorándolo. Me detuve en su entrepierna más de lo debido.

—Keyra —me advirtió con la voz ronca.

Seguí subiendo la vista: su vientre plano, la camisa blanca que marcaba unos brazos trabajados, un pecho ancho y sus hombros, el cuello que quería recorrer con la lengua, y al fin su cara.

Me acerqué lentamente y le cogí un brazo. Con un supuesto descuido que el temblor de mis manos negaba le quité el gemelo. Hice lo propio con la otra mano y me apliqué con los botones. Uno tras otro los fui desabrochando, asegurándome de no rozarle la piel. Le escuchaba contener el aliento, pero no dijo nada. Al fin, le saqué la camisa del pantalón y tiré de ella por los hombros para quitársela por la espalda.

Me arrodillé para sacarle los zapatos, mi cabeza a la altura de su bragueta, mi boca muy cerca de su erección.

Lo descalcé y subí las manos muy cerca de sus muslos pero sin tocarlo hasta la pretina de su pantalón. Introduje el dedo en ella y busqué el botón con cuidado.

Las manos me ardían ante la idea de tocar su piel, y su respiración acelerada, la tensión de sus piernas, me gritaban que también él se moría por sentir mis manos, pero ninguno de los dos quería adelantar nada.

Tiré del pantalón y de los calzoncillos a la vez, dejándolo desnudo. Su miembro se liberó, enhiesto, frente a mí. Tuve que contenerme para no metérmelo en la boca. Deseaba como pocas cosas había deseado darle placer con ella, sentirlo entrar y salir y sorberlo con los labios mientras lo hacía.

Me ayudó a sacar las perneras, pero poco más se movió.

Me levanté yo al terminar la tarea y volví a mirarle, con mucho más descaro esta vez y sin aliento. Me detuve a ver bien su pene, duro, grueso, curvado y latente. Era grande, y me estremecí al adelantar qué sentiría al tenerlo alojado muy dentro de mí. Completamente dentro.

—Keyra —volvió a advertirme.

Después de ver su tamaño no me sorprendió la seguridad que mostraba desnudo, no tenía que temer un rechazo. Lo miré a los ojos y tampoco yo temí

uno.

Ningún hombre me había mirado así, como si quisiera... como si quisiera *follarme* vestida. La temperatura de mi cuerpo se disparó y me supe preparada para él. De nuevo.

Lo rodeé sin dejar de mirarlo y me dirigí a la cama. Me quité los tacones y sonreí al verme ocho centímetros más baja. No me devolvió la sonrisa, tan tenso estaba. Sin pudor me quité el cinturón del vestido y lo dejé extendido sobre la cama, a su alcance. Eché los hombros atrás para animarme y busqué la cremallera lateral. Mis ojos clavados en los suyos, comencé a bajarla con una mano mientras con la otra sostenía la tela contra mi pecho. Solo cuando estuvo completamente suelto tomé aire y lo dejé caer.

Y el conjunto verde que sin duda conocía apareció frente a él.

Jadeó y algo cambió en su actitud. Un segundo después me cogió por la nuca y tiró de mí hasta él, arrasándome, besándome con salvaje lujuria, mordiéndome con suavidad, chupándome los labios, registrándome la boca con la lengua, mientras con la otra mano sostenía las mías entrelazadas en mi espalda, inmovilizándome. No sé cuánto tiempo estuvo besándome así, con desesperación, con locura. Fue él quien recuperó el control y me separó de su cuerpo.

—Joder, Keyra.

Dio otro paso atrás y se pasó la mano por la nuca, buscando recuperarse. Pero yo no quería que se recuperara, mis fantasías estaban allí, con él. Y las quería así, con él.

Me quité el sujetador primero, sin dejar de mirarle, atento Martín a cada movimiento mío. Tiré después del elástico del *shorty* y me quedé completamente desnuda. Por último tomé el cinturón de la cama y se lo extendí. Lo vio y me miró, impactado.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

Sonreí, sentándome en la cama y abriendo las piernas para él.

—Desde que te conocí, protagonizas mis sueños —le dije con voz seductora.

No necesitó más alicientes. Tiró de mí, me dio la vuelta y me anudó las manos con el cordón. Apartó con fuerza la colcha y descubrí la seda negra. Contuve el aliento.

Con suavidad, en exquisito contraste, me acostó sobre la fresca sábana y acercó mi cabeza al borde de la cama. Volvió a mirarme, indeciso.

—¿Sabes qué ocurrirá ahora? —Miré su pene, que había crecido más

todavía, y me lamí los labios sin querer. Nunca había deseado tanto tener a alguien entre ellos—. ¿Keyra? Necesito que me digas que sabes qué haremos. —Seguía hipnotizada, mirándolo, esperándolo—. Mierda, Keyra...

Iba a apartarse, así que respondí.

—Sé que me follarás la boca. Y que después harás que disfrutemos.

—Creo que voy a ser yo quien grite esta noche. —Su voz desmentía cualquier lamento o decepción—. Aunque te haré gritar conmigo, Keyra —me prometió con los ojos brillantes.

Ya no esperó más.

Entró en mi boca y gritó, y aquel sonido desgarrado envió ondas de deseo que latieron entre mis piernas, licuándome. Apoyó las manos sobre la cama y se meció mientras yo me moría por albergarlo entero y me movía desesperada sobre la colcha. Sus dedos volvieron a mi clítoris, que frotó circularmente sin control. Con ese mismo descontrol llegué de nuevo. Se apartó para que me contorsionara y gimiera a placer. Y cuando introdujo dos dedos con fuerza grité para él mientras las olas del violento orgasmo me sacudían.

Exhausta dejé caer la cabeza. Le escuché reír por lo bajo, una risa llena de cariño que no me emocionó. En aquel momento nada podía conmoverme. Estaba inerte.

Lo escuché abrir un preservativo y lo sentí cubrirme con su cuerpo. Entró en mí sin resistencia.

—No creo que pueda darte un tercero antes de correrme —me susurró al oído antes de salir y volver a embestir con fuerza dentro de mí, profundamente.

Apenas un minuto después llegó. Me gustó sentir cómo lo hacía, cómo jadeaba y cómo se desplomaba sobre mí, demolido.

Le acaricié la espalda con mimo y le besé el hombro con suavidad.

—No he logrado excitarte siquiera —me susurró, medio en broma medio en serio.

—No me he sentido más satisfecha en mi vida —confesé yo, somnolienta—. He tenido que esperarte para tener los dos mejores orgasmos de mi vida.

No buscaba agradarle, solo pensaba en voz alta.

Levantó la cabeza y me besó con suavidad.

—Nuestra primera vez debería haber sido más romántica.

—Nuestra primera vez fue grabada y está colgada en Youtube. —Seguía hablando sin pensar, me lamenté.

Afortunadamente echó la cabeza atrás y rio con fuerza, apartándose de mí

en el movimiento, despreocupándome de la crudeza de mi comentario.

Seguía inerte, agotada, y no hice nada por retenerlo.

—Martin —le susurré mientras se me caían los párpados.

—Duérmete, cielo. A la tercera dicen que va la vencida. Nuestra tercera vez será inolvidable.

—Esta ha sido inolvidable —le dije mientras caía en el sueño más profundo.

Dormí como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Dormí como si lo hiciera con el guardián de mis sueños, con la sensación de que Martin pretendía asegurarse de proveerme de toda la felicidad que quería y no me había atrevido a soñar. Y también de aquella que ni siquiera sabía que existía.

Lo que la luz del día revela

Desperté relajada, con una sensación de felicidad que no entendí hasta que la información de la noche anterior se volcó en mi cerebro dormido. Perezosa estiré el brazo, pero no había nadie a mi lado. Me giré sin dejar de sonreír y sentí todavía su calor.

Como la protagonista boba de cualquier novela acerqué la nariz y su colonia me invadió. Y no, no hubo náuseas, sino una sensación de vértigo que reconocí como expectación. ¿Náuseas? Una risita tonta, mía, me sorprendió, pero no la retuve. ¿Náuseas?, me repetí, y surgió de nuevo.

Dejándome llevar por mi propia estupidez me tapé la cara con las manos y di unas pataditas en la cama.

¿Soy yo, o cuando te enamoras todo es en diminutivo? Risita, pataditas... No podía reñirme, estaba enamoradita. ¡¡Dios!!, y encima me reía de mí misma.

¡Vaya nohecita! ¡Aaahh! Me había quedado dormida en cuanto me había abrazado, rendida. Había vivido una de mis mayores fantasías. *No os la voy a contar, pero si habéis leído Cubierta de seda sabéis qué hice.* Disfruté más que Joanna y me atreviría a decir que también Martin lo hizo más que Dominic. Jugar a ser quienes no éramos había sido increíble, extraño porque todavía no habíamos tenido sexo siendo Martin y Keyra, pero como me había prometido, la siguiente sería romántica, e inolvidable.

Por supuesto, si algún día escribo esta historia, nuestra primera noche será distinta. El escenario será otro, claro. Él me llevará en brazos. Y habrá velas. Ni idea de cómo habrán llegado allí. El camarero, con un contrato de confidencialidad, habrá subido a encenderlas, supongo, cuando yo lo creía en la cocina. ¡Qué más da, es ficción! Y será lento, un descubrimiento suave el uno del otro, ¡nada de masturbarse o de felaciones! En las novelas románticas él... él... bueno, lo dije anoche en voz alta, así que... digamos que él no te folla la boca, vaya. Ah, y llegaremos juntos. ¿Dónde se ha visto que ella esté tan exhausta que ni se mueva? Aunque por descontado no me sentía mal. Imposible, después de cómo fue. Y él me haría llegar dos veces, lo que técnicamente era cierto, antes de... bueno, de correrse él, a fin de cuentas Martin también lo dijo en voz alta, vaya.

Tampoco me pegaba ir de puritana si sabéis qué maravillas hice anoche.

Así que en una novela os mentiría, pero como esto es la vida real, fue como fue. Y, ¿sabéis?, no cambiaría nada. Nada de nada. Na-da.

Me levanté, fui al baño y el espejo me devolvió a Dev. No, me dije, no podía ser ella. Así que observé con atención. Dev tenía una sonrisa dulce, divertida, soñadora a veces. La mía era ladina, escondía secretos. Los ojos de Dev se arrugaban apenas porque se almendraban. Mis ojos apenas se movían porque yo gesticulaba menos, era menos expresiva. Seríamos gemelas idénticas, pero seguíamos distinguiéndonos.

Seguramente, me dije con petulancia, porque yo estaba enamorada de verdad, por primera vez, y Dev nunca había sentido algo así.

Sabiéndome frívola, *ya me disculparía con ella*, me encogí de hombros y envié un beso a mi reflejo antes de bajar a buscar a Martin.

Y pedir mi tercera, romántica, inolvidable vez.

No le veía en el comedor, así que fui a la cocina. Tampoco estaba allí, pero sí vi una bandeja con zumo, café y tostadas.

Por un desayuno en la cama le perdonaba la parte en la que me subía en brazos. Me acerqué traviesa a morder un trocito de una de ellas para que supiera que había estado allí, cuando escuché su voz fuera, en el jardín. Hablaba por teléfono, deduje.

—Lucas, joder, no quiero hablar de eso ahora.

Entre nosotras, me encantaba escucharle decir alguna palabrota de vez en cuando, las que yo no decía.

Entendí que hablaba con su hermano, el marido de Eve. ¿Se lo habría contado? ¿Qué hora sería en Nueva York? ¿Qué hora era en Londres, después de todo? ¿Importaba, acaso? No, porque en cuanto pudiera llamaría a Dev. No pensaba enviarle un *wasap*, no con esto. No entraría en detalles porque no sería necesario. Mi voz...

—¿Crees que no sé qué ocurriría si Keyra se enamorara de alguien en Nueva York? ¿Crees que no lo consideré una amenaza muy real cuando se marchó unos días mientras yo viajaba por medio mundo jugando a ser James Bond? ¡Joder, Lucas!... Sí, lo sé, sé cuánto son dos y dos, sé sumar. Me trasladaría a Nueva York yo, no puedo vivir alejado de mis hijos... Lucas, no me estás escuchando, no es necesario tomar decisiones tan drásticas. Hay otros medios, otras formas de mantener a Keyra aquí...

No llegué a morder la tostada.

«Hay otros medios de mantener a Keyra aquí.»

Como acostarse con Keyra, por ejemplo.

Como enamorar a Keyra, por ejemplo.

¿Cómo podía ser tan estúpida? ¿Acaso no sabía qué ocurría cuándo se bajaba la guardia?

Lo supe, lo intuí, *y os lo dije*: era todo demasiado conveniente. Me marchaba y su actitud cambiaba. Su madre dejaba de molestar, ya no había novia y estaba loco por mí.

Así, de pronto, todo era exactamente como yo quería.

¡¡Idiota, idiota, idiota!!

Estaba demasiado enfadada para derrumbarme, y el ímpetu de ese enfado sería el que me sacara de allí sin hacer nada estúpido. Yo no era visceral, tuve que recordarme para no salir ahí fuera y partirle las pelotas, como diría mi hermana. De repente aquella frase cobraba sentido. No haría nada que pudiera dañar mi relación con el padre de mis hijos. ¿No era eso yo para él, la madre de los suyos? ¡Perfecto!, pues eso sería yo: la madre de los suyos, ¡y más le valía no hacerme enfadar o me convertiría en alguien visceral y me largaría a Nueva York ahora que sabía que me seguiría!

Pero antes le partiría las pelotas.

—Buenos días, cielo.

No le había escuchado entrar. Como siempre, su voz me extasió. Y su mirada. Me miraba como si yo fuera... alguien a quien engatusar, me recordé.

Era tan buen actor... ¿Cómo podía haber olvidado también eso?!

—Martin...

Lo supo. No que lo sabía, pero sí que no seguía.

—No. Desayunemos y me cuentas por qué no me he despertado con la misma mujer con la que me acosté.

Y con una mano cogió la bandeja, con la otra la mía y subimos en silencio.

La noche anterior también habíamos subido así, cogidos. Había tenido tantas esperanzas... La congoja comenzó a hacer mella. Le solté y me quedé en el descansillo.

—No te insultaré diciéndote que olvidemos lo que ocurrió anoche, porque ocurrió y fue fantástico. Pero no es una buena idea. —Alcé la mano para detener cualquier discurso. Había protagonizado la mejor versión televisiva de mi clásico favorito, era el protagonista de mi novela más íntima, podía decir cualquier frase y sería acertada. Yo le había dado ese maldito poder—. No, porque somos los padres de Kenneth y Hugo y sería una irresponsabilidad dejarnos llevar por el placer...

—¿Placer, Key...?

—... y no pensar en que uno de los dos podría salir herido. —Tuve que respirar hondo antes de seguir. Alguien ya había salido herida—. Y esta relación precaria que mantenemos se derrumbaría y los que sufrirían las consecuencias serían ellos.

Aproveché su tensa quietud para seguir subiendo. Entré sola en la habitación. Me puse el vestido, ignorando la ropa interior. No la quería, la quemaría, que se la quedara si le gustaba. Le escuché entrar y no quise detenerme a ponerme los zapatos, no quería quedarme en su presencia más tiempo del necesario, no hasta que reconstruyera mis defensas e irguiera entre nosotros un muro de indiferencia, uno comparable a la Gran Muralla.

—Keyra, deberíamos hablarlo.

—Dos no siguen si uno no quiere, Martin —espeté seca, y le vi encogerse. Era tan buen actor, me grité. Pero no quería irme así, no quería sentirme una zorra. No quería ser como él, me mentí—. ¿Podemos ser los de la semana pasada?

Nooo, mala idea. La semana pasada nos llevábamos bien. La química se palpaba y estábamos desesperados por pasar a la parte física.

Sonrío, sabiéndolo.

—Seamos, pues. —Dejó la bandeja y se puso el pantalón del pijama. Tan dolida estaba que ni siquiera había visto que iba desnudo—. Te acompaño a casa.

—No será...

—Te llevaré a casa —sentenció.

Así que me obligué a aguantar el tipo un minuto más. El minuto más largo de mi vida.

Ni siquiera le dije adiós. La voz hubiera sonado rota, ecos del estado de mi corazón.

—¡¡Arráncale las pelotas!! Si no lo haces tú lo haré yo, Kee, lo digo en serio. —*Eso era exactamente lo que necesitaba escuchar*—. Cojo el próximo avión hacia Londres y...

¡Eso no lo necesitaba en absoluto!

—Dev, no vengas, sabrá qué haces aquí.

—Iré a ver a mis sobrinos —replicó empecinada.

—No, no lo harás, no por eso. Y le estarás dando una importancia que no merece.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Escuchar su voz me había calmado.

—Estoy enamorada de él.

No quería reconocerlo, pero solo así mi hermana entendería cómo me sentía.

—De acuerdo, te prometo que no le diré nada, pero por favor, déjame ir para estar contigo, Kee.

Sentirme tan querida me reconfortó.

—En dos semanas comienza la lectura del guion y pasaremos al menos seis meses allí. Voy a cerrar esta casa, voy a organizar la mudanza, me llevo algunos muebles...

—¿De la casa que compartías con él? ¿Te llevas muebles de *esa* casa? — me dijo entre incrédula y enfadada.

—De la casa en la que han vivido mis hijos las primeras semanas de su vida. Y aparto los de la casa que compartí con David —la corregí.

—Ya. Avisaré para que abran tu ático en la Quinta.

—No, por favor, necesito estar ocupada. Así que organizaré una mudanza, llamaré a Marcia para que abra el ático de la Quinta —repetí—, pediré que vaya también al estudio de la calle Stanton —que no protestara por aquel *loft* sobre un club de *streptase* decía mucho de mi estado— e intentaré irme unos días antes que él con el pretexto de aclimatar a los niños.

—¿Y él cuándo irá?

—El veinticuatro de mayo iniciamos la lectura del guion. Te lo he dicho, solo serán dos semanas.

—Kee, ¿lo sabe?

—¿Qué debería saber?

—Sabes a qué me refiero.

—No, no lo sabe. ¿Por qué habría de saberlo?

—Porque es el protagonista de la película, y...

—Se enterará, por tanto, el día de lectura del guion, Dev.

—Es también el padre de tus hijos.

—Solo es eso, y por tanto no tiene por qué saber nada sobre mi...

—¿Os acostasteis juntos anoche, Kee!

—¿Lo estás defendiendo? —soné tan ofendida como me sentía.

—Desde luego que no, cariño, pero evitarás discusiones en un futuro.

—Puedo discutir a placer con él si así lo deseo, le dije a su hermano que no podría vivir alejado de los niños y soy yo quien tiene la custodia. Ha de estar donde yo esté.

Tal vez sí era algo visceral. Pero mi hermana sabía que no hablaba en

serio, que no sería capaz de hacer vivir a mis hijos lo que viví yo.

—Eso no significa que puedas cabrearle cada vez que quieras, Kee. Podría ser contraproducente.

—¿Crees que podría tratar de quitarme la custodia?!

—No. Pero podrías estropearlo todo.

—Dev...

—¿Estás segura de que fue eso lo que escuchaste? Quizás haya otra interpretación que no se te ha ocurrido. Martin no apunta a cabrón. Tal vez...

—Tal vez en cuanto me dejé llevar bajé la guardia, lo supo y se aprovechó de mi estupidez. Con el amor, con los hombres, es así, siempre lo he sabido. No sé en qué estaba pensando. Yo tenía una vida tranquila hasta que...

—Tranquila, no feliz. Y esa es la razón por la que nos dejamos llevar aun sabiendo que nos pueden hacer daño, rompernos el corazón, porque es maravilloso, porque mientras ocurre, mientras dura, te sientes etérea. Única.

Única, así me había sentido. Me dolió escucharlo y lo notó a pesar de que no dije nada. Quizá leía mis silencios, tal vez sentía mi dolor.

—Pasará, cariño. Si no es para ti, pasará.

—Ya.

—Mientras tanto, vais a rodar juntos, viéndoos unas ¿doce horas diarias?

—Más o menos. Veremos cuánto tiempo libre me dejan los bebés.

—Buscarás quien los cuide porque eres una madre trabajadora. Una madre maravillosa y trabajadora y no te sentirás mal por ello. Y harás una película tan maravillosa como tú eres que será nominada a un montón de Oscar.

—Seguro que Martin gana el Oscar al mejor actor —me burlé más de mí que de él.

—Y tú ganarás el de mejor guionista, ya lo verás —bromeó ella.

¿Una película así, elegida por los miembros de la Academia? Era tan difícil como que los Mets ganaran una Liga Nacional.

—Y cuando tú subas a recoger uno —continuó Kee— y él no, querrá ser tan maravilloso e inteligente como tú.

En aquel momento, en cambio, me sentía una tonta.

—No quiero el Oscar al mejor guion, Dev.

Mi voz sonaba a *vendetta*.

—¿No? —La suya divertida, a la espera de mi venganza.

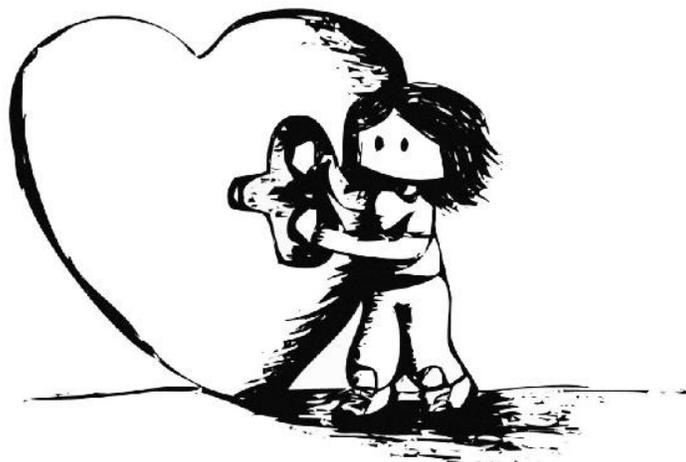
—Oh, no. Van a nominarme al de mejor actriz de reparto.

Me colgó riendo todavía.

Porque, señoritas, yo iba a repartir.

Que se preparara Martin Campbell porque iba a repartir muchísimo.

Tercera parte
SILENCIO... SE RUEDA



Reescribiendo el guión

Ubicación: Union Square, entrando en la Escuela de Cine de Nueva York, donde leeríamos el guion de la película.

Situación con Martin: yo había llegado hacía cuatro días, él anoche. En Londres había intentado esquivarlo al máximo, lo que no había sido difícil dado que tenía mucho que hacer si quería desaparecer de la ciudad durante más de medio año.

Hoja de ruta con Martin: que supiera sin necesidad de decírselo que no cedería a sus maquinaciones, que sabía que era un desgraciado manipulador y que entendiera que yo podía ser material incendiario.

Estado de nervios ante la idea de ver a Martin: ¡¡aaaaahhh!!

Lo que necesitaba era perspectiva, me dije, la perspectiva correcta. Entré en la primera puerta que apareció a mi derecha, una pequeña sala con una mesa circular y varias sillas, una sala de reuniones, de profesores o de evaluación si tenía que apostar. En cualquier caso un refugio.

Estiré la mano izquierda, temblaba.

Cerré los ojos, respiré hondo y traté de visualizarlo.

Inspiré con fuerza hasta colmar el diagrama... respiré hondo de nuevo... una vez más... concentrándome al máximo... y otra...

Ubicación: la Escuela de Cine de Nueva York, donde presentaría mi primer guion. Era un sueño hecho realidad, mis novelas serían llevadas a la gran pantalla. Un éxito profesional y un nuevo reto que afrontaba con confianza, responsabilidad y valentía.

Coartada: una de las primeras empresas a las que se le presentó el guion fue el holding que presidía mi padre, y la productora de Nathaniel Bradley aceptó coproducirlo. Acudía allí como filóloga, como la persona de confianza que había gestionado el guion con la escritora cuya autoría se desconocía.

Situación: de nuevo en casa, con una nueva niñera en camino y muchas ganas de trabajar, disfrutar de mis hijos y reencontrarme con viejas amistades cuando Martin se quedara con los niños.

Situación con Martin: Martin no sabía quién era yo, ni mi privilegiada situación en la ciudad, ni mi privilegiada posición en la película. Y no se lo diría porque no tenía ningún derecho a saberlo, o no por mí. Martin era el maldito desgraciado que se había aprovechado de...

¡¡Pers-pec-ti-va!! Volví a respirar hondo varias veces hasta recuperar la perspectiva que se alejaba en cuanto pensaba en él.

—Tú puedes hacerlo, Kee —me animé, estirando el cuello a un lado y a otro para soltar tensión.

Situación con Martin: Martin era el padre de mis hijos y el protagonista de la película cuyo guion había escrito yo. No sabía nada de mi vida porque no necesitaba saberlo.

Mucho mejor, ¿no?

Hoja de ruta con Martin: ¿Martin? ¿Qué Martin?

Abrí los ojos y volví a estirar la mano izquierda, firme como un roble.

¡Ahora sí! Cogí el libreto de la mesa donde lo había dejado, abrí la puerta y salí al pasillo rumbo a la primera planta.

¡A comerme el mundo!

Entré a las diez menos un minuto con mi mejor sonrisa y busqué con la mirada al que debía actuar como anfitrión en aquel primer día de trabajo: Michael Gilbert.

—Buenos días, Keyra.

—Buenos días.

Le sonreí y le di dos besos.

Supe que había muchas miradas sobre mí, y aunque pudiera parecer imposible según mi nueva perspectiva, una de ellas me quemaba especialmente.

Conocía a Michael desde hacía más de veinte años. Para el Teatro Kodak era un afamado director de cine con dos estatuillas y tres nominaciones más, olfato de sabueso para convertir *best sellers* en taquillazos y encumbrador de jóvenes talentos.

Para Dev y para mí, Michael era uno de los pocos amigos de nuestro padre capaz de bromear con él, por ende alguien admirable y divertido a la vez.

—¡Atención todos! —llamó al resto sin soltar mi cintura—. Ella es Keyra, la encargada del magnífico guion que tenéis todos sobre la mesa. Cualquier duda sobre escenas, planteamientos... podéis hablarlo con ella con la misma tranquilidad con la que lo haríais conmigo.

Se hizo un pequeño silencio. Al fin, una joven preguntó:

—¿La has escrito tú?

Michael soltó una carcajada.

—Todo el mundo quiere conocer a la autora, pero me temo que si en algo conozco a esta señorita no nos dará su nombre ni por una botella de Dom

Perignon Vintage.

—*Rosé* —puntualicé, sonriendo.

—Ah, *rosé*. No olvidéis que la dama tiene clase.

Hubo más risas. Supuse que algunos ya me habrían reconocido. En breve, todos sabrían quién era yo. Todos, *todos*.

Quedé diluida en cuanto Michael dejó de hablar. Los asistentes comenzaron a apagar los móviles y a buscar sus asientos en la mesa. En breve comenzaríamos, al parecer era la última en llegar.

—Ah, Martin, acércate, por favor —lo llamó—, creo que no conoces a Keyra. Keyra no pudo estar en tu audición, me temo, pero quedó encantada con las imágenes que tomamos, ¿no es así, querida?

Compuse un gesto de cordial bienvenida tan adecuado como hueco que combinaba a la perfección con mi tono de voz dulce pero falso y le tendí la mano. Nada de besos.

—Buenos días, soy Keyra Johnson, la coguionista por más que él prefiera decir que participo como productora ejecutiva. —Michael rio y me miró con cariño—. Es un placer conocerte al fin. Cuando me llamó para decirme que teníamos a Dominic Walcott, confieso que su seguridad espoleó mi escepticismo. —*Podía ser muy pedante al hablar cuando me lo proponía, pero ya lo sospechabais*—. Al ver tu audición, sin embargo, entendí su entusiasmo. Y no me avergüenza confesar que es contagioso —*y ponerme condescendiente, también*—. Fue una audición magnífica, enhorabuena.

Su boca me sonrió con curiosidad, pero sus ojos no brillaban, advertían. Iba a hacer un trabajo magnífico en el papel de Dominic, no tenía ninguna duda. Era un gran actor, me recordé.

—Señorita Johnson —me saludó con su preciosa voz y su todavía máspreciado acento de Londres.

Y unió con su mano la mía en un apretón firme y desapacible.

—¡Cuánta formalidad! Es inglés, y ya sabemos que los ingleses... Pero llámala Keyra, ¿no te importa, verdad, querida? Vais a pasar muchas horas juntos, vosotros dos, juntos y a solas. Keyra, te diría que Martin está más obsesionado con Dominic que tú misma. —Y se volvió al resto—. ¿Nos vamos sentando? Tenemos mucho trabajo por delante hoy.

—¿Así que eres...?

—Keyra Johnson, encantada.

Le guiñé el ojo por pura diablura para darle la espalda después y practicar la indiferencia.

¿No le gustaban los engaños? Tampoco a mí. Y saber por qué se había acostado conmigo constituía el mayor de los engaños.

¿Empatados? Todavía no. A mí el suyo me dolía mucho. Muchísimo.

A él solo se le veía contrariado.

La lectura del guion no significa leer el guion en sentido literal. Si un largometraje tenía una duración de ¿cuántos, cien minutos de media?, en dos horas habiéramos salido de aquella sala con la satisfacción del trabajo bien hecho y no fue el caso. Cuando acució el hambre, y poco tuvo que ver con la hora de comer, anotamos lo que queríamos del Shake Shack —cómo disfrutamos los neoyorkinos con el resto, que se vieron obligados a buscar la carta *online*—, alguien trajo los pedidos, y continuamos «leyendo» el guion hasta las siete de la tarde, que agotados cerramos los libretos y nos citamos para el día siguiente en el mismo sitio a la misma hora.

Habíamos cubierto una tercera parte, y, hasta donde sabía, solía haber un mínimo de cinco versiones de un guion.

Tampoco es que pretenda engañaros, ¡me encantaba!

Encontrarme con mis personajes en carne y hueso me creó sentimientos encontrados. Por un lado los veía frente a mí, vivos, hablando, moviéndose, pensando; por otro, conjeturaban. *Mis personajes me conjeturaban, a mí, en mis narices, libremente.* Cada uno de ellos había sido creado con mimo, tenía una historia propia no contada, y los actores habían llenado esa parte desconocida cuyas circunstancias desembocaban en quienes eran con una existencia que nada tenía que ver con la que yo había inventado, por lo que mis personajes dejaban de ser enteramente míos para ser también suyos. Y aunque sabía que enriquecían su vida y que a la larga hablaría con todos ellos en uno u otro momento, sentía que se los habían apropiado, *lo que desde luego era cierto y real*, y por ende me los habían robado, *lo que era exagerado y me ultrajaba.*¹⁰

Solo Dominic se mantenía fiel a mí. Era *mi* Dominic Walcott, exactamente él. Martin había sabido captar y reflejar, sin deformarlos, cada deseo y anhelo del personaje, y con ellos los deseos y anhelos que yo volqué en él, lo que no sabía cómo encajar.

Y lo «inencajable», *palabra que no existe*, era Joanna. La actriz, Anna Serpis, una joven con talento salida de Broadway, de repente ya no me convencía tanto, ni tampoco la química entre ella y Martin. *Por descontado había un tinte de celos, pero no lo iba a reconocer.*

Así que a las siete salía con media sonrisa en el rostro, muy satisfecha a

pesar de mis reservas, hablando con una de las actrices de reparto, una chica de San Francisco de mi edad, nueva en la ciudad, en una mano el guion lleno de apuntes que no veía el momento de comenzar a repasar, la otra en el cuello, masajeándome las cervicales. No pensaba que habría llegado a estar tan agotada.

—¿Seguro que no te apetece tomarte algo con nosotros, Keyra? Iremos un grupo a cenar algo rápido y a tomarnos una copa en un *Speakeasy*.¹¹ ¡Venga, será divertido!

Negué con la cabeza y le mostré el enorme libreto, lleno de pequeños pósits señalando casi todas las páginas.

—Tengo un montón de anotaciones esperándome.

—Déjalo, nadie espera que mañana lo tengas todo hecho.

¿De veras? ¡Vaya!, hablaría con Michael sobre plazos de correcciones.

—Te lo agradezco, pero tendrá que ser otro día.

Se despidió con una sonrisa y se marchó con el resto.

Los vi alejarse. Martin no iba con ellos. Tal vez se había quedado con Anna Serpis a ensayar alguna escena, pues ella tampoco iba en el grupo.

Me abofeteé por tener un pensamiento que *a*: era negativo; y *b*: no era cosa mía, y levanté el brazo.

Al momento se detuvo un taxi. Abrí la puerta y me colé dentro dándole al tiempo mi dirección al conductor. Iba a cerrar cuando una mano grande, muy masculina, la mantuvo abierta. El cuerpo compacto, magnífico, de Martin Campbell entró en un ágil movimiento.

—Donde diga la señorita, por favor.

El taxista me miró, dubitativo.

—Vámonos, por favor —accedí.

No habíamos entrado en la calzada cuando me increpó.

—No me dijiste que fueras la guionista de *Cubierta de seda*.

No le respondí. No tenía nada que decir que no fuera «no me dijiste que te acostabas conmigo para evitar que me enamorara de otro hombre», así que practicaría el mutismo.

Nos engulló el tráfico de las siete y media. Me descalcé, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

Y le hablé.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿A hacer qué? ¿A aparecer en una película en la que eres la guionista, o debería decir productora ejecutiva, sin previo aviso? Ah, espera, creo que no

ha sido así exact...

—No vuelvas a subirte a un taxi conmigo. —Mantenia los ojos cerrados, como si su reacción no me preocupara—. No vuelvas a dar a entender que me conoces y menos aún en un sitio público.

Hubo unos segundos de desconcierto, supuse.

—Pero es que se da el caso de que sí te conozco, Keyra. Aunque no sepa muy bien quién eres.

No pensaba entrar en aquella discusión. Era él quien había comenzado con secretos inconfesables. A su hermano sobre mí.

—No, no me conoces, o no en teoría. Se supone que acabamos de conocernos. Para ser actor e interpretar vidas ajenas parece no llevar muy bien la tuya propia.

—Empiezo a pensar que de nosotros dos la actriz eres tú.

Si hubiera sido un dibujo animado, la cabeza se me hubiera hinchado hasta estallarme.

—Así que —continué con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo, relajada en teoría— te agradeceré que no vuelvas a dirigirte a mí en público salvo que sea estrictamente necesario. Gracias.

Esa vez no esperaba su silencio. Cuando se prolongó demasiado abrí los ojos. Si Martin hubiera sido un dibujo animado, su cabeza se hubiera hinchado mucho más que la mía antes de estallar.

El taxista nos miraba por el retrovisor, suponía que intuyendo que la nuestra no era una conversación entre amigos precisamente.

—¿Me estás pidiendo...? No, ¿me estás exigiendo que te ignore?

—Si te hace sentir mejor creer que eres tú quien me ignora, por mí, perfecto. Mientras nadie nos relacione...

—¡Keyra! —atronó—. Vamos a rodar una película juntos. Tenemos dos hijos en común que pasaremos juntos en...

Me volví a mirarle fijamente.

—Tú y yo no vamos a pasear a Kenneth y a Hugo juntos por ningún sitio. Es más, no sé dónde crees que vas en este taxi, pero por descontado no a mi casa. Si quieres verlos, que me parece perfecto, dame tu dirección y Marcia los llevará hasta allí. Si quieres que duerman contigo los recogerá mañana, y, si no, esta noche volveré a por ellos yo misma como algo circunstancialmente excepcional. Pero no te quiero cerca de mi vecindario ni te quiero cerca de mí fuera del rodaje.

No pregunté si había sido clara porque no había dejado lugar a dudas.

Extrañamente, la satisfacción de golpear duro, lejos de satisfacerme, hizo que el estómago se me encogiera.

De nuevo los ojos del taxista se cruzaron con los míos en el espejo.

—¿Se puede saber qué cojones te ha pasado?

«Que he descubierto que eres un desgraciado. Y que estoy enamorada de un desgraciado.»

Dolió. Se me encogió el pecho y perdí las fuerzas. Dolía muchísimo.

—Martin, esto no es personal —me expliqué, conciliadora.

—¿Que no es personal, dices? ¿Que no es personal? Estás diciendo que no quieres que nos vean juntos... No, que no quieres que te vean *conmigo*, pero que no es personal. ¿Te estás escuchando?

—Martin, esto no tiene nada que ver contigo.

—Y por eso no quieres que nos vean juntos, ¿no? ¡Joder, Keyra!

El taxista abrió la pequeña compuerta de separación.

—Señorita, ¿va todo bien?

Martin gruñó por lo bajo algo sobre ser él el necesitado de rescate.

—Perfectamente, gracias. Discutimos por quién pagará la carrera. No sé por qué los hombres se empeñan en pagarlo todo.

Sonriendo a Martin con aprobación, volvió a cerrar y a dejarnos intimidad.

Nos mantuvimos en silencio un par de calles más.

—La única vez que me vieron contigo en público, Martin, me supuso un matrimonio roto, un embarazo de mellizos, un traslado de continente forzoso y algunos disgustos con tu familia. No, déjame terminar, por favor. —Al menos tenía toda su atención ahora, atención sincera, sin estar esperando a que respirara para replicar y tomar la vez—. No me arrepiento, no podría. No cuando Kenneth y Hugo son fruto de aquella noche. Pero no quiero volver a estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Eres James Bond y vas a ser Dominic Walcott. Los *paparazzi* ya te adoran y harán un tótem solo para venerarte. No quiero saber de esa parte de tu vida.

No dijo nada más. Se mantuvo pensativo, mirando por la ventanilla las alegres luces de la ciudad.

Algunas manzanas después el taxi se detuvo en la puerta de mi casa.

—No vas a dejarme subir, ¿verdad?

No. No lo haría, porque no sabría cómo explicarle que era la propietaria de un ático valorado en dos millones y medio de dólares, por más que pudiera justificarlo diciendo que lo tenía en alquiler y lo pagaba con la indemnización

que en su día cobramos. Además, al entrar, Byron me saludaría con familiaridad y tal vez me contara, incluso, alguna noticia excéntrica, *me cae bien Byron y hace años que nos contamos los recortes de prensa más absurdos que leemos*, y en menos de una semana el portero de un edificio de treinta y ocho plantas no sabe de una supuesta recién llegada.

Y no quería explicarle quién era.

Sí, por descontado lo sabría pronto. No obstante, no merecía ninguna explicación por mi parte. Si él me engañaba, yo no tenía por qué ser honesta.

No le mentiría, pero no le facilitaría ninguna verdad.

—No.

—Ya. —Resignado, al menos de momento, sacó una tarjeta de visita de su cartera—. ¿Puede Marcia traérmelos a casa ahora y venir mañana a por ellos a eso de las ocho y media? ¿Sí? Perfecto. No saldré del coche a abrirte porque sé que no lo apreciarías...

—Martin... —La disculpa intrínseca en mi murmullo fue la respuesta al dolor tras su sarcasmo.

Así que estaba con la guardia baja, no lo esperaba y no pude evitarlo. Martin se acercó a mí sin prisas y me besó suavemente en la comisura de los labios. El roce me extasió. Quise enfadarme, pero no pude. Lo había echado de menos, lo había echado tanto de menos...

—Buenas noches —susurré.

Y salí sin mirar atrás.

No soy yo

Ubicación: ...

Domingo por la tarde, así que ya sabéis con quién estaba y eso es lo importante. Dev y yo tomábamos algo en un rincón de Manhattan sin prisas ni horarios, Kenneth y Hugo se habían quedado con Martin. Mi hermana no mantenía ninguna relación en aquel momento, así que tenía su lado quisquilloso en modo «on».

—Kee, no puedes hacer lo que estás haciendo.

Miré a mi alrededor, mordaz.

—Pues al parecer sí puedo, porque lo estoy haciendo y por más que busco no veo por ningún sitio al FBI intentando impedírmelo.

Puso los ojos en blanco.

—¿Quién te ha prestado el sentido del humor? Porque hasta hace un año se podría decir que no tenías. —Ahora fui yo quien exageró hastío—. En cualquier caso, no cambiemos de tema, listilla: puedes hacer todo lo que quieras para estropear lo tuyo con Martin, si te apetece. Pero tienes que estar segura de que es eso lo que quieres.

Uff, mal momento para reconocer que ya no sabía lo que quería.

—No hay un «lo mío» entre Martin y yo.

—Ya, por eso os acostasteis juntos, estás enamorada de él, le has dejado de un modo tal que él cree que lo que necesitas es tiempo...

—Yo no le di a entender...

—Sí lo hiciste y no me interrumpas. Y ahora estás haciendo lo imposible para cabrearlo.

No me gustaba en absoluto aquella conversación.

—No me gusta esta conversación —protesté.

—Debería ser la situación la que no te hiciera sentir cómoda, Kee.

Respiré hondo y solté el aire despacio.

Últimamente respiraba hondo y exhalaba despacio con frecuencia, cualquier día espiraría tanto que me deshincharía como un globo.

—No le di a entender que necesitaba tiempo —insistí enfurruñada como una niña de ocho años.

—Pasasteis una noche increíble que, por cierto, no me has detallado —me sonrojé, había cosas que no se podían contar—, epílogo de una cena

maravillosa, desenlace de fantásticas veladas compartidas. No, no te molestes en negarlo, deberías ver tu cara en este momento, y al día siguiente te levantas y le dices que no ha sido buena idea. ¿Qué crees que pensó Martin? ¿Que no te gustaba en absoluto? ¿Que la noche anterior había sido un momento aislado porque los días anteriores te habías mostrado arisca, poco accesible? —Callé, más enfurruñada todavía—. No es una pregunta retórica, Kee. Tú que escribes historias de amor, dime: ¿qué crees que pensó Martin?

—Que me había asustado —respondí reticente.

—¿Y crees que habrá desistido?

—Este es tu error, Dev. No, no habrá desistido. Sin embargo, la razón por la que no lo habrá hecho no es la correcta. No habrá desistido porque, como le dijo a su hermano, necesita conquistarme para que no me enamore de otro hombre y aleje a sus hijos de él para siempre.

Sintiendo que había ganado la conversación, alcé mi copa y brindé con una sonrisa postiza.

—Brindas por la derrota, ¿lo sabes? —Y fue ella quien bebió con gesto triunfal—. Brindar porque crees que el hombre del que estás enamorada te está utilizando... ¡Kee! —se lamentó.

Me descompuse. No me cayó ninguna lágrima porque no me dijo nada que yo no me hubiera dicho a mí misma ya, pero escucharlo en voz alta, con otra voz, me dolió muchísimo; tanto, que perdí la compostura y me deshice.

Sabía que se moría por venir a mi lado y abrazarme, pero que no lo haría porque no me gustaba que se acercaran a mí cuando no estaba bien.

—No eres tú, Dev, ni siquiera es Martin, soy yo. Creo que ya no sé quién soy. Mi vida perfectamente ordenada y planificada ya no lo es en absoluto y ni siquiera sé adónde voy. Una tarde lo tenía todo controlado, a la mañana siguiente todo estaba fuera de control, y sin embargo no puedo arrepentirme de haber acudido a aquella entrevista en Londres porque están Kenneth y Hugo, sí, pero también porque aquella... aquella locura me permite estar ahora en la película, porque sé que estoy enamorada por primera vez y aunque me duela, porque por Dios, Dev, cada vez que lo tengo cerca y recuerdo por qué me mira como si fuera única, me duele como si me estuvieran arrancando el corazón, lo que siento me llena como nunca me había llenado nadie. Es como si solo hubiera un modo correcto de querer y lo acabara de descubrir. Con Martin todo parece nuevo y más emocionante, y mucho más difícil y arriesgado, también. Tengo la sensación que salto al vacío cada vez, pero algo no va bien porque la sensación de vértigo aumenta en lugar de disminuir. Y no es por él o

por lo que escuché, ni por las consecuencias que un mal final tendrían para nuestros hijos. Soy yo, Dev, la que creo que me romperé para siempre, que me hará añicos de un modo tal que no me podré volver a recomponer nunca. Siempre he sido una persona serena, analítica, fría incluso, he tenido la capacidad de alejarme de una situación que me altera y darle perspectiva. Ahora me es imposible, me descontrolo, me altero, dejo que mis sentimientos gobiernen mis actos. No puedo evitarlo, le veo y no pienso, solo siento.

Callamos durante el tiempo que necesitamos para asumir lo que acababa de confesar.

—Estás locamente enamorada de él, ¿verdad?

Me encogí de hombros, triste.

—Locamente enamorada.

—Mierda, algún día brindaremos con tu champán favorito por ese amor, te lo prometo.

—Ojalá pudiera creerte.

Sin saber qué más hacer, llamó al camarero y nos sirvieron dos mimosas más. Ya recompuestas, continuó en un tono mucho más dulce.

—¿Y el plan es cabrearle?

—El plan es sentirme bien conmigo misma y cabrearle me hace sentir bien. Maldita sea, Dev, es absurdo, ¿no?

—No —sonrió con ternura—, es lo normal. ¿No vas a contarle nada sobre ti?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Chasqueó la lengua.

—Este es el trato, hazle enfadar tanto como quieras y cuéntamelo cada vez, prometo reírme contigo en todas ellas. Pero cuando te diga que es suficiente, lo dejas.

—¿Por qué habría de dejarlo?

—Porque tenéis dos hijos, y las dos sabemos qué ocurre cuando el placer de cabrearos el uno al otro se lleva al extremo del ridículo.

Exhalé con fuerza. *En serio que ese era el día en que me deshinchaba.*

—Trato hecho. —Nos dimos la mano cual importantes mujeres de negocios, mi hermana lo era—. Y ahora cuéntame, ¿qué tal anoche en el ballet? ¿Con quién fuiste?

—*Harlequinade* fue una maravilla...

—¿Estrenaban?

—Sí. Y mi compañía fue todavía mejor.

—¿Amor a la vista?

—Fui sola. —Me dijo con orgullo—. He resuelto enamorarme de mí misma.

—Por eso sí podemos brindar con alegría. —Era una gran noticia: se acababan los ineptos que le rompían el corazón cada vez—. Pide una botella de champán, todavía es pronto...

—Mejor pide caviar iraní, que en tres horas tienes que recoger a mis sobrinos, y otros dos mimosas.

—Aguafiestas —reí.

Levanté la mano y llamé al camarero.

Tres horas después iba a recoger a los bebés a casa de Martin. Sería la segunda vez que entraba en su edificio, siempre por la puerta de detrás. El tercer día de lectura del guion había llegado un pequeño paquete para mí que resultaron ser las llaves del apartamento de Martin. Con ellas podía entrar y salir a placer sin que nadie me hiciera preguntas y, por tanto, sin tener que responder que iba a su casa. Mi corazón decía que si tuviera un romance o la intención de tenerlo con Anna Serpis, que estaba claramente interesada en él y se había convertido en el cotilleo de los primeros días de la película, no me habría dado libre acceso a su apartamento. Mi cerebro decía que Martin sabía que no aparecería por su apartamento sin una razón para ello, y tampoco sin avisar antes. Le envié un *wasap* cuando salía de la terraza del Gramercy¹² para avisarle de que en veinticinco minutos llegaría a su apartamento.

Entré en el edificio con las gafas de sol puestas, saludé con la cabeza al recepcionista, un cubano que se esforzaba en disimular su acento y su procedencia, y me encaminé al ascensor. El enorme espejo entre las puertas de los cuatro elevadores me devolvió mi imagen y, a mi pesar, saqué el pintalabios del *tote*. *Como solía ocurrir, el colorete y el rímel le siguieron. Que no fuera a tener un romance con él no significaba que no quisiera que me viera lo mejor posible.*

Evaluación rápida: recogido francés con algunos mechones ya sueltos — solía llevar la melena siempre recogida, me pregunté si la única vez que él me había visto con el pelo suelto fue aquella noche—, maquillaje discreto, mono de Carolina Herrera en azul marino, con cinturón amarillo a juego con las sandalias de tacón alto, y lazada con hombro descubierto. Llevaba en la mano una chaqueta *oversized* blanca, la noche era calurosa incluso para el ocaso de mayo.

Sabiéndome más que bien pulsé el botón del ascensor, preparada para

subir.

Abrí la puerta sin llamar antes por si los bebés dormían. Estaba leyendo en un sillón *chester* marrón de cuero ajado. Yo tenía uno similar en el estudio de la calle Stanton y no resultaba tan abrumador, tan masculino, tan sexi. Me prometí una escena de novela en uno como aquel.

—Buenas noches —susurré.

—Duermen en mi habitación —me dijo con voz modulada.

Dios, qué voz. ¿Me cansaría alguna vez de escucharla?

—¿Crees que es mejor que pasen aquí la noche? —dudé.

Quería estar con ellos, despertarlos al día siguiente, pero aún no tenían cinco meses y su prioridad era comer y dormir, y mi amor por mis hijos no podía anteponerse a eso. No, cuando su padre los quería tanto como yo.

—¿Podemos hablar en la cocina?

Alcé las cejas con asombro. Martin cogió el intercomunicador y cruzó la enorme sala hacia una puerta lateral donde, supuse, estaría la cocina. Le seguí.

Una vez allí me ofreció asiento en un taburete.

—¿Ocurre algo?

Sin mediar palabra, con una mirada hosca, me lanzó un periódico desde el otro lado de la enorme isla que gobernaba la preciosa cocina de diseño.

Me recorrió una familiar sensación de *déjà vu*. Una cocina distinta pero con una isla similar y yo en un taburete, una sala enorme con una mesa alargada y él lanzándome un diario. Una sonrisa tierna tiró de mi boca sin que pudiera evitarlo. ¿Hacía solo un año de todo aquello?

—Celebro que al menos a ti te resulte enternecedor.

Sabía interpretar cada gesto mío, me emocioné. David nunca supo con exactitud qué sentía, decía que tenía también una capacidad limitada para exteriorizar.

Sabía interpretar cada gesto mío, me advertí. Así que era mejor que tratase de mostrarme impasible.

Miré el periódico, abierto por las páginas de sociedad de la ciudad sin saber bien qué esperar. Sonreí de nuevo, orgullosa. Dev en el Lincoln Center, con un vestido elegantísimo, Eli Saab si tenía que apostar, entrando en el ballet.

«Enamorada de mí misma», recordé, y le aplaudí el gusto.

—No soy yo —expliqué con voz tranquila.

—Ya sé que no eres tú —espetó como si lo hubiera tratado de tonto. ¿Nos distinguía también en una fotografía?, ¿de veras? Algo en mí se emocionó.

Tomé el diario y lo miré con más atención, intentando saber qué veía él que no podían ver otros—. Es la pose, Keyra. —Impasible, me recordé, debía mantenerme impasible—. Tu sonrisa es distinta, un poco ladeada, tiene un punto pícaro, inteligente, como si te rieras de algo que el resto ignora. Y tu forma de mirar es distinta también, como lo es tu forma de caminar o de quedarte de pie, esperando. Puede que os parezcáis muchísimo, pero diría, a pesar de que conozco poco a tu hermana, que sois muy diferentes.

Mantuve el gesto firme, pero por dentro me derretí. Sabía distinguírnos, realmente era capaz de hacerlo.

—No soy yo —repetí.

—No soy quién para preguntarte si anoche fuiste al ballet o no, ni si ibas acompañada. —Su voz se endureció de nuevo.

—¿Entonces?

—¿No tienes nada que comentar sobre el titular, Keyra? ¿O sobre el contenido de la noticia?

«Una de las Hermanas Hadas en el estreno de Harlequinade.

»Ahora que Keyra Johnson ha regresado a la ciudad nos va a ser difícil distinguir a las Hadas de Manhattan... hijas del poderoso Nathaniel Bradley... ahijadas del presidente Johnson... herederas de...»

—Creí que ya lo sabías.

Se enfadó.

—¿Por qué demonios habría de saberlo? No recuerdo que me lo comentaras.

—El miércoles comenzó la lectura del guion. Estoy convencida de que algunos me reconocieron nada más entrar, supuse que lo mencionarían aunque fuera de pasada. Anna Serpis —*¿por qué la mencionaba?, ¿por qué, por qué, por qué?*— es de la ciudad, seguro que supo quién era o que era una de nosotras, al menos —dejé el diario con indiferencia.

—No acostumbro a atender a los cotilleos.

Puse los ojos en blanco, exagerando incredulidad, y señalé el periódico.

—Lo tenías abierto por las páginas de sociedad.

Quedó totalmente descolocado y mentalmente me felicité por mi logro. Aunque, a tenor de su siguiente frase, Martin no apreció mi capacidad para la réplica.

—¿Quién cojones eres?

Fui a la pila, cogí un vaso y lo llené de agua, dándome tiempo para decidir qué quería contarle y qué no. Aunque la decisión estaba tomada desde hacía un

par de semanas.

—Lo de las Hadas es una estupidez. Nuestro padrino es el tío de mi madre, el presidente Johnson —a pesar de que ya debía saberlo por la prensa, estaba impresionado—. Cuando nacimos ya no ocupaba un cargo político, pero seguía interesando a los americanos, así que verlo salir del hospital con mi madre, mi padre estaba ocupado con una crisis, llevándonos él en brazos, fue una imagen que gustó y mucho al papel *couché*. Cuando le preguntaron por nosotras dijo: «Son dos pequeñas hadas.» Y la prensa se enamoró del dichoso nombre. Tanto que todavía lo mantienen.

Me bebí el resto de agua y cogí el estropajo para fregarlo y dejarlo donde lo había encontrado.

—La familia de tu madre forma parte de la alta sociedad, ¿no?

—Si sigues nuestro árbol genealógico estamos emparentados con los Astor y los Vanderbilt, si es que eso significa algo para ti —dije restándole importancia, concentrada en aclarar toda la espuma. Me había pasado con el lavavajillas.

—Y tu padre es un magnate de los medios de comunicación —no preguntaba.

—Es uno de los grandes hombres de negocios de este país —respondí con orgullo—. ¿Un trapo para secarme? —Me señaló el horno, había uno colgado en el asa de la puerta—. Gracias.

—Así que tu hermana trabaja en el grupo de empresas de la familia, y tú...

—Ahora mismo estoy en el proyecto de *Cubierta de seda*.

—Que la productora de tu padre coproduce.

—Exacto.

No le estaba mintiendo y no merecía saber toda la verdad.

Además si lo hacía enfadar demasiado Dev me avisaría.

—Entiendo.

Afortunado él. Yo no entendía nada.

—¿Qué hacemos con los niños? ¿Se quedan aquí esta noche?

—¿Cuál es el problema, Keyra?

—Que si los despierto quizá después no se vuelvan a dormir. No es que me moleste que no me dejen dormir, estoy pensando en ellos, en la necesidad de rutinas de sueño. Se acercan meses duros de trabajo y...

Su mirada me detuvo.

—¿Cuál es el problema entre nosotros, Keyra?

Tenía tres opciones: *a*: enfrentar su pregunta; *b*: simular no saber de qué

me hablaba; y *c*: salirme por la tangente. *Aunque ya quedamos que la a es casi siempre la respuesta correcta, ¿no?*

—Que nos acostamos juntos y no fue una buena idea.

Se levantó, se pasó la mano por la nuca y fue a servirse un vaso de agua. De espaldas a mí, me preguntó:

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es solo la punta del iceberg?

—Porque eres un chico muy listo.

Sí, lo dije en voz alta. Por como se volvió a mirarme, a la velocidad del rayo y enfadado, definitivamente lo dije en voz alta. Estaba poco centrada, se lo había dicho a mi hermana y ahora os lo reconocía a vosotras. Martin me hacía salir de mis casillas en todos los sentidos.

—Keyra...

—No me gusta esta conversación.

—No has dejado de ocultarme cosas desde que he llegado. ¿Dónde está la mujer honesta que conocí?

Se me encendió la sangre y perdí cualquier compostura o frialdad.

—Tú nunca me trataste como a una mujer honesta. Cuando salieron las dichas fotos me acusaste de tenderte una trampa y cuando te recordé que estaba casada me acusaste de flirtear abiertamente con extraños. Tampoco me creíste honesta cuando te dije que tu novia Maya no venía a ver a nuestros hijos —*¿por qué mencionaba a Maya?, ¿por qué, por qué, por qué?*— o que tu madre se estaba propasando. Si no confiara en la profesionalidad de Eve, diría que me hiciste incluso una prueba de paternidad sin que me enterase, tan honesta me creías.

Estaba alterada, enfadadísima.

—Creí que habíamos superado todo aquello —me dijo al cabo de unos segundos interminables.

—También yo —respondí con voz cansada, volviéndome a sentar.

«Pero entonces te acostaste conmigo y a la mañana siguiente me rompiste el corazón.»

Se sentó de nuevo también él.

—Lo más conveniente sería que Marcia viniera a por ellos mañana. ¿Qué sabes de la nueva *nanny*?

¿Aparcaba la conversación o se rendía? ¡¿Ponía fin a sus planes de estar conmigo?! Algo muy parecido a la decepción me derribó.

—Empieza el miércoles. —Mi voz fue tan monótona como lo había sido la suya.

—Perfecto.

No sabía qué más decir, y tampoco Martin parecía proclive a una conversación cordial.

—Será mejor que me vaya.

Se puso en pie para acompañarme.

Ya en la entrada tiré de la manilla de la puerta, pero no pude abrir, la mantenía cerrada con la mano, todo su cuerpo detrás de mí, muy cerca.

—Keyra —me llamó en un susurro.

Sentir su calor, su frustración, era peligroso. Supe que temblaba, que las piernas se me debilitaban y que mi pulso latía alocado. También él debió notarlo.

—Martin, por favor —soné desesperada.

—Keyra, date la vuelta. —Su voz me hechizaba.

Me volví porque no pude evitarlo. Mantuve la cabeza baja, no me atrevía a mirarlo. Sus dedos largos, seguros, me acariciaron el mentón y me llevaron los ojos a él. Me sonrió con dulzura y sin quererlo ladeé la cabeza buscando su contacto. Me acarició la mejilla con el pulgar, al tiempo que me susurraba.

—Entonces, hace ya un año, no te creí. No podía creerte. Las circunstancias eran difíciles, te señalaban. Y mucho antes, tras mi primer éxito en televisión...

—Otro chantaje, lo sé.

No sé si le sorprendió que lo supiera o que lo disculpara por ello. Porque, me gustara o no, ya le había perdonado su falta de confianza. Lo perdoné el día que nacieron los niños y volví a hacerlo cuando supe que mataría mis dragones por mí.

Se acercó más a mi cuerpo. Quedé apoyada contra la puerta, él casi pegado a mí, su mano otrora en mi mejilla reposaba en mi nuca y su dedo pulgar se movía errante, cosquilleándome la piel.

—Aquellos días no nos conocíamos, Keyra. Aquellos días nos pusieron a prueba y yo no la superé. Tú fuiste mejor persona que yo, seguramente lo sigues siendo. —Su suave caricia me estaba derritiendo—. Pero eran otros días y nosotros éramos otros. Entonces no creí en ti, ahora tú eliges no creer en nosotros.

Bajé la vista, atemorizada de lo que pudiera leer en mí. En momentos como aquel, cuando se comportaba así, cuando parecía que me correspondía, yo quería creer, quería contarle lo que escuché y dejarme convencer por la explicación más inverosímil. En momentos como aquellos volvía a

enamorarame de Martin Campell. Cada vez, mi corazón volvía a rendirse a él

Bajó la cabeza y me dio un beso en la mejilla.

—Keyra —me invitó a mirarle.

Cerré los ojos con la sensación de que ya era suya.

—Keyra —repitió.

Y me besó debajo de la oreja, donde la sangre pulsaba contra la piel, desbocada.

Mi cuerpo se acercó al suyo sin pedirme permiso. Me estiré hacia delante hasta que mis senos tocaron su pecho y mis piernas se afirmaron entre las suyas. Mis manos, sin embargo, se mantuvieron clavadas contra la puerta.

Cuando se acercó a mi boca, cuando sentí su aliento, quise apartarme y de algún modo logré alejarme apenas. Martin lo notó, pero no retrocedió.

—Shh —protestó con ternura, llevando mi mano a su pecho, a la altura de su corazón, donde pude sentir cómo latía acelerado—. Solo quiero besarte.

Y atrapó mi labio inferior entre los suyos deliciosamente despacio, lamiéndome perezosamente, saboreándome. Mordió apenas antes de soltarlo para cubrirme la boca con delicadeza y succionar los labios un poco para abrírmelos después y que su lengua húmeda, caliente, se enredara con la mía.

Nadie besaba como Martin. Ningún hombre sabía besar con aquella plenitud, como si un beso fuera suficiente para la eternidad y el preludio de algo mucho más intenso a la vez.

Cuando terminó estaba extasiada. Las piernas me temblaban y estaba cogida a sus hombros porque necesitaba anclarme a él para continuar en pie.

Aún con los ojos cerrados murmuré su nombre por el placer de hacerlo.

—Mi cielo —replicó él.

«Cielo.» Así me había llamado aquella noche y había resultado ser el infierno.

Le miré. Me miraba con devoción, me miraba como me besaba.

Todas las alarmas se dispararon recordándome que era actor, que podía expresar cualquier sentimiento si se lo proponía.

Aproveché que estaba cogida a él para usar mis brazos a modo de palanca y apartarlo de mí.

Quise decir algo, lo que fuera, pero nada me parecía adecuado, y «buenas noches» me sonaba ridículo.

Así que me fui en silencio.

El espejo del ascensor me mostró lo que ya sabía: el mío era el rostro de una mujer enamorada.

Rodando

Primer día de rodaje y estaba ilusionada como una niña en su cumpleaños. Saber que la historia no se grabaría de una forma lineal no hizo que me impactara menos comenzar con las escenas que ocurrían en las oficinas de Dominic, donde Joanna acudía a menudo por un proyecto común. *Lo comento por si alguna de vosotras, alma de cántaro, no ha leído la trilogía.* El equipo llevaba, en aquella planta alquilada por tres semanas, desde las cinco de la mañana montándolo todo, yo llegué pasadas las diez. Cuando salí del ascensor, encontré cualquier cosa excepto un despacho: trípodes con cámaras, pantallas reflectoras de luz, el suelo lleno de cables, personal del bricolaje de un lado para otro... ¡Aquello no podía ser el despacho de un caballero inglés!

Tampoco parecían las oficinas de cualquier multinacional, aunque lo fueran cuando se alquilaban para algo distinto a una zona de rodaje.

La ayudante de Michael me reconoció y desde el otro lado de la sala me señaló dónde ir. Con una sonrisa de agradecimiento me puse en camino esquivando herramientas y porteadores de tablones y materiales varios. Al fin vi una zona que sí parecía un despacho.

—Buenos días —dije sin atreverme a pasar.

—Buenos días —me saludó Michael—. Ahí fuera están montando un set que será la sala de la fotocopiadora. —Sonreímos los dos; nos encantaba la escena de la sala de la fotocopiadora. Señaló al otro lado de la puerta—. Aquí dentro la oficina es lo bastante grande para que las cámaras y yo quepamos sin problemas. Empezaremos aquí.

Con pasos lentos entré en el templo profesional de Dominic Walcott. Miré a mi alrededor, absorbiéndolo todo. Era un despacho lujoso y elevado en el distrito financiero con magníficas vistas de la bahía. No se parecía demasiado a lo que yo había imaginado cuando lo describía para mí, pero era igualmente magnífico, soberbio. Lejos de sentirme decepcionada estaba expectante. Sobre la mesa había un *storyboard*,¹³ fui a estudiarlo sin poder contenerme.

Sentí un pequeño cosquilleo al ver aquella especie de cómic, imaginando la escena que venía, en la que una conversación de negocios derivaba en una discusión de liderazgo para terminar con un beso tórrido que sorprendía a ambos por la fuerza de su atracción, todavía inexplorada.

—¿Es lo que imaginabas?

La cartulina se deslizó entre mis dedos para caer de nuevo a la mesa. En la puerta lateral estaba él. Y sí, él era exactamente lo que imaginaba y mucho más. La masculinidad de Dominic no podía decepcionarme. Una voz me susurró que era Martin Campbell y su presencia lo que jamás me decepcionaría.

Caminó hacia mí con un traje de Tom Ford azul marino de corte americano, camisa blanca prístina y corbata roja de seda. Se me secó la boca. Otra fantasía en carne y hueso. Algún día... no habría ningún día, me amonesté. Una parte traviesa de mí que hasta hacía diez días ni siquiera conocía me dijo que me aprovechara de la situación tanto como él y me lo montara en aquel escenario esa misma noche. La sola idea era tan ridícula como divertida, así que se me escapó una risa.

—Tu humor me dice que sí.

—Es igual y a la vez es distinto, supongo. Pero me gusta, me gusta mucho.

—Quisiera pensar que te gusta mucho todo lo que ves, Keyra.

Ahí estaba de nuevo. Desde la foto de mi hermana en el ballet, hacía diez días, había comenzado a comportarse así. Se mostraba abierto, divertido, descarado incluso. Era adorable y a mi pesar disfrutaba con él y con sus bromas subidas de tono, las esperaba incluso.

Habíamos estado ensayando escenas. Había estado ensayando escenas con Anna, en realidad, y los tres habíamos discutido sobre los personajes, su química, la relación que tenían... era trabajo y nos lo tomábamos con seriedad, por descontado. Sin embargo, cuando Anna se apartaba, salía aquel lado travieso que no conocía y que me tenía a sus pies.

Mi hermana decía que caería rendida sin darme cuenta, que cuando se lo contaba ponía ojos soñadores y voz ñoña.

Cuando tonteaba conmigo sentía que cualquier sueño ñoño con él era posible. Dev me conocía demasiado bien.

No pude contestar. Entró Michael, entró Anna, entró Martha, la profesional ayudante de dirección y paciente mujer en quien me apoyaría durante el rodaje para comprender qué iba ocurriendo, entró el equipo de sonido, de luces, entraron los de peluquería...

Estábamos solos y de pronto éramos una multitud.

Me aparté sabiendo que molestaba, pensando en si caer rendida a sus pies estaría exento de culpa si lo hacía en el despacho de Dominic Walcott. *Sí, esa parte traviesa e inexplorada de mi personalidad había resultado caerme bien. Me gustaba, incluso.*

—¿Keyra? —me preguntó por enésima vez Michael, tan poco convencido como yo.

—Tampoco —le confirmé.

¿Qué demonios pasaba? ¿Dónde estaba la química que había vibrado entre ellos en los ensayos y que me habría roto de celos de no ser por los coqueteos de Martin conmigo?

Los dos actores protestaron, contrariados.

—De acuerdo, tomémonos quince minutos.

Se escuchó un asentimiento generalizado y en un momento la sala quedó casi vacía. Solo Michael, Martha, Anna, Martin y yo nos quedamos.

—Son los nervios del primer día de rodaje, no os agobiéis.

¿Lo eran? La cara de Martha me decía que no, que debíamos preocuparnos.

—¿Tiene que ser así? —pregunté de pronto, inspirada.

Cuatro miradas inquisitivas se posaron sobre mí.

—¿Qué quieres decir?

—Planteamos la escena en la mesa, frente a... —dibujé la escena que yo misma había escrito—. Pero ¿y si cambiamos el escenario? Quiero decir...

Me acerqué a Anna y le pedí que se recogiera el pelo con un lápiz y a Martin que se quitara la chaqueta y la corbata. No le pedí, en cambio, que se subiera las mangas, sino que lo hice yo, doblando el puño hacia la altura del codo primero de un brazo y después del otro, ignorando el silencio del resto, atenta solo a su cercanía, al calor de su piel, a la firmeza de sus músculos.

—Llevan horas encerrados aquí. Vamos a suponer que se han puesto cómodos. Incluso podríamos dejar unas cajas de comida para llevar a un lado, es tarde y siguen en el trabajo, dándole vueltas a lo mismo.

—La novela...

—Que le den a la novela.

¡Lo decía en serio! Aquello era otro proyecto, y me gustaba mucho. *Todo me gustaba mucho, como podéis ver*. Traspasar el papel era un reto; y no es que estuviera haciendo concesiones, eran necesidades del formato.

Miré a mi alrededor para fijarme en el sofá largo y un sillón.

—Llevémoslos allí, será menos formal.

—La escena del escritorio no debería ser llevada a un sofá, Keyra.

Era mucho más que el primer beso entre ellos, era la primera escena caliente, muy caliente, y una de las escenas favoritas de las lectoras.

—La escena del escritorio es sagrada, Michael —lo tranquilicé.

Llevaríamos la escena al sofá y que Joanna se levantara a por... a por lo que se nos ocurriera y caminara hacia el escritorio. Podía hacerlo descalza, además. ¿Por qué no? ¿Podía haberse deshecho de los tacones, también! Dominic la encontraría sexi sin tacones —recordé a Martin diciéndome que le gustaba sin zapatos cuando le abrí, descalza—, contoneándose hacia la enorme mesa, y que la siguiera y la detuviera justo allí. No necesitaba rodear el enorme escritorio para atraparla como ocurría en el libro. Era más caliente, incluso.

¿Cómo no se me había ocurrido mientras escribía?

En un momento los tenía en el sofá. El equipo quiso entrar, pero, al vernos concentrados, Michael buscando planos, mientras yo colocaba a los actores y pensaba en voz alta y Martha iba tomando notas, abogaron por la prudencia y se quedaron fuera del set.

—Aquí, justo aquí —movía a Anna mientras Michael miraba desde el otro lado y Dominic se colocaba en el lugar correcto sin necesidad de pedírselo.

—Eso es.

Anna estaba nerviosa, realmente lo estaba. Para ser justa era una actriz magnífica, la había visto en dos musicales en Broadway y se comía el escenario; sin embargo, hoy se la veía muy tensa.

Michael sabía dirigir, y, aunque estaba centrado en la escena, lo supo.

—Keyra, hazlo tú.

Ahora fui yo quien se tensó.

—¿Hacer, qué?

—Sé Joanna. Conoces el papel, improvisa. Que Anna pueda verlo desde fuera y hacerse una composición.

¿Yo, actuando? No.

Pero la mano de Martin se extendió y olvidé por qué nunca había participado activamente en el teatro de la facultad y había preferido vivir los personajes en mi cabeza y no a través de mi cuerpo.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Y... tres, dos, uno y acción — escuché de lejos.

Pero sus ojos azules me atraparon, ya no había cámaras ni nadie que nos acompañase. Martin era Dominic y yo era Joanna, como tantas veces había fantaseado mientras escribía la novela.

Ni siquiera supe qué nos decíamos. Estábamos en el sofá hablando de un proyecto en Sudamérica, cambiando documentos de manos. La conversación se acaloraba y Dominic se sentaba a mi lado con brusquedad, quitándome de

las manos el informe que tenía y mostrándome unos índices. Levantábamos la voz y yo le arrancaba la carpeta que le servía a él de argumento.

Y entonces estábamos muy cerca el uno del otro y me miraba fijamente y todo pareció desaparecer. Solo estaban sus ojos devorándome y mi respiración acelerada como banda sonora de fondo.

—Necesito una aspirina. —Lo que realmente necesitaba era una excusa para alejarme, al igual que Joanna.

Y descalza me dirigí al enorme escritorio. Al escuchar que se levantaba e iba tras de mí, todos los nervios se me agolparon en el estómago y para cuando alcancé mi bolso, en una de las sillas, me temblaban las manos y mi cuerpo lo esperaba con ansia.

No llegué a coger nada. Lo noté a mi espalda, sentí su calor, su fuerza, e instintivamente me cogí a la mesa, necesitada de sujeción.

—No deberíamos discutir tan a menudo —me susurró al oído.

Solo yo podía oírle.

Negué con la cabeza, desorientada por su proximidad.

Con una mano apartó la silla que nos molestaba, con la otra me tomó de la cadera y me obligó a girarme.

—No deberíamos discutir tan a menudo —repitió en un suave murmullo, obviando el guion.

Apoyé todo mi cuerpo en el tablero, mis ojos fijos en su boca, mi cuerpo sobrecogido por su presencia. Cuando estrechó el cerco sobre mí colocando sus grandes manos rozándome las caderas, temblé apenas de anticipación.

Se acercó un poco más, en una postura amenazante que su mirada caliente desmentía.

—No, cuando podemos hacer otras cosas —gimió pegado a mi boca.

Alcé la barbilla y esperé su beso con desesperación. Abrí los labios, cerré los ojos y sentí su aliento tan cerca...

—¡¡Corten!! Perfecto, sencillamente perfecto.

Abrí los ojos de golpe, desorientada. Me recibió su sonrisa satisfecha. Enrojecí al recordar dónde estábamos, al entender que nada era real. Me sentí absurda.

—Eres increíble —me susurró.

—Keyra, Martin, venid a veros. Anna, ¿te has fijado en...?

Diez minutos después veía la misma escena, pero era otra mujer quien la vivía. Era otra quien caminaba despacio hasta el escritorio. Era a otra a quien Martin seguía. Y era a otra a quien besaba con apasionado ardor porque ya no

cortaban, a quien tomaba por la rodilla para pegarla a él y seguir el sendero de su muslo hasta perderse dentro de su falda.

Y era otra quien le desabrochaba la camisa y tiraba de ella para acariciarle a placer.

No había rastro de Dominic, era Martin quien estaba en aquella habitación. Y descubrí que prefería que fuera el hombre de mis fantasías el que me fuera infiel a ver a Martin con otra mujer.

Vi aquella escena una y otra vez durante horas. La grabaron desde distintos ángulos. Peinaron a Martin para que Anna lo despeinara cada vez, le pusieron camisas planchadas que ella arrugaba y quitaba.

Y a cada plano me fui sintiendo peor. Y más enfadada también.

Cuando Michael dijo que era suficiente por ese día, pasaban de las ocho de la tarde. Estaba rendida y derrotada.

—Buenas noches a todos —dije en voz alta a nadie en concreto, decidida a marcharme sin hacer ruido.

—Keyra, ¿podemos hablar?

Algunos miembros del equipo se giraron a mirarnos con sonrisas perspicaces. Después de mi actuación me resigné a haber sido demasiado transparente en el maldito escritorio.

Fui hasta el baño del enorme despacho, donde los actores eran maquillados. Estaba lleno de utensilios de peluquería y maquillaje. Entré y entró él.

—Nunca beso en los rodajes.

Directo al grano. Fantástico, después de horas viéndole con otra en *mi* escena, tampoco yo estaba para demasiadas sutilezas.

—Pues para no hacerlo nunca hoy te has redimido, ¿no te parece?

Sonrió, engreído, enfadándose todavía más.

—No deberías estar celosa.

No negaría la evidencia, solo la disfrazaría.

—Es a Dominic a quien celo, no a ti.

Su sonrisa me dijo que no me había creído.

—Eres demasiado inteligente para enamorarte de un personaje. O de hacerlo más allá de las páginas de papel.

—¿Y me crees, en cambio, lo bastante estúpida para enamorarme de un actor capaz de interpretar cualquier papel?

Me observó fijamente, buscando algo que diera un mayor significado a lo que acababa de decir. Si hubiera aguantado la mirada un poco más hubiera

claudicado y se lo hubiera contado, le habría dicho que conocía sus intenciones.

Sin embargo, habló.

—Ya te he dicho que nunca beso durante los rodajes.

—No estoy interesada en tus escarceos, Martin.

Entornó la puerta con lentitud hasta cerrarla sin hacer ruido —*con la misma lentitud con la que me atenazaron no sabría decirnos si los nervios o las ganas*— y me acercó a su cuerpo. No me resistí porque después de ver a otra pegada a él necesitaba reclamarlo como mío aunque no lo fuera.

—Del mismo modo que se simula el dolor se simula el placer, Keyra. Es técnica.

—Se requiere técnica para perderte bajo la falda de una mujer, eso no te lo negaré.

—No te muevas —me susurró mientras colocaba con firmeza una mano en mi omoplato y la otra en la nuca.

—¿Qué... qué vas a hacer? —parecí entrar en pánico.

—No te muevas —repitió contra mis labios.

Y me besó.

Aunque en realidad no lo hizo. Sus labios se movían sobre los míos con destreza, y con las manos me acercaba a él cada vez que nos movíamos, haciendo que permaneciéramos pegados el uno al otro. Desde fuera tal vez pudiera parecer un beso apasionado, y, sin embargo, era impersonal. Movía su boca sobre la mía rítmicamente, pero nada más. No lamía, no succionaba, no mordía. No sentí su lengua en ningún momento. La mano de la espalda se unió a la otra y me rodeó las mejillas desde la nuca para abrir la boca y besarme con mayor avidez. Me apoyé contra el lavabo porque su peso me hizo ceder, pero seguía sin besarme, o no de verdad. De forma paulatina bajó la intensidad hasta apartarse del todo.

—Nunca beso a las actrices durante los rodajes. Soy actor, Keyra, por tanto actúo.

Asentí, todavía confusa. Eran besos huecos, besos que me recordaron muchos otros que había ido recibiendo durante años, besos que me habían hecho sentir menos de lo que había sentido con Martin. Me preguntaba si antes que él me habrían besado de verdad, besado hasta arrancarme de mis propios cimientos.

—Ya.

—En cambio, sí besaría a coguionistas-productoras ejecutivas que viven

una escena y hacen que fluya.

Volvió a acercarse y esta vez no había ninguna simulación en él.

—Martin —rogué, no sé si que se acercara o que se alejara.

—No te muevas —me pidió en un murmullo.

¿Que no me moviera? Estaba temblando de deseo.

Ni siquiera necesitó rodearme con los brazos. Cuando nuestras caras se tocaban rozó mis labios con la lengua, lamiéndolos con suavidad, pidiendo paso, y abrí la boca y gimió, y aquella pequeña muestra de satisfacción me catapultó a él. Me abracé a sus hombros y lo pegué a mí, mis manos escalaron hasta su cabeza y lo despeiné mientras lo besaba con avidez.

En un momento tomó el control del beso y de mi cuerpo, que apoyó contra la puerta para arrasar mi boca con un deseo que nos superaba.

—Dios —jadeé.

Una de mis piernas trepó acariciante por la suya hasta llegar a su cadera. Necesitando más contacto me cogió por la cintura y me alzó hasta su altura. Enrollé las piernas alrededor de él y me pegué a su pelvis. Gemimos los dos.

—Dios —volví a jadear.

—Di mi nombre —me pidió, bajando por el cuello, lamiendo la piel delicada y sensible, yendo más abajo, a explorar mis clavículas. Eché la cabeza atrás y mis caderas cimbrearon contra él, contra su erección, y gemí de placer—. Keyra, di mi nombre.

—Martin —no le llamaba, le pedía más.

Justo entonces me apartó de él, desenredándonos, y me soltó del todo. Me agarré a la pila del lavabo, temerosa de caer. Las rodillas me temblaban visiblemente.

Verme alejada de él en el preciso momento en que había reconocido mi deseo me hizo sentir humillada.

—Eres un...

—Estoy tan caliente —me interrumpió con voz dura— que podría follarte aquí y ahora, contra la puerta, sin importarme una mierda que al otro lado haya como veinte personas imaginando lo que está ocurriendo.

¿Cómo había podido olvidar dónde estábamos? Pero él sí lo sabía, y aun así...

—¿A qué se supone que estás jugando, maldito...? —no sabía insultar, me lamenté.

Pero ¿qué se suponía que estaba haciendo, besándome hasta hacerme perder el control en el baño de un set de rodaje? Aunque también él había

perdido el control, y la dureza que se adivinaba en sus pantalones, la que había sentido contra mí en nuestro febril abrazo, era prueba de ello.

Saber que lo volvía loco, tanto como él a mí, me hizo sentir fuerte. Y sexi, muy sexi.

—Eso quisiera yo, que me dejaras jugar contigo —me miraba entre divertido y enfadado.

—¿Me prometes una escena de escritorio? —Respondió en tono ligero la traviesa que había en mí, la que tonteaba con él tanto como él conmigo—. Será mejor que salga. Te recomiendo que —miré con descaro sus pantalones— esperes un poco.

Lo escuché reír mientras me alejaba.

En los días de ensayo, a pesar de las bromas compartidas con Anna, ella no había logrado hacerle reír. Ahora reía conmigo. Solía reír conmigo.

Definitivamente me encantaba su risa.

Salíamos un buen grupo de gente a la vez. Dado que era un edificio de oficinas importante, a pesar de la hora había varios taxis aparcados en la puerta. Anna abrió la puerta de uno y se volvió a él.

—Martin, ¿vas a tu casa? ¿Vamos juntos?

Los celos me golpearon.

—No, todavía no voy hacia allí, gracias. —Y me miró significativamente—. Hasta mañana.

Se escuchó una despedida generalizada en respuesta y sin saber cómo estábamos juntos y solos en un taxi.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—Ponga en marcha el contador y espere, por favor —le respondió, para mirarme a mí—. ¿Me dejarás subir a tu casa, Keyra?

No quise entenderle. No creía estar preparada para entenderle, aunque no recordaba por qué.

—Los niños deben de dormir ya.

La niñera era interna, vivía con nosotros.

—No es por ellos por quienes quiero subir. —Me sintió temblar y me pasó el dedo por el brazo, acariciante, presionándome—. ¿Tienes un escritorio ancho y lleno de papeles en tu casa, Keyra?

—Martin —susurré.

Su dedo se deslizó por el hombro y bajó por la columna vertebral, al tiempo que me susurraba en el oído, su cálido aliento acariciante incrementando mi deseo.

—Porque me encantaría apartar todos los papeles del escritorio y acostarte desnuda sobre él y terminar contigo lo que Dominic no termina con Joanna. —El recuerdo de aquella noche se sumó a mis fantasías sobre aquella escena, a las veces que había pensado en un hombre, en él, conmigo en mi escritorio—. Desde que supe que eras responsable del guion no he podido pensar en otra cosa. Desnudos, piel con piel —bajó la voz y acercó aquel dedo acariciante que me estaba volviendo loca a mi pecho. El pezón reaccionó erizándose—, y tú gritando para mí.

Dios, Dios, Dios. Una voz se hizo eco en mi cabeza: «Aprovecha la situación tanto como él y vive tus fantasías.» No me detuve a reflexionar. Si lo hacía, no tendría lo que quería.

Y le quería a él.

—Al ciento uno de la calle Stanton, en el *Lower East Side*, por favor.

Ya me arrepentiría mañana.

En la calle Stanton

Debéis estar convencidas de que pasé todo el camino reprochándome mi falta de firmeza, que cómo se me ocurría acostarme con un hombre que pretendía manipularme, que me había prometido alejarlo y demostrarle quién era... ¡Pues no! Me pasé el camino repasando qué ropa interior llevaba puesta, si tenía preservativos en el estudio, si en el escritorio había algo que me delatara y revolviéndome en el asiento ante la idea de que lanzara todo lo que hubiera sobre él para colocarme encima y...

Estaba loca por Martin Campbell. Y Martin Campbell me volvía loca.

El taxi se detuvo frente a la puerta. Salió él y me ofreció la mano para que saliera yo. Un ligero temblor delataba mi inquietud. Tiró apenas de mí y nos quedamos quietos un momento, en la acera, muy cerca, mirándonos, reconociéndonos. Pude sentir su nerviosismo, también. Al parecer no era la única que estaba alterada. Me gustó ver que su seguridad no era tanta.

—Buenas noches, Keyra —me saludó alguien a quien no vi mientras pasaba, devolviéndonos a la realidad del barrio.

—Buenas noches.

Nos separamos, sonriendo.

—Nunca me dijiste que tu estudio estuviera sobre un club de *striptease*. — Compuso una cara traviesa que repliqué con un escalofrío de placer.

—Dudo que te haya contado nada de este estudio. —Di una vuelta completa, admirando la calle. Adoraba aquel lugar.

—Pero sí lo has hecho, Keyra. —Levanté las cejas—. Una vez se te coló una paloma por uno de esos ventanales enormes, y como te dan mucho asco «esos bichos», como tú los llamas, pediste a uno de los dependientes de la tienda de licores, que imagino que son los del número cien —señaló la tienda de enfrente y asentí—, que la sacaran de tu *loft*. Y un poco más allá —le había hablado de mi vida en el ciento uno, me maravillé. Y recordaba lo que le había contado, me extasié— debe de estar *Blue Stockings*, la librería que sirve de club del barrio donde los martes leen los rapsodas urbanos, y que tiene postres para veganos.

—Martin. —No sabía qué decir.

—Entremos. —Su voz grave sonaba ansiosa.

La puerta de entrada daba a un pequeño rellano y unas escaleras llevaban

al estudio, justo encima del club. La sensual música nos acompañaba de fondo. Iba a subir el primer peldaño cuando sentí que me detenía y me rodeaba la cintura para pegarme a él.

—Me vuelves loco —me susurró al oído.

Me besó con suavidad la nuca para lamer la piel después en el mismo lugar. Sentí la caricia de su boca reverberarme en toda la columna y me quedé laxa en sus brazos. Me acarició el brazo con provocadora lentitud. No sabía que pudiera ser tan sensible, pero tenía la piel de todo el cuerpo en tensión, a la espera de un roce suyo. Su boca regresó a mi cuello. Me dio suaves mordisquitos mientras la mano en mi estómago se movía en círculos cada vez mayores, acercándose a los pechos cuando subía y a la cinturilla del pantalón cuando bajaba.

Tensa, a la espera de una caricia que nunca llegaba, le cogí la mano y la llevé directamente a ellos, frotándola contra el pezón, gimiendo al sentir por fin un contacto firme sobre mí.^[P]_[SEP]—Todavía no, cielo. Todavía no. —Su voz en mi oído era más potente que cualquier caricia.

Se apartó y me colocó las manos contra la pared. Pasó las suyas por mis costados despacio y noté que desabrochaba el primer botón de la espalda de mi blusa y besaba la piel recién descubierta. Me revolví ante la idea de lo que pudiera seguir. Hubo un segundo botón, una segunda caricia sobre la columna y un segundo beso. Jadeé. Al tercer botón colocó una pierna entre mis muslos, presionando en mi centro. Estaba detrás de mí, no alcanzaba donde yo quería, pero sí lo suficiente para hacerme gemir y pedir más.

—Martin. —Mi voz reflejaba toda la necesidad que sentía, mis piernas ciñendo la suya con fuerza, buscando un punto de placer que me relajara.

—Pronto —desabrochó otro botón—, muy pronto.

Cuando no le alcanzó la boca dejó de besarme la espalda y sacó con movimientos seguros la blusa por los brazos. Se dedicó después a seguir la cinta trasera del sujetador, de puntilla azul marino con doble tirante y en semitransparencias.

Se separó de mí, desesperándome un instante antes de pegar su pecho a mi piel y cubrir las copas con sus manos, acariciando con el pulgar con delicadeza por encima del suave encaje. Me estiré hacia delante buscando más contacto, pero sus manos eran tiernas, rozaban apenas.

Me di la vuelta necesitada de más y lo miré. Se le veía sereno. Estaba excitado, sus ojos azules se habían oscurecido y su mirada incandescente revelaba su deseo, pero mantenía un control que yo había perdido.

Con deliberada lentitud me pasé las manos por las costillas como hiciera él poco antes y busqué el cierre del sujetador. Lo desabroché despacio y lo dejé caer.

Su respiración se aceleró, su mirada se volvió casi negra, pero se mantuvo quieto, firme donde estaba.

Lo miré, traviesa, y con suavidad me pasé dos dedos por el pezón, endureciéndolo. Sus ojos seguían mis movimientos y apretaba los puños. Llevé esos mismos dedos a su boca y se los ofrecí. Los lamió, los chupó, los besó. Cuando los aparté, húmedos, volvieron de nuevo al mismo pezón. Y gemí de placer.

Se abalanzó sobre mí en un beso arrollador, devorándome sin ningún control. Sus labios llenaban los míos, su lengua cubría cada recoveco de mi boca y me daba mordisquitos más o menos suaves cada vez que gemía yo.

Sus manos estaban por todas partes, también. El primer lugar que buscaron fueron mis pechos, que amasó y pellizcó. Tenía los pezones muy sensibles y a cada caricia me excitaba más. Cuando bajó la boca por el cuello para dedicarse por completo a ellos, mis dedos se perdieron en su pelo.

A cada caricia de su boca tiraba de un mechón, excitada. Pasaba de uno al otro con desesperación, como si temiera que pudieran acabarse antes de que se satisficiera lo suficiente.

Los así, uniéndolos, acercando uno al otro. Y entonces Martin perdió el control. Mordió, succionó, lamió mientras gemía palabras inteligibles.

Cuando no tuvo bastante, sus manos fuertes me rodearon la cintura y comenzó a elevarme. Mi ombligo quedó a la altura de su boca y recibió un beso suave y la caricia de su lengua, que entró en él haciéndome gritar. Repitió la caricia y yo la reacción, revolviéndome.

—Estás hecha para mi boca, cielo —me dijo, y como demostración me dio un mordisquito justo encima del pantalón.

Como había ocurrido con el ombligo, me revolví.

Me elevó un poco más, y mi pelvis quedó a la altura de su cara.

—Hecha para mi boca —repitió con voz ronca.

Lamió el pantalón por encima de mi clítoris y fue tal el placer que me recorrió que me contorsioné en sus brazos y no caí porque Martin tenía una magnífica capacidad de reacción. A nuestro pesar tuvo que devolverme al suelo entre risas.

—Creo que será mejor que subamos —le dije todavía divertida, cogiéndole la mano y llevándolo arriba.

Pareció escanear el *loft*. Vio la cama y negó con la cabeza. Entonces sí, divisó el enorme buró del siglo XIX y me llevó hasta allí. Pasó una mano por la fina madera tallada.

—Es hermoso.

—Lo es —reconocí.

Había varios papeles, pero no los apartó, no hizo lo que hubiera hecho Dominic.

No tuve tiempo de decepcionarme porque me sentó en un extremo de la mesa y me acarició la mejilla, hipnotizándome con la determinación de sus ojos.

—Intentemos hacerlo bien esta vez.

Y me regaló un beso largo, sensual, tentador.

—¿Bien? —le pregunté cuando se apartó.

Los dos respirábamos a resuellos.

—Te prometí una tercera vez muy romántica.

No estaba para romanticismos.

—La primera vez no contó —medio bromeé, medio protesté.

Y tiré de él hacia mí, lo rodeé con las piernas y me froté contra su erección mientras con las manos tiraba del bajo de su camiseta hacia arriba hasta quitársela. Mis manos se perdieron por su pecho, su espalda, como si quisiera hacer un mapa de su cuerpo y memorizarlo para siempre. Pronto éramos una maraña de brazos y besos, un tumulto de jadeos necesitados.

Me separó para desabrocharme los pantalones y sentir su mano donde tanto la anhelaba hizo que me retorciera. Acarició con los nudillos sobre el clítoris y grité, apoyando las manos en el escritorio y echando la cabeza atrás.

—Cógete a mí. —Le rodeé el cuello por inercia. Hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido.

Me levantó y tiró de mis pantalones y mi tanga. No sabía cuándo habían desaparecido los zapatos. Me quedé completamente desnuda frente a él.

Dio un paso atrás para contemplarme. Bajo sus ojos mi cuerpo era perfecto. Abrí las piernas con descaro y detuve su avance.

—Desnúdate —exigí.

Sin dejar de mirarme se quitó los pantalones.

—Todo.

Se quitó los *slip* y contuve el aliento. Era tan grande como recordaba, y estaba muy duro.

Cuando lo miré debía haber mucho deseo en mis ojos porque me asaltó,

literalmente. Me cogió de la nuca y se lanzó sediento a mi boca en un beso húmedo, caliente, mientras las manos me pellizcaban los pezones antes de bajar e introducir dos dedos en mí. Quise acostarme, pero me mantuvo pegada a él, inamovible, mientras seguía dándome placer. Cuando los giró dentro de mí mientras el pulgar pulsaba contra mi clítoris, grité.

—Así, cielo, cada grito tuyo va directo a mi polla.

Volví a gritar, más fuerte. Necesitaba tumbarme, necesitaba...

—Martin, deja que me...

No terminé la frase. La mano que me sostenía el cuello estaba de pronto sobre la mesa, lanzando todo el contenido del escritorio al suelo.

No sabía que podía estar todavía más caliente, pero escuchar cómo caía todo me hizo perder el control por completo.

—Acabas de pulsar contra mis dedos. Joder, Keyra, estás tan mojada... No podré...

—Saca los malditos dedos y métemela. Ahora o no llegaré contigo. —Para mi desesperación, no obedeció al instante—. Martin, ¡hazlo ya!

Si le sorprendí, le duró lo justo para agacharse a buscar en sus pantalones, ponerse un preservativo y volver a mí. Me sentía una cortesana sobre el buró antiguo, con las piernas abiertas, desnuda y esperándole sin ningún pudor.

Me acercó al borde de la mesa.

—No cierres los ojos, Keyra. Mantenlos abiertos.

Los abrí y le vi entrar en mí con fuerza, echar la cabeza atrás y cerrar los ojos. Lo tenía muy dentro y me sentí completamente colmada, llena. Respiré hondo y abrí más las piernas, me acerqué un poco más a sus caderas adaptándome a su tamaño, a él.

—No dejes de mirarme, Keyra. —Había cerrado los ojos sin saberlo.

Volví a fijar la vista en su rostro rígido, concentrado, pero él no me miraba. Tenía las pupilas fijas en el punto exacto en el que su cuerpo y el mío se unían, miraba cómo entraba y salía de mí, cómo irrumpía en mi cuerpo con fuerza, haciéndome gritar cada vez conforme un orgasmo enorme se fraguaba dentro de mí.

—Eso es, cielo, me vuelves loco, grita para mí.

Alcé las caderas buscándolo, intentando liberarme de la tensión que crecía y crecía y que necesitaba que se rompiera, temerosa de que pudiera partirme. A lo lejos le escuchaba gemir, sentía sus manos en mis caderas para guiar sus movimientos con más fuerza.

—Córrete, Keyra —me rogaba—, córrete.

Estaba al límite. También yo. Cuando sus dedos me acariciaron el clítoris, me deshice por dentro y me derretí por fuera. Grité, no dejé de gritar mientras aquella enorme ola me arrastraba, me engullía con ella y me trasportaba al placer y después al olvido.

Martin llegó conmigo. Lo supe, lo escuché gritar también y sentí su peso sobre mí cuando las sacudidas de su orgasmo lo dejaron también sin fuerzas. Tumbados sobre la fría madera le acaricié la espalda con ternura, ya saciada, mientras él me besaba el hombro con devoción.

—Si pudiera detener un instante el mundo, este sería uno de los momentos que escogería.

Aquella frase hizo que me enamorara de él de nuevo.

Estábamos en la cama, después de una segunda vez lenta, perezosa, romántica incluso. Al terminar me había hecho un ovillo y todo su cuerpo, a mi espalda, tocaba el mío. Me sentía acariciada y protegida.

Si yo pudiera detener un instante el mundo, también escogería aquel momento.

Diríais que los remordimientos de conciencia me habían asaltado ya, ¡pues no! Si aquello era un error o no lo era el tiempo lo diría, pero no podía arrepentirme. De pronto entendía a las protagonistas de mis novelas, que se estrellaban una y otra vez con el protagonista habiendo jurado que no era para ellas. La idea de que Martin pudiera estar utilizándome quedaba diluida en que quizá, solo quizás, además de convenirle enamorarme, quisiera enamorarme porque también él me amaba. Sí, podía ser un argumento bastante endeble y sonaba más bien a excusa para justificar lo que acababa de hacer.

Pero no podía arrepentirme. No esa noche.

Me giré y le besé con cariño.

—Eres un romántico —le acusé, divertida.

Frotó su nariz contra la mía.

—Tú tienes la culpa.

Nos dimos un beso largo, a conciencia. Cuando nos separamos su mirada era seria, solemne.

—Keyra, quiero que volvamos a empezar. Quiero que esta vez lo hagamos bien.

Ahora sí, la conciencia comenzó con su perorata. Podía ser un misterio cómo y cuándo se despertaba. Diría que el pánico espoleaba la mía. ¿Cómo se me ocurría acostarme con un hombre que, sabía, quería estar conmigo

porque le convenía? Desearlo más allá de la razón no servía como pretexto, no cuando yo presumía de ser una mujer fría y racional. Tal vez Martin mereciera el mismo trato, pero acostarme con un hombre para decirle después que olvidáramos lo ocurrido no era correcto; no, no lo era. Y escudarme en que tampoco él venía a mi cama por amor no me hacía mejor persona. ¿Por qué, por qué, por qué?

—¿No vas a decir nada?

¿Sería este el momento en el que mi hermana me diría «basta»?

No quise mirarlo; me senté en la cama, buscando inútilmente mi blusa, estaba en la escalera.

—Martin, yo...

—¡No! —Me volvió de un tirón firme. No me hizo daño pero fue contundente—. Si vas a volver a soltarme la mierda de que esto no ha sido buena idea, dímelo mirándome a los ojos, al menos.

Sería tan fácil dejarme llevar... Podía enamorarlo, había algo en él que no tenía nada que ver con nuestros hijos, estaba segura.

«Eso es lo que quieres ver, Keyra, lo que te conviene creer», me dijo esa parte de mí que todavía funcionaba y que se llamaba instinto.

—Necesito aclararme —confesé. Al menos no le mentiría.

«Tampoco él te ha mentado», seguí maltratándome, «solo te ha ocultado la verdad. Eres tan mala como él».

Dios, ¿sería su conciencia tan exigente como la mía?

—Keyra.

—Creo que deberíamos irnos.

Volvió a cogerme y me dio la vuelta, me colocó frente a él y me miró, nos miramos, durante mucho tiempo.

Resignada, asumí que debía de ser el hombre de mi vida. Ningún otro había logrado hacer que perdiera la seguridad en mí misma, que me saltara cualquier norma autoimpuesta, ni desde luego que dudara de la vida que había decidido vivir con quince años. Con Martin sería empezar desde cero, con él todo parecía nuevo, todo sonaba a primera vez. Y me asustaba, me asustaba muchísimo.

Acercó su cara a la mía sin tocarme, solo sus labios se posaron en los míos y me besaron, un beso que hablaba de confianza, de esperanzas y de futuro. Un beso que dolía por todas las promesas que encerraba.

—Lo haremos a tu manera, Keyra. —Volvió a darme un beso suave—. Lo haremos a tu manera.

Salió de la cama y empezó a vestirse.

Oh, venganza, tienes nombre de mujer¹⁴

Me despertó el timbre del móvil. ¡¿Los niños?!, me asusté antes de que mi cerebro arrancara la memoria y me informara de que estaban en casa, conmigo. Me había dormido pasadas las cinco de la mañana, así que no me pondría en pie hasta las nueve y que mis diez kilómetros diarios los hiciera otro.

Coloqué la cabeza bajo un cojín... dejó de sonar, me felicité... volvió a sonar... maldije entre dientes, lo cogí y bajé la pestaña lateral del volumen sin necesidad de mirarlo... definitivamente dejaría de molestarme.

Saqué la cabeza del cojín y volví a acomodarme sobre la almohada dispuesta a seguir durmiendo. Me sentía agotada. El teléfono de mi mesilla de noche me despertó de golpe. Solo mi padre y mi hermana tenían mi número, anoté mentalmente dárselo a Martin por si acaso. Me incorporé y cogí primero el móvil y pulsé el botón de llamadas perdidas para saber a quién contestaría, me saludaron Dev y su medio corazón.

—¿Sabes qué hora es?

—Las siete y tres minutos, ya que lo preguntas. ¿Has visto la prensa de hoy?

—Desde luego que sí. He corrido diez kilómetros, me he duchado, he salvado al mundo de un ataque alienígena y precisamente ahora me ponía con el diario.

La escuché reír.

—No sabía que fueras tan ocurrente por las mañanas, ¿tuviste fiestecita anoche que justifique tu buen humor? —*dudé un nanosegundo, os prometo que fue solo uno, y con él mi perdición*—. ¿Con quién estás? ¡Oh, Dios! ¿Martin y tú habéis decidido daros una oportunidad? Me alegro tanto por ti, Kee. Sabía que entrarías en razón...

—No estoy con Martin. —Por descontado que le contaría lo ocurrido anoche, pero a una hora razonable.

—Oh. Ya. Entiendo. —Al parecer todo el mundo entendía menos yo—. Baja a por la prensa y llámame cuando subas. El *Times*, página cincuenta y siete.

Colgó y me dejó debatiéndome entre bajar o no bajar, cual Hamlet. Mi hermana no me despertaría porque sí ni era alarmista. ¿Qué narices pondría en

el periódico?

¡¡¿¿Acaso anoche alguien nos había...??! Imposible, razoné, o no habría necesitado preguntar si estaba sola.

Vencida desde que cogiera el teléfono, me puse una bata larga y fui a recepción a por la maldita prensa. Podía leerla en el portátil, claro, pero perdería el encanto. Venía de una familia que manejaba los medios, la prensa se compraba y se tocaba con las manos.

—Buenos días, Byron, ¿han traído ya la...?

Me tendió el *Times*.

—Página cincuenta y siete, señorita. Y es usted maravillosa. Mi madre dice que es la mejor de todas.

¿La mejor de todas? ¿De qué todas? Una sospecha terrible me asaltó y entré en pánico, así que me negué a abrir la página cincuenta y siete hasta estar bien encerrada en la seguridad de mi ático.

Entré, fui directa a la cocina, puse la cafetera y abrí el diario por la página en cuestión. Imposible pero cierto, mi secreto de años en el *Times*.

«Descubrimos quién se esconde tras el seudónimo de Blue Scarlett.»

Dios, Dios, Dios.

«La famosa novelista de más de una docena... secreto editorial mejor guardado... se calculan alrededor de veinticinco millones de libros... RITA Awards... traducida a diecinueve idiomas... Keyra Johnson...»

Ahí estaba. Mi nombre junto al de Blue Scarlett.

Me quedé noqueada. ¿Cómo...?

La imagen de Maya revolviendo en mi escritorio me dio la explicación. Habría visto las primeras imágenes del rodaje, a mí en ellas, y ya se sabía que la venganza era un plato que se servía bien frío. Pues Maya se acababa de tomar un helado de venganza con mi nombre escrito en el maldito cucurucho.

Revelando que Martin y yo éramos padres de gemelos, que yo era la mujer del parque, reavivaba un escándalo olvidado, lo involucraba a él y quién sabía si no alzaría simpatías hacia nosotros.

No obstante, desvelar a qué me dedicaba yo desde hacía años...

Noooo. No, no y no.

Volvió a sonar el teléfono de casa.

—Ya lo he visto.

—Lo ha sacado otro periódico, no nosotros.

—¿Se supone que debo darte las gracias?

—Se supone que vas a darnos una entrevista extensa sincerándote en

nuestra publicación bimensual *Mujeres de Éxito*. Trasladaremos la portada que teníamos ya cerrada a octubre. Será la enigmática escritora de *best sellers* Blue Scarlett quien protagonice el verano. Y no tardarán demasiado en saberte la escritora de la trilogía de la que tanto huyes, así que te guardo también la de Navidad. Pero de momento nos centraremos en Blue; aunque lo creas, no tienes tanto tiempo como pueda parecer, así que ve pensando...

—No pienso...

—Más te vale...

—Espera, el interfono.

Recepción llamaba. Comenzaba a sentirme como un conejo asustado, cercado por un montón de sabuesos.

—Dime, Byron.

—Señorita, aquí hay un caballero que pregunta por usted.

—¿Un caballero?

—Seguro que es Martin que ya se ha enterado. —Al parecer mi hermana podía escucharnos y era obvio que no podía mantenerse callada.

—¡Oh, cállate! No, Byron, tú no, no es a ti, es que estoy al teléfono. ¿Quién es?

—Es él, ¿no?

—Haz el maldito favor de colgar... No, no, no; no tú. Dile al caballero que... —¿Qué se suponía que debía hacer? Porque no podía tenerlo en el portal, si la prensa venía a alcahuetear lo encontraría y mis problemas se multiplicarían. *¿Por qué, por qué, por qué?*— Dile que suba, por favor. —Colgué el interfono—. Y a ti también voy a colgarte.

—Tómame un café antes de hablar con él. Sé compasiva.

—Dev, eres terrible. —Le colgué negando con la cabeza y con media sonrisa en los labios.

En deferencia a Martin, cogí el café recién hecho, di un sorbo y fui a abrir la puerta. Pude ver su enfado en todo su esplendor conforme salía del ascensor. Fantástico.

Cuando llegó frente a mí me tendió un periódico enrollado.

—Tengo uno exactamente igual en mi cocina, pero te lo agradezco.

—¿En serio tienes el *The Guardian*?

Cogí la prensa, me aparté de la puerta y le conduje a la cocina.

—¿Por qué leerlo en el *Times* si puedo verme en algo más británico y amarillo? —Se estaba haciendo un café cuando se volvió, furibundo ante mi apreciación sobre la calidad periodística de su país—. Siéntete en tu casa.

Me fulminó con la mirada. Acabó de servirse el café, abrió la nevera en busca de leche, le indiqué dónde estaba el azúcar —*por la mañana yo lo tomo solo, solísimo*— y se sentó frente a mí.

—¿Por dónde quieres que empecemos a hablar, Keyra? ¿Por el hecho de que me entere por la prensa de que eres la mejor escritora de novela romántica del momento...

—Gracias.

—... o por el «siéntete en tu casa» después de que me despacharas anoche? Aquella conversación iba a ser cualquier cosa excepto una conversación civilizada.

—Te recuerdo que Hugo es muy sensible a los gritos, así que digamos lo que digamos...

—Cuando gritemos, porque mucho me temo que los dos lo haremos...

—Yo no gri...

—Gritas, cielo —me dijo enfadado—. Conmigo, tú gritas. —Enrojecí violentamente al recordar cuánto había gritado para él la noche anterior. Aquella pequeña victoria lo calmó—. Si gritamos, que Jane se encargue de ellos. Tú y yo tenemos muchas cosas que aclarar y tengo que estar en el plató a las nueve.

Lo miré con rencor y volví a la cafetera. Necesitaba otro café.

—¿Qué quieres que te diga, Martin?

—Me encantaría que me explicaras, Keyra —estaba enfadado de veras—, por qué cada vez que me acuesto contigo al día siguiente hay una debacle. —No pude reprimir una risita, imaginando que nuestros explosivos orgasmos movían el eje de la Tierra provocando desastres. «Café, más café»—. ¿Te parece divertido? Nuestra primera vez no fue cosa tuya, aunque fue, y lo digo en el sentido más literal, inenarrable. Nuestra segunda vez te descolgaste con un «esto no es buena idea», y esta tercera vez te pido confianza, accedo a hacer las cosas a tu manera y, oh Dios, resultas ser escritora.

—¿Por qué tendría que habértelo contado?

Dejó la taza sobre el banco en un golpe seco.

—¿Por qué tengo que enterarme de tus cosas el último? Supe que eras la guionista de la película cuando apareciste por la puerta, que eras una *celeb* en la ciudad por un diario local y que eres Blue Scarlett por la jodida prensa nacional. ¡Joder, Keyra! —terminó, frustrado, pasándose la mano por la nuca.

—¿Por qué debería habértelo contado? —insistí al no haber obtenido respuesta—. Nuestra relación en Londres...

—Nuestra relación en Londres cambió la noche de aquel primer aniversario. Nuestra relación en Londres llevaba cambiando desde que nacieron Hugo y Kenneth. Nuestra mala relación en Londres fue un tema que quedó cerrado y perdonado aquella noche, Keyra, aquella noche increíble en la que fuimos uno en todos los sentidos.

Su voz había ido suavizándose conforme recordaba cómo fuimos acercándonos el uno al otro durante aquellas semanas que atesoraba yo con tanta devoción.

—Te dije que había sido un error.

—No. —Estaba más enfadado que dolido—. Me dijiste que no era una buena idea. Y pensé que a lo mejor necesitabas tiempo para entender que lo nuestro iba en serio. O tal vez para asumir que iniciabas una relación con un actor con fama, un trabajo con glamur, y dinero. Así que decidí darte espacio. Pero entonces llegamos a Nueva York y resultas ser miembro de la película, y pienso que tal vez mi trabajo no te impresione tanto, después de todo. Y lo siguiente que sé es que eres una *celeb* con una fortuna propia bastante más importante que la que yo podría amasar si me dedicara a hacer taquillazos el resto de mi carrera, lo que no haré, y me doy cuenta de que mi fama y mi dinero tampoco deben representarte un obstáculo. Y cuando creo que ya no entiendo nada, tienes también una carrera propia que puedes desarrollar en cualquier lugar, a mi lado, y por lo tanto tu trabajo tampoco es un jodido impedimento.

Su voz se había ido elevando cada vez más.

—No puedes culparme de tus suposiciones. —Tampoco yo estaba relajada.

—Pero sí de tu falta de confianza.

—¿Por qué tendría que confiar en ti?

—Porque nos hemos acostado juntos, joder. No —me detuvo—, no se te ocurra compararme con otros amantes que hayas tenido, Keyra.

Me conocía mucho y después me alegré de que no me hubiera dejado hacer algo tan vil.

—Tú nunca creíste en mí cuando debiste —le recordé en cambio, con rencor—. Me exiges que te cuente quién soy ahora, pero no quisiste creer qué clase de persona era cuando realmente necesitaba que confiaras en mí.

—No, no te escudes en el pasado, aquello lo superamos.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo!

—Solo porque tú hayas decidido perdonarte...

—Keyra, mírame. ¡Mírame! Me equivoqué, ya te lo dije. Y no pretendo hacer menor mi error y esconderlo: me diste una lección que me empequeñece como persona. No te creí, te traté mal, y tú a cambio te comportaste con una fortaleza y una honestidad que te honran. Y aquel error me va a pesar durante mucho tiempo, Keyra, muchísimo. Porque tú hiciste todas las concesiones por el bien de los niños y todas esas concesiones me beneficiaban a mí e iban en detrimento tuyo. —La sencillez en su reconocimiento me emocionó como la más extensa de las disculpas—. Pero, como te dije una vez, yo no pude creerte. No me eximo, soy un hombre que se juzga a sí mismo con rectitud y no me eximo, pero todo estaba en tu contra y no pude creerte. No te creí —se corrigió—. Pero ahora eres tú quien decide no creer en nosotros, eres tú quien decide no confiar en mí cuando no hay nada que te lo impida, absolutamente nada en mi contra.

Sentí las lágrimas escocerme en los ojos. Estaba hecha un maldito lío. Martin decía exactamente lo que yo quería oír, y era tan convincente, ¡tan convincente!... Tanto como lo hubiera sido un romance entre nosotros si no hubiera escuchado aquella conversación con Lucas.

Pero parecía sincero, parecía dolido de verdad. Sí, era actor; sí, podía haberse preparado aquel discurso, pero...

—Martin... —Si continuaba hablando lloraría.

—Quiero a aquella Keyra. Estoy enamorado de ella. —Ahora sí, una lágrima resbaló por mi mejilla—. Quiero a la mujer fuerte, justa y honesta. La que me he encontrado en Nueva York es alegre y divertida, pero no es «mi» Keyra. —Llegó hasta mí y me secó otra lágrima—. Y la echo de menos.

Mi corazón se desangraba porque la decisión estaba tomada. No lo creería.

Lo supo. Me conocía mejor que nadie, tal vez mejor que Dev, y lo supo.

—Será mejor que me marche, no quiero llegar tarde al plató. —Su voz se volvió fría, distante. Nunca me había hablado así.

Dejó la taza en la pila e iba a marcharse cuando recordé a mi hermana decirme que me avisaría cuando fuera suficiente. No la necesitaba para saber que aquel era el «suficiente».

Estaba ya a punto de alcanzar la puerta cuando confesé.

—Lo sé todo, ¿sabes? —Mi voz carecía de reproches, solo sonaba triste—. Bajé a la cocina a buscarte a la mañana siguiente y te oí hablando con Lucas.

No me disculparía por escuchar una conversación ajena.

Se giró a mirarme, mortalmente serio.

—No sé de qué me hablas.

—Le decías que sabías que existía el riesgo de que me enamorara de otro hombre si me volvía a «largar» a Nueva York, que ya habías pensado en ello. Lucas te daba una idea para evitarlo, supongo, y tú le dijiste... —titubeé—, le dijiste...

—¿Qué cojones le dije, Keyra?

Estaba más enfadado que antes. Su quietud, su mirada, su tensión, me decían que en cualquier momento podía estallar y que conocería una faceta suya que dejaría mis enfados a la altura del betún.

¿Cuáles habían sido sus palabras exactas? No las recordaba, pero sí lo que significaban. Improvisé.

—Que existían «otros medios» para mantenerme a tu lado.

—Ah —su voz masticaba cada sílaba—, así que «otros medios».

Dio un paso hacia mí y me costó mantenerme firme.

—Eso dijiste, sí.

—Y claro, debía referirme a atarte a mi cama, ¿no?

Aquella noche me había atado a su cama, literalmente, y había sido un placer y también nuestra primera vez juntos. Sentí que lo rebajaba y me dolió.

—¿A qué más podrías referirte?

—¿A qué más podría referirme?

Nos quedamos mirando el uno al otro. Sentí el sabor salado de una lágrima antes de saber que estaba llorando. Su gesto cambió, se volvió tierno, preocupado, y dio un paso hacia mí. Deseé con todas mis fuerzas que me rodeara con su brazos y me consolara, que me besara y me dijera que todo iba a solucionarse.

Pero deshizo aquel paso. Y otro. Y otro más.

Escuché cerrarse la puerta de la casa cuando se marchó.

Mi hermana no tardó en llamar. Y quince minutos después estaba en mi ático.

—No confías en él.

—No.

—Así que no confías en él.

—Ya te he dicho que no.

—¿Puedo serte sincera?

No quería que lo fuera.

—¿Cuándo no lo has sido?

—No voy a insultarte.

—No será por falta de ganas, supongo.

A su pesar sonrió.

—Es en ti en quien no confías. —Me encogí con el golpe—. Estás muerta de miedo y crees que si no saltas no te harás daño. Pero, y disculpa que hable con metáforas, si no te lanzas te quedarás sola ahí arriba y nos mirarás a todos desde lo alto. Sí, tendrás una mejor visión, pero te lo perderás todo. —Me mantuve callada. Tenía razón, pero no estaba de humor para dársela—. ¿No tienes nada que decir? —«Absolutamente nada», me repetí—. ¿Ni siquiera algo sobre mi magnífica alegoría?

—Lárgate a trabajar, me vuelvo a la cama.

—¿Qué? ¡Eso sí que no! Tú eres una mujer combativa que no se arruga por nada, así que... —Y me arrastró escaleras arriba.

—No iré al rodaje hoy.

Entró en mi baño y le dio al agua caliente de la ducha. De un tirón me quitó el camisón y comenzó a registrar en mi armario.

—Siempre he pensado que el rosa palo nos favorece especialmente. Unos vaqueros blancos, una camisa rosa... Al agua, Kee.

—No iré —insistí mientras me quitaba las braguitas.

—Dímelo mientras te secas el pelo o llegarás tarde.

Y me metí en la ducha. Y se lo repetí mientras me secaba el pelo. Y el rosa palo me sentaba especialmente bien. Y llegué puntual al rodaje.

Pasé un día horrible. El primero de muchos.

Encontronazos

La tensión entre Joanna y Dominic traspasaba la pequeña pantalla de la cámara de grabación. Tras varios segundos de silencio ella recogía varios papeles de la mesa que ni siquiera esperaba a poner en su portafolios, recogía el maletín, la chaqueta del respaldo de la silla y con los documentos en la mano se dirigía a la puerta con andares tensos. Abría y ya en el umbral se volvía.

—¿Dominic?

Dominic, en mangas de camisa, la miraba fijamente un instante para olvidarla al siguiente y acercarse a los enormes ventanales a perderse en la vasta bahía.

Joanna salía dando un portazo.

Dominic se mantenía impasible.

—¡Corten!

«*Un personaje es una segunda piel y no es tan sencillo hacer que resbale por tu piel y desaparezca.*» Aquella frase me llegó por capricho. Martin seguía de espaldas, los hombros atrás, los músculos parecían adivinarse bajo la camisa, los antebrazos en tensión todavía. El trasero bien prieto, las piernas ligeramente abiertas, también rígidas. Quise acercarme y acariciarle.

—¡Keyra!

El grito de Michael me sobresaltó. Me giré a buscarlo y vi varios rostros sonriendo con picardía.

—Disculpa, dime.

—Te preguntaba si te había gustado la escena. Es obvio que te gusta —me guiñó el ojo con descaro—, que te gusta mucho. De acuerdo, quiero un plano general de...

Notaba el rubor que se extendía desde las mejillas hasta las puntas de los pies y el nacimiento del pelo. ¡Ni a los quince años me había encaprichado así del capitán...! Era mi hermana quien se encaprichó con trece del capitán del equipo de atletismo, no yo. Yo era... Negué con la cabeza, entre divertida y exasperada. Yo era peor que una quinceañera.

Levanté la vista y encontré a Martin mirándome con intensidad. Para cuando quise leer algo en su rostro ya se había girado de nuevo a la bahía.

Aquel día habíamos rodado en la terraza del edificio una escena que

creímos que nos costaría mucho más, así que salimos temprano. Un buen grupo decidimos ir a tomar algo y celebrar que el rodaje iba según lo previsto. Querían comida asiática y los convencí para adentrarnos en China Town.

—Martin —le pregunté con voz animada—, ¿vienes a tomar algo? Iremos al corazón de la pequeña China en Manhattan. Conozco un restaurante donde el pato laqueado es...

—No, gracias. —La respuesta fue seca.

No había nadie para escucharla, para mi alivio, porque cortó mi entusiasmo sin apartar los ojos del guion para mirarme siquiera. Aunque después de diez días sospechaba que solo era tajante conmigo cuando nadie podía oírnos, el resto del tiempo era cordial. Cordialmente distante.

—Antes de las diez habremos salido, los niños...

No debía insistir, lo sabía. Y aun así lo hice porque en diez días no lo había visto más allá del rodaje ni había hablado con él. Y lo echaba de menos.

—No son los niños, pero si prefieres pensar que es por ellos, entonces de acuerdo. —Levantó al fin la vista—. No, gracias, Keyra, prefiero irme a casa a ver cómo duermen Hugo y Kenneth.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches —contestó por educada inercia.

Ya se había olvidado de mí.

Mientras cambiaban un par de detalles en el set, Anna, Martin y yo habíamos estado ensayando la secuencia de la fotocopiadora. Era un cruce rápido de réplicas provocadoras que acababan con Joanna saliéndose con la suya en más de un sentido y sorprendiendo a Dominic por su descarado.

Martin hizo un par de comentarios irónicos que la actriz no pudo entender, pero yo sí, quizá porque iban dirigidos a mí, a mi supuesta volatilidad. No me gustó que trasladara nuestros problemas personales al trabajo ni me gustó no tener una respuesta adecuada, inteligente para darle. Las escenas de discusiones ágiles y divertidas que tan bien se me daban en las novelas era incapaz de tenerlas en mi propia vida. Era demasiado directa, demasiado impaciente para jugar al gato y al ratón.

En un momento en el que nos quedamos a un lado se lo dije en voz baja pero muy clara.

—Hoy no me han gustado los comentarios que has hecho cuando repasábamos con Anna la...

—¿Hoy no te han gustado? —Qué rabia cuando te das cuenta demasiado tarde de tu error, más aún cuando es sobre algo que se te da supuestamente

bien: expresarte—. Si no te importa, de entrada no le daré demasiada importancia. Si *mañana* sigue molestándote lo dotaré de un mínimo de consistencia y prometo pensarlo, ¿de acuerdo? —Mi mirada debió reflejar todo mi enfado, no pareció impresionarle—. Ah, Michael, ¿te han dicho que...?

Criptonita. Martin Campbell era mi criptonita.

Eso, o estaba perdiendo facultades rápidamente.

Último día de rodaje en las oficinas, y una escena que no estaba en la novela y que habíamos decidido incluir: Martin —*disculpá, Dominic, pero se daba el maldito caso de que ya no veía a mi protagonista por ningún sitio y solo estaba Martin. Martin volviéndome loca con su distanciamiento, Martin haciendo de Dominic y espoleando mis fantasías, Martin mirándome con intensidad cuando creía que no le veía... Martin, Martin, Martin...*—, así que Dominic frente a su mesa, trabajando y deteniéndose para verse completamente frustrado. Una escena él solo, de apenas quince segundos, en la que su mirada lo diría todo.

Estábamos únicamente los imprescindibles.

—Tres... dos... uno... y acción.

Veía sus ojos a través de uno de los monitores de detrás, así que podía permitirme el lujo de observarlo a placer sin temor a ser descubierta.

Primero sus ojos azules, fríos, frente a los documentos. Su cejo se iba frunciendo y te hacía saber que no era por trabajo por lo que las pupilas dejaban de enfocar lo que leía para perderse en un punto indefinido con naturalidad, y poco a poco sus facciones se tensaban: apenas las aletas de la nariz, apenas la frente, apenas el rictus de la boca.

¿Cómo podía un actor expresar tanto sin hacer prácticamente nada? ¿Y cómo podía hacerlo, además, sin sobreactuar?

Martin Campbell era un actor sublime y estaba haciendo un papel fantástico. Y que fuera Michael Gilbert quien lo dijera podía significar mucho en su carrera profesional.

—¡Corten! Perfecto, Martin. Perfecto.

—Es increíble cómo se puede mostrar frustración sin decir ni hacer prácticamente nada.

Ni siquiera supe que lo había dicho en voz alta hasta que escuché su respuesta.

—No es difícil mostrar frustración por una mujer que cambia de opinión, literalmente, de la noche a la mañana, Keyra.

Lo dijo con voz suave, casi dulce.

Por un momento estuve a punto de responder con acritud, tan agraviada me sentí.

Pero uno de los chicos de sonido rio y dijo algo así como «mujeres» y supe que Martin... supe que Dominic se refería a Joanna y a sus miedos.

Y que Martin se refería a mí.

Cansada, me marché en cuanto pude.

¿Por qué insistir cuando sabes que vas a ser rechazada? No lo sé, pero seguí haciéndolo. Para afirmar que no tenía paciencia para jugar al gato y al ratón continué durante días intentando alcanzar una cierta normalidad con él. La línea entre la perseverancia y la pura cabezonería, y la tendencia y la ceguera podía ser tan tenue...

Rodábamos en exteriores, en un rincón de Central Park, pero tuvimos que dejarlo a media mañana porque hubo problemas técnicos. Un día cualquiera Anna, Michael, Martha, Martin y yo hubiéramos ensayado en un estudio, pero Anna tenía fiebre y era el cumpleaños de Martha. Michael decidió quedarse en el parque por si su presencia podía ser de ayuda, así que Martin y yo nos encontramos solos con media mañana y toda la tarde libre por delante.

—Será mejor... —comenzó a despedirse.

—No te vayas —le pedí sin saber qué más diría a continuación.

—Keyra.

Por primera vez desde que habíamos discutido, cuatro semanas antes, parecía frustrado, no enfadado.

—¿En serio han pasado cuatro semanas? —pensaba en voz alta con él, me sentía cómoda para no medir al milímetro cada frase que iba a decir y ya no sabía valorar si eso era bueno o malo—. A veces creo que fue ayer y otras que hace cuatro meses y no cuatro semanas. El rodaje hace que el tiempo sea muy intenso. ¿Es siempre así?

No me ofendió simulando no entenderme.

—Sí, hace ya cuatro semanas desde que fuimos al ciento uno de la calle Stanton —si hubiera dicho «desde que decidiste no confiar en mí» me habría hundido—, y sí, los rodajes hacen que el tiempo se encoja o dilate según las sensaciones del momento.

—Hace un día muy veraniego. ¿Y si vamos a por los niños y damos un paseo por el parque? —No me atrevía a mirarle—. Tal vez podríamos hacer un pícnic. O ir al zoo...

Durante su silencio todos los nervios que sentía se fueron arremolinando

en la parte baja de mi vientre hasta que creí que tendría que plegarme de dolor.

—No creo que sea buena idea —dijo al fin.

Y me descubrí teniendo que contener las lágrimas.

—¿No lo es? ¿Por qué no lo es?

Debía tener el día masoquista para pedir explicaciones, a mí no se me ocurrió otra razón. Porque las pedí, y por algún motivo lo hice enfadar.

—Porque podrían vernos juntos, Keyra. Y esa razón no es mía, es toda tuya. —Callamos los dos. Si esperaba alguna respuesta por mi parte, fue obvio que no la hallé—. Será mejor que me vaya. Hasta mañana.

—Si quieres venir a mi casa a la hora del baño...

Muy masoquista, en serio.

—Podría vernos algún jodido vecino, ¿recuerdas?

Y desapareció.

Me quedé destrozada, allí de pie, sola. Mis pies, sabios, se pusieron en movimiento sin que mi cerebro, colapsado, diera la orden, y me perdí rodeada del silencio que Central Park nos brinda a los neoyorkinos. Los estanques, los árboles, el césped, los senderos y los bancos *in memoriam* nos aíslan del ritmo frenético de la ciudad que no duerme y nos prometen un merecido descanso.

Paseaba sin rumbo por el parque, pensativa. La relación que mantenía con Martin era paupérrima.

«Para ser un hombre que necesita enamorarte no está haciendo ningún esfuerzo por conquistarte, sino más bien todo lo contrario», me dijo una voz insidiosa que se me había instalado en la cabeza sin pedir permiso ni firmar un contrato de alquiler.

No me reía de mí misma, ni siquiera me compadecía, era más crítica de lo que jamás había sido. Seguramente porque nunca me había comportado de una forma tan estúpida.

¿Qué demonios me estaba pasando? Tenía la sensación de que todo lo que él hacía me molestaba. Cuando todo había parecido ir bien me había hecho dudar, recelar de lo perfecto de las vibraciones que me transmitía. Ahora que todo iba mal me hacía dudar de lo que creía cierto, de lo que había escuchado, y también de las decisiones que había tomado como consecuencia de la conversación con su hermano.

Él, en cambio, parecía firme en su posición, convencido de lo que estaba haciendo.

¿Cuál debía ser la mía? ¿Cuándo me había equivocado yo? ¿Al dejarme llevar por lo que sentía o al convencerme de la magnitud de mi error?

Mi corazón protestó. Mi cerebro debía estar en huelga porque no corrió a acallararlo. ¡Pues qué bien! No pensaba tomar una decisión mientras mi cabeza no se pronunciara. No tomaría ninguna determinación guiada solo por lo que sentía. Porque cuando lo había hecho...

Cuando lo había hecho... ¿cuándo lo había hecho?

Mi cerebro no estaba en huelga porque la memoria me recordó que nunca me había dejado llevar por las emociones, que en el único momento de duda con Martin preferí guiarme por la lógica de lo que oí al día siguiente que por lo que mi corazón y mi cuerpo me gritaban que habían escuchado en esmerado silencio mientras me amaba.

¿Cómo se suponía que iba a...?

—¿Keyra? ¿Keyra, eres tú?

Me giré al escuchar mi nombre. Mi estómago sintió un pequeño vahído, tan pequeño que me entristeció por su falta de intensidad. Me dolió tanto como que no supiera si era mi hermana o era yo.

—¡David! —Sonreí con ternura.

Intuí, más que ver, a una mujer dos pasos más atrás, incómoda, tratando de ser discreta sin conseguirlo.

—Veo que no estás solo. —Sentía más extrañeza que decepción.

Sonrió él.

—Ella es Louisa. —Le pidió que se acercara y me la presentó. Nos saludamos con afabilidad—. Es una compañera de trabajo. Pediatra.

Siguió un silencio incómodo que la doctora supo interpretar.

—Hace un calor insoportable, creo que tomaré un refresco. David, te espero en el carro de los helados que hay cerca del puente. Nos vemos allí en un rato. —Nos miró significativamente, sin rebajar la sonrisa—. El rato que sea necesario. Encantada, Keyra.

—Igualmente. —La vi alejarse con pasos tranquilos, sin mirar atrás—. Me gusta.

Era cierto, me gustaba.

David rio.

—No has cambiado nada.

Algo en el comentario no terminó de convencerme.

—¿Qué quieres decir?

—Aseveras aprobando, no opinando.

Enrojecí.

—No es cierto —protesté.

—Sí, sí lo es, pero no me estoy quejando, es solo que hacía mucho tiempo que no te escuchaba hacerlo.

Me quedé callada, sin saber qué decir. Se puso a mi lado y apoyó la mano en mi espalda invitándome a pasear con él, abandonando cualquier contacto en cuanto nos pusimos en movimiento.

—¿Tan difícil fui?

Sabía qué preguntaba.

—En absoluto, Keyra. En absoluto.

—¿Entonces?

Me di cuenta de que era la primera vez que le pedía opinión sobre mí. ¿Cómo era posible que en cinco años no hubiéramos hablado sobre la fuerza de mi carácter y cómo le hacía sentir?

—David, yo...

—Fue maravilloso estar casado contigo, Keyra, no creas que no lo fue. Eres preciosa, inteligente, generosa...

—¿Pero?

Río de nuevo.

—¿He olvidado mencionar impaciente? —Reí yo—. Pero yo no era para ti.

—No digas eso —le reñí—. Tal vez soy yo quien no era para ti.

Me cogió la mano y me dio un apretón cariñoso.

—En todo caso necesitas un hombre capaz de mantenerse firme en su posición cuando tú te pones en «modo-huracán».

«Modo-huracán.» Supe a qué se refería. Cuando tomaba una decisión era inamovible, no dudaba, y había arrastrado a David conmigo convencida de que era lo mejor para los dos.

¿Dónde quedaba aquella mujer en «modo-huracán» en la Keyra de ahora, llena de dudas?

—Creo que he encontrado a ese hombre.

—Tu hermana debe estar como loca de alegría. —No ocultó cierto rencor.

No le diría que Dev quería lo mejor para mí.

—Mi hermana se equivocaba, David. Me hiciste muy feliz. Espero que también yo te hiciera feliz.

Mi tono dubitativo le hizo detenerse a mirarme con fijeza. No bromeaba, deseaba que David tuviera buenos recuerdos de nuestra vida juntos, que

cuando pensara en mí lo hiciera con cariño.

Me revolví incómoda, tal era su escrutinio. Cuando me habló, su tono fue otro, casi reverencial.

—Has cambiado, Keyra. Ese hombre...

—No hay «ese hombre» porque no estamos juntos. Así que deben ser los niños.

—¿Tuviste otro hijo?

Le expliqué que tuve gemelos. Quise hablarle sobre Martin, pero lo consideré excesivo. Le pregunté, en cambio, por Louisa.

Paseamos durante una hora por el parque, recordamos momentos divertidos, reflexionamos sobre qué no hicimos bien y, en fin, cerramos la puerta de nuestro matrimonio con la dignidad con la que no supimos hacerlo un año antes.

Volví a casa con una sensación de ligereza, como si hubiera vaciado la papelera, y con una nueva actualización: Martin Campbell.

Ahora tenía que empezar a descargarme *apps*...

Descubriendo a Joanna

—¿Qué se supone que debo hacer con el archivo que he recibido, Kee?

—¿Sabes qué maldita hora es, Dev?

—Las seis y diez de la mañana. Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer con esto, Kee?

—Yo me despierto a las ocho menos cuarto, prueba entonces.

—Y yo a las siete estoy en la Torre Trump trabajando. Un trabajo que me tomo muy en serio. Y soy una mujer importante a la que pocas personas se atreven a desafiar, contradecir, y estoy convencida de que tú conoces más sinónimos que yo, así que no seguiré. ¿Qué se supone que debo hacer con el archivo, Kee?

Si era ese el tono con el que ordenaba y mandaba no me sorprendía que pocos se atrevieran a desafiarla, contradecirla y un largo etcétera de sinónimos.

—Es mi entrevista. —Incluso mi voz sonaba atenuada ante su contención —. Se supone que irá en las páginas centrales de la revista...

—Ya tenía una entrevista. Una que nada tiene que ver con esta.

Silencio. Uno que no me vi capacitada para sostener.

—Las lectoras quieren saber cosas como las que he contado, Dev. Sienten curiosidad por...

—Tú no sabes demasiado sobre las lectoras de *Mujeres de Éxito*, que es el público de *mi* entrevista.

Iba dormida para mantener un duelo verbal con mi hermana, me defendí.

—Dime qué quieres que te diga y acabemos con esto.

Hubo unos segundos eternos de silencio.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Porque necesito que lo estés, Kee. En dos días entra en imprenta, y una vez impreso no hay marcha atrás. Se distribuirá y en menos de tres semanas estará en la calle.

—Dev, lo he madurado antes de...

—¿Madurado antes de cuándo? Porque viniste aquí jurando venganza, pero no has sido capaz de desquitarte porque Martin es el único hombre capaz de ponerte en tu sitio. Te has vuelto a acostar con él —¿cómo diablos lo sabía? No le había contado el episodio de la calle Stanton— para decidir una vez más que repetir no era buena idea. Y ahora él te ignora abiertamente. Así que

dime, ¿en qué momento de toda esta sinrazón que tú llamas relación has decidido que esta entrevista es una buena idea?

Me sentí evaluada y declarada «no apta».

—Las cosas van a cambiar. Voy a revertir esta situación. —Que no me animara a hacerlo me asustó—. ¿Dev?

—Si las cosas no cambian, o no en la fecha límite que tú te has impuesto con la publicación de esta entrevista, no podrás echarte atrás. —De repente ya no me parecía tan buena idea todo aquello—. No es una cuestión de pérdidas, es mi prestigio lo que está en juego. Entrevisto a mi hermana y censuro la publicación en el último momento. Te parecerá duro que me niegue a cambiar una sola coma por mantener mi reputación, cuando significará que la tuya... —No continuó—. Así que, por última vez, Kee: ¿qué se supone que debo hacer con el archivo que has enviado?

Me había incorporado en la cama y ni siquiera me había dado cuenta. Me apreté las sienes sin soltar el móvil.

¿Qué debía hacer?

Dios, Dios, Dios.

—Ese archivo es mi entrevista.

No, no, nooooo.

—De acuerdo.

Volvimos a quedarnos en silencio otro rato.

—¿Dev?

—¿Sí?

—¿Puede la ejecutiva pasarle ya a mi hermana el teléfono? Me gustaría hablar con ella.

Soltó una pequeña carcajada.

—¿Tienes un plan?

Una hoja de ruta, o idea, o programa...

—Improvisaré.

—¡Pero si tú nunca has sabido improvisar!

—Según tú, tampoco había sabido amar nunca, y mírame. —*¿Por qué últimamente fallaba incluso en las frases más tontas si bajaba la guardia?* —. Ni se te ocurra decir que se me da fatal estar enamorada, que por culpa de no saber amar he creado una situación de la que no sé salir y de la que pretendo salir improvisando, lo que tampoco he hecho nunca. Por favor, Dev, no me lo digas o me hundes en la miseria.

Río de nuevo.

—Si vas a hacerlo, improvisa desde ese sentido del humor que al parecer te has encontrado junto al amor, te sienta fenomenal.

—¿Ninguna idea?

—Ninguna.

—Entonces déjame seguir durmiendo y lárgate a tu reino del terror en la Torre Trump.

Era miércoles. Había pasado tres días intentando hallar una manera sutil y efectiva de derrumbar los muros que había levantado entre Martin y yo. La conclusión había sido que «sutil» y «efectiva» no podían ir unidas en esta misión. Así que me había decantado por la última, que sonaba más contundente, y había decidido cambiar mi actitud hacia él. Y por descontado mi estrategia.

Se había acabado preguntarle si quería venir a tomar una copa, o al parque, o a ver a nuestros hijos. Si él no quería entrar en mis escenarios había llegado el momento de aprovechar los espacios comunes. Y sí, si era necesario me instalaría yo en los suyos.

Rodábamos en la supuesta casa de Dominic, en realidad estábamos en una enorme nave en Staten Island con varios escenarios abiertos convertidos en distintas estancias donde podíamos meter todo el equipo técnico. Un problema de luces hacía que lleváramos algo de retraso. Anna estaba en su camerino; aunque ya no tenía fiebre, seguía cansada.

Encontré a Martin en uno de los sets, concentrado. El guion abierto a su lado, en el sofá, y en la mano la libreta que tan absorto lo tenía. Me acerqué despacio, sin hacer ruido. No me vio hasta que mi cuerpo le hizo sombra sobre las páginas llenas de anotaciones.

Cuando alzó la vista, me miró desorientado. No solo no recordaba que estaba enfadado conmigo, tuve la sensación de que ni siquiera recordaba dónde estaba.

—Hola. —Su desconcierto me hizo sentir tímida.

—Hola. —Me sonrió, también avergonzado—. Creo que por un momento me he alejado tanto de aquí que me he perdido.

—Se te veía muy lejos. —Asintió—. Y contrariado. —Me miró antes de continuar, antes de decidir si quería continuar—. Ahí detrás tienen para media hora, al menos.

Cuando sus ojos me dijeron que iba a compartir conmigo lo que fuera, tuve que contener la euforia. ¿Quién iba a decirme que el más mínimo gesto sería una gran victoria para mí, acostumbrada al éxito inmediato como lo estaba?

Ajeno a mi ilusión, me mostró la libreta que no pude ver, porque la depositó al instante siguiente en la mesa para coger el guion y hojearlo. Lo dejó caer sobre su libreta en un golpe seco.

—En el bloc hay un montón de anotaciones, por eso no necesito traer las novelas. —Señaló de nuevo los apuntes—. Me frustra no saber por qué se comporta como lo hace.

—¿Dominic? —me amonesté por mostrar escepticismo, pero conocía al personaje tanto como yo.

Tal vez más, me sinceré, con los celos quemándome el pecho.

—Es Joanna.

Se pasó la mano por la nuca, sin saber qué más decir.

—¿Puedo? —señalé el sofá.

—Por favor... —Me hizo espacio a su lado.

Estuvimos más de un minuto callados.

—Joanna, me decías.

Respiró hondo

—Sí, Joanna. No la centro, no veo sus cambios de humor. No comprendo por qué unas veces está enamorada y en cambio hay otras en las que detesta a Dominic. Su comportamiento es lineal, el de Dominic, quiero decir. No significa que no crezca y se desarrolle durante la historia, que desde luego lo hace, pero no con los altibajos que tiene ella. Joanna es una mujer fuerte, con las ideas claras, y sin embargo... —Su voz había ido exasperándose para terminar señalando de nuevo los apuntes de la mesa auxiliar—. Sin embargo, por momentos, es errática.

Quise decirle que no era errática, pero si algo había aprendido tras años escribiendo era que si un lector veía a un personaje de un modo determinado, tal vez era porque se mostraba como tal. Quizá la Joanna que tan bien veía yo se había desdibujado en algún momento.

O, entre nosotras, Martin era un hombre y no entendía a las mujeres.

—¿Qué te hace pensar que es errática? ¿Dónde ves grandes diferencias de comportamiento? No es que quiera que me justifiques lo que dices —me vi obligada a explicarme—, pero tienes una libreta llena de apuntes, no quiero ni imaginar cómo deben estar los libros, has estudiado el guion a conciencia. Hablas desde la reflexión y quiero entenderte bien para saber ayudarte.

¿Había sonado como una profesional? ¿O como una pedante de los pies a la cabeza?

Se quedó callado otro momento, no podía saber si buscando escenas o era

una manera educada de pedirme que le dejara solo y fuera a molestar a otra persona. Cuando cogió la libreta, sentí otra pequeña victoria. Veríamos si mi adrenalina aguantaba tantas emociones en tan poco tiempo, me dije riéndome de mí, sintiéndome feliz igualmente.

—Mira, aquí por ejemplo. En la escena del coche después de un fin de semana juntos. ¿La recuerdas?, está en la novela, en el guion se eliminó el fin de semana completo...

—Sí, el fin de semana en Washington D. C.

—Sí, exacto. Disculpa, has escrito el guion, desde luego que conoces las novelas. Seguramente mejor que yo.

Si supiera...

—Las he leído algunas veces, como tú, imagino. Supongo que te refieres a la escena de la despedida, ya en Nueva York, el domingo por la tarde. Después de un fin de semana fantástico, Dominic la deja en casa y...

—Y ella no le permite subir.

—No, porque él acaba de mencionar el trabajo y Joanna recuerda que al día siguiente tienen un día duro por delante. Uno en el que seguramente pensarán de forma diferente y discutirán.

—Y dice que necesita reconstruir sus defensas. No, no lo dice, solo lo piensa, dejando a un Dominic totalmente desconcertado.

—A Dominic —suavicé la voz—, y también a ti.

—Y también a mí, sí.

Me divertieron sus dudas, pero mantuve serio el semblante.

—¿Qué es exactamente lo que te sorprende? Será más sencillo si no tengo que adivinarlo. Me he dejado la bola de cristal en casa, no me cabía en el bolso.

Me encantaba cuando lo sorprendía con alguna tontería y me sonreía a mí y solo a mí.

—Me sorprende que un comentario le haga recordar que trabajan juntos en un proyecto difícil y que de repente ya no pueda acostarse con él. Durante el fin de semana no han dejado de trabajar juntos en un mismo proyecto con posturas encontradas y para Joanna no ha sido ningún impedimento. Todo lo contrario, diría que en cierto modo le ha dado incluso morbo.

Nunca me había planteado que en el inicio de su relación a Joanna pudiera excitarle acostarse con Dominic de noche y enfrentarse con él de día.

—Tal vez —le concedí—, pero si a la ida podía ser el morbo quien la guiara, a la vuelta la paraliza el miedo al día siguiente. No es una decisión

capciosa. Está realmente asustada.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado del viernes al domingo?

Eso descartaba la primera opción y confirmaba la segunda: Martin era hombre y no entendía a las mujeres. ¿Cómo se suponía que iba a darle un curso en diez minutos sobre algo que no había aprendido en treinta y tres años?

—De acuerdo, ¿qué crees que teme Joanna el domingo por la tarde?

—Lo mismo que debió temer el jodido viernes por la noche cuando...

—¡Martin! —le reñí.

Se disculpó con la mirada y se puso serio.

—Supongo que teme haberle dado demasiado poder y que ahora no se vea capaz de enfrentarlo en igualdad de condiciones. —Sonrió, más seguro—. Teme que abuse de su posición.

¡Hombres!

—En la primera parte de la frase, y disculpa porque me voy a poner pejiquera con el lenguaje,¹⁵ hablas de «darle a él», y en la segunda de no verse «capacitada ella». Quiero decir, con Dominic da en el sentido de que si se lo entrega a él a ella le resta, en la segunda parte hablas de capacidad, y es así en realidad porque Joanna no dice haber perdido fuerza, solo que teme no ser capaz de usarla. No me mires como si te hablara en chino cantonés, por favor. Lo que quiero decir es que si sintiera que con él perdía poder no se dejaría atar a la cama —*sí, desde luego que sí, lo dije todo de carrerilla y roja como un tomate, lo que provocó en él una sonrisa llena de complicidad, muy traviesa, y que hizo que me recorrieran dos escalofríos, uno al recordar la noche en que me ató a mí y otro por su mirada*— y hacerle todo lo que le hace. No teme dar poder a Dominic porque no cree perderlo si lo hace, lo que teme es no ser capaz de usar su determinación con contundencia cuando sea necesario. Confía en él, pero no confía en sí misma.

—Si le da poder, lo pierde —respondió demasiado rápido—. ¿No? —rectificó al punto.

—No necesariamente. Le da poder sobre su cuerpo y si quieres también sobre determinadas decisiones de su vida, pero no sobre su trabajo. Y confía en él para saber que no abusará de dicha posición. Lo que teme es no mantenerse firme ella.

Asintió despacio.

—Entiendo, creo. Pero, ¿por qué no el viernes?

—Porque el viernes prefirió no recordarlo, ni el sábado, y solo cuando la

realidad se colocó frente a ella y no pudo esquivarla, la tarde del domingo, tuvo que asumirla.

—Y esa —compuso un gesto serio como lo hiciera yo antes— es una de las verdades universales sobre las mujeres que el cerebro de los hombres no está capacitado para comprender.

Sonreí.

—Si conociera el funcionamiento de la mentalidad de todas las mujeres escribiría un libro y me forraría, Martin. —Reímos en voz baja, relajados—. Así es como funciona la cabeza de Joanna.

Sin nada más que decir, nos apoyamos en el respaldo, supuse que Martin convencido de asumir lo que le había dicho.

Yo a disfrutar de su cercanía.

—No es sencillo asumir que pierdes poder de decisión, Martin —me descubrí diciendo, sin mirarle. *¿Pero no iba a disfrutar en silencio de su presencia?*—. Las mujeres de mi edad hemos nacido para no depender de nadie y cualquier cesión puede ser considerada por nosotras mismas una flaqueza, y juzgada por las demás como una traición. No seré yo quien designe qué está bien y qué está mal, pero sí puedo decirte que es complicado sentir que tu vida ya no solo te pertenece a ti.

Tampoco él me miraba.

—Ocurre también con la maternidad.

—También. Pero con un hombre es distinto.

—También es algo axiomático, supongo.

—Es distinto. Por un hijo saltarías cualquier precipicio; por un hombre, un salto de un metro puede ser aterrador.

—Creí que las mujeres sabíais reconocer el amor verdadero antes que los hombres. —No preguntaba, afirmaba.

Y me miraba, me miraba fijamente. Me volví y me quedé pegada a sus ojos, el estómago tan encogido que me dolía, las piernas cruzadas para que no temblaran y las manos unidas sobre ellas para disimular los nervios.

—Si Joanna —susurré con voz suave— fuera una romántica ya se habría lanzado. Pero las experiencias ajenas le han enseñado que dejarse llevar puede ser muy doloroso.

Parecía leerme el alma con sus iris azulados, tan intensos.

—¿Es una mujer racional, entonces?

—Si lo fuera, sabría que el hombre que tiene delante es perfecto para ella.

—¿Entonces, por qué no salta? ¿Qué es, si no es una cosa ni la otra?

Dudé antes de responder, antes de confesar.

—Una mujer muerta de miedo porque ha descubierto que nunca había amado de la forma correcta.

Con deliberada lentitud bajó una mano suya hasta tomar una mía. Se la llevó hasta los labios sin dejar de mirarme.

Volvió a recorrerme la sensación de ser una presa frente a una serpiente de cascabel, pero esta vez la expectativa...

—¡Ah, estáis aquí! —Michael rompió el momento—. Tenemos luz, podemos empezar.

Me puse en pie cual resorte, por costumbre supuse, sin tiempo para pensar que en realidad no quería huir, lo que quería era que Michael se marchara y nos dejara a solas de nuevo.

—Discutíamos sobre Joanna —me justifiqué, también por costumbre.

«Oh, cállate, cállate, cállate», le grité a mi costumbre.

El director nos miró poco convencido, intuyendo que había algo más.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto —confirmé.

—En un momento estamos allí. —Martin capturó mi mano cuando daba el primer paso hacia donde fuera.

Michael, discreto, se adelantó sin nosotros.

—Dime que no hablábamos de Joanna. —Aquella voz, aquella voz...

—Martin, por favor.

—Keyra, por favor. —Aquella voz me hacía soñar.

Solo tenía que decirle que era yo quien no había amado hasta conocerle. ¿Qué me lo impedía? ¿A qué tenía tanto miedo? A fin de cuentas, no reconocerlo no me hacía estar menos enamorada.

¿Acaso no me había propuesto enamorarlo yo? Tal vez la forma correcta fuera confesarle lo que sentía. Tal vez si le decía...

—Si no vas a decir nada —al parecer había agotado el tiempo de respuesta—, entonces será mejor que nos vayamos.

Su voz había perdido calidez. Su mirada había perdido calidez.

Y yo había perdido la maldita ocasión por cobarde.

La próxima vez lo haría mejor, me prometí. Estaría preparada y lo haría muchísimo mejor.

Tarde de domingo

Había pasado una semana y Martin me rehuía. Literalmente. No haberle dicho que hablábamos de mí no solo había sido una oportunidad perdida, también había sido un paso atrás. Tenía la sensación de que más que enfadado estaba decepcionado. Yo nunca había decepcionado a nadie.

En una semana y media la entrevista saldría publicada.

En una semana llenarían vallas publicitarias con mi rostro.

Tenía siete días para que Martin se acostara conmigo. *Bueno, ya me entendéis, para que volviéramos... nunca habíamos estado juntos, así que técnicamente no «volveríamos», pero para que «lo que fuera» juntos de manera permanente.*

Y por primera vez lo veía más una quimera que un desafío.

Era domingo. Martin vendría a por los niños en una hora aproximadamente y yo tendría el tiempo necesario para arreglarme un poco y reunirme con Dev en algún lugar todavía por concretar. *Sí, elegía ella.*

Me había ofrecido a darles la papilla de la merienda, me encantaba acercarlos a la boca cucharaditas de puré de frutas y ver cómo se las comían, y le había parecido bien, así que encendí la Thermomix, puse plátano, pera, manzana y agua, esperé veinte minutos a que estuviera preparada y mientras se enfriaba los saqué del parque cuna y los senté en sendas tronas, uno al lado del otro.

Mis hombrecitos, sonreí. Se parecían tanto a Martin que ya no recordaba por qué siempre había querido una niña con el pelo rubio y los ojos violáceos. Mientras les ponía los baberos comenzaron a hacer ruiditos y a agitar las manitas, felices. Eran buenos comedores y en general también dormían bien, no podía quejarme.

«Allá vamos», me animé.

Veinte minutos después tenía bastantes quejas. Hugo había aprendido a escupir la comida. ¿Cómo?, ni idea, pero ayer no sabía y hoy sí. Tal vez anoche se había colado un ladrón sin ninguna habilidad social en la mesa y se lo había enseñado mientras yo dormía, pero cada vez que le ponía una cucharada en la boca, escupía.

Los libros decían que había que darles una palmadita en los labios con suavidad cuando echaban la papilla a modo de juego, pero ¿era eso pegarles?,

¿estaba mal?, ¿estaría Martin de acuerdo?

Kenneth, por su parte, no debía estar convencido de la textura porque quería tocarla con las manos. Cada vez que le acercaba la cuchara, ¡zas!, la manita. Y era bastante rápido para su edad. El ladrón sin habilidades en la mesa debía ser tenista, porque el juego de brazo de mi otro hijo era digno de mencionar.

—Es la misma papilla que merendasteis ayer —había comenzado diciéndoles, para terminar gritándoles—: ¡es la misma maldita papilla que ayer os comisteis sin rechistar, por el amor de Dios, abrid la boca y estaos quietos!

Cuando sonó el timbre, huí a abrir la puerta.

—¡Martin!, ¿tan tarde es?

Dudó al verme.

—¿Prefieres que venga después?, ¿tal vez...?

—No, no, por favor, pasa. Divide y vencerás.

Un padre para cada bebé. Veríamos ahora si se comían la papilla o no.

—Supongo que tu enigmática frase tiene que ver con el hecho de que tengas algo pringoso de un color indefinido en la camiseta y en el pelo.

Di un pequeño grito y me miré la camiseta blanca, ya no tan blanca.

—Vaya.

Quise quitar un pegote.

—Será mejor que no lo toques o se fijará y será peor.

¿Qué sabía él de manchas? Más que yo, por lo visto.

—¿Se aplica eso al pelo? —bromeé, peinándomelo con los dedos. Me quitó otro emplasto y se limpió la mano en mi camiseta—. ¡Pero bueno! —Reí.

—Espera. —Me acarició la mejilla con los nudillos en un gesto suave que me dejó sin palabras. Guiñándome el ojo, se lo llevó a la boca—. Mmm, frutas. Les gusta, así que no pueden ser ellos los culpables de tu estado lamentable.

—*Son* los culpables de mi estado lamentable, no lo dudes. ¿O es que no los oyes? —Y entonces me di cuenta de mi error—. ¡¡Martin, no se les oye!!

Y entré corriendo... para llegar tarde.

Se habían echado la papilla encima. Había dejado sendos platitos en las tronas, frente a ellos, cucharas incluidas, como la madre más novata entre todas las madres primerizas, y mis hijos solo habían tenido que poner las manos en ellos para volcarlos. Ahora sí, Kenneth podía estudiar a fondo la textura. Y Hugo usaba el suyo de sombrero.

Estaba estupefacta, de pie frente a ellos, mirándolos, colapsada incluso para echarme a llorar.

Una fuerte carcajada detrás de mí me sacó del aturdimiento. También yo rompí a reír sin remedio. Allí estábamos los dos, en el comedor de mi casa, muriéndonos de la risa, con los pequeños felices como perdices.

Finalmente me acerqué a ellos dispuesta a poner un poco de orden.

—Todavía no, dame un minuto. Quiero una foto.

—¡Buena idea! —Lo vi sacar su móvil—. Espera, traeré la cámara, tendrán mejor resolución.

Volví con mi Nikon. Le impresionó, supuse, el tamaño del *zoom*.

—¿Aficionada a la fotografía?

—Mi familia se dedica a los medios, así que supongo que siempre he hecho fotos.

Comencé a retratarlos, primeros planos, medios, desde arriba subiéndome a una silla. Nuestros hijos colaboraban, felices restregándose la papilla por todas partes. Ninguno de los cuatro había rebajado la sonrisa.

—¿Tienes muchas fotos tuyas?

—Muchas. Las tengo en un *pendrive*, te las copiaré.

—Por favor.

—Alguna vez pensé en pedirte que posaras con ellos para mí —dije sin pensar.

Y ya no dije más, seguí haciendo fotos. Parecía estar valorándolo.

—Creo que estaría bien.

—Cuando quieras —continuaba disparando, pero si me había mirado habría visto que mi sonrisa se había estirado tanto que no me cabía en la cara. Y me había mirado, seguía mirándome—. Ya están. Ahora será mejor que empecemos a recoger todo esto.

Me quité la cámara del cuello e iba a dejarla en la mesa cuando la cogió él.

—¿Puedo?

—Claro.

—¿Disparador automático, por favor?

Sonreí, quité el modo manual que usaba por puro esnobismo, y se la devolví.

—Toda tuya.

—Ponte delante, ¿quieres?

—¿Qué?, no. No, no, gracias. No, de verdad, no me gusta hacerme fotos.

Es que soy poco fotogénica. Martin, te lo agradezco, pero no es buena idea. — Conforme hablaba me iba acercando a las tronas—. En fin, haz lo que puedas.

En dos minutos estaba sonriendo y haciendo el tonto con mis hijos mientras Martin nos fotografiaba.

—Ahora sí, suficiente —protesté—, o estos pequeños diablillos creerán que tirarse la comida por encima es un juego.

—De acuerdo.

Cuando me acercó la cámara, la cogí y tiré también de él hacia abajo, lo puse a mi lado, giré el objetivo hacia nosotros y disparé una ráfaga estilo selfi.

—Otra, sonríe.

Hicimos unas cuantas tomas más haciendo el tonto hasta que la mano rápida de Kenneth quiso tocarla.

—Muy bien, se acabó la fiesta, ¡a la bañera! ¿Te importa si los bañamos aquí y me los llevo limpios?

—Al contrario, no pienses que vas a sacarlos a la calle de esa manera. Los niños salen limpios de esta casa. Otra cosa es que en cuanto lleguen al parque se revuelquen por el suelo —nos relamimos ante la idea—. Sígueme.

Y nos dedicamos a la deliciosa tarea de bañar a los pequeños. Por un tiempo nos trasladamos a Londres, a las tardes tranquilas en las que hablábamos de cualquier cosa guiados por el placer de conocernos y descubrirnos el uno al otro.

—¿Keyra?

Salí de la ducha, enroscada en una toalla y con otra en la cabeza después de aclararme la papilla de plátano, manzana y pera, *oh ironías*, y aplicarme una mascarilla de aguacate.

Sonaron unos toquecitos discretos en la puerta.

—Keyra, es la tercera vez que te suena el móvil. ¿Keyra?

Por más que lo deseara, Martin no abriría. Porque si abría la puerta, yo dejaría caer la toalla y... y entonces me despertaría, me gritó mi sarcasmo.

—Voy.

Estaba al otro lado del umbral con mi móvil en la mano.

—Lo siento, ha sonado tres veces seguidas y he pensado que podía ser urgente.

Levanté las cejas, sonriendo con sorna.

—¿Los has dejado solos?

Sonrió él con suficiencia.

—Duermen.

—A mí, hace un rato pretendían hacerme creer que comían.

Su suave carcajada me recorrió la espina dorsal y envió señales directas a mi cerebro, que me incitaba a dejar caer la toalla en un descuido.

Sonó el móvil y me lo tendió. Descolgué sin mirar.

—Disculpa. ¿Sí?

—¿Estás bien?

¡Dev!

Cogí la mano de Martin sin pensar y le giré la muñeca.

—¡Dios, son las seis y cuarto! ¿Cómo es posible?

—¿Significa eso que no vas a venir?

Dios, Dios, Dios.

—No te lo vas a creer, los niños —*blablablá*— y Martin...

Aquí es cuando dejó de ser blablablá para mi hermana y curiosamente detuvo en seco la aventura de mis hijos.

—¿Está ahí, en tu casa? ¿Me has plantado por él?

¿Cuál diríais que era la respuesta correcta?, porque un «sí» le haría sentir que pasaba a un segundo plano, pero un «no» implicaba que la ignoraba por algo menos importante que el amor... Ufff, si sonaba dramáticamente cursi en mi cerebro, en voz alta no quería ni pensarlo... pero era lo que sentía, así que... por algo menos importante que el amor de mi vida. Ya estaba, ya lo había dicho. Había costado, pero había quedado registrado.

—Sí, está aquí, a mi lado.

—Entonces cuelgo.

Me quedé patidifusa, mirando el teléfono sin saber qué pensar.

—¿Va todo bien?

—No lo sé —seguía desorientada—, es domingo y los domingos...

—A las seis tenéis una cita ineludible desde que tenéis catorce años si ambas estáis en la ciudad, lo sé.

—Martin —susurré.

Mis ojos debieron mirarlo con toda la devoción que sentía en ese momento. Por un instante creí que me miraba del mismo modo, antes de preocuparse.

—¿Crees que está enfadada?

Lo pensé un segundo.

—Si lo estuviera no habría colgado —continué con voz más firme—. Hubiera preferido hacerme saber cuán enfadada estaba.

—Estoy en la lista de personas gratas de tu hermana, entonces.

—Debes de ser la única persona grata para mi hermana un domingo a las seis y cuarto. —No quise mirarlo y que leyera de nuevo lo que eso significaba para mí. Ya lo sabía, lo había visto dos frases antes, y no había parecido impresionado—. Será mejor que me vista.

—Y yo que me asegure de que no hay un motín en las cunas.

Cerré la puerta sin volverme.

Cuando bajé, los niños dormían como los dos angelitos que no habían sido. Martin estaba viendo *Sucedió una noche* en un canal de cine clásico, acababa de comenzar porque la rica heredera emprendía su huida. Me acerqué en silencio a él por detrás del sofá y lo vi sonreír mirando a la pantalla.

—Fue la primera película que ganó los cinco grandes Oscar.

Al verme, se levantó y apagó la tele con el mando a distancia. Le impulsé con suavidad desde el hombro hacia abajo.

—Enciéndela, me encanta esa película.

Rodeé el sofá y me senté a su lado.

No pude evitar reír antes de que Claudette Colbert bajara de la valla y enseñara a Clark Gable cómo hacía una mujer autoestop de una forma efectiva. Sentí sus ojos sobre mí, pero me obligué a no volverme.

Poco a poco nos fuimos acercando el uno al otro como dos adolescentes en el cine por primera vez hasta que nuestras piernas se tocaban, su brazo rodeaba el respaldo detrás de mí y su mano descansaba levemente sobre mi hombro.

Ningún chico hizo algo así conmigo en el instituto, *como os he dicho, nunca he tenido paciencia para jugar al gato y al ratón, he sido más directa cuando he querido algo*, y encontré cierto encanto en comportarnos como críos.

Acabó la película, aparecieron los créditos y finalmente apagó la televisión.

—Creo que debería irme.

Asentí, guardándome mi decepción.

Abrimos el carro gemelar, pusimos las bolsas con lo básico, pues teníamos todo lo necesario tanto en su casa como en la mía, y cargamos a los niños ya despiertos para que pasaran la noche con él.

—Hasta mañana —me dijo en la puerta.

«Bésale, bésale, bésale», me jaleaba una voz.

Sin pensar si debía o no me acerqué a él, me puse de puntillas y le acaricié

las mejillas, acercándolo a mi boca. Lo hice deliberadamente despacio, dándole tiempo a que se apartara si pretendía rechazarme. Se mantuvo inmóvil, sus ojos azules fijos en los míos, así que acaricié sus labios con los míos y lo besé. Le mordisqueé con suavidad y la lengua se abrió paso, rozando la suya. Atrapé un gemido ronco de su garganta y mis manos se deslizaron hasta su cuello y lo acercaron un poco más a mí al tiempo que profundizaba en el beso y me pegaba a su cuerpo.

Gemí yo, perdiéndome en su boca, y sus manos, quietas, me recorrieron los brazos dejándome sentir su piel caliente contra la mía, que se derretía con su contacto. Cuando llegó a los hombros separó nuestros cuerpos, rebajó el beso y poco a poco nos separamos.

Me aparté, abrí los ojos y le miré. No supe leer lo que los suyos me decían, no entendí la emoción que reflejaban.

—Buenas noches, Keyra.

Bajó los labios hasta mi mejilla, acariciándome la piel con la boca antes de depositar un suave beso, cogió a los niños y se marchó. Estuve mirándole la espalda hasta que desapareció.

No se giró.

Besarle no había sido un error, estaba segura. La pregunta era: ¿habría sido un acierto?

Cuando me metí en la cama, horas después, seguía sin saber la respuesta.

Incertidumbres

Días para la publicación de *Mujeres de Éxito*: cinco.

Situación con Martin: tan templada como el domingo.

Ubicación: la habitación de Dominic en el set de rodaje.

Escena a grabar: ¡¡la primera escena de sexo con Joanna!!

Dios, Dios, Dios.

Sí, la escena con el conjunto de La Perla verde de la colección Mezzanotte, el que había usado yo con Martin en Londres, la noche en la que él y yo... ¡¡Bueno, ya sabéis a qué escena me refiero, habéis leído la novela y os he contado por encima qué pasó aquella noche!!

¿Me creéis si os digo que no lo recordaba? Conocía el orden cronológico del rodaje, pero no sabía que empezábamos esa misma mañana. Vivía una cuenta atrás hasta la publicación de una revista cual espada de Damocles y no sabía qué fecha era, solo los días que faltaban para que Martin pudiera leer qué sentía por él.

Porque todo apuntaba a que lo sabría por Mujeres de Éxito y no porque se lo confesara yo en un momento de intimidad. Eso sí, no esperaba a que alguien se lo insinuara, yo misma le enviaría un ejemplar para saber exactamente cuándo se enteraba. Como decía El Bardo, era peor la incertidumbre de la muerte que la propia muerte.

—¿Preparada para la gran escena, Keyra?

Era Martha, sonriente. Todos tenían ganas de ver cómo ocurría. Todos excepto yo, que no quería ver a Martin con otra mujer simulando hacer lo que había hecho conmigo. Y ni siquiera venía mentalizada.

Iba a ser un día muy largo.

Dos horas después mis peores pesadillas parecían quedarse cortas, el día iba a ser eterno. Todavía no teníamos una sola toma válida.

—¿Keyra?

Entré en pánico, temerosa de que cualquier comentario pudiera granjearme un billete a la cama de Dominic Walcott en presencia de todo el equipo para que Anna «cogiera el concepto».

—¿Martin? —repliqué.

Conocía la escena tan bien como yo, en todos los sentidos.

Sus ojos me dijeron que sabía qué estaba pensando. *Todo* lo que estaba

pensando. No me importó parecer una cobarde. ¿Quería repetir aquella escena? ¡De acuerdo!, le esperaba en mi cama cuando quisiera... pero sin público, gracias.

—Veo a Joanna asustada.

—Joanna está asustada —explicó Anna, sin justificarse.

Me gustaba la actriz, sobre todo ahora que sabía que ya no pretendía acostarse con Martin.

—¿Por qué no habría de estarlo? —preguntó Michael, especulando.

—Porque no es ninguna mojígata. —Esa fui yo.

—Pero no sabe nada del BDSM.

—Sí sabe —dijo Martin—. Tal vez tenga lagunas en lo práctico, pero ha leído al respecto, sabe qué esperar. Y aunque cuando llegue el momento vaya a tener dudas, y quizá las tenga antes de empezar, lo que no tiene es miedo.

—No, porque está con Dominic y el deseo entre ellos es voraz. —Esa era yo, continuando su frase—. No es su primer contacto sexual aunque no se hayan acostado juntos todavía, y sabe que va a ser extraordinario. Ahora mismo no puede tener miedo. Ahora mismo...

—Le puede la impaciencia —terminó Martin por mí—. Tanto, que si pudiera se desnudaría ella.

Me sentí aludida y tomé el testigo.

—Y si tuviera confianza suficiente le pediría a él que se desnudara para ella.

Se hizo el silencio. No sabía qué pensaban los demás, pero seguí mirando a Anna, sabiendo que Martin hacía exactamente lo mismo, aunque como yo estuviera recordando aquella noche.

Estaba eufórica.

El domingo no había sido un error.

«Esta noche», me prometí.

Esta misma noche.

Acabamos tardísimo y con poco material, pero los tres días siguientes serían mucho más ágiles. Finalmente sí había interpretado a Joanna a grandes rasgos —*soy una pésima actriz, tenéis que creerme*— y me había afirmado en la idea de que al fin ese algo entre Martin y yo que había estropeado al no confiar en él había vuelto a resurgir. En cada roce, en cada comentario, en cada mirada, me había permitido creer.

Al salir, ni siquiera me preguntó, subimos juntos a un mismo taxi y dio mi dirección. Los niños estaban conmigo. También la *nanny*, me lamenté.

Supo qué estaba pensando.

—No podrás gritar —me susurró al oído, y un escalofrío de placer me atravesó.

Me volví y lo miré a los ojos. Con la mirada ya me estaba haciendo el amor.

Gemí su nombre sin resuello, acercándome, necesitando sentirlo. Quería que me besara, necesitaba sentir una parte de él dentro de mí en aquel mismo momento. Mi boca...

Me sonó el teléfono. Tan concentrada estaba que me sobresaltó.

—Es Dev. Creo que tiene una alarma que se activa cuando te acercas a mí.

Rio en voz baja.

—Será mejor que lo cojas. No queremos que nos moleste más tarde.

El mismo escalofrío, mayor placer. Descolgué.

—Dime.

—Samantha está en tu edificio —soltó sin preámbulos.

Me quedé helada.

—¿Estás segura?

—¿Bromearía?

—¿Qué demonios hace aquí?

—Ha aparecido por sorpresa en la Torre Trump, menos mal que papá está en Boston. Quería saber sobre las fotos en las que apareces, y, cito textualmente, «con ese James Bond tan caliente».

Dios, Dios, Dios.

Dios, Dios, Dios.

... Dios, Dios...

—¿Kee?

—No tengo palabras.

—Pues empieza a inventarlas.

—¿Vamos? —Martin me extendía la mano para salir.

¡¿Qué?!

El taxi estaba parado y la puerta abierta. No sabía qué hacer ni qué decir, estaba bloqueada, superada por la situación que se me venía encima.

—Martin, yo...

—¿Es Martin? Kee, escóndelo, haz lo que sea, pero aléjalo de tu casa.

Una figura rubia, alta, elegante, se acercaba hacia nosotros. De algún modo había salido del taxi y estábamos en la acera de la zona residencial.

—Demasiado tarde. —Mi voz reflejó mi espanto.

—Suerte, Kee.

Colgó.

Dios, Dios, Dios.

—¡Keyra!, ¡qué tarde llegas!, pero qué bien acompañada. Hola, soy Samantha Johnson, encantada. Tú debes ser Martin Campbell.

Le dio dos besos en las mejillas.

A mí, no.

Entramos al *hall*.

—Martin —dije finalmente, resignada—. Samantha es mi madre.

—Keyra, no hace falta explicar demasiado —le sonrió, coqueta—. Por cierto, ¿sabe Daniel que subes a casa a hombres tan interesantes cuando está de guardia? Porque doy por sentado que tu *marido* está de guardia.

No podía dilucidar qué era más patético, si mi madre intentando quitarme del medio para intentar seducir a Martin, o el hecho de que ni siquiera supiera el nombre de un marido del que ya estaba divorciada.

—David, mamá, y hace un año que nos divorciamos.

Se giró sorprendida, toda la sorpresa que el bótox le permitió mostrar.

—Vaya, debiste decírmelo. Pero son buenas noticias, me alegro de que lo sacaras de tu vida. No era lo bastante bueno para ti.

De acuerdo, para que quede claro: en su momento llamé a Samantha y le dije que David se había marchado. Y también que había tenido dos gemelos fruto de una relación relámpago. No, no entré en detalles. Supongo que ahora que la habéis conocido entendéis por qué, ¿no?

Como entenderéis que no os hubiera hablado de ella más allá de «mi madre», aunque cuando Dev y yo nos referimos a ella siempre sea con el nombre de Samantha.

—Ya, de acuerdo —me encogí de hombros—. Creo que será mejor que vayamos a tomar algo a otro sitio, los niños deben estar durmiendo.

Se detuvo, se quedó completamente paralizada. *Sí, el bótox ayudaba.*

—¿Niños?, ¿qué niños?

Miré a Martin, estaba furibundo.

—Tengo dos...

—¡No lo digas! —No quería ser abuela y si no lo escuchaba no existirían, tal era su madurez—. ¿Lo sabe tu padre?

Que mi padre también fuera abuelo para ella era un gran consuelo.

—Sí, lo sabe.

Martin estalló.

—Es obvio que interrumpo una reunión familiar —nunca lo había visto tan enfadado. En lugar de arder de furia se le veía distante, helado—, así que será mejor...

Nooooo. No, no y no.

—Martin, no te vayas... —Soné desesperada.

—No, tiene razón, los niños te esperan. —Y me sacó de plano, como hubiera dicho Michael, para dedicarse a él—. Quizá tú y yo podríamos... — ¡No me lo podía creer!

—Mejor os dejo solas. —Apartó la mano que lo rodeaba—. Keyra, será mejor que le expliques a tu madre qué te ha ocurrido estos últimos meses. Al parecer no sabe nada de tu vida.

Y se fue.

Me costó más de una hora deshacerme de Samantha.

Cuando subí, *no, Samantha no subió*, no tenía ningún mensaje. Le llamé, pero no contestó.

Me fui a la cama con una sensación de derrota importante.

Y con solo tres días para solucionarlo.

No lo lograría. Anoté mentalmente pedir a mi hermana un ejemplar y enviárselo un día antes.

Peor la incertidumbre de la muerte...

Cuando me desperté a la mañana siguiente tenía la revista encima de la mesa. Se me veía en la portada y tenía que reconocer que el fotógrafo había hecho un gran trabajo: estaba impresionante.

Hojeé primero las fotos: habíamos escogido una selección de vestidos de firma, *no dejaba de ser una publicación para mujeres*, desde el romanticismo de Jenny Packham o Eli Saab a la sencilla elegancia de Karl Lagerfeld o Giorgio Armani, o los diseños rompedores de Jean-Paul Gaultier o John Galliano, todos ellos en lugares conocidísimos de la ciudad en los que no había estado durante la sesión fotográfica de aquel domingo semanas atrás. *¡Hay que ver lo que pueden llegar a hacer las pantallas verdes y las nuevas tecnologías!*

Me preparé un café y leí la entrevista con tranquilidad, aunque, por descontado, me la sabía de memoria, palabra a palabra.

Tras una presentación de mi currículum y algunas preguntas editoriales y curiosidades sobre mí, entre ellas el uso de un seudónimo, la entrevista tomaba un cariz mucho más personal. La cuestión básica era si yo misma había vivido una historia de amor similar a las que escribía, una historia *con un*

final perfecto.

Y pregunta a pregunta había confesado, desgranando mis sentimientos por Martin.

La revista regalaba un relato mío de quince páginas en su edición digital, una historia corta que yo definía como «muy personal». Al acabar el artículo, estaba el enlace.

No, no hablaba de mi faceta de estrella anónima del porno ni de nuestros hijos. No era necesaria toda la verdad para escribir una buena novela. Es más, si alguna vez me animaba a escribir lo que os he estado contando de manera extensa, tal vez, muy probablemente, me planteara eliminar esa parte. Además, claro, de adornar nuestra primera vez con velas y sexo lento y romántico.

En ningún momento mencioné a Martin Campbell, pero un actor inglés y una guionista no dejaban demasiado espacio a la imaginación.

«¿Por qué cada vez que nos acostamos juntos al día siguiente hay una debacle?» Aquella frase, que me había reprochado Martin tras la noche juntos en la calle Stanton, me vino a la cabeza.

¿Una debacle? Esta vez sería la hecatombe.

Y para colmo sin acostarme antes con él.

Jane me devolvió a la realidad.

—Buenos días, Keyra.

—Buenos días, Jane. ¿Todo bien?

—Los niños tienen fiebre.

La revista quedó olvidada.

Amor en las vallas

El médico me tranquilizó enseguida, estaba convencido de que no era nada grave. Kenneth tenía un principio de bronquiolitis, Hugo parecía haberse contagiado. De momento, nada de antibiótico.

No fui a trabajar. Sí, exagerado, pero si vosotras pudierais quedaros en casa cada vez que vuestro hijo está enfermo, si tuvierais un trabajo que os lo permitiera, ¿no haríais lo mismo? Pues eso es exactamente lo que hice yo: quedarme con ellos.

Martin y yo nos comportamos como los perfectos padres sicóticos. Él sí fue al rodaje, claro, así que cada hora le escribía para decirle cómo estaban los niños. Si dormían, si tosían, la temperatura que tenían, si tomaban el biberón y cuánto...

Creíamos a nuestros hijos invencibles, nunca habían estado enfermos. Aquel era nuestro primer pequeño drama.

Hablamos varias veces por teléfono y siempre sobre ellos. Nosotros, lo que debió pasar la noche anterior y la aparición de Samantha y su desaparición, todo había sido relegado a un segundo plano.

Su última llamada desde el rodaje fue a las diez y media.

—Hola —le saludé.

—Hola —parecía muy cansado—. Están durmiendo, supongo.

—Sí. Les he dado una toma hace una hora con la medicación y duermen. Kenneth tiene la respiración más pesada, así que me lo llevaré a mi habitación para que no moleste a Hugo. —Y también para mi tranquilidad, aunque eso no era necesario decirlo.

—Acabamos ahora. Estoy todavía en el plató.

—Debes estar agotado, ¿cómo ha ido?

—Bien, muy bien. —A ninguno de los dos nos importaba, en realidad—.

Es muy tarde para verlos, supongo.

Lo era.

—Acércate si quieres igualmente.

—Podría despertarlos.

Callamos. No era una buena idea que viniera.

—¿Quieres que te envíe una foto?

—Por favor.

—Ahora mismo.

Poco más había que decir.

—Gracias. —Silencio—. Será mejor que me vaya a casa. Mañana será un día duro.

—Si se despiertan mejor, puede que yo también vaya. —Era la conversación más difícil que habíamos tenido nunca—. Martin, anoche...

—No —me interrumpió presto—. Prefiero que no hablemos sobre eso por teléfono, Keyra.

Era tan difícil que no hablaríamos.

—Te envió las fotos en un momento. Buenas noches.

Todavía hubo espacio para otro silencio más en aquella decepcionante charla.

—Buenas noches.

No sé quién colgó.

Kenneth pasó una mala noche, así que yo pasé muchas horas despierta con él en mis brazos.

En tres días salía la revista a la calle, y hoy tampoco vería a Martin. Y aunque estaba demasiado preocupada por Kenneth para hacer nada, tenía mucho tiempo para pensar, tal vez demasiado. Y eso era malo. ¿Qué habría pensado sobre la desinformación de Samantha? Creería que había ocultado a mi propia madre mi historia con él, y dado que nunca le había hablado de ella, no comprendería que en realidad no lo había hecho. Si él me escondiera de su familia... La imagen de su madre me hizo reír por un momento.

En fin, ¿dónde había dejado la revista que me envió Dev? ¿Cómo se lo tomaría si se la enviaba envuelta en papel de regalo?

Sonó el teléfono fijo. ¿Quién diablos...?

—¿Sí? —susurré, para que no se despertara Kenneth.

—¿Estáis bien? —Su voz preocupada me hizo sentir culpable. Le envié anoche el número del teléfono fijo junto con las fotos de los niños y le quité la voz al móvil.

Algo más que podría reprocharme en mi «campana de desinformación».

—Lo siento, anoche puse el móvil en silencio para que Kenneth no se despertara si alguien llamaba. No esperaba que llamaras tan temprano.

—Te llamo al móvil. De nuevo.

Y colgó.

A pesar de que tuviera razón, empezaba a molestarme que me colgara el teléfono. Comenzaba a crear tendencia.

Lo cogí y bajé a la cocina. La pantalla se encendió allí. No le di los buenos días.

—Hugo está bien, no tiene fiebre. Kenneth ha pasado mala noche y tiene décimas, pero está mejor que ayer por la tarde. Está durmiendo ahora. —Su silencio no presagiaba nada bueno—. ¿Martin?

—Me alegro de que Hugo esté bien y de que Kenneth mejore.

—Jane se llevará a Hugo a pasear para que no se acerque a su hermano. Si terminas pronto puedes pasar la tarde con él, puede dormir contigo, incluso. Pero algo me dice que no llamas por eso.

—Quería saber...

—Desde luego que quieres saber cómo están. Pero no tengo cinco llamadas perdidas a las seis y media de la mañana por eso. —Más silencio—. ¿Me equivoco?

—Tienes una foto. Te la he enviado por *wasap*.

—Dame un segundo.

Tenía varias. Una suya y cuatro más de mi hermana.

¡Dios! Si faltaban tres días para la campaña... Tuve un mal presagio. Abrí la de Martin primero.

Yo, de cuerpo entero, vestida de Jenny Packham; a mi lado, el nombre de la revista con su inconfundible tipografía; bajo mis pies, en pequeño, el enlace del relato que todavía no podía leerse, pero que ya se anunciaba en la *web* como «una historia de amor muy personal»; en el grueso del cartel una frase escrita de mi puño y letra: «Me miró a los ojos y supe que nunca antes había amado de verdad.»

Respiré hondo y solté el aire poco a poco. Se suponía que tenía tres días para prepararme, y ahora... Preferí no mirar las fotos de Dev.

—¡¡Keyra!!

Su grito venía amortiguado por el hecho de que no tuviera el altavoz. Volví a acercarme el móvil a la oreja, sin saber qué decir.

—Sí, disculpa.

—¿La has visto?

—La he visto.

—¿Y?

Volví a respirar hondo. *Como un globo, hoy me deshincharía como un globo.*

—Soy la portada de *Mujeres de Éxito*.

—He podido adivinarlo, he entrado en la edición digital.

Nooooo. No, no y no.

Debía haber tenido tres días para prepararme y para prepararle.

—Y has...

—Pinchado el enlace que sale en la enorme valla publicitaria que me ha dado los buenos días cuando he abierto la ventana.

—No sabía que fueran a poner uno frente a tu ventana —me defendí.

—No creo que sea eso lo que tienes que explicarme, Keyra.

—Martin...

Callé unos segundos.

—¿Keyra? —me invitó a seguir.

—No quiero hablar de esto por teléfono.

Calló él.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Esta noche.

—Esta noche —me confirmó.

Y colgó.

—¿Podría ver a...?

—Un momento, por favor, preguntaré a su secretaria.

A una de sus secretarías, estuve a punto de puntualizar a la recepcionista.

No necesitaba decir que quería ver a Devaney, tenía su misma cara. La eficiente joven de una de las dos plantas del Holding Bradley colgó poco después con una sonrisa profesional.

—La señorita Bradley la verá en diez minutos. Suba por el ascensor y...

Dudó si debía darme un pase, así que extendí la mano pidiéndoselo, colaborando a rebajar su incomodidad.

Ya en el pasillo donde se ubicaban los despachos más importantes me oculté tras una revista, como si un poco de papel fuera a ser suficiente para Nathaniel Bradley si salía de su oficina. Me vería aunque me escondiera en el baño de mujeres. Me sorprendía que no supiera ya que estaba allí.

—Kee.

La voz de mi hermana me llenó de alivio. Corrí a esconderme con ella.

—Papá sigue en Boston —rio—. ¿Te has visto en la ciudad?

—Martin también me ha visto en la ciudad. Estoy en todo Manhattan.

—Estáis en todo el país, aunque aquí sea más...

—No me digas dónde...

—Anoche estabais juntos, entiendo que él y tú... —Fue bajando la voz y

dejando de entender conforme comprendía.

—Samantha lo echó. —No hacía falta explicar más.

—¡Mierda!, ¿qué hizo?

Le conté con pelos y señales su actuación.

—Así que Martin debió irse con la sensación de que no le he hablado de él a mi maldita madre.

Dev pareció pensar en otra explicación que justificara el fiero enfado de Martin, pero no había otra explicación más lógica.

—Debe estar muy cabreado.

—Yo lo estaría si aparecieran los padres de Martin y no supieran nada de mí.

—¡Mierda!

Nos sentamos en silencio.

—No sé qué hacer.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó al mismo tiempo.

Sonreímos resignadas.

—Le he dicho que esta noche hablaremos.

—¿Y qué le vas a decir?

—No tengo ni la menor idea.

—Kee, dile lo que sientes. Lo va a saber en menos de tres días. Díselo tú.

Asentí despacio.

—Al menos merece saberlo por mí, ya que va a ser el blanco de bromas absurdas.

—Creo que eres *tú* quien merece decírselo personalmente. Declararle a alguien que lo amas sin límites no es malo. Tal vez le moleste que lo hayas publicado a los cuatro vientos, y quiero decir que literalmente lo hayas publicado —solo en aquel momento y en aquel lugar nos podía parecer una diablura de las nuestras, una que nos hizo sonreír—, pero le estás diciendo que le quieres, debería sentirse un privilegiado. Entre otras cosas porque no siempre ha sido merecedor de ese amor, Kee, y siempre ha gozado de él.

—Pensaré en ello —le prometí, poniéndome en pie, sabiendo que tenía razón.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —le dije con seguridad.

—¿Mis sobrinos?

—También están bien. Kenneth no tiene fiebre y respira mejor. Hugo está tan inquieto como siempre. El doctor Hilkens ha venido esta mañana a decirme

cuán exagerada soy porque Kenneth ronque. Volverá esta tarde para decirme que lo deje en paz.

El doctor Hilkens había sido ya nuestro pediatra, el de Dev y el mío, y era considerado una especie de dios terrenal para mi familia.

—Si el doctor Hilkens dice que exageras es que Kenneth tiene que roncar, así que no te agobies —bromeó—. ¿Quieres tomarte un café antes de irte?

—No, mejor te dejo trabajar.

—No tienes que...

—Lo sé.

Le di un beso en la mejilla sin llegar a tocarla, *¿o pensabais que una conversación sobre amor con mi hermana iba a ponerme sentimental?*, y volví a casa.

Tenía cosas que hacer antes de las ocho si el doctor Hilkens creía que podía dejar a mis hijos con la niñera.

Nunca pensé que tendría una crisis de armario, pero por primera vez en mi vida no sabía qué ponerme, y bajar a Bergdorf Goodman no solucionaría mi problema.

Al final opté por un *outfit* veraniego con unos pantalones cortos sastre de seda blancos, una blusa azul marino y unas sandalias con plataforma negras. Me veía juvenil y desenfadada. Y necesitaba sentirme joven y ligera.

Dentro del *tote* blanco de Lacoste llevaba mi preciada condena: la revista y una carta. Siempre tenía en casa papel verjurado de cien gramos y sobres de la misma calidad, me gustaba escribir cartas,¹⁶ y si Martin iba a leer el relato que, según Dev, habían intentado leer en doce horas alrededor de cien mil personas, prefería que lo hiciera de un modo íntimo y privado.

Kenneth estaba mejor, *según el doctor Hilkens no había nada de lo que preocuparse y yo era una madre sobreprotectora que rayaba el histerismo*, así que me había decidido a esperar a Martin en su casa, segura de que antes de venir a la mía, si es que lo hacía, pasaría por la suya a darse una ducha e intentar quitarse la fatiga del día.

Así que estaba en su rellano, esperándole. Después de llenar la ciudad de carteles con frases referidas a él, y en breve los quioscos y la *web* con mi declaración de amor, de pronto la idea de invadir su intimidad se me antojaba excesiva.

Me había llevado el lector de libros electrónicos y estaba sentada en el suelo, leyendo, apoyada contra su puerta.

Cuando la campana del ascensor tintineó di un saltito, y cuando salió y

encendió la luz me quedé paralizada por los nervios, el estómago hecho un nudo, la sangre desbordada por mis venas y el corazón latiéndome desbocado en los oídos.

Cuestión de confianza

Se detuvo al verme, no me esperaba. La ternura fue sustituyendo poco a poco la sorpresa inicial en su rostro. Fue una sonrisa perezosa la que me saludó.

—Buenas noches.

—Hola —respondí tímida—. Habéis acabado pronto hoy.

—¿Qué hora es, Keyra? No, no mires el reloj. —Su sonrisa se iba ensanchando.

—He venido poco antes de las ocho. —Cuando leía perdía la noción del tiempo, por eso me había traído el lector de libros electrónicos, para no estar desquiciada cuando él llegara—. No sé... ¿las nueve?

Sonrió más aún.

—Pasan de las diez.

—¿Tan tarde es?

Me levanté de un brinco según acostumbraba, como si tuviera prisa por irme.

—¿Te esperan en algún otro lugar?

—No. —Bajé la vista, nerviosa de nuevo, consciente de por qué estaba allí.

Abrió la puerta y me cedió el paso.

—¿Te has dejado las llaves? Si lo hubieras dicho en recepción te hubieran abierto.

Enrojecí.

—Sabes que no me he dejado las llaves.

—Entonces. —Iba vaciando los bolsillos en el cajón del mueble de la entrada—. ¿Te ha parecido un abuso de confianza entrar sin permiso?

—Martin —imploré sin querer.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Necesito una ducha. ¿Has cenado?, ¿sí? También yo, entre escena y escena. Si quieres beber algo abre la nevera. Dame diez minutos.

Y desapareció escaleras arriba.

Me moría por seguirle y ahorrarme toda la conversación. Si me dejaba entrar en la ducha con él significaría que la sonrisa y el beso que me acababa de dar, que la actitud cariñosa con la que me había recibido, eran señal de que

todo iba a salir bien. Y si me iba a echar prefería que lo hiciera de la ducha a que me dijera que me echaba de su vida.

Cobarde.

Bajó no sé cuánto tiempo después, yo seguía plantada en el mismo lugar, con unos pantalones de deporte y una camiseta. Ningún hombre tenía derecho a estar así de sexi con cualquier cosa.

—Diría que ni siquiera te has movido del sitio. —Al parecer mi actitud retraída le divertía.

—Martin, he venido a traerte algo.

—Keyra —susurró mi nombre con voz suave y se acercó a mí para cogerme de las manos—, relájate, ¿de acuerdo? Ven, siéntate en el sofá. ¿Mejor? Te traeré agua.

Volvió con una jarra y dos vasos. Llenó uno y me lo ofreció. Bebí.

—Gracias.

—De nada. Y ahora tranquilízate, por favor. He llamado a Jane al salir de la ducha, nuestros hijos duermen —me encantaba cuando decía «nuestros hijos»—, no tienen fiebre y Kenneth ya no hace ruiditos al respirar.

—Estupendo. —Mi sonrisa fue forzada.

—Estupendo.

Se sentó frente a mí. Saqué la revista del bolso, la carta estaba dentro y abultaba lo suficiente. Cogió lo que le daba, miró el sobre con cierta curiosidad, pero lo apartó todo.

—¿No vas a abrirla? ¿O a leerla?

Negó con la cabeza sin dejar de mirarme. No había despegado su mirada de la mía desde que se había sentado.

—Prefiero que me cuentes lo que quieras tú contarme.

Confianza. Era todo una cuestión de confianza.

Empezaría por la noche anterior.

—Martin, Samantha sí sabía que tú y yo...

—Tienes una madre a la que llamas por su nombre, que no sabía el nombre del que fue tu marido durante cinco años y que no recordaba que tiene dos nietos. ¿Quieres hablar de ella?

—¿Entonces por qué te fuiste enfadado? —le reproché, antes de darme cuenta que no estaba en posición de hacer reproches.

—¡Joder, Keyra!, la tal Samantha es tu madre y ni siquiera se ha molestado en recordar que tienes dos hijos.

Su actitud beligerante fue un bálsamo para mí.

—Vale. De acuerdo.

—De acuerdo —repitió él, para relajarse de nuevo.

Confianza, me repetí.

—Soy yo quien escribió *Cubierta de seda*. —Enrojecí—. Quiero decir que soy la escritora de las novelas.

Si iba a explicarme de una forma tan deficiente durante toda la conversación...

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías? —¿Quién se lo habría dicho?

—Todos lo sabemos, Keyra. —Su sonrisa de suficiencia me molestó—. Eres Blue Scarlett, eres la guionista de la película y sabes más de los personajes que los propios personajes. No es tan difícil adivinar...

—Vale. De acuerdo.

—De acuerdo —repitió.

Confianza.

Era una cuestión de confianza.

¿Qué demonios se suponía que tenía que confiarle?

—Mis padres se separaron cuando tenía... cuando Dev y yo teníamos menos de un año y ninguno de ellos se hizo cargo de nosotras. Estudiamos en internados y pasamos los veranos en Europa. Dev y yo nos consideramos nuestra única familia. Ni siquiera David formó parte de nuestro círculo. —No dijo nada, así que seguí—. Mi hermana maduró antes que yo, por tanto empezó con los chicos antes que yo. Dev es enamoradiza y pude ver en asiento de primera fila cómo le hacían daño un montón de ineptos que no la merecían. A los quince decidí que no quería ningún inepto en mi vida y me prometí una relación tranquila con un hombre tranquilo. Me temo que fue mucho mejor para mí que para David, para David fue injusto porque creo que él sí me quería de verdad.

Recordar todo aquello me desanimó un poco.

—Keyra, ¿qué haces aquí?

—Es la revista, Martin.

—La revista —repitió.

—Una vez me dijiste que cada vez que nos acostábamos juntos, a la mañana siguiente había una debacle.

Sonrió.

—Lo recuerdo.

—Pues en un par de días saldrá publicada esa revista y creerás que ha

habido otra debacle.

—Entonces será mejor que te lleve a mi cama, ¿no? —bromeó.

Levanté la vista, enfadada.

—No tiene gracia.

Me acarició la mejilla con la mano, pasando el pulgar sobre mis cejas fruncidas por su comentario. Cuando relajé el gesto volvió a preguntar:

—Keyra, ¿qué haces aquí?

Confianza, me recordé.

—Cuando hablamos hace unos días de Joanna, de qué era lo que temía de Dominic...

—¿Sí?

Ahora sí tenía toda su atención.

—Yo... aquel día hablaba de mí. Temía decírtelo por las mismas razones que bloqueaban al personaje, pero hablaba de mí. Yo... es solo que no estoy acostumbrada a querer a nadie, Martin. Ya te he dicho que mi hermana es muy enamoradiza, y no exageraba. A veces bromeamos con que fue ella quien se quedó toda nuestra capacidad de amar. Dev dice que soy una persona del tipo ameba, que ni siento ni padezco. Yo digo que soy un caleidoscopio, capaz de embellecer y reflejar lo que otros sienten por mí.

—Eso es una gilipollez —gruñó enfadado.

—No lo es. O no lo era hasta que te conocí.

Nos llamamos los dos durante un rato.

—No puedo decir que no quisiera a David —continué—, pero no estaba enamorada de él. No de verdad. Con él nunca... nunca... No lo sé. Solo sé que la noche que te conocí sentí todo lo que escribo y hasta entonces únicamente sabía de oídas. Aquella noche me enamoré de ti por primera vez. Y a pesar de todo lo que vino después, a pesar de tu actitud, cuando me llevaste al hospital el día que sangré... aquel día volví a hacerlo, a enamorarme... aunque la verdad fuera que no había dejado de pensar en ti ni un solo instante. —No decía nada, me miraba con intensidad, en silencio—. Después te fuiste a grabar fuera y me prometí que no te perdonaría que me dejaras sola, que ya no te querría nunca más. Entonces viniste al nacer nuestros hijos, me defendiste de tu madre y me llevaste en brazos a ver a Kenneth y a Hugo y me enamoré de ti de nuevo. Creo que me ha ocurrido ya tantas veces que he perdido la cuenta, Martin. En los buenos momentos y en los malos momentos, en todos ellos me he enamorado perdidamente de ti. —No necesitaba un espejo para saber que no sonreía con ternura ni me sonrojaba como una joven ante su primer amor.

Sentía la cara tensa y los ojos acuosos—. Y eso me aterra. Me da terror quererte tanto que todo lo demás me importe menos. Que mis ideas, mis planes, me importen menos. Que Dev me importe menos. Que todo se supedite a ti.

Tuve que dejar de hablar o me echaría a llorar.

—Keyra —me llamó después de un tenso silencio. No quería mirarle, no estaba preparada para enfrentarle—. Keyra... Keyra, por favor, mírame. De acuerdo —se resignó—. Yo... yo no soy escritor, yo no tengo la capacidad que tienes tú para hacer vibrar con las palabras... Pero estoy enamorado de ti, Keyra. —Levanté los ojos para encontrarme los suyos llenos de amor—. Te lo dije una noche con mi cuerpo, en la calle Stanton, y al día siguiente con mi voz, en la cocina de tu casa. Te quiero.

Estaba paralizada. Estaba muerta de miedo. Tenía todo lo que quería al alcance de mi mano, lo que siempre me había negado. Y Martin, que tan bien me conocía, sabía lo doloroso de mi dicotomía.

—Aquella mañana, en Londres, Lucas me dijo que debía enamorarte para que no desaparecieras de nuevo. —Me tensé y me cogió de las manos, encerró las mías en las suyas—. Y yo le dije que había otros medios. Otros medios distintos al amor, Keyra, lo entendiste al revés. No quería que te quedaras en Londres porque estuvieras enamorada de mí. —Bajó la voz, su mirada no podía ser más intensa—. Quería que tuvieras más razones para hacerlo, que tengas más razones para hacerlo. Cuando volvamos allí quiero que tengas tiempo para ti. Quiero presentarte a mis amigos, y quiero que hagamos cosas juntos. Había pensado en clases de baile, pero no sé si te gusta bailar. Cualquier cosa que quieras hacer, la haré contigo. Tienes miedo de que todo lo demás en tu vida deje de ser importante para ti, pero eso no va a ocurrir. No lo hará porque te quiero demasiado para permitir que ocurra. Estoy enamorado de una mujer que toma sus propias decisiones, de una mujer independiente con la que me une la pasión por la literatura y el teatro, una mujer que tiene una vida propia que quiere compartir conmigo. Y quiero seguir amando a esa mujer, así que no permitiré que renuncie a lo que es por mí.

Dos lágrimas me bañaron la piel. Si hablaba rompería a llorar sin saber muy bien por qué, así que me quedé quieta, mirándolo, en silencio.

—Mi cielo... —Aquellas dos palabras encerraban más amor que todas las que yo había dicho.

Y sus brazos al rodearme, el hombro sobre el que me apoyé, las manos que me acariciaban la espalda, toda la confianza que necesitaba.

—Te quiero —le susurré cuando supe que mi voz sonaría firme.

Se levantó y me tendió la mano.

—Ven conmigo.

No pregunté. Le di la mano y me puse en pie. Me cogió en brazos y subió las escaleras. Cuando abrió la puerta de su habitación me quedé sin habla: había docenas de velas aromáticas encendidas. Lo miré sorprendida.

—Te prometí una tercera vez romántica.

Lo besé con todas las ganas que guardaba. Poco después ya no estaba en sus brazos sino pegada a él, envuelta en su cuerpo. Dejó de besarme y me soltó poco a poco, deslizándose contra sí, hasta dejarme de pie al lado de la cama.

—Lo haremos sin prisas —parecía una advertencia más que una promesa—. Sin ninguna prisa. Va a ser muy romántico —prometió.

—Solo asegúrate de que sea caliente.

La mirada que me dedicó me lo dijo todo.

Sería muy, muy caliente.

Unas horas después, desnudos y saciados, seguimos hablando.

—La noche que nos conocimos me encontré por primera vez en años con una mujer que no parecía impresionada por quién era, sino interesada por quién iba descubriendo en mí. —Asentí—. Saber al día siguiente que no existía, que había sido todo un engaño... me rompiste el corazón, Keyra, un corazón que creí que había blindado contra los desengaños. —Le acaricié el pecho, sintiendo sus latidos—. Encontrarme después una mujer tan distinta a la de aquella noche hizo que aumentara la sensación de fraude. No sabía quién eras, no te conocía. Una veces veía atisbos de quien que creí conocer, otras me encontraba con una mujer analítica que carecía de espontaneidad. Me costaba conciliarlas a ambas y me aturdía estar enamorado de las dos.

Le besé el hombro.

—Has sacado lo mejor de esas dos Keyras, Martin. Me has hecho más feliz de lo que jamás soñé. Quizá más de lo que merezco.

Levantó la vista y me miró con una solemnidad que me sobrecogió.

—No puedo prometerte que vayas a ser tan feliz como lo eres ahora todos los días de tu vida, Keyra. Pero sí te prometo que me dejaré la piel en el intento.

No pude decirle cuánto le amaba.

Se lo dijeron mis besos.

Epílogo

Entró en la habitación con una botella de Dom Perignon Vintage Rosé en la mano y dos copas. Todavía llevaba el esmoquing puesto, tampoco yo me había quitado el vestido.

—¿Mi champán favorito? ¿Qué celebramos? Lamento ser aguafiestas, Martin, pero no te han dado el BAFTA.

—Jibby lo merecía más que yo.

—¡No es cierto! —Sí lo era.

—Deja de mentir y coge tu copa.

—¿Qué celebramos?

—¿Necesitamos un premio para abrir una botella de tu champán favorito y disfrutar el uno del otro?

Veníamos de la gala de los BAFTA de cine. Era, para ser exactos, un par de fiestas más tarde. Martin había sido nominado por su papel como James Bond. No había sido galardonado.

Me encogí de hombros y me senté en la cama, me dejé caer en ella más bien, y cogí la copa. Los padres de Martin tenían a los niños, no los traerían hasta mañana a la hora de la cena.

—En realidad sí debería haberlo ganado —brindó conmigo, sonriendo.

—Jibby lo merecía más que tú, me temo.

—Probablemente, pero mi discurso era mucho mejor.

Levanté las cejas, divertida.

—¿Te habías preparado un discurso?

—¡Desde luego! —simuló ofenderse—. Es un minuto que verás miles de veces. Estas cosas es mejor hacerlas bien.

—Así que te preparaste un discurso por si acaso.

—Exacto.

Asentí, convencida.

—Un discurso. ¡Qué lástima, entonces! ¿Quieres leerme tu gran discurso?

—¡Desde luego!

Dejó su copa en la mesilla de noche y sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta. Eché la cabeza atrás y reí con todas mis ganas. Parecía un diálogo extraído de la película más loca de los Hermanos Marx.

—Haz el favor de tomarte esto en serio, estoy ganando un BAFTA.

—Disculpa —me puse seria—. Adelante, por favor.

—De acuerdo. Me llaman, simulo sorpresa, te beso...

—¿Me besas?

—Te beso, esos detalles gustan a la prensa, ya sabes, y subo a por el premio.

—¿Lloras? ¿Se te rompe la voz al menos?

—Lo pensé, pero creí que era cargarlo en exceso de drama. Así que no, no lloro.

Reí de nuevo.

—Y sacas tu papel y lees.

—No saco el papel, me lo sé de memoria —me explicó ofendido.

—Ah, perdón. Y recitas tu discurso —le di pie.

—Y recito mi discurso. —Tiró el papel que estaba tan blanco como él loco de atar. Me encantaba aquella faceta tan divertida suya—. Primero doy las gracias a la productora por confiar en mí, después al equipo y al público por todo el apoyo en una aventura como la de 007.

—Eso es bonito.

—Lo es, ¿verdad?

—Sí, y más si pretendes hacer otras cuatro películas con ellos.

—Lo tuve en cuenta al decidir mencionarlos. Después doy las gracias a mis padres por apoyarme en mi carrera, por no pedirme que estudiara medicina cuando les dije que quería ser actor.

—¿Medicina? ¿Tus padres querían un médico en la familia? Eve siempre será la favorita.

—Mis padres te adoran y lo sabes.

—Bueno...

—¿Puedo continuar?

—Disculpa, sí. Tus padres.

—Exacto, y entonces... ¿entonces? Ah, sí. Y entonces digo algo así como —su voz se tornó seria—: Todos sabemos lo duro que es vivir un personaje que se nos mete bajo la piel, que nos hace sufrir cuando él sufre y que sin embargo no comparte sus alegrías con nosotros. Es el gran reto de un actor, encontrar el equilibrio entre quienes somos y a quienes interpretamos durante meses. —Asentí, sabía a qué se refería—. Yo tengo la fortuna de haber encontrado a una mujer que no solo entiende lo que significa vivir con el Doctor Jekyll, sino que tiene la pócima para encerrar a Míster Hyde cuando llego a casa hasta el día siguiente, regalándome una paz que nunca había sentido. —Me vio emocionada e hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Aquí la gente reiría y M te subiría al escenario.

—¿Al escenario, yo?

—Sí, al escenario, y tú subirías.

—No, no lo haría.

—Sí, porque M te subiría y no montarías un escándalo, así que subirías al escenario. Ven, ponte aquí, a mi lado, junto al micrófono imaginario, eso es...

—No sabes cuánto me alegro de que no te hayan dado el BAFTA.

—Cállate y estate quieta. Muy bien. Y entonces yo...

Se arrodilló a mi lado y sacó un anillo del bolsillo. Ya no bromeaba.

—Martin —dije con la voz entrecortada.

—He encontrado a una mujer única que entiende mi trabajo y lo valora sabiendo de sus penas, pero sobre todo a la única mujer que hace que sea mi vida la que valga la pena. Keyra Johnson, tuvimos el peor de los principios, ¿me concederás el mejor de los finales casándote conmigo?

Tiré de su mano y lo puse en pie.

—Me he vuelto a enamorar de ti, Martin Campbell. Y me temo que esta vez es para siempre.

—¿Es eso un sí? —me dijo al tiempo que me deslizaba en el dedo el anillo que ni siquiera había visto.

—Es un «fueron felices y comieron perdices».

Sellamos nuestro pacto con un beso. Con muchos besos.

En muchas entrevistas me preguntan cómo puede un hombre pedir matrimonio a la mujer que ha escrito las mejores declaraciones de amor, las historias más románticas.

Cuando lo hacen siempre respondo con una sonrisa tan enigmática como mi respuesta: «Martin me lo pidió como solo sabe hacerlo un hombre muy enamorado.»

Hay cosas que quedan entre mi marido y yo.

Así que no lo contéis, por favor, porque si algún día escribo esta historia, este final también lo cambiaré.

Nota de la autora

Cuando plateé esta historia supe que Keyra me haría sufrir. He pasado meses con ella, estuve semanas preparándome para esta convivencia, y, a pesar de todo, no sé decir si soy yo quien ha puesto mucho de mí en ella o es ella quien se me ha metido bajo la piel, pero ha sido muy duro concederle su espacio y que ella no se inmiscuyera en el mío.

Conforme pasaban los capítulos, no me preguntéis por qué, más a menudo me venía a la mente el comentario de Jane Austen sobre Emma: «Voy a escribir una novela cuya protagonista solo me gustará a mí.»

El camino que Keyra recorre en esta novela es duro y complicado. Seguramente por eso se me ha hecho tan difícil.

¡Pero nada de quejas! Lo que quiero compartir con vosotras es cómo nació esta novela, para las que soléis preguntar de dónde nos viene la inspiración para crear una historia.

Hace seis años, por Navidades, los primos Ler... Los primos Manhattan nos reunimos la noche del Roscón de Reyes a cenar, como cada año. Y como cada año nos quedamos los mismos golfos a las mismas horas, es decir, que a las tantas de la mañana quedábamos los cuatro de siempre. Sí, somos muchos primos Manhattan... como veinte sumando a las parejas, porque las parejas suman.

Y el pequeño nos contó que una noche, en Londres, donde estudió un semestre, salió con los amigos y en un *pub* encontraron un bolso. Sin abrirlo se lo devolvieron al dueño del local, quien, para premiar su honradez, dentro había dinero, los invitó a una copa. El camarero sabrá por qué creyó que sería divertido, pero debió meterles algo en aquel cóctel, porque mi primo despertó en un tren camino de Cambridge a las ocho de la mañana. Peor suerte corrió su amigo, que iba camino de Bath. El tercero llegó a su piso sin saber cómo.

Todos ellos tenían sus carteras ¡y sus riñones!

Cuando nos lo contó me pareció una historia increíble y mi cabeza arrancó engranajes. ¿Y si me ocurriera a mí? Mi pensamiento analítico se activó.

Ubicación: Londres.

¿Qué podía hacer yo en Londres? Era Navidad, así que pedí un deseo, entrevistar a un actor inglés, uno en concreto, porque una de mis novelas iría al cine.

Situación: una cena, una copa, un bolso, un camarero, un cóctel.

¿Qué haría si me drogaran y estuviéramos él y yo a solas? Lo que ocurre

aquí: intimar.

Momento personal: casada e intentando quedarme embarazada.

En aquel momento me estaba sometiendo al mismo tratamiento que Keyra, así que me sorprendió pensar el lío en que me metería si no abría aquel bolso y prefería dárselo al camarero. Porque mi actor tendría puntería, seguro. La que mi ex, como el de Keyra, tampoco tuvo.

¡Ya tenía una novela!, ¡en menos de cinco minutos!

Así llega la inspiración.

He tardado tanto tiempo en decidirme a contárosla porque encontrar la voz de Keyra no ha sido sencillo. Lo intenté una vez y alguien que me quiere mucho, por encima de sus propios intereses, me pidió que la dejara reposar hasta tener la experiencia suficiente para escribirla como la novela merecía. Alguien que guardó el texto inicial por si yo lo desechara. Alguien a quien también yo quiero mucho.

Y he decidido que este era el momento de Keyra.

Espero que la hayáis disfrutado tanto como yo.

BRANDY M.

Notas

1. Si la respuesta es un rotundo, ofendido, «no», plantéate seriamente qué haces con este libro en las manos...

2. N. de Brandy: Champán con zumo de naranja natural, o de otro cítrico. Pero tomadlo con zumo de naranja, es exquisito.

3. N. de Keyra: Gemelos dedicados al crimen organizado, al más puro estilo Al Capone, durante los cincuenta y los sesenta en el *East End* de Londres. Fueron tratados como verdaderas *celebrities*.

4. N. de B.: El Ametsa es el restaurante del Hotel Halkim, y lo lleva ¡¡la familia Arzak!! Podéis disfrutar de cocina tres estrellas Michelin a precio de una. Que sí, que pensaréis que no es apta para todos los bolsillos, pero tienen un menú a mediodía con sabor cien por cien Arzak a un precio que sí os podéis permitir. En serio, es más que razonable para una economía de ir por casa. Y además Goyo, Álvaro y compañía os harán sentir como en España, porque hablan castellano, así que lo de «no entiendo lo que pone en la carta» no me sirve. Os va a encantar. Yo voy siempre que tengo ocasión. ¡¡Venga, echadle una ojeada y concedeos el capricho!! Enviadme un correo electrónico y os organizo una jornada por el Londres victoriano para que la hora de comer os dé en Belgravia, el barrio de las Embajadas y el Instituto Cervantes, y gocéis en el Ametsa. Ya me daréis las gracias.

5. N. de B.: No, no es imposible. En mi gimnasio hay clases y entrenadores personales para embarazadas que regresan de nuevo quince días después de ser madres y cuando se duchan lo único que les ves distinto son los pechos. Tienen un cuerpo firme porque han estado acudiendo de dos a tres horas a diario, también domingos, a reafirmar lo que la gravedad y el peso pretendían hacer caer. Sí, habéis acertado: son mujeres impopulares en los vestuarios femeninos y populares en los masculinos. Y a mí me caen bastante mal. Dejan al resto como unas vagas adictas al chocolate. No solo me caen mal, confieso que las considero unas zorras.

6. N. de B.: Solo para que quede claro: ser pija no es un insulto. Ni siquiera es malo, en realidad. Es... es un estado de la persona. Un estado muy incomprendido, por cierto.

7. N. de B.: No, no os habéis saltado ningún capítulo. No es que sea supersticiosa, pero sí caprichosa, así que ya no escribiré capítulos 13.

8. N. de B.: Hay que conseguir que la RAE acepte esta palabra tan gráfica, me gusta demasiado para dejar de usarla ☺.

9. N. de B.: No te hagas la inocente, sabes perfectamente que los dos son afrodisíacos. ¡Anda ya!, no me mires con carita de no haber roto un plato. Lo sabes... ¡y lo sabes!

10. N. de K. y B.: Vosotras como lectoras hacéis exactamente lo mismo, y cuando enviáis correos electrónicos contándome cosas sobre mis personajes que yo desconozco, me quedo sencillamente ojiplática. ¡¡Y también me encanta!!

11. N. de B.: Estos locales son lo más. Abiertos durante la Ley Seca, servían alcohol de estraperlo, por lo que cuando se acercaba la policía alguien chistaba «*speak easy*» o «hablad bajito». Actualmente son eso, lo más. Ambientados conforme a su época y con sus antiquísimas licencias, camareros profesionales sirven cócteles a precios hinchados. Pero no podéis visitar Nueva York y no ir a uno. ¿Mi favorito? El Bath tub Gin, un *Secret Speakeasy* disfrazado de cafetería para llevar en el 132 de la Diecinueve oeste. Para que lo localicéis, cruce con la Novena.

12. N. de B.: Lo digo en serio, chicas, no podéis ir a Nueva York y no poner os monísimas un atardecer y tomar un cóctel en una de las terrazas de la ciudad. Es un *Must*.

13. N. de B.: No os explicaré qué es porque ¡es mucho más divertido googlear la palabra y pulsar en imágenes! O mejor aún, ¡¡poned *storyboard* y vuestra película favorita, a ver si tenéis suerte y está!!

14. N. de B.: La frase es, en realidad: «Oh, fragilidad, tienes nombre de mujer.» Os prometo que solo la he escuchado correctamente en el teatro, cuando Hamlet se la dice a su madre.

[15.](#) N. de K.: Siempre me disculpo por ponerme quisquillosa con las palabras, cuando la realidad es que me encanta hacerlo. Y dejadme que os diga que, aunque Brandy no firma esta nota, le gusta tanto o más que a mí.

[16.](#) N. de B. y de K.: Sí, nosotras también tenemos. ¡¡Desde luego que sí!! Y satinados de ochenta gramos también ☺.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Instrucciones de uso](#)

[Primera parte. SE MASCA LA TRAGEDIA...](#)

[1. Qué bello es vivir](#)

[2. Mi mejor no cita](#)

[3. Cuando la noche invita al pecado](#)

[4. ¡¡Barrotes!!](#)

[5. De héroe a villano](#)

[6. Imposible pero cierto](#)

[7. Tocado y hundido](#)

[8. Teñida de rojo](#)

[9. Amiga o enemiga](#)

[10. No te echo, te vas](#)

[Segunda parte. UN EMBARAZO DESPUÉS...](#)

[11. De villano a héroe](#)

[12. Tenemos que hablar](#)

[14. Criminal en potencia](#)

[15. Solo por diez días](#)

[16. Operación colonia](#)

[17. Contando verdades](#)

[18. Cubierta de seda](#)

[19. Descubierta en seda](#)

[20. Lo que la luz del día revela](#)

[Tercera parte. SILENCIO... SE RUEDA](#)

[21. Reescribiendo el guión](#)

[22. No soy yo](#)

[23. Rodando](#)

[24. En la calle Stanton](#)

[25. Oh, venganza, tienes nombre de mujer](#)

[26. Encontronazos](#)

[27. Descubriendo a Joanna](#)

[28. Tarde de domingo](#)

[29. Incertidumbres](#)

[30. Amor en las vallas](#)

[31. Cuestión de confianza](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Instrucciones de uso](#)

[Primera parte. SE MASCA LA TRAGEDIA...](#)

[1. Qué bello es vivir](#)

[2. Mi mejor no cita](#)

[3. Cuando la noche invita al pecado](#)

[4. ¡¡Barrotes!!](#)

[5. De héroe a villano](#)

[6. Imposible pero cierto](#)

[7. Tocado y hundido](#)

[8. Teñida de rojo](#)

[9. Amiga o enemiga](#)

[10. No te echo, te vas](#)

[Segunda parte. UN EMBARAZO DESPUÉS...](#)

[11. De villano a héroe](#)

[12. Tenemos que hablar](#)

[14. Criminal en potencia](#)

[15. Solo por diez días](#)

[16. Operación colonia](#)

[17. Contando verdades](#)

[18. Cubierta de seda](#)

[19. Descubierta en seda](#)

[20. Lo que la luz del día revela](#)

[Tercera parte. SILENCIO... SE RUEDA](#)

[21. Reescribiendo el guión](#)

[22. No soy yo](#)

[23. Rodando](#)

[24. En la calle Stanton](#)

[25. Oh, venganza, tienes nombre de mujer](#)

[26. Encontronazos](#)

[27. Descubriendo a Joanna](#)

[28. Tarde de domingo](#)

[29. Incertidumbres](#)

[30. Amor en las vallas](#)

[31. Cuestión de confianza](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)